Dolores Medio



BIBIANA

Annotation

Bibiana es una madre de familia, tradicional, esforzada, ingenua, torpe en ocasiones, y con algunos destellos de asustada modernidad.

Bibiana se preocupa de su marido, Marcelo, y sus cinco hijos, fuente de angustias y desvelos.

DOLORES MEDIO

Bibiana

Destno

Sinopsis

Bibiana es una madre de familia, tradicional, esforzada, ingenua, torpe en ocasiones, y con algunos destellos de asustada modernidad.

Bibiana se preocupa de su marido, Marcelo, y sus cinco hijos, fuente de angustias y desvelos.

Autor: Medio, Dolores

ISBN: 9788423302772
Generado con: QualityEbook v0.73

DOLORES MEDIO

BIBIANA



EDICIONES DESTINO TALLERS, 62 — BARCELONA

Suelen llamarse novelas "sociales" algunas, quizá muchas, que no tienen por qué ser calificadas así. Lo social ha llegado a constituir punto menos que una obsesión, por influencias que no vienen ciertamente, al menos por modo exclusivo, del campo literario, sino del ideológico y, por supuesto, de acuciantes realidades. En todo caso, la sociedad prevalece sobre el individuo en virtud de un fenómeno universal. Pero con anterioridad a la existencia de la Sociología, e incluso a todo presagio de ese tipo, cabía advertir en la novela picaresca, y aun en la cortesana, versiones de personajes o tipos y de formas de vida que, sin propósito deliberado, ni mucho menos, respondían a observaciones de alcance social.

Verdaderamente es difícil hallar una novela de cierta calidad que al margen de sus valores literarios no ofrezca cierto interés al sociólogo de nuestros días, que se vale de tales documentos, no por imaginativos menos fieles, en la mayoría de los casos, a la realidad circundante. Sólo que en nuestro tiempo lo social ha adquirido, repetimos, un auge que raya en la obsesión, y si, por lo que hace a la tradición inmediata, está justificada la calificación de sociales a novelas como "Misericordia", de Galdós; "Los Pazos de Ulloa", de doña Emilia Pardo Bazán y "La bodega", de Blasco Ibáñez —no digamos de la mayor parte de la producción barojiana—, aventajan en número las novelas contemporáneas que no suelen ser calificadas de igual suerte, y, sin embargo, lo son.

Entre los novelistas de hoy cunde, indudablemente, la inspiración de esa temática, y un caso que mueve a duda es el de Dolores Medio, que en su novela "Nosotros, los Rivero", hizo novela social, tal vez sin proponérselo, pero que en "Funcionario público" más bien se acoge a patrones estrictamente novelescos. Pues bien, en esa línea narrativa, que tiene su antecedente, a nuestro juicio, en algún cuento de los reunidos en "Compás de espera", se inserta "Bibiana", donde la posible preocupación social se disuelve en el

ambiente o se acusa, con mayor o menor realce, en el fondo, mientras avanza al primer término un acusadísimo carácter femenino, Bibiana Prats, para centrar la acción de la novela, más localizada por cierto en el tiempo que en el espacio. Los problemas que absorben la atención de Bibiana Prats son de nuestros días, y no privativos de Madrid, telón de fondo y no otra cosa. Lo que en sí mismo, naturalmente, no es cualidad ni defecto, sino un rasgo distintivo de esta novela.

No creemos que Dolores Medio se haya propuesto expresamente personificar en Bibiana Prats el cuestionario de inquietudes y angustias en que se agita, en tesis general, la familia —concretamente padres e hijos— de estos azarosos días. Antes que esos problemas ha suscitado el interés de Dolores Medio una figura de mujer muy singularmente caracterizada, a la que suceden cosas que no le ocurrirían de haber vivido en otra época. De cuáles sean esas cosas dependen la justificación argumental y, por consiguiente, el contenido de la novela, pero que no la sustantivan. Lo interesante es que sirvan de reactivo para que Bibiana se defina, humanamente, como ser vivo. Dicho sea esto en abono de la novelista. Sus obras anteriores nos dan la impresión de pisos muy modestos, bajos de techo y a segundas luces, aparte méritos de prolija observación. En tanto que “Bibiana” viene a ser un campo de experimentación psicológica, lograda, por lo menos, en algunas parcelas. “Bibiana” es novela de mayor aliento que las predecesoras, a nuestro juicio, y las supera precisamente en esa dimensión de abierta profundidad. Estudiar un carácter es empresa de porte superior a la de agrupar tipos diversos, partícipes en el protagonismo de una narración, de no mediar la inventiva en cuanto a episodios.

En cuanto oímos hablar a Bibiana con Marcelo, su marido, nos damos cuenta de algunos de los problemas que asedian a esta familia de precaria burguesía. Por lo pronto, el de la educación de los hijos, acerca de los cuales saben sus padres muy poco. Bibiana lleva la voz cantante, y Marcelo completa el dúo: “Bien dice Bibiana: Natalia y Xenius son los dos hijos que más se le parecen en lo reservados. Nadie sabe jamás lo que están pensando, ni lo que han hecho, ni qué proyectos tienen para el porvenir. Todavía la muchacha, a pesar de su reserva, parece dócil y se deja gobernar por Bibiana... En apariencia, cuando sabe que va a salirse con la suya... Mucho ojo con los chicos... Cada hijo, una sorpresa; lo saben todo. ¿Qué sabemos nosotros de las cosas de los chicos? ¿Qué sabemos?... Nada. A lo mejor ni ellos mismos saben lo que quieren. Ellos viven su vida, como nosotros cuando teníamos sus años... Sólo cambia, eso...: el tiempo...”

El tiempo ha abierto en nuestros días, entre generación y generación, zanjas más profundas que nunca. He ahí uno de los datos que hacen muy comunicativo el problema que tiene ante si el matrimonio Bibiana-Marcelo. Bibiana, despistada de puro inocente, ingenua o ilusa —que todos estos matices se nos ofrece tornasolada su figura—; Bibiana, con extraordinaria capacidad de sacrificio, predestinada a chocar con su mundillo de imprevistas

complicaciones: perteneciente a una familia “de derechas”, así como su consorte procede de otra “de izquierdas”, si bien él personalmente sólo es un contiguo o lateral; ese matrimonio, decimos, vive en el Madrid subsiguiente a nuestra guerra. Madrid “huele todavía a pólvora” y se inicia en él una crisis de crecimiento, con sus pros y sus contras y la otra mas delicada de nuevos conceptos y giros de conciencia. Los hijos de Bibiana y Marcelo —desigualmente dibujados por la autora— responden típicamente a ese espíritu de transición respecto al cual Bibiana, reacciona de la manera que corresponde a su corazón sencillo y generoso, en tanto el lector respira, como Bibiana, un medio social y un momento histórico hábilmente captado por Dolores Medio, un poco a la manera de Zunzunegui, obligado antecedente en esta clase de versiones.

Ternura, humor, destreza en la composición mas algunas especies de las llamadas “fuertes”, crudas o picantes, con opción siempre a lo humano, son notas que contribuyen a definir el arte narrativo de Dolores Medio, sirviéndole de instrumento una aguda observación al pormenor que, a veces, la conduce a efectos de dudoso gusto. Porque esas características se armonizan en su nivel medio, y por lo mismo, más expresivo en el capitulo de la visita de Bibiana al Monte de Piedad. hemos de citar tales páginas, germen de un posible cuento, impresión que nos dan otros pasajes de “Bibiana”, si no es que, como tantos otros pasajes, no nos hacen pensar en el teatro, por la abundancia del diálogo, muy ajustado, por su sobriedad, a la acción.

Pese al realismo o neorrealismo que informa la novela, nos parecen de mayor atractivo esos otros momentos de trasposición a un mundo como aquel en que Bibiana experimenta “una sensación rara, como si estuviera flotando en el aire, alejándose de la tierra...” Y así la recordaremos siempre, con su raído abrigo de paño gris-ratón y el pañuelo de seda, verde y amarillo, que le regaló su marido. Y recordaremos a los dos, por encima de las peripecias domésticas, hablando del presente, del porvenir, de la incógnita de los hijos. ¿Qué hacen, qué no hacen, por qué les ha ocurrido esto o aquello, cómo son en definitiva...? A padres e hijos les esperamos en la continuación de “Bibiana”. Porque se trata de una trilogía: “Los que vamos a pie”. Sí, todos los personajes que desfilan por “Bibiana” van a pie, obligados por su situación. ¿Hacia dónde...? Ésa es la preocupación que late en el fondo de la novela, moral más aún que social.

M. FERNANDEZ-ALMAGRO

De la Real Academia Española

ABC Madrid 15/12/1963

I

Cuando Bibiana Prats apoya su mano sobre el hombro de Marcelo Prats y le dice algo en voz baja, está segura de que Marcelo va a decirle que no.

Ella le habla en voz baja, casi al oído, porque no es necesario que el señor Massó se entere de lo que se trata.

(—No por nada, claro está. El hombre es buena persona... Además... Bueno, a fin de cuentas, ¿qué es de la familia?... Nada... Pues entonces...)

No es nada de la familia y es algo en la familia. Y Bibiana Prats sabe que el señor Massó diría esto y lo otro, y que si tal, y que si cual, y que si la culpa de lo que hacen los hijos la tienen los padres, y que si la economía de las casas no anda bien es porque se gasta más de la cuenta...

Sí. Bibiana Prats sabe que esto es lo que diría o lo que pensaría el señor Massó.

(—Más de la cuenta, ¿eh?... ¿Qué sabrá él de esto? Un hombre que no tiene casa ni brasa, ni tiene que enfrentarse con los problemas que los chicos nos largan... Paga su habitación, y lo demás, a gastárselo en sus caprichos, y aquí me las den todas... ¿Qué sabe él lo que es una familia? Que si tal, que si cual... Aquí quisiera yo verle...)

No es verdad. Bibiana Prats no quiere verle aquí, junto a su marido, porque sabe que el señor Massó daría la razón al señor Prats, y le azuzaría contra ella y contra los muchachos, aunque más tarde fuese el primero en ponerles en la mano cinco duros para sus gastos.

No. Decididamente, no. De momento, no conviene que el señor Massó se entere de lo de la fiesta. Lo estropearía todo. Por esto es por lo que Bibiana Prats habla casi al oído de su marido, aunque está segura de que Marcelo va a decirle a gritos que no, va a hacer ruido con el periódico al arrojarlo sobre la mesa, va a apartar hacia atrás la silla al levantarse y, por fin, empezará a pasearse desde la puerta hasta la ventana y desde la ventana hasta la puerta, diciendo: «No, no y no... Hasta aquí podríamos llegar... He dicho que no, y que no.»

Marcelo Prats da un respingo, sacudiendo la mano que Bibiana apoya sobre su hombro, estruja el periódico entre los dedos, aparta la silla de una patada y empieza a pasearse desde la puerta hasta la ventana, desde la ventana hasta la puerta.

—¡He dicho que no, y que no! Vamos... Hasta aquí íbamos a llegar en nuestras concesiones. ¡Bueno estaría!... ¡Mátese usted a trabajar, Marcelo Prats, que todo lo que usted gane ya lo tirarán los chicos en sus juergas!

Suavemente, dice Bibiana:

—No son juergas, Marcelo... Son guateques... Los chicos dicen así, y en todas las casas...

—En todas las casas, no. Aquí no habrá juergas.

—Guateques...

—Llámalo como quieras... Azotar y dar en el culo, todo es uno... Juergas, juergas y nada más que juergas. Eso eso. Llámalo tú como quieras... Y nosotros, los padres, no sólo hemos de consentir que los muchachos se

diviertan en nuestras propias narices, sino que, además, tenemos que organizarles las juergas y pagarlas de nuestro bolsillo. Y tolerar todas esas basuras que ahora se estilan entre los chicos... Nos hemos contagiado de la gente gorda, que no piensa más que en juergas y en tonterías. Eso es... ¡Tonterías!... Y mis hijos, no y no, ¿comprendes?... Marcelo Prats...

Marcelo Prats se golpea el pecho con los dos puños. Marcelo Prats se ahoga.

—... Marcelo Prats, ¿lo oyes?, Marcelo Prats no consiente que sus hijos... ¡Bueno estaría!... Pero que muy bueno...

Se acabó la lectura del periódico y la sobremesa.

Marcelo Prats se dirige a la habitación y empieza a desnudarse. En tanto coloca la camisa en el respaldo de una silla, sigue protestando:

—He dicho que no y que no... Y no volvamos a hablar más de esto.

Bien. «No volvamos a hablar más de esto.» Así termina siempre Marcelo Prats sus discusiones con Bibiana. Bibiana lo tiene también previsto. Si conocerá ella a Marcelo... El «no volvamos a hablar más de esto» significa que la primera parte del asunto está liquidada, efectivamente. Ella lanza la idea, él protesta y se marcha, enfadado, a la habitación. Bibiana dice «a la ratonera». Entra él solito en la ratonera y ella empieza ahora su labor de gato.

Recorre toda la casa recogiendo cosas, cerrando grifos, asegurando la llave de paso del gas, dando un último vistazo a los zapatos y a la ropa que mañana se van a poner los muchachos. Después entra también en la habitación y empieza a desnudarse lentamente.

Marcelo, que ha terminado ya esta tarea y se ha metido en la cama, finge dormir.

Bibiana se fija en sus ojos, cerrados obstinadamente, demasiado apretados los párpados para fingir la relajación natural del sueño.

(—Lo mismo que los chicos... Marcelo es como un chico... ¡Ay, Señor!, como un chico...)

Un chico casi viejo, pero un chico, como los otros, que necesita, como ellos, de sus cuidados.

Recostada sobre la almohada, la cabeza de Marcelo, con los pelos revueltos, entre los que empiezan a asomar las primeras canas, despierta en Bibiana un sentimiento de ternura y un deseo de acariciarla, de besarla...

... pero no lo hace. Antes tiene que ganar contra él, y en favor de los muchachos, una batalla que no parece muy fácil. Al final se rendirá Marcelo, eso ya lo sabe, pero antes de rendirle tendrá que batirse de firme.

Tantea el terreno:

—Marcelo... ¿Duermes ya, Marcelo?

Una pausa.

—Claro, vienes cansado de trabajar... ¡Jesús!, y que uno no pueda descansar nunca...

Se vuelve de espaldas al hombre para quitarse la combinación y el sostén. Como hace siempre.

—Yo, por mí, no me quejo... Ando siempre por la casa de aquí para allá,

haciendo esto o lo otro, pero no me quejo. Esto de la casa no cansa tanto... Pero tú... ¡Me da una rabia que trabajes tanto!...

Otra pausa.

—Y, además, tienes razón, todo por los chicos... Si no hubiésemos tenido hijos, ¿verdad, Marcelo?, para nosotros cualquier cosa nos bastaría. Y tan felices. Pero los chicos...

¡Vaya! Se ha quitado la combinación y ahora no encuentra su camisa de dormir. Pasa un sofocón hasta que la descubre tirada en el suelo, detrás de la silla.

—Los chicos..., ¡siempre los chicos!... A mí me duele que discutamos y que te disgustes por los muchachos... Trabajar y trabajar y trabajar, y todo es poco para ellos. Ahora que empiezan a ser mayores... Bueno, el refrán lo dice: «Hijos criados, trabajos doblados»...

Otra pausa más larga que las anteriores.

Marcelo sigue durmiendo o finge dormir, pero Bibiana no deja de hablar porque le crea dormido, sino porque la pausa es necesaria para cobrar fuerzas y volver al ataque.

Bibiana Prats se pone su camisón de percal rosa, adornado con una puntilla blanca, bastante aparente, que se ha comprado en uno de los grandes almacenes de ropas hechas. Entre la puntilla, disfrazándola de tira bordada, Bibiana Prats ha pasado una cinta blanca de seda, con la que se hace un lazo sobre el pecho.

Terminada esta tarea, se persigna ante el crucifijo que tiene a la cabecera de la cama y respira fuerte antes de deslizarse entre las sábanas al lado de Marcelo.

—Y suerte hemos tenido, en medio de todo, con nuestros hijos, que no son malos chicos, ¿verdad, Marcelo?

Marcelo no contesta. Bibiana Prats no aguarda contestación.

—No son malos chicos... Si hubiéramos podido darles una carrera... Pero eso ya sería pedirle peras al olmo. Bastante hacemos con tratar de situarles en la vida... Ya ves Natalia, una niña y trabajando ya en una oficina... Y José, ¿qué me dices de José?... ¿Le has visto alguna vez llegar borracho a casa?... ¡Ah, no, señor!... Y es un muchacho como los otros, pero él, nada de eso, claro... Sus libros y sus papeles, sus papeles y sus libros... ¿Qué hace José los domingos? Ni siquiera va al fútbol, ya ves tú... Él, a lo suyo... Y todo por no gastarse unas pesetas tontamente... Siempre encerrado en casa con sus papeles... Hemos tenido suerte con nuestros hijos, eso es verdad...

Marcelo grita:

—¡Tus hijos son una joya, ya lo sabemos!

Después, de un manotazo aparta la ropa, se vuelve boca arriba y se queda mirando al techo.

—Una joya, sí, señora... Pero que los chicos sean una joya no debe impedirme dormir ahora, digo yo...

Bibiana Prats esboza una sonrisa de satisfacción. El viejo zorro ha salido, al

fin, de su falso sueño y, aunque parece que protesta de algo, ha aceptado el diálogo. Lo que significa que reconoce que ella tiene razón. Una razón tan clara, tan irrebatible, que Marcelo se rinde sin luchar. Bien, parece que no habrá batalla, que todo será más fácil de lo que ella se había imaginado.

En efecto, Marcelo Prats acepta el diálogo porque es aquí, en la cama, donde están solos y nadie puede oírles, donde la intimidad se presta a la confidencia, cuando va a compartir con Bibiana la preocupación que desde hace algunos días no le deja en paz. Le da vueltas y vueltas a su cabeza sin acabar de ver claro. Pensó, en principio, que no debía preocupar a Bibiana con sus sospechas. Las mujeres, a su juicio, entienden poco de estas cosas y, aunque creen que conocen a los hijos, nunca saben nada de nada. Por eso guardó para sí la preocupación. Pero ahora que Bibiana habla de los muchachos, bien está que sepa que a uno de ellos, por lo menos a uno de ellos, no hay que ponerle sobre los altares. En cuanto a los otros...

Bibiana protesta:

—Ay, Marcelo, qué cosas dices... Tus hijos... Cuando hablas de los chicos dices tus hijos, como si fueran hijos míos sólo y no se te parecieran... Ya ves tú, Natalia y Xenius...

—Xenius, ¿eh? El tonto de la casa... De Xenius precisamente quería yo hablarte.

—¿Qué le pasa a Xenius?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí: ¿qué le pasa a tu hijo?

Marcelo dobla la almohada hacia adelante, de modo que le permita sostener la cabeza en alto, y sigue, obstinadamente, mirando al techo, como si esperase que del techo le pudiera bajar la solución al acertijo que Xenius le ha planteado con su conducta. Bien dice Bibiana: Natalia y Xenius son los dos hijos que más se le parecen en lo reservados. Nadie sabe jamás lo que están pensando, ni lo que han hecho, ni qué proyectos tienen para el porvenir. Todavía, la muchacha, a pesar de su reserva, parece dócil y se deja gobernar por Bibiana...

(—¡Eh, cuidado!... Se deja gobernar por su madre, en apariencia, y cuando sabe que va a salirse con la suya... Ahora mismo, esto del guateque, o lo que sea, ¿quién se lo metió a Bibiana en la cabeza? Ella, claro... ¡Ojo!... Mucho ojo con los chicos... Cada hijo, una sorpresa, lo dicen todos. ¿Qué sabemos nosotros de las cosas de los chicos de ahora? ¿Eh? ¿Qué sabemos?... Nada. A lo mejor, ni ellos mismos saben lo que quieren... Ellos viven su vida, como nosotros cuando teníamos sus años... Sólo cambia eso... el tiempo... Marcial lo dice. Marcial es un hombre que tiene vista. Y muy leído. Caray, si lee Marcial. Y Marcial lo dice: ¿Qué sabemos nosotros de nuestros chicos?)

Poco, efectivamente.

Bastante menos de lo que Marcelo Prats se imagina. Por ejemplo, ¿qué sabe él de Xenius, de su tristeza, de su amargura, de este modo de ser suyo, tan extraño, y, sobre todo, de este viaje inesperado?

El viaje. Aquí está el nudo de todas las cavilaciones de Marcelo. Se revuelve

en la cama, a impulsos de su inquietud, y acaba por adoptar otra vez la misma postura.

—Lo de Xenius es lo que me preocupa... Ni el chico dice nada, ni tu padre tampoco. ¿Qué pudo pasarle al chico en Barcelona para que nos lo devuelvan de esta manera?

—De esta manera... ¿De qué manera?

—Así... Sin darnos explicaciones... Uno piensa cualquier cosa, y me estoy temiendo... Bueno, si es lo que pienso...

Lo que Marcelo piensa sobre Xenius no es cosa que, de momento, preocupe a Bibiana. En realidad, ¿qué razón hay para que Marcelo piense nada sobre Xenius y sobre su viaje? Xenius ha dicho que quería volver a vivir con sus padres, y eso es todo. El chico echaba de menos a sus padres y a sus hermanos y se lo dijo al abuelo, y el abuelo dijo: «Bueno.» Y le mandó otra vez a Madrid. ¿No es así? Entonces, no hay motivo para que Marcelo esté tan preocupado.

Por cierto que la cosa está desviando el diálogo del camino por el que Bibiana quería llevarlo.

—Mira, Marcelo, yo creo que el chico no tiene que preocuparte. Es una tontería. El abuelo y el chico saben lo que hacen. Si el chico quería venir con nosotros, el abuelo, ¡hala, para allá!... Pues ya ves, yo me alegro. Me gusta tener al chico cerca de mí. A todos los chicos... Bueno, como una madre no hay nadie para cuidarles.

Bien, posiblemente no haya nadie como una madre para cuidar a sus hijos. Marcelo lo reconoce. Xenius se les ha escapado de entre las manos precisamente por haberse educado con el abuelo, viejo ya para vigilarle o para darse cuenta de que al muchacho le estaba ocurriendo algo. Y si ese algo es lo que ahora se le pasa por la cabeza a Marcelo, la cosa debió empezar en el colegio.

Continúa en voz alta su pensamiento:

—Siempre he dicho que no me gustan los colegios de frailes. Que no me gustan, ¡vamos!... Hay mucho vicio entre los muchachos. De ahí, de ahí es de donde salen...

—Donde salen, ¿qué?... Maldito si te entiendo una palabra. No querrás decir que Xenius...

—No lo sé. Algo le ocurre que no me gusta. El abuelo sabe qué es, aunque no lo dice... ¡Mira que si fuera lo que estoy pensando!... ¡Jo...! Si fuera lo que estoy pensando...

Marcelo da un manotazo sobre el embozo y aparta la ropa lejos de sí. El pecho de Marcelo Prats se levanta bruscamente, respirando de un modo fatigoso bajo la violencia de la rabia contenida.

Bibiana mira con ternura los pelos del pecho de su marido, que siempre había tomado por un signo de virilidad. Ahora empiezan a ponérsele blancos. Va acariciándolos con un dedo.

—No te pongas así, hombre.

—Como sea cierto...
—No comprendo lo que le pasó al chico.
—Pues yo sí lo comprendo. Perfectamente. Y como me llamo Marcelo Prats que a ese muchacho... Que no, vamos, que no... Que yo no le consiento a un hijo mío... A tu Xenius, ¿eh? Al tonto de la casa, a la mosca muerta... Y ahí le tienes, dejándose embaucar por cualquier marica.
—¡Cristo!... Pero ¿qué dices, Marcelo?... El niño... ¡Cristo!... No comprendo nada.
—Tú nunca comprendes nada. Nunca te enteras de nada. Siempre andas por las nubes.
Bibiana se persigna una vez y otra vez, asombrada, anonadada por el golpe. Se pone colorada como un tomate. El lacito blanco de su camisa le tiembla a impulsos de su agitación.
(Conque era eso... ¡Eso!... Mi Xenius...)
Bibiana deshace el lacito blanco, enreda las cintas entre los dedos. Al fin deja en libertad el lazo y empieza a restregarse las manos nerviosamente.
Va a decir algo. Se atraganta. Rompe a llorar. Con el embozo de las ropas se limpia los ojos y las narices.
—Decir eso del chico... ¿Cómo puedes decir eso del chico?... La verdad es que tú nunca quisiste al chico, no sé por qué... Nunca le quisiste como a los otros... Y no es verdad lo que dices. Xenius es un chico como los otros, pero tú le odias.
—Le odio, ¿eh?... Le odio... Me avergüenzo, que no es lo mismo... ¡Como sea cierto!... Mira, ya ves tú, preferiría que un hijo me saliera ladrón, asesino..., cualquier cosa antes que marica... Creo que... Bueno, creo que le mataría.
De un tirón, Marcelo Prats le arrebata las ropas de la cama y, envuelto en ellas, se vuelve sobre un costado.
Sigue rezongando.
—Le daría de patadas en el culo hasta reventarle.
Bibiana calla. Cuando Marcelo grita, ella siempre calla. Ya ni se queja. Está tratando de encajar el golpe.
(—Pero si no es posible... Yo no lo creo. Vamos, que no lo creo... Mi Xenius un... No lo creo, no lo creo... Marcelo le odia... Yo qué sé por qué. Pero le odia... A veces se dan casos de padres... Una no sabe por qué, pero se dan casos... Claro que Marcelo no miente nunca. Y cuando él lo dice... Bueno, a lo mejor está equivocado. Qué sabe él... Como el chico es tan así... Pero él sabe algo, ¡vaya si lo sabe!... Marcelo es muy reservado. Cuando dice algo... Figuraciones suyas... No, no son figuraciones... Cuando el río suena, agua lleva. ¿Por qué no piensa eso de José?... O del niño... ¡Cristo, qué disgusto!... Una madre no gana para disgustos... Cuando las cosas se ponen feas... Pero yo no comprendo... Esas cosas, ya se sabe... Algún amigo... Cuando yo iba a la escuela, una chica me dijo que si los niños no venían de París, que si los hombres y las mujeres, que si tal, que si cual... Claro que no es lo mismo... Yo

de esas cosas, pues nada... ¿Qué sabe una?... Mi Xenius... No lo creo... Es que no puedo creerlo. Si fue siempre un niño como los otros. Y ahora resulta... ¡Cristo, qué disgusto!)

Solloza. Respira fuerte. Vuelve a secarse los ojos y las narices con la sábana. Suavemente tira de las mantas para abrigarse. Se arrima a Marcelo.

A Marcelo le pesa haber hablado. No debió decirle a Bibiana ni una palabra de lo del chico. Al fin y al cabo, son suposiciones suyas. Sólo suposiciones. ¿Ha descubierto algo desde que le viene observando? No, señor, nada ha descubierto que le permita suponer que Xenius haya adquirido ningún vicio. Pero lo del viaje es muy sospechoso. Y está también su carácter blando...

(—Y lo del colegio... Vamos a ver, ¿por qué no quiere que escriba yo para preguntar lo que ha sucedido?... Porque ha sucedido algo, indudablemente. Le han expulsado, como si lo viera, y entonces el abuelo... Esto está claro... Bueno, tampoco quiere decir que haya sido por eso. Uno ya ve fantasmas por todas partes.)

En verdad que Marcelo Prats viene dándole vueltas y más vueltas al asunto, sin tener ningún fundamento. Sólo porque Marcial Basurto le dijo algo a propósito de los muchachos en los internados. Que si en los colegios, y en los cuarteles, y en las cárceles... Que eso estaba ahora muy extendido... Que si para conseguir entrar en alguna parte los chicos se dejaban pervertir por los viciosos...

(—Sí, eso es. De aquí salió todo. Marcial Basurto habló en la tertulia de todo esto, y uno ya ve fantasmas por todas partes.)

Marcelo carraspea para aclararse la garganta.

(—Bueno, también con las enfermedades, ¿no es así? Hablan de esto y de lo otro, y uno ya tiene los síntomas de todo. Y uno no debería preocuparse. Para lo que uno vive... Y ésta, que si odio al chico... Tiene gracia... Siempre dije que era idiota, eso es. Un tonto que se deja embaucar por cualquier amigo. Y a mí me duele. Soy su padre. A un padre le duelen los hijos... ¡Que le odio!... Está bueno... ¡Que le odio!)

Bibiana busca bajo las ropas la mano de Marcelo. La aprieta entre las suyas.

—No debemos disgustarnos por lo del chico. A lo mejor no es cierto. Tú piensas esto y lo otro, y a lo mejor no es cierto. Ya sabes cómo es el chico. Cómo fue siempre. Un chico tan tímido, tan callado...

—¡Toma! Por eso me preocupa Xenius. Por eso temo...

—Bueno, pues no debemos ir a misa antes de repicar, que es lo que tú haces siempre. Xenius es todavía un chiquillo, y a esta edad... Bueno, los niños no saben ni lo que quieren... Yo digo, Marcelo, que si una chica..., a ver si una chica...

Da un codazo a Marcelo.

—¿Oyes, Marcelo? Yo digo que si una chica... Xenius ya tiene edad para andar con chicas. Una chica de su edad... Que trate chicas y ya veremos. El día que vengan a casa las amigas de Nat, pues ya veremos. ¿Oyes, Marcelo?

Sí, Marcelo oye, porque hace un ruido con la garganta, que es como una

contestación.

Marcelo atiende y Bibiana vuelve a la carga.

—Esto es lo que los chicos necesitan: tratar con otros chicos y chicas de su edad. La edad es la edad. Cosas de la edad. El trato de chicos y chicas, y que si se gustan, que si se miran, que si se dicen cosas... ¿Verdad, Marcelo?

Bibiana vuelve a apoderarse de una mano de Marcelo y se la acaricia.

—¡Ay, qué hombre éste!... Bueno, el jueves vamos a observarle a ver si habla con las chicas, a ver si le gustan. Vamos a ver si baila... Jugando, claro... A lo mejor ni sabe bailar, pero siempre se juega con las chicas... Y nosotros miramos a ver. ¿Quién mejor que los padres para ver estas cosas, verdad, Marcelo?

Marcelo no dice nada. Ni siquiera un gruñido de aprobación. No importa. Su silencio indica a Bibiana que hay vía libre, que desde mañana puede empezar a preparar la pequeña fiesta para que sus hijos puedan cumplir con otros amigos que les invitan a ellos a sus casas cuando hay guateques.

¿Sus hijos? No, francamente. A quien invitan es a Nat. Esto es cosa de Nat. Lo ha planeado ella, porque quiere cumplir con sus amigas y quiere que José traiga a sus amigos. Los hermanos de las otras también llevan a sus amigos. Cuando Natalia se lo dijo a José, José se alzó de hombros, fastidiado. No le gustan estas cosas, pero Natalia le dijo que todos los hermanos debían hacerlo, que no era cosa mala, que era natural entre los chicos, que ella no iba a quedar mal con las amigas y que vaya un hermano que tenía. Y se puso a llorar de rabia. José dijo entonces que a él le reventaban estas reuniones, que eran costumbres burguesas idiotas, pero que tampoco era cosa de hacer una tragedia por una tontería, que también a sus amigos les gustaba hablar con las chicas y que, bueno, que caería por casa con algunos amigos. Nat le dio un par de besos, le tiró de los pelos, le dijo que era un buen hermano y que ella le cosería la ropa. Claro está que Natalia no le cosió ni un botón, ni volvió a mostrarse efusiva con José. Pero Bibiana sabe que José cumplirá su palabra.

(—Todo marchaba bien, y ahora esto del chico... Pues, mira, me alegro de esto del guateque y de las chicas. A ver qué hace Xenius. A Xenius le conviene tratar con chicas... Delfina... Sí, Delfina tiene su edad y es una chica muy atrevida, muy... Natalia no la quiere, pero yo la invito, ¡vaya si la invito! Ya le diré yo... Bueno, ésta me lo saca de sus casillas... ¡Ay, Dios, qué no hará una madre! Y este hombre: que si las mujeres no servimos para nada, que si soy una simple... Pues él verá lo que hago.)

Bibiana Prats respira fuerte, en un suspiro hondo de satisfacción. Ha ganado la batalla frente a su marido. Ahora a dormir, a descansar, para empezar mañana a prepararlo todo.

(—Mañana, si Dios quiere...)

Pero Bibiana no puede dormir esta noche. Las preocupaciones la han desvelado.

(—Anda que si fuera cierto lo que dice Marcelo... Yo no lo creo... Pero ¿y si fuese cierto?)

II

Bibiana Prats empieza a colocar los ceniceros. Uno sobre la mesa, al borde de la mesa, para dejar espacio libre a las bandejas. Otro sobre la repisa que Natalia ha puesto donde estaba el aparador. Y el tercero, el de los chinitos, sobre una mesilla.

(—¡Ah, no!... No, el de los chinos, no. Eso sí que no... ¿Y si me lo rompen?... Será mejor guardarlo. Son tantos chicos... Juegan, bailan... Bueno, aunque no jueguen, si uno tropieza, allá va eso, y adiós cenicero... Ni hablar, éste me lo guardo.)

Bibiana alienta sobre el cenicero de porcelana, lo limpia con el delantal y en el bolso del delantal lo guarda para recogerlo más tarde. En su lugar coloca el cenicero que José tiene en su cuarto. Uno de cristal, bastante ordinario, anuncio de una marca de coñac.

Una vez colocados los ceniceros, cansada y satisfecha de su obra, Bibiana respira fuerte y se deja caer sobre una silla con las manos cruzadas sobre el vientre.

Satisfecha, claro. No por el esfuerzo de haber repartido estratégicamente tres ceniceros, sino porque el hecho, al parecer sencillo, de haber distribuido los ceniceros en lugares estratégicos del comedor, remata todo un proceso de transformación de la casa de los Prats en una sala de fiestas. Tres días de esfuerzo, de cambiar muebles buscando más espacio, de limpiar puertas, techos y paredes; de lavar con jabón hasta las bombillas —vienen chicas y las chicas critican, dice Natalia, las chicas se fijan en todo—. Tres días amasando harina para hacer emparedados, tres días corriendo por los mercados y las mantequerías, buscando embutidos, queso y frutos agrios buenos y baratos; tres días comprando frutas frescas para hacer el «cap», y fregando, hasta hacerla brillar de limpia, una vieja garrafa (donde hace la lejía de ordinario) y que ahora, envuelta en una toalla mojada, está sobre el fregadero, bajo el grifo que gotea, manteniendo la humedad y la evaporación para que se conserve fresca la bebida.

(—¡Cristo, qué días!... Cuánto jaleo... Ahora no faltaría más sino que los amigos de José no viniesen y las chicas se quedaran solas. Bueno estaría... Tanto gasto y tanto jaleo para nada. Bueno, qué no hará una madre por sus hijos... No basta alimentarles y vestirles, hay que... eso, pues eso... todas las madres...)

De pronto, Bibiana Prats recuerda algo que la sobresalta: su delantal y sus zapatillas. Ya está vestida, pero aún no se ha calzado. Como siempre, deja para lo último el calzarse, y así le ha ocurrido más de una vez salir en zapatillas con Marcelo. Después, Marcelo y los chicos se burlan de ella.

(—Diablo de chicos... Una tiene tantas cosas en la cabeza...)

Bibiana corre a su habitación a ponerse los zapatos, y se apresura a quitarse el delantal.

(—¡Vaya!, empieza mal la tarde.)

Al quitarse el delantal, el cenicero se cae al suelo y se rompe. Bibiana lo contempla unos momentos estúpidamente antes de aceptar la idea de que se ha quedado sin cenicero.

Cuando se agacha para recoger los pedazos sufre la sensación dolorosa de que con él se ha roto parte de su vida.

(—El cenicero... ¡Cristo!... El cenicero de los chinitos... Marcelo, nuestro cenicero.)

La verdad es que Marcelo Prats nunca concedió mucha importancia al cenicero chino, pero Bibiana se lo regaló cuando eran novios, antes de la guerra, un día de cumpleaños, y el cenicero estaba unido en su recuerdo a la época de su noviazgo.

Si Bibiana Prats dispusiera de tiempo para lamentarse, posiblemente se pasara la tarde lamentando su pérdida, pero no dispone ni de un minuto. En cualquier momento pueden llegar los muchachos...

Así es. Alguien llama a la puerta. ¿El primer invitado?

No. Es el hombre de la taberna donde han comprado el vino, que les trae un trozo de hielo.

El hombre dice:

—De parte de José.

—¿De parte de José? Vaya una ocurrencia. De parte de José, ¿oyes, Manuel? Nuestro José está en todo. Parece que no hace caso a nadie, pero está en todo.

Toma la barra de hielo que trae el hombre.

—Vaya, pues muchas gracias.

Despide al hombre y, después de cerrar la puerta, piensa que ha debido darle una propina.

(—Lo que suele hacerse... Qué tonta... A una siempre se le ocurren las cosas después. ¿Qué dirá ese hombre?... A lo mejor, amigo de José... Una peseta... No, claro... A ver quién pone hoy una peseta en la mano a un hombre... Cinco pesetas... Mucho. Más de lo que vale el hielo... Una no es tacaña, pero cinco pesetas... Bueno, supongo que José le daría algo, le invitaría a tomar algo. Como si lo viera... Este muchacho tiene la mano rota, se le va el dinero... Bueno, la mano rota para los demás, porque para él.)

Manuel le agarra por la falda.

—Madre, ¿por qué hablas sola?

Bibiana Prats le aparta con el codo.

—¡Quita allá! ¿Quién habla sola?

—Tú. Siempre estás hablando sola, como si rezaras.

—Pues no rezo ni hablo sola. Hablo para adentro, como todo el mundo.

—¿Y por qué habla la gente para adentro?

—Yo qué sé... Porque se piensa... ¿O tú no piensas?

Manuel reflexiona. Sí, claro, él también piensa cosas que no dice en voz alta. Ahora ya sabe que esto es pensar.

Bibiana Prats deposita la barra de hielo sobre la pila de la cocina con el mismo cuidado con que depositaría a una criatura.

Dice:

—Necesitamos una cosa de ésas... Una refrigeradora, o como se llame. Tu padre dice que es un lujo, que si para lujos estamos... Pero tiene razón Natalia: cuando llega el verano y vienen cansados de trabajar, les apetece una bebida fresca. Pues nada, no hay bebida, que se vayan al bar...

Manuel pone sus manos sobre el hielo.

—¡Anda!, qué frío está el hielo...

—Si serás tonto, chico. Claro que está frío, que para eso es hielo. ¿Qué querías, que estuviera caliente?...

Aparta al chico de la pila.

—No toques las cosas... Y la comida, ¿o es que la comida no se pone en seguida mala por el verano?... Se pone... En cuanto una se descuida, ya no se pueden comer las cosas... Pero a tu padre no hay quien le convenza... Que si antes no había estos aparatos y la gente vivía tan ricamente... Bueno, eso era antes y ahora es ahora. Tus hermanos tienen razón: una tiene que vivir al día.

—Madre, ¿qué es vivir al día?

—No haces más que preguntar y preguntar. Quieres saberlo todo... Vivir al día, pues... eso, es vivir al día. Vivir hoy.

—¿Padre no vive hoy?

—Claro que vive, como tú y como yo...

—Como tú dices...

—Anda, déjame en paz y no me vuelvas loca con tus cosas. Mira, será mejor que me ayudes a partir el hielo. Toma este martillo. ¡Cuidado! No vayas a partirte también un dedo.

Manuel ayuda a Bibiana a partir el hielo y a colocarlo en una sopera, junto con pequeños trozos de manzana, de plátano, de naranja, puestos en maceración.

—¡Hala, qué bueno!... ¿Le echamos ya el vino y la gaseosa?

Bibiana vacila:

—No..., espera..., no sé qué hacer. No sé cuándo se mezcla todo esto. Mejor será aguardar a que acabe de vestirse Nat, o a que venga José. Ellos harán la mezcla. ¡Vaya una mezcla!... Mira, en esto tiene razón tu padre: al vino, vino, y el agua para lavarse.

—¿Y las frutas?

—Ésa es otra... Mira que echarle frutas al vino... Dice Nat que es lo que se bebe ahora y que al servirlo hay que echarle ginebra... Bueno, ella sabrá lo que se bebe ahora. En mis tiempos se bebía vino, jerez, anís, benedictino... Cosas... Pero no se mezclaba todo esto.

Manuel pregunta:

—¿Cuáles son tus tiempos?

—¿Mis tiempos?

Bibiana vacila. Los padres dicen siempre mis tiempos, nuestros tiempos.

Marcelo dice siempre nuestros tiempos. Pero a Bibiana le parece que esto es un síntoma de vejez y se resiste a hablar de sus tiempos. Hay que vivir con los hijos, cuando los hijos, la vida moderna.

Manuel se mete un dedo en las narices. Bibiana le da un manotazo.

—Siempre con los dedos en las narices. Voy a quitarte a bofetadas esa costumbre. Cochino, más que cochino.

Manuel se apoya de codos sobre la mesa de la cocina.

—Quiero un pastel.

—No hay pasteles.

Manuel toca con su dedo una de las fuentes.

—Quiero un pastel.

Otro manotazo.

—¡Quítate de ahí! No toques eso. Te daré más tarde...

—Quiero un pastel.

—Te he dicho que no son pasteles. Son mediasnoches.

—¿Qué son mediasnoches?

—Pues eso que estás viendo: panecillos rellenos de pavo.

Rectifica:

—De mortadela..., de lo que sea, pero están muy buenas... Toma una... ¡No, no toques esa!... Toma ésta que me ha salido un poco quemada, pero está muy buena.

Bibiana escoge para el niño una de las mediasnoches que tiene peor aspecto y cubre el hueco que ha dejado en la fuente separando más las otras. Las fuentes deben presentar el mejor aspecto posible. Vienen chicas, las chicas lo critican todo. Natalia tiene razón. Van contándolo a sus casas.

Otra vez llaman a la puerta.

Bibiana empuja al niño fuera de la cocina para que no toque nada y cierra la puerta. Después abre la de la escalera.

Ahora sí, ahora es un invitado. Una invitada. Una amiga de Nat que vive en el segundo de la casa. Bibiana la invita a sentarse en el comedor, y llama a Natalia a voces:

—¡Nat! Ha venido Tina. ¿Vienes tú o le digo que pase a tu habitación?

Tina Regales no pasa a la habitación, porque Natalia sale a recibirla. No le agrada que las amigas entren en su habitación, ella sabrá por qué. Bibiana lo ha observado ya otras veces. Nat es así.

Después de Tina llegan otras chicas. Todas puntualmente. Los que se retrasan son los muchachos. Y José. Dijo que vendría tan pronto como cerraran el taller, pero a saber a qué hora lo cierran o si tiene que hacer algo por ahí. Siempre tiene que hacer cosas. Y los amigos a lo mejor no se atreven a llegar solos, porque no conocen a nadie. Le estarán esperando en la calle.

(—A saber dónde está José. Vaya usted a averiguarlo. Anda que si no vinieran y las chicas se quedaran solas... Después de tanto gasto... Tanto gasto y tanto jaleo. Una está ya rendida y no empezamos.)

Cada vez que llaman a la puerta se organiza un pequeño revuelo en casa de

los Prats. Manuel abre la puerta, esperando que sea José, que José entre en la cocina y componga aquello. Bibiana sale al pasillo a ver si viene José, si vienen los amigos de José. Ya que ha gastado tanto dinero, es preciso que vengan los amigos de José. Muchos amigos. Tantos como chicas, para que éstas no se aburran y vayan para sus casas criticando.

Las chicas hablan entre sí y se ríen, y fingen desentenderse de la puerta, pero cada vez que suena el timbre estiran las faldas, se alisan los vestidos y se llevan las manos a la cabeza para arreglarse el pelo.

Una de ellas, Ana Camín, se pone encarnada cada vez que suena el timbre. Natalia sabe por qué. Ella misma se lo dijo un día propicio a las confidencias. Ahora le pesa haberle dicho eso a Natalia. Por eso, porque Natalia lo sabe, se pone encarnada cada vez que suena el timbre de la puerta.

El primer hombre que llega «no vale». Es el novio de Teresa Laporta. Un muchacho colocado ya no tiene interés. Aunque habla con todas, no consigue caldear el ambiente frío de la reunión. Por su parte, él se encuentra cohibido entre ocho mujeres.

Interpreta en voz alta el pensamiento de todas:

—Bueno, ¿dónde se han metido esos granujas? ¿Dónde está tu hermano, Nat? ¿Qué hacéis todas aburridas como ostras?

—De ostras, nada, chico. Las mujeres nos divertimos, aunque estemos solas, ¿verdad, vosotras?

—Claro.

—Claro.

—Desde luego.

Todas están de acuerdo en que se divierten, pero las conversaciones se terminan apenas se empiezan y la inquietud aumenta a medida que pasa el tiempo y no llegan los hombres. Natalia los disculpa:

—No se atreven a llegar solos, chicas. No nos conocen. Seguramente esperan a José. No habrá salido del taller todavía. Si os parece..., empezamos a tomar algo, y el que llegue tarde que se fastidie.

Todas dicen:

—Bueno...

—Bueno...

Bibiana se sobresalta. Nada de tomar algo. Es mejor que lleguen los hombres y vean intactas las bandejas. Esto hace bien. En todo caso, pueden beber algo, a ver si se alegran. Y que hagan música para animarse. Pero de comer, nada.

Desde el pasillo, llama a Natalia:

—¡Nat!... Nat, atiende a tus amigas... Querrán beber algo... ¿Por qué no tocáis algo?... Dile a Tina que venga a ayudarme... Vamos a prepararos algo para beber.

Pero no es Tina la que acude, sino Ana, que así disimula su turbación y al mismo tiempo presta un servicio a Bibiana. Natalia la empuja suavemente hacia la cocina.

—Anda, rica, conquista a tu suegra, que por la peana se adora al santo.

Tina está sentada junto al tocadiscos, buscando algo. El tocadiscos es de Teresa Laporta. Por eso la invitaron. Teresa pone y quita los discos, pero quien los elige es Tina Regales. Todas la rodean.

—Mira a ver si hay alguno de los últimos de Paul Anka.

—A mí, ese hombre me chifla.

—Es estupendo.

—Yo prefiero a Nat King Cole. ¡Anda, si es negro!

—¿No lo sabías?

—¡Qué iba a saber! Yo, al principio, le confundía con Bing Crosby. Canta igual que Bing Crosby.

Se ríe a voces.

—¡Anda, qué gracia!... Yo creía que era rubio y hasta me lo imaginaba un poco pecoso. Y resulta que es negro como un zapato. ¡Anda, qué gracia!

—Total, que le desprecias.

—Mujer, tanto como eso... Un artista es un artista, no tiene color.

—Y tiene millones.

—Si te pidiera que te casaras con él, ¿te casarías?

Tina vacila:

—Bueno..., no sé si me casaría... Casarse es ya otra cosa... Es mucha intimidad. Tenerle en la cama, pegado a una, y así, sin quererle...

Bien, la cosa se anima. Discuten todas. Hacen una especie de encuesta. Cinco se casarían con un negro si era famoso y tenía millones. Teresa no cambiaría a su novio por ningún negro ni por ningún blanco cargado de oro.

—Sobre todo, si el millonario no existe y el novio está delante.

Se ríen todas.

Natalia dice:

—Para mí no hay colores. Hay pesetas.

—O dólares.

—Tanto mejor. Donde está el dinero está la felicidad, lo demás son cuentos.

—Anda, ésta... Pues no eres tú poco materialista. Y el amor, ¿qué? ¿No cuenta?

—Bueno, si hay amor y dinero... Pero eso de contigo pan y cebolla ya pasó de moda.

—Pues yo, como el amor...

—Mira, niña, el amor no alimenta. Ni dura siempre... Unos días, bueno, pero después... A ver si los hombres se conforman comiendo un plato de sopa... Cuando pasa la luna de miel y hay sopa sin miel, te la tiran a la cara, y te dicen que no eres ama de casa y que otras mujeres...

—Eso, otras mujeres...

—Ellos quieren comer, quieren ir al fútbol, tienen sus vicios, y cuando llegan a casa no preguntan si tienen mucho o poco dinero y quieren ver a sus mujeres muy monas, muy bien vestidas, muy arregladas, como las chicas que andan por la calle. Y todo eso cuesta dinero.

Teresa y Odón, sentados juntos al lado del tocadiscos, hablan en voz baja. El dinero no es para ellos, de momento, cosa que les preocupe. Las otras, que rodean a Natalia, acaban dándole la razón.

—Eso es verdad, chica. Así hay tantas mujeres desgraciadas y se deshacen tantos matrimonios. Los hombres son egoístas.

—Lo malo es que no podemos vivir sin ellos. Cuando vamos a darnos cuenta, ¡zas!, ya estamos enamoradas. Y entonces...

—Enamoradas... ¿Qué sabes tú de eso?

Natalia habla con rabia, como sí le molestara que Tina se enamorase o, simplemente, que defienda el amor.

—¡Tonterías! Nada más que tonterías. Un matrimonio ventajoso es la única solución acertada para las mujeres.

Bibiana escucha tras de la puerta y no le gusta nada lo que dice Natalia. Ni ella ni Marcelo son desgraciados y no tuvieron nunca mucho dinero. Desde luego, ella no cambiaría a su Marcelo por ningún millonario ni por ningún negro de ésos que cantan. Son felices a su manera. Se quieren. Y Nat lo sabe. ¿Cuándo ha visto en su casa todas esas cosas de tirarse la sopa a la cabeza y marcharse con otra? ¿De dónde saca Nat ideas sobre el amor y sobre el matrimonio?

(—Estas chicas de ahora... Ni ellas saben a veces lo que quieren... ¿Cómo piensan los hijos? ¡Vaya usted a saber!... A Nat le gusta el lujo, las cosas buenas... Es tonta la chica... Pero ¿dónde están los maridos ricos? Eso es, ¿dónde están?... Así están los hombres ricos, ahí, en medio de la calle para que los cace cualquier chica pobre. Pero Nat...)

Ruido de vasos tintineando sobre la bandeja. Ana dice:

—Llaman a la puerta.

Bibiana aparta la atención de las conversaciones de las muchachas para fijarla en Ana Camín. La bandeja de los vasos tiembla entre sus manos. Ana es así de tímida y de vergonzosa. Todo la sobresalta.

Bibiana le quita la bandeja de entre las manos, no vaya a tirarla al suelo.

—Anda, hija, abre tú... Y no te pongas nerviosa. Debe ser José... Al fin, José... Ya decía yo... Traerá a los chicos...

Ana se hace la remolona.

—Creo que ya fue a abrir alguien.

Manuel entra en la cocina, gritando:

—Es José, es José... Vienen sus amigos... Muchos amigos... Venga, madre, ya podemos comer las cosas.

—¡Cuidado con tocar eso, manos largas! Que tú tienes las manos muy largas y ya sabes lo que te he dicho. Eso es mírame y no me toques.

—Yo quiero un pastel.

Bibiana remeda al chico:

—¡Yo quiero un pastel, yo quiero un pastel!... Y yo quiero que me dejes tranquila. ¡Qué chico éste!... A ver si tienes las manos quietas... Tú, Ana, hija...

Bibiana se vuelve hacia la muchacha.

—Anda, ayúdame tú... Hay que poner estas bandejas sobre la mesa... Decía Natalia que las bandejas y estas cosas debían estar sobre la mesa antes de que llegaran los primeros... Anda, qué gracia... Empiezan pica por aquí, pica por allá, y cuando vienen los otros ya no hay qué darles...

Ana dice:

—Sí, claro... Tiene razón.

—¿Verdad que sí?... Anda, lleva una bandeja y dile a José que venga a preparar esto... Mira, pasa la bandeja... No, ésa no; primero esta otra... Primero ofreces a las chicas, ¿sabes? Después, a los hombres... Bueno, creo que debe hacerse así... Dile a Natalia que te ayude a servir... Ya debía estar aquí Francisca. ¡Esa chiquilla!...

Ana mira las manos de Bibiana. También le tiemblan. Y le tiembla la voz. Está más nerviosa que ella, aunque por otras razones, claro... Para Bibiana es la primera fiesta que organiza, y sí las chicas no se van contentas, pues vaya fracaso.

—Decía Natalia que alquilar una chica... José dijo que no, que sí era idiota, que todos saben que no hay chica en la casa y que, además, en los guateques entre amigos no hace falta chica... Y tú, ¿te estarás quieto de una vez? Castigo de chico...

Bibiana da un manotazo a Manuel, apartándole del plato de las pastas. Después empuja a Ana hacia el comedor.

—Anda, lleva esa bandeja y dile a José que venga.

José está explicando algo en el comedor:

—... puesto éstos que no, que no conocían a nadie... Total, me estaban esperando en la calle para subir. Justo venía conmigo.

Los muchachos entran juntos, empujándose, caminando torpemente, tropezando unos contra otros. José los presenta:

—Rafael García... José Ronderos, Justo Molino... Simplicio Roces... Vicente Puig...

Natalia hace la presentación de sus amigas:

—Tina Regales... Domi González... Dorita Gil... Mary Carmen Jiménez... Ana Camín... Teresa Laporta... Odón... Odón... ¿Cómo te apellidas?

—Odón Miralles.

—Odón Miralles, novio de Teresa... No sé si os conocéis...

—Pues no...

—Pues no...

Hay un cruce interminable de apretones de manos y de sonrisas. Todos dicen lo mismo:

—Tanto gusto.

—Tanto gusto.

—Encantada.

—Tanto gusto.

—Encantada.

Durante unos minutos se repiten las frases de cumplido. Algunos repiten su nombre al apretar la mano de una chica.
Uno dice a cada chica:
—Servidor, Simplicio Roces.
—Servidor, Simplicio Roces.
—Servidor, Simplicio Roces.
José Prats corta el jaleo de frases y manos:
—Venga, chicos, menos cumplidos... Ya os iréis conociendo. Todos somos amigos cuando bebemos juntos una copa... Oye, Nat, tráenos algo para beber, ¿quieres?
Ana Camín interpreta al pie de la letra lo de ofrecer primero a las chicas y da la vuelta al corro con su bandeja de canapés, deteniéndose ante las mujeres y pasando de largo ante los hombres.
—Oye, oye, ¿qué es esto? Y nosotros, ¿qué?
Ana Camín siente que le arde la cara cuando le habla José. Le da rabia ser tan tonta. A ninguna chica le pasa eso.
Sin levantar la vista de la bandeja, se detiene ante él.
—Toma... Vosotros, ahora... Dice tu madre que vayas a preparar el «cap». Está en la cocina.
José Prats le da un pescozón cariñoso.
—Buena ama de casa, ¿eh? ¿Has preparado tú esto?
—No, tu madre. Anda, ve a ayudarla.
Natalia dice:
—Deja aquí la bandeja. Es mejor que dejemos las bandejas sobre la mesa y así vamos picando mientras charlamos y bebemos, ¿no os parece?
—Sí.
—Bueno.
—Es mejor así.
—Ven, Ana, vamos a traerlas. Y tú, Teresa, ¿por qué no pones un disco? Uno bailable, ¡venga!
Teresa pone un disco: «Mustafá».
Tina y Dorita empiezan a tocar palmas.
—¡Venga, animarse!
Simplicio dice:
—Hay que beber algo... Al carro hay que engrasarlo para que ande.
Los hombres están de acuerdo y todos ríen con risas un poco forzadas. Las chicas también se ríen. Y ahora se fijan en Simplicio, en el que no habían reparado antes, al hacer las presentaciones. Simplicio tiene cara de niño bueno. Más bien, un poco tonto. Con las orejas tan separadas de la cabeza, resulta un poco tonto de circo.
Dorita dice a Tina:
—¿Te has fijado en éste? Vaya una pinta... ¿De dónde habrá sacado José a este tipo?
—A lo mejor es un compañero.

—José sí que está bien. ¡Menudo bien!

—Anda, eso ya lo sabemos. José Prats es estupendo. Pero, chica, no nos toca. A éste le ha puesto los puntos la mosquita muerta... ¿Te has fijado qué colorada se pone cuando él la mira?

—¡Que si me fijé!... Ésa sabe mucho... Estas chicas que se ponen coloradas cuando un hombre las mira son las peores. Mucho miedo y poca vergüenza. Así son todas.

—Y cómo le baila el agua a la vieja...

—A Natalia le gusta para cuñada. Anda, rica, vete a ayudar a tu suegra...

Las dos se ríen.

—Total, que a nosotras nos dejan los desperdicios...

—No, mujer, que hay chicos muy majos. Fíjate en aquel, Vicente, creo..., el que se limpia los dedos con el pañuelo.

—Ése es Justo no sé qué. Amigo de José Prats y de Rafael García. Andan siempre juntos.

Tina Regales pasa su brazo sobre los hombros de Teodora Gil y la atrae hacia sí. Le dice algo al oído.

—¡Atiza! ¿Quién te lo ha dicho?

—Como decirlo, nadie... Fíjate tú... Esas cosas no se saben nunca, pero se suponen...

—Pues, hija, vaya un plan con un hombre así... Un día van a la cárcel, y una, viuda.

—O se convierten en personajes, ve tú a saber... Así es la política.

—Pero eso es muy grave.

—Ya.

—¿Y los otros?

—No los conozco... El del carro..., el de las orejas, parece un poco inocente, pero a lo mejor, si le metes el dedo en la boca, muerde. Los hombres dan sorpresas.

Vuelven a reírse y tocan fuerte las palmas, coreando a «Mustafá».

—A mí me gusta mucho «Mustafá». Es muy alegre. Cuando tenga un «picú», lo primero este disco. ¿A ti no te gusta?

—Sí, claro. Parece que está una entre los moros.

Natalia y Ana entran y salen con las bandejas, hasta que las dejan todas sobre la mesa.

—Hay muchas cosas, ¿te fijas?

—A Natalia le gusta presumir, quiere quedar bien... Oye, ¿te has fijado en lo que dijo del matrimonio?

—¡Anda, si me he fijado! Ya la conozco... Mira, a mí no me gusta hablar mal de nadie, y a Natalia la quiero, ya ves tú. Fuimos juntas a la escuela, pero una...

—Una, ¿qué?

—Si es verdad lo que dicen...

—¿También tú sabes...?

—Quién no lo sabe... Bueno, como saber, no lo sabe nadie, ésta es la verdad. Ella, ni una confidencia. Natalia es muy suya: nunca te dice me pasa esto ni me gusta este hombre, pero, chica, cuando a una le gusta el lujo y no tiene dónde caerse muerta...

—Él es un tío estupendo, ésa es la verdad. Con un hombre así, cualquiera pierde la cabeza.

—¿La cabeza? Natalia es muy lista, ésa no la pierde. Te apuesto cualquier cosa a que lo caza.

Tina vuelve a atraer hacía sí a Dorita y le dice algo al oído.

—No me digas.

—Como lo oyes.

—Y ella, ¿lo sabe?

—¡Anda ésta, que si lo sabe!... Como si esas cosas no se supieran. Por el verano nunca come en casa... Que si jornada intensiva, que si tal...

—Y la madre...

—No. Las cosas como son. La madre no lo sabe. Buena es Bibiana para consentirlo. Si lo supiera el padre, la mataría. Son buena gente. Gente muy seria.

José entra en el comedor con una jarra grande, llena de «cap». Bibiana trae la bandeja con los vasos.

Los grupos se separan, se forma otra vez un círculo.

—Bueno, hijos, a refrescar... Está muy bueno, ¿verdad, José? A ver, Natalia o Tina..., repartid los vasos... Pero ¿no toman nada? ¿Es que no les gusta?...

Todos dicen al mismo tiempo:

—Todo está muy bueno.

—Muy bueno.

—Sí, muy bueno...

—Todo está muy bueno.

Bibiana dice:

—Los emparedados, bueno, eso..., las mediasnoches y los canapés, los hizo Natalia. Tiene una mano para estas cosas...

Natalia, asombrada, mira a su madre.

(—Si será idiota... A qué viene esta estúpida mentira...)

En fin, no es cosa de desmentirla delante de todos. Se alza de hombros y empieza a morder uno, con desgana.

Bibiana está contenta. Todo marcha bien.

¿Todo?

De pronto, Bibiana Prats recuerda algo muy importante. Va a la habitación de Xenius a buscarle. Xenius no está en su cuarto. Corre a la cocina.

—Manuel, ¿dónde está Xenius?

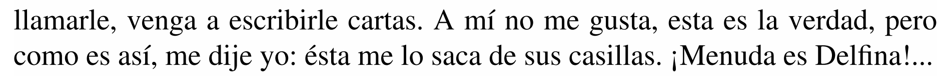
—En el primero. Bajó a ver la tele.

—¡Dichosa tele! Ya me tiene frita la sangre con tanta tele... ¿Qué sacará este chico de la tele?... Anda, baja a buscarle y dile que suba, que él es de casa y tiene que ayudarnos a atender a la gente.

—Dame un pastel.
—Ya comerás cuantos quieras. Anda, baja en seguida y dile a Xenius...
—Dame un pastel.
—¡Dichosos tus pasteles, hijo!... No cesas de pedir. Parece que te hizo la boca un fraile.
—Los van a comer todos.
—Dile que suba y que suba también Chicho, anda, que suban juntos. Ya verás como así viene.
—Si me das un pastel...
Bibiana coge al chico por el brazo, sacudiéndole bruscamente.
—Condenado chico... Ve al comedor y coge lo que quieras. Ahora ya no importa. Pero después bajas al primero y les dices a Xenius y a Chicho que suban en seguida, que ya han venido todos, ¿oyes? ¿Te enteras?
—Bueno, bajo ahora mismo.
—¡Ah! Toma... Cuando subas, traes de la churrería otras diez pesetas de patatas fritas... Las patatas lucen mucho, llenan las fuentes... Manuel, ¿me oyes?
Manuel cumple con gusto los dos encargos. El de comerse lo que le apetece, en el comedor, y el de bajar a llamar a Xenius al piso primero, para quedarse un rato viendo la tele. Lo otro, lo de las patatas, lo hará más tarde. Ahora hay todavía muchas cosas en las bandejas.
Llaman a la puerta. Bibiana va a secarse las manos en el delantal. No tiene delantal. Busca un paño cualquiera en la cocina, se limpia las manos y sale al pasillo.
Ya han abierto la puerta. Es Francisca, que llega de la academia. Manuel le dice:
—Anda, entra en seguida en el comedor. Si te descuidas, no te toca nada. Menudo saque que tienen ésos...
—Pero ¿qué dices?
Bibiana arrastra al chico hacia la puerta.
—Que van a oírte, chico, no digas eso.
—Es la verdad. Ya se han comido todas las cosas buenas.
Bibiana empuja a Manuel hacia la escalera. Desde la escalera dice Marcelo:
—No cierres... ¡Eh!... No cierres...
Marcelo Prats se fatiga un poco cuando sube las escaleras. Son cuatro pisos, sin ascensor.
—Estas escaleras matan a uno...
—Anda, pasa... Siéntate un poco... Voy a prepararte...
Marcelo se detiene junto a la puerta.
—Ya está ahí esa gente... Bueno, estarás contenta.
—Por los chicos, Marcelo... Anda, pasa a la habitación. Te haré un poco de café.
—Nada de café... Tengo el corazón hecho una carraca. ¿Qué beben ésos?
—Cap... Me parece que dicen cap...

—Valiente basura...
—Está fresco... Les gusta a todos.
—Los muchachos de ahora, ni beber saben... Valiente basura... Anda, trae que lo pruebe, si es verdad que está fresco.
Marcelo Prats entra en la habitación, se quita los zapatos y se tiende sobre la cama.
—Los hijos..., los hijos... Ya son los amos... Uno no puede sentarse en el comedor a leer la prensa...
—Ahora te traigo algo fresco y algunas cosas. Natalia ha hecho unos emparedados...
—Natalia, ¿eh?... Díselo a los muchachos a ver si lo creen. Coloca a tu hija... Lo que Natalia guise me lo como yo de un bocado... Si me dijeras que se ha pintado como una mona.
—Natalia no se pinta. No necesita...
—Para eso sí tiene arte. Sí, señor... Lo hace muy bien. Tan bien que no parece que va pintada... Anda, tráeme algo fresco. Tengo sed. Quiero beber. Aunque sea esa basura que beben los chicos.
Desde la cama oye Marcelo Prats el bullicio del comedor, convertido en sala de fiestas.
(—¡Hala, venga a divertirse!... Como los burgueses, como los cochinos burgueses... Venga de fiestas... Que si los chicos necesitan estas expansiones, que si es mejor que bailen en casa... Y los padres tenemos que tolerarlo...)
Marcelo Prats se estira en la cama, después relaja los músculos, cierra los ojos.
(—¡Uf...! Uno llega reventado de trabajar... Y ¿para qué? Vamos a ver... Para ganar unas pesetas... En fin, tampoco puedo quejarme, vamos tirando... Tirando, eso es, tirando... Tirando por el carro... Ya es bastante vivir en estos tiempos y sacar a los hijos adelante... Ya es bastante... ¡Ah!, y estas juerguecitas... Esperemos que esos lobos no se lo hayan comido todo, como dice Manuel. A ver si puedo probar esos riquísimos emparedados que no ha hecho Natalia... La madre, ¡qué gracia!... Bueno, ella quiere casar a la chica... Todas las madres... El destino de las mujeres... Y nada más que la chica encuentre un hombre como su padre... Sí, ¿qué pasa?... Como su padre. No quito nada...)
Bibiana entra de nuevo en la habitación. Algo no marcha bien, porque Bibiana se ha olvidado de traerle a Marcelo algo fresco para beber.
—Bueno, ¿qué te pasa?
—Los chicos no bailan.
—¿Que no bailan? Bueno, será porque no quieren. A ti ¿qué te importa?
—¿Que no me importa? Pues vaya un plan divertido. Prepara esto y lo otro, invita a las chicas, y después, las chicas se aburren porque no bailan. Pues vaya un plan... Ellas sentadas, hablando... Hablan unas con otras y miran a los chicos de reojo... Y ellos, ¿qué crees que hacen ellos?... Hablando de fútbol... Han empezado a discutir, que si el Atlético, que si el Madrid... ¿Para eso van a

una casa, a un guateque?
Marcelo se ríe de buena gana.
—Ríete encima...
—Mujer, yo no estoy encima de nadie...
—Ya me comprendes... Lo que pasa es que eres hombre. Buenos estáis los hombres. Tú, como ellos. Haces causa con ellos. Te hace gracia... ¿Qué van a decir las chicas?
—Ah, de modo que no basta que los padres organicemos las fiestas y las paguemos de nuestro bolsillo, sino que encima, como tú dices, tenemos que agarrar a los muchachos por las solapas y cortarles sus conversaciones y obligarles a bailar con las muchachas...
—¿Qué dirán las chicas?... Se están aburriendo.
—Bueno, ¿qué quieres? ¿Qué las saque yo a bailar? ¿O que les cuente cuentos?
—Tu hijo tiene la culpa.
—Eso es, tu hijo... Dile a José que coja a sus amigos por el cogote y les obligue a tomar pareja.
—Ya es gracia, ¿eh? El chisme ese, el «picú», tocando, y los hombres venga a discutir: que si el Atlético, que si el Madrid...
—Bueno, y del «cap», ¿qué hay? ¿Es que vas a castigarme sin beber porque los chicos no bailan?
Bibiana se santigua.
—¡Cristo!, qué cabeza... Ay, Marcelo, qué cabeza... Ahora mismo te traigo algo. Una quiere estar en todo...
—Y no está en nada. Anda, no olvides que tu marido paga la cuenta y no van a bebérselo todo esos futboleros...
—Ahora mismo te traigo algo... A ver si crees que lo he puesto todo en la mesa... Ya suponía que los muchachos iban a dejar limpias las bandejas. Para ti te he guardado... Ya verás...
Bibiana sale de la habitación y regresa inmediatamente. Otra vez con las manos vacías. Pero está contenta.
—Bueno, ¿qué te pasa ahora?
—¡Que están bailando!
—Ah...
—La chica esa de Laporta..., la de tu amigo... Pues va ella y sale a bailar con su novio. Y el novio dijo a los otros: «¡Venga, animarse, chicos; todos a bailar, que las chicas se aburren!...»
—Ah...
—Pero ahora viene lo bueno. ¿A que no sabes quién está bailando?
—Todos, supongo.
—Xenius, nuestro Xenius... ¿Qué me dices?... Delfina, la chiquita esa de la casquería...
—Tú le has dicho...
—¡Qué va!... Si está loca por Xenius. Siempre le anda buscando, venga a


llamarle, venga a escribirle cartas. A mí no me gusta, esta es la verdad, pero como es así, me dije yo: ésta me lo saca de sus casillas. ¡Menuda es Delfina!...

—Ah...

—Natalia no quería que la invitara.

—Claro.

—Pues ya ves, en cuanto vio entrar a Xenius y a ese chico..., a Chicho, el del primero... Xenius había bajado a ver la televisión, y yo le dije a Manuel...

—Abrevia.

—Vaya, hombre, te cuento las cosas y tú... Nada, como si estuviera hablando con la pared... Pues va y saca a bailar a Xenius, y, quieras o no, le agarró del brazo, y están bailando... No le suelta ese demonio. ¡Ya decía yo!...

—Ya, ya...

—Y el tonto de la casa, como tú dices...

—Bueno, sí, pero ¿qué hay de mi «cap?»... Aunque uno reviente de sed, si los hijos bailan...

—¡Ay, Marcelo!... Perdona, hombre, ahora te lo traigo.

Bibiana Prats vuelve a la cocina. Marcelo Prats se frota las manos.

(—A veces, las mujeres... Ellas saben de esas cosas más que nosotros... Las madres, por instinto... Y a lo mejor, no hay nada... Suposiciones... Uno oye tantas cosas... Y como este muchacho es medio tonto... Tonto, no, pero yo me entiendo... ¿Cómo dijo la chica?... Delfina... ¡La carajilla esa!...)

Otra vez entra Bibiana en la habitación, pero esta vez no trae las manos vacías. Entra empujando violentamente al señor Massó.

—Este hombre... ¡Jesús!... Este hombre...

Massó se resiste:

—Bueno, ¿qué pasa?

—¡Lo que nos faltaba!

Cuando Bibiana Prats vio entrar pasillo adelante al señor Massó, corrió a su encuentro y lo cogió por el brazo. Ahora, quieras o no quieras, le mete en la habitación donde está Marcelo.

—Lo que nos faltaba... También usted quiere juerguecita, ¿eh?... Nunca viene a estas horas, y hoy, ¡hala!, a ver qué pasa... Para fastidiar.

Lorenzo Massó no se molesta en disculparse. ¿Para qué? En efecto, no llega nunca a casa antes de las diez, pero hoy ha venido, precisamente, para asistir a la fiesta, aunque nadie le ha invitado. ¿O es que un huésped que durante ocho años ha compartido la vida de la familia no tiene derecho a participar también de todo este jaleo que ha organizado Nat?

—¡Cállese, por favor!

—¿Qué me calle?... No he dicho nada.

Los dos hombres se miran, se alzan de hombros... Marcelo saca las piernas fuera de la cama y acaba por sentarse al borde de ella. Con un gesto invita a Massó a sentarse a su lado.

—No le haga caso... Estas mujeres...

Bibiana está nerviosa:

—Perdóneme, Massó. No quise molestarle... Una, a veces, no sabe lo que dice.

—Ya, ya..., pero ahí queda eso. Donde hay confianza...

—Por las chicas, ¿sabes?

—¿Qué les pasa a las chicas?

—Preguntan... Son amigas de Natalia... Ya se sabe lo que son las chicas... Bueno, Natalia no quiere decir que tenemos alquilada una habitación. ¿Comprende? Cosas de chicas.

—Ya, ya... Cosas de las chicas.

Lorenzo Massó está decepcionado. El vino temprano para la fiesta, ¿no es así? Y le encierran en una habitación y punto en boca. Todo el mundo a callar, que los muchachos están bailando.

Bibiana dice:

—Siéntese aquí, al lado de Marcelo. Hoy no tenemos aquí ni una silla... Les traeré un vaso de... eso. De eso que toman los chicos. Ya no recuerdo cómo lo llaman.

—«Cap».

—Eso es: «cap»... Eso dicen ellos.

Marcelo Prats vuelve a calzarse sus zapatos. No hay confianza que le autorice para andar danzando por el cuarto en calcetines, delante de su huésped. Él no olvida, como Bibiana, ciertas consideraciones. Dice:

—«Cap», ¿eh?... Una lavativa, eso es lo que beben los chicos de ahora. Agua de fregar... Échele usted agua al vino, y mondas de patatas, como a los cerdos... ¿Y a eso llaman beber estos muchachos?... En mis tiempos...

—Cállate, hombre, deja tus tiempos... Siempre a vueltas con tus tiempos. Nos haces viejos... Bien, esténse aquí calladitos, como buenos chicos, y voy a traerles...

Massó protesta:

—¡Hala!, a un rincón los trastos viejos.

—Voy a traerles algo para beber y unos emparedados que ha hecho Nat... No digo nada hasta que los prueben. He guardado para ustedes los mejores.

Cuando sale Bibiana, Marcelo se ríe.

—Con un poco de suerte, puede que los probemos... ¡Digo!, si no se le pone algo por delante.

—Lo que siempre se le pone por delante son los muchachos. No sabe educarlos. Lo que ellos digan es ley en esta casa. Les maleduca, eso es. Les maleduca.

—Hombre, tanto como eso... Los chicos no son mejores ni peores que otros muchachos... Tienen sus cosas... Como todos, claro... Los chicos de ahora no son como éramos nosotros en nuestros tiempos... Otro respeto a los padres, otro aquel... Pero yo me pregunto...

Marcelo calla de pronto, y Lorenzo Massó queda sin saber lo que el señor Prats se pregunta sobre los chicos.

Bibiana regresa a la habitación. Empuja la puerta con el codo, porque tiene

ocupadas las dos manos, y coloca sobre la mesa de noche una bandeja con una jarra y tres vasos. En un frutero trae los emparedados, los fiambres, las pastas, las almendras...

—Ya no hay fuentes ni platos disponibles... Bueno, el caso es que están muy buenos. Pruébenlos ustedes... Vamos, Marcelo, toma el frutero, o lo dejaré en el suelo.

Lorenzo Massó dice:

—Los ha hecho Nat... Es buena cocinera. Buena ama de casa... Pues sí, señor, están exquisitos... Realmente buenos. ¿Qué me dice, Marcelo? Su hija tiene talento para estas cosas. No lo sabía.

Marcelo dice:

—Ni yo tampoco.

Los dos hombres se miran y sonríen.

Bibiana no recoge la ironía. Finge no enterarse. Si los hizo o no los hizo Natalia, no tiene importancia. En todo caso, a ellos, ¿qué les importa? Sirve el «cap» y les ofrece un vaso. Ella bebe también, saboreándolo.

—Está muy bueno... Muy fresco. Lo hizo José... Este chico está en todo... Una piensa que los chicos son egoístas, que piensan sólo en sus cosas, y ya ves: él mandó traer el hielo... Trajeron una barra de no sé qué bar... Después, él lo preparó. Y está bueno, pero que muy bueno.

Massó bebe su vaso.

—Sí que está bueno... Bien está que los chicos se sacrifiquen para darnos esta fiesta.

Levanta el vaso.

—Por ellos.

Bibiana Prats choca su vaso vacío con el de Marcelo y después con el de Massó.

—Menos guasa, hombre. Usted siempre lo mismo... Le molesta que los chicos se diviertan, que los chicos salgan, que los chicos vayan al cine... Y usted, ¿no hace también lo que le da la gana?... ¿Quién le pide cuentas?

—Yo no pido cuentas a nadie.

—Pero gruñe a todas horas más que Marcelo... Venga, tome otro vaso, que esto refresca.

—Eso sí, como refrescar, refresca; no puede negarse. Pero repito que esto no es beber: es ganas de lavarse la barriga.

Bibiana Prats llena otra vez los vasos, bebe unos tragos del suyo y sale al pasillo.

—Me parece que la madre está disfrutando más que los chicos... Recuerdo..., de esto hace años..., cuando los muchachos eran pequeños... Bueno, cada juguete que comprábamos a los chicos..., ¡lo que se divertía!... Disfrutaba vistiendo a las muñecas, aunque tuviera que quitarse horas de sueño.

—En esto de jugar como los chicos...

Lorenzo Massó agita el vaso para que las frutas suban a la superficie. No lo

consigue. Bebe, y después, lo más discretamente posible, mete el dedo, atrapa un trozo de plátano, un trozo de manzana...

—Está muy bueno... Decía yo que en esto de jugar como los chicos..., ¿eh?... ¿Qué me cuenta?...

Da un codazo a Marcelo Prats.

—Yo conozco a un padre que, a fuerza de jugar con un cochecito que yo había comprado para su chico, le saltó la cuerda, y los Reyes Magos tuvieron que dejar sobre el zapato del niño el cochecito roto.

Los dos sonríen.

—Si no somos un poco chicos... ¡Bah!... La vida...

Bibiana abre la puerta y llama a Marcelo:

—Ven... Ven un momento... Mira qué escena.

Sin moverse de la cama, dice Marcelo:

—Bueno, ¿qué pasa?

—Ven, hombre... Mira a los chicos...

Marcelo se alza de hombros, se levanta y va hasta la puerta. Bibiana le empuja hacia el mejor punto de observación.

—Bueno, ¿qué me dices?

—¿Qué te digo de qué?

—Pero ¿no ves nada?

—Sí, a los chicos que bailan...

—Pero, hombre, mira a Xenius... junto al pasillo... Mírale cómo baila... Y ella le está comiendo, la muy cochina... Apoya la cabeza sobre su hombro... Y él tan contento... Venga a restregar la cara contra la chica, venga a abrazarla...

—La carajilla... ¡Buena ficha la tal Delfina!...

Lorenzo Massó no comprende por qué los Prats se divierten viendo a un chico y a una chica con las caras juntas, sobándose ante la gente y comiéndose materialmente, como dice Bibiana.

(—Si los padres son unos cabrones de tomo y lomo, así saldrán los chicos. Y él, Marcelo...)

Bibiana dice:

—¡Mira, Marcelo, cómo se ríe!...

Massó piensa:

(—Y él, Marcelo... No lo comprendo.)

Que Bibiana se ría y se divierta con las cosas de los chicos, santo y bueno. Siempre tuvo a Bibiana por un poco simple. Pero Marcelo Prats... Es incomprensible. Que si él no tolera esto ni tolera lo otro, que si tal o si cual, y ahora se divierte porque uno de sus hijos y una muchacha se están abrazando descaradamente. Es incomprensible.

(—Incomprensible, vamos.)

Ahora es Marcelo quien llama a Bibiana para que mire.

—Tu hija..., la mona esa...

—Pero si es Francisca... Qué gracia, bailando también la niña... Quítate, déjame verla... ¡Hala!, ya ves... la niña...

Bibiana coge a Massó del brazo y le empuja hacia el pasillo.

—¿Qué le parece?... Nuestra Francisca, bailando... La mosquita muerta, que huye de los chicos... Ya tiene gracia... Con sus zapatos bajos y sus calcetines... La colegiala, y está bailando con un chico tan alto como José... Creo que es un compañero de José... Hay otras chicas mayores, las amigas de Natalia, y están sentadas, y la mona ésta...

A Lorenzo Massó le importa poco que Francisca baile. Le importa poco que las chicas bailen. La única que le importa es Natalia Prats.

Parece que fue ayer cuando era chiquilla y él la cogía por las trenzas para darle un beso. Ella le decía: «Cómprame patatas fritas.» Ahora, Natalia Prats no quiere patatas fritas, ni consiente que la bese. Nada de eso. Se ha convertido en una mujer y sabe mantenerse distanciada. Es natural. Lorenzo Massó no es pariente suyo. No es de la familia.

(—Pues como si lo fuera... ¡Qué caramba!... Ocho años son ocho años... De la familia, claro... Pero ahora me trata como a un extraño.)

Con las manos metidas en los bolsillos, avanza unos pasos.

(—Claro está que a los muchachos no les hace ascos... Ésos pueden cogerla y bailar con ella... Y besarla, claro... Entre chicos son naturales esas confianzas.)

Bibiana dice:

—¿Dónde va usted?

Lorenzo Massó no iba a ninguna parte. Pero ahora que Bibiana le pregunta que dónde va...

(—Sí... ¿Por qué no?... Con los chicos... A bailar un poco... ¿Es algún delito?)

Bibiana dice:

—¡Eh!, señor Massó... ¿Dónde va usted?

Un poco tarde para detenerle. Massó entra en el comedor, convertido en sala de fiestas, y habla con José.

—¿Se admite una persona que no está invitada?

José dice:

—Está usted en su casa. ¿Quiere tomar algo?

Lorenzo Massó se frota las manos:

—Gracias, José. Quiero invitaros yo... Si se admite la invitación de un viejo amigo de la familia.

Ha terminado el disco y los muchachos rodean a Massó.

Un tío simpático. Dice ser amigo de la familia y habla de convidarles.

José dice:

—Ni hablar. Es usted nuestro invitado... Nat, trae un —vaso de «cap» para el señor Massó.

—Aceptado.

Lorenzo Massó levanta el vaso y brinda:

—Por vosotros, chicos... Por la juventud.

Los chicos no contestan. No se les ocurre nada. Una de las chicas dice:

—Gracias. Y que usted lo vea.

Después se pone encarnada, comprendiendo que ha dicho una tontería. ¿Qué es lo que tiene que ver este señor?

Lorenzo Massó se limpia la boca con el dorso de la mano y, pausadamente, sabiéndose blanco de las miradas de todos, saca su cartera, aparta un billete grande, un billete verde, y mira en torno suyo.

—A ver, uno de vosotros, muchachos... Uno que baje al bar éste de la esquina... Que suba mariscos y algo para beber.

José dice:

—De ningún modo... No faltaba más... Que no, hombre, nada de eso; es usted nuestro invitado.

Massó insiste:

—¡Hala, el tonto éste!... Vas a quitarme el placer de invitaros, ¿eh?... Pues me da la gana, ¡venga!... A ver, chicos, uno de vosotros.

Lorenzo Massó habla con José y se dirige a los chicos, pero, en realidad, a quien invita, a quien ofrece el billete grande es a Natalia Prats. Sin mirarla. Sin decirle abiertamente «va por ti».

Nadie se atreve a coger el billete. No saben si deben hacerlo. Desde luego, este amigo de los Prats es un tío estupendo. Le sonríen. Natalia no sonríe. No dice nada.

Piensa:

(—El viejo imbécil... ¿Qué vendrá a hacer aquí? Él, siempre mezclándose en lo que no le importa... La culpa de todo esto la tiene mamá, por permitirle meterse en todo, por no haberle puesto ya de patitas en la calle.)

Bibiana dice desde la puerta:

—Guárdese ese billete... No lo consiento. Es usted nuestro invitado, ya lo sabe... Además, los chicos tienen de todo.

Massó guiña un ojo a los muchachos.

—¿De todo, eh? Los chicos nunca tienen de todo... Venga, muchacho.

Massó se dirige a Simplicio Roces:

—Baja al bar y sube cosas. Lo que quieran las chicas. Hay que fundirlo.

Simplicio mira al billete sin atreverse a tocarlo. Parece que las orejas se le han despegado más del cráneo. Hasta parece que le tiemblan ligeramente. Mira a José.

José dice:

—Bueno, baja al bar y sube una de coñac. Tampoco vamos a despreciar su invitación.

—Nada de una... ¿Sois hombres o qué sois? ¿Es que no sabéis beber?... ¡Si yo tuviera vuestros años!... ¡Hala, chico! Sube coñac, sube marisco...

Mira a Natalia de reojo.

—... Y si hay champán..., ¿eh, qué tal? ¿Os gusta el champán?

Las chicas dicen:

—Bueno...

—Estupendo.

—A mí me encanta... ¡Anda, qué suerte! Champán, como en los banquetes...

Lorenzo Massó mete el billete en el bolsillo de la cazadora de Simplicio y le empuja hacia la puerta.

—Tres de champán y pasteles para las chicas. ¿Hace?

Delfina Santos se adelanta y da un beso a Massó. Se ríe a voces.

—¡Anda, qué bueno! Vaya un amigo rumboso. ¿De dónde habéis sacado un tío tan estupendo?... Yo iré por los pasteles y por esas cosas... Venga el dinero, chico... Estos chicos no saben comprar las cosas. ¿Quién me acompaña?

Simplicio dice:

—Si quieres...

—Anda, si quiero... Hace falta un burro de carga... No te enfades, chico.

Otro beso para Simplicio.

—Y tú, Xenius, ¿por qué no vienes?

Xenius vacila. José Ronderos se le adelanta:

—Yo te acompaño. Aquí está otro burro de carga.

Se ríen todos.

Bibiana Prats se encara con Lorenzo Massó.

—Vergüenza había de darle, hombre, tirar así el dinero con los chicos. ¿Y es usted el que dice que los padres maleducamos a los muchachos y tal y cual? Pues sí que usted la hace buena. Pero, claro, al señor le gusta la juerga.

Las chicas abuchean a Bibiana.

—Bueno, bueno, no nos agüe la fiesta...

—Nada de protestar. Un día es un día.

Delfina le da un beso y, después, la arrastra al medio de la sala.

—¡Venga, chicos, a bailar! ¿Quién baila con la señora Bibiana?

—Pero ¿qué dice este diablo? Has bebido mucho.

José Ronderos y Vicente Puig ya están un poco alegres. Los dos se adelantan para bailar con Bibiana. Delfina Santos coge a José por un brazo:

—Tú te vienes conmigo... Ya estás andando... Y tú, Simplicio. Vamos. Antes de diez minutos estamos de vuelta.

Desde la puerta grita:

—¡Teresa, pon un «twist»!

Teresa no pone un «twist», sino un pasodoble: «España Cañí.» Y empieza a tocar las palmas. Después baila con su novio.

Vicente Puig enlaza a Bibiana.

—¡Venga, señora Bibiana, que no se diga...!

Bibiana está sofocada, pero se ríe.

—¡Ay, Cristo..., Ay Cristo..., qué chicos!...

Tina Regales saca a bailar al señor Massó.

—Pues vaya un tío con poca gracia... El capitán Araña, que embarca a todos y él se queda en tierra.

Lorenzo Massó no pensaba quedarse en tierra. Sencillamente, vacilaba antes de tomar pareja. ¿Natalia? ¿Debía bailar primero con la chica de la casa, o

invitar a bailar a otra de las muchachas? Una torpeza podía enfadar a Natalia.

(—Una chica difícil... Uno no sabe nunca cuándo acierta. Y el caso es que antes...)

Dice Tina:

—¿Sabe bailar el «twist»?

Massó sonríe.

—Bueno, chica, no lo he intentado nunca... Un poco duros están ya los huesos, pero a lo mejor... todavía se doblan.

Francisca está al cuidado del tocadiscos. Cuando Bibiana pasa cerca de ella, le tira por la falda.

—Quieta, niña... Qué chica ésta... Ya te vi bailar... Hasta los gatos quieren zapatos.

Cada vez que Bibiana se acerca a la puerta del comedor, asoma la cabeza:

—¡Marcelo!... Ven, hombre... ¡Ay, Marcelo!... Estos diablos de chicos...

Ana Camín sale al pasillo y vuelve al comedor, trayendo de la mano al señor Prats.

Todos dicen:

—¡A bailar, a bailar!... ¡Venga, que es un pasodoble!

Marcelo Prats se engalla:

—Bueno, y aunque fuera un tango... Los mocosos éstos... En mis tiempos...

Bibiana dice:

—Ya salieron tus tiempos, Matusalén... Cuidado, que los chicos van a tomarnos por un par de viejos.

Tina tropieza con Ana y le da un pellizco. Dice en voz baja:

—Anda, rica, bien te sabes ya la cartilla.

Ana se pone encarnada hasta las orejas. No importa: está bailando y puede ocultar la cara contra el hombro de Marcelo.

Marcelo baila pesadamente. Pisa a Ana de vez en cuando. Ana no protesta. Mira a Marcelo y se ríe. Marcelo se disculpa:

—La falta de costumbre, hija... ¡La de años que hace que no he bailado!...

Francisca pone otra vez la aguja al principio del disco. Nadie protesta. Manuel entra en el comedor, gritando:

—¡Ya vienen, ya vienen!...

Bibiana sale al pasillo.

—Condenado chico, qué susto me ha dado... ¿De dónde vienes? ¿Dónde están las patatas fritas?

Manuel busca en los bolsillos las diez pesetas y las entrega a Bibiana.

—Estaba cerrado.

—Ahora sí que está cerrado, pero antes... ¿Dónde estuviste?

—Viendo la tele.

—Ya me tenéis de la tele hasta la coronilla.

Busca a Chicho con la vista.

—¡Eh, Chicho!... Dile a tu madre que despache a estos zánganos cuando vayan a fastidiaros.

Manuel se asoma a la puerta de la escalera.
—Ya vienen, ya vienen... Traen dos bandejas de pasteles... ¡Hala, qué bueno!
Massó coge al chiquillo por el cuello.
—Tú eres de los que siempre llegas a tiempo.
Los tres chicos llegan cargados. Delfina dice:
—Del billete, ¡nada!... Como del difunto Fernández, nunca más se supo... Pero vaya estupendo lo que traemos... A ver, vosotros, soltad los paquetes. ¡Hasta langostinos!
José Ronderos dice:
—No son langostinos. Me parece que les llaman carabineros.
—Bueno, el nombre no importa. Están muy buenos. Vais a chuparos los dedos, chicas.
Dice Bibiana:
—¿Quieres decir que habéis gastado las mil pesetas?
—Ni cinco céntimos han sobrado. ¡Venga!, quitad esas fuentes... No, no, dejadlas... Están limpias. Vamos a poner esto.
Bibiana Prats mira al señor Massó y abre los brazos. Se alza de hombros. Dice:
—¡Cristo! qué chicos.
Lorenzo Massó se siente alguien. Por mil pesetas ha comprado la simpatía de los muchachos. Ahora es el amo.
—Bueno, a beber y a bailar. ¡Venga alegría!...
Acaba la frase canturreando:
—¡Venga alegría, señores, venga alegría... Quiero bailar!
Dorita dice a Tina:
—Anda, qué hombre más majo... ¿Está soltero?
—Soltero o malcasado, vete a saber... Hace mucho tiempo que vive con los Prats.
—¿No es de la familia?
—Creo que no. Lo tienen como huésped.
—¡Anda, qué bueno!... Y tira así el dinero... A ver si entre él y Natalia...
—Ni lo pienses. Buena es Natalia... Pica más alto... Bueno, yo no sé si él... ¡Vete a saber!... La conoció de chica y, a lo mejor... Pero ella, ¡qué va!... Pica mucho más alto.
—Pues él la está comiendo con los ojos.
—Pero fíjate en ella. Ni se entera... Hay que ver cómo le miró cuando sacó el billete para invitarnos...
—Disimula.
—¡Ni hablar!... Pica más alto.
—Pues el hombre lo hace todo por ella.
—¡Bah!... Puede ser... O será que le gusta divertirse. Cuando los hombres son así... quiero decir mayores, tienen que soltar la pasta sí quieren alternar con los muchachos. Y éste lo sabe.

—Pues es muy majo, chica. Y si maneja...

—Como está soltero y solo, a poco que gane...

Bibiana dice:

—A ver, vosotras, chicas... ¿Qué hacéis ahí sentadas en un rincón? Tomad esto, que está muy bueno.

Manuel se mete entre ellos.

—Son soldados de Pavía, es bacalao rebozado. Lo dijo José.

Bibiana coge al chico por un brazo y le aparta de las bandejas.

—Tú, a callarte, mocoso, que nadie te ha dado vela en este entierro. Me fastidian los chicos entrometidos.

Marcelo la incita:

—Pues dale un pescozón, a ver si se calla. Va a ponerse malo de comer tanto. Estos chicos no tienen tino.

Lorenzo Massó levanta una botella.

—Y esto, ¿qué? ¿No os gusta?... ¿Abrimos o no abrimos el champán?

Todos dicen que sí y preparan sus vasos.

Domi González cuenta:

—Una vez, en una boda bebimos el champán... Pusimos las copas unas encima de otras y, al echarlo, corría de una a otra como una fuente de esas de los jardines.

El primer taponazo es recibido con gritos y risas. Todos presentan sus vasos. Domi González moja los dedos en el líquido vertido sobre la mesa y se moja el pelo:

—Es buena suerte, ¿sabéis?... Yo lo vi en el cine.

Otro taponazo. Más gritos y más risas.

Un disco rayado repite sin cesar:

«Esperanza, por Dios... Esperanza, por Dios... Esperanza, por Dios... Esperanza, por Dios...»

Natalia grita a Teresa:

—¡Quita ese disco!... Me pone negra.

Teresa Laporta baila con su novio. Ni se enteraba de que el disco repetía lo mismo.

—Chica, Francisca, vaya un modo de cuidarlo... Déjame a mí, déjame a mí... Pues vaya un modo de cuidarlo.

A Lorenzo Massó le agradaría bailar con Natalia. Dos o tres veces está a punto de decidirse. No se atreve... Pero si no la saca a bailar es posible que no se lo perdone.

Bueno, Natalia dice que sí. Baila con Massó. Bailan todos. Hasta Manuel, que baila con su madre, agarrándola por la cintura. Los viejos y el muchacho lo bailan todo como pasodoble.

Ahora han puesto un «twist». Justo Molino y Dorita Gil bailan bien el «twist». Todos los miran y se van apartando, dejándolos solos. Tina Regales dice a su pareja:

—Pues el «twist», nada... Ahora viene empujando el «Madison».

Marcelo dice:
—Azotar y dar en el cu...
Se calla de pronto. ¡Vaya, estuvo poco afortunado en su comentario! Sonríe. Se agarra a Bibiana.
—Pues yo bailo con mi novia ahora.
Bibiana Prats es feliz. Marcelo Prats es feliz. Lorenzo Massó..., pues sí, se siente contento. Algo le costó la fiesta, pero ¿qué? ¿No está disfrutando?
Una de las chicas dice:
—¡Qué barbaridad! Las doce... Tengo que irme... A una se le pasa el tiempo...
Simplicio Roces mueve las orejas. Las tiene rojas como un tomate. Ha bebido mucho. Dice:
—¡Jolín!... Ahora que empezábamos a divertirnos...
Da un codazo a la chica:
—... porque siempre es ahora, ¿eh? cuando viene lo bueno. Cuando uno está ya un poco..., ¿eh?...
José Prats coge a Simplicio Roces por un brazo y le lleva hasta la puerta.
—Bueno, sí, ya está bueno... Estás mareado... Anda, vete ya a casa, que mañana tenemos que madrugar.
—Sin empujar, ¿eh? Sin empujar... Déjame despedirme antes de marcharme. Simplicio Roces, servidor de usted. Simpli...
—Vamos, Simplicio.
—Sin empujar...
Rafael García comenta en voz baja con Tina Regales:
—Los viejos lo han fastidiado... Pues vaya un guateque, chica... Oye, ¿vamos a bailar a «Las Palmeras»?
—Yo, no. No me dan permiso.
—Bueno, te acompaño hasta tu casa.
—Ya estoy en ella. Vivo en el segundo.
—Pues te acompaño hasta el segundo.
—No es necesario.
—Para que no tengas miedo. Ya apagaron la luz de la escalera...
Las chicas y los chicos se marchan juntos, alborotando. Cuando cierran la puerta, Bibiana va al comedor a recoger las cosas.
—No..., mañana... Lo dejaré para mañana. Hoy me da pereza... Esto parece un campo de batalla... Digo yo, Natalia... ¿Oyes, Natalia?...
Mira en torno suyo. No hay nadie. Ha quedado sola.
—Eso es, todos a la cama y ahí queda eso... Pues yo no recojo nada. Mañana será otro día.
Vuelve a mirar alrededor.
(—¡Hala, todos a la cama!... Donde come el cerdo, allí deja el duermo... Hasta Marcelo corrió a la cama. El viejo zorro... Pues bien se ha divertido... ¡Anda, que proteste ahora!)
Bibiana Prats recorre la casa, cerrando los grifos, apagando las luces. Deja

abierta la ventana del comedor para que se ventile. El aire está irrespirable.

(—Pues lo que gusta son los comentarios después de una fiesta, pero estos chicos..., ¡nada!... Cada mochuelo a su olivo. Y ahí queda eso.)

La luz del cuarto de Natalia aún está encendida, pero Bibiana no se atreve a molestarla.

Entra en su habitación, se persigna ante el crucifijo que hay en la cabecera de la cama y empieza a desnudarse.

Marcelo duerme o finge dormir, vuelto cara a la pared.

—Bueno, ya ha pasado todo... Hemos cumplido y... bueno, los muchachos se han divertido... Y nosotros también, ¿verdad, Marcelo?... Estuvo bien la fiesta... ¿Te has fijado en Massó?... Como un chiquillo... Disfrutó de lo lindo... Su dinero le ha costado. ¡Viejo loco!...

Pausa. Marcelo no dice nada.

—¿Y Xenius?... ¿Qué me dices de Xenius?... Anda, ve a decir tú ahora que si es tal y si es cual... Ya sabía yo que Delfina, la chiquita esa de la casquería, me lo sacaba de sus casillas... Le dijo... ¿Oyes, Marcelo?... Cuando estaban despidiéndose, va y le dice: «Mañana vete a buscarme para ir al cine. Yo tengo dinero»... Bueno, ya veremos en qué para esto... Son unos chicos... Supongo que nuestro Xenius no se dejará atrapar por esa lagartija...

Otra pausa, Marcelo no dice nada.

—En cambio, Nat... No comprendo lo que le pasa a esta chica. Siempre está ausente. Las amigas tuvieron que notarlo... ¿No te has fijado?... A Natalia le pasa algo... Digo yo: si la fiesta no le importaba, ¿para qué anduvo metiendo los perros en danza?... ¿Sólo para cumplir con las amigas?... Porque está claro que a ella no le importaba.

Pausa. Silencio.

—Yo digo..., ¿oyes, Marcelo?...

Bibiana Prats se mete entre las sábanas, estira las piernas... De pronto, Marcelo se vuelve hacia ella y la agarra fuerte...

—¡Ay, Marcelo, qué susto!... Creí que dormías... Quita las manos, no me aprietes tanto...

—Calla, mujer... Vamos a continuar la fiesta.

—Marcelo, estás borracho.

—Un poco alegre. ¿Y tú?...

—Yo... ¡Ay, Marcelo!... ¡Déjame sacar el brazo, por favor!... Vas a partirme el brazo.

—¿Cuánto tiempo hace que no bailábamos, Bibi?... Todavía somos jóvenes, ¿eh?... Todavía estamos de buen aquel.

Llaman a la puerta de la habitación.

Bibiana se incorpora. Enciende la luz.

—¿Quién llama? ¡Eh! ¿Qué pasa?

Del otro lado de la puerta llega la voz de Xenius:

—Madre... Madre... Es Manuel... Está malo... Ha vomitado.

—¡Cristo!... Lo que yo decía... Ese chiquillo... No hacía más que tragar y

tragar... Estaba visto...
Marcelo Prats dice en voz baja:
—¡El carajillo ese!... Lo que nos faltaba.
Bibiana Prats se tira de la cama. Busca su bata. No la encuentra. Se pone el vestido y sale al pasillo.

III

Bibiana Prats acaba de redondear el hueco de la patata y lo contempla un momento, posiblemente sin verlo. Su pensamiento anda ahora un tanto alejado de su trabajo:
(—La que me preocupa es Nat... Vaya si me preocupa... Algo le pasa... Claro, como nunca me cuenta nada... Un Juan Palomo: yo me lo guiso, yo me lo como... Tan suya siempre... Cualquiera le pregunta nada a esta chica... Y me preocupa... ¡Vaya si me preocupa!... ¿No ha de preocuparme? Una no es de piedra... Digo yo.)
La patata, excesivamente horadada por el molde agresivo que Bibiana empuña, se parte en dos.
(—Vaya, la hemos fastidiado.)
Ya no sirve para rellenarla y Bibiana la arroja en el barreño que tiene a sus pies. Toma otra patata.
(—La estuve observando... Siempre en las nubes. Mientras todas bailaban, ella en las nubes... ¡Ah, se creía ella que yo no miraba!... Lo que a mí se me escape... Una madre es una madre y ve las cosas...)
Otra patata partida.
(—¡Vaya!, otra que no sirve...)
Bibiana Prats contempla la patata unos momentos y, al fin, la arroja también al barreño.
(—Protestan, claro... Los chicos protestan de las patatas... ¿Rellenas de qué?... Pues de lo que se rellenan las patatas, mira qué gracia... Y algunas tienen suerte con sus hombres. Todo está bien. Como si ellas tuvieran mano de santo. Pero éstos... Claro, como ellos no van al mercado... Madre, ¿de qué están rellenas estas patatas?...)
Bibiana sonríe pícaramente. Bien sabe ella que las patatas tienen poca carne. Poca carne y mucha cebolla y mucho tomate.
(—¡A ver!... ¿Es que se puede hartar una de carne al precio que está ahora?... Pues no, señor... ¿Entonces...?)
Pero los hombres protestan. A ellos les gusta «morder», según la expresión gráfica de José. Y la verdad es que en casa de Marcelo Prats se muerde muy poco. Un plato de comida bien condimentada, eso sí, porque Bibiana sabe guisar. Y después un poco de fruta. Los domingos, el plato único se sustituye por una sopa o un plato de verdura o de entremeses a base de verduras, según la época, y las patatas rellenas, que gustan a todos.
Aunque José pregunta siempre de qué están rellenas para hacer un chiste,

que va perdiendo éxito por lo gastado. Un día hasta se atrevió a decir: «Madre es como Dios: saca las cosas de la nada.» Todos se rieron, menos Francisca. Francisca no dijo nada, ni se rió. Después, inesperadamente, se echó a llorar.

(—¡Ay, los hijos!... Quién comprende a los hijos... Una los lleva en el vientre y los amamanta, una los cría y los cuida, les va enseñando a hablar y a rezar, y hasta a pensar, digo yo... Porque todo se lo enseña una cuando son chicos... Y de pronto, ¡hala!, se nos escapan. ¡Vaya usted a saber por dónde!... No sabemos nada de ellos. Ni por qué se ríen, ni por qué lloran... Ni lo que piensan.)

Bibiana toma otra patata de la fuente y empieza a horadarla.

(—Lo dice Marcelo... Y el caso es que mi madre decía lo mismo. Y yo... nada. Pues nada, no pensaba nada... ¿O sí?... Bueno, en realidad, nada grave, claro... Sólo que... eso, hubo una época en que me parecía... no sé..., que nadie me comprendía, que todos eran extraños, que yo era diferente de las personas. Y me sentía desgraciada... Todos en esa época de la vida pensamos... Digo yo que todos pensarán lo mismo... Una empieza a darle vueltas a las cosas, y venga a darle vueltas... Una empieza a ver la vida tan diferente de como se la había imaginado...)

Otra patata se le parte.

(—Si seré torpe. A este paso... Y Francisca está en esa edad... Que si ahora descubre esto, que si ahora lo otro... Que si todo parece sucio en la vida... Y los hermanos que se burlan de ella... Estos muchachos... Y Natalia, la primera... Natalia, ¡qué chica! Ésta es la que me preocupa. Nunca sabe una...)

¡Zas! Otra vez se le parte en dos la patata. O porque las patatas están heladas, son de mala calidad y se abren fácilmente, o bien, esto es lo más probable, porque Bibiana, distraída, las va horadando más y más y más, hasta que las patatas se le parten de tan finas como las deja.

Tan pronto como arroja la patata en el barreño vuelve a recogerla y, con ella en la mano, recorre toda la casa buscando algo que no encuentra.

Ese algo es una bobina de algodón blanco que, después de su inútil recorrido por la casa, va a encontrar en la cocina, donde debió buscarla desde un principio, porque la tal bobina de hilo está en el cajón de la mesa, junto al sacacorchos, el abrelatas, la ruedecilla de cortar pasta y un cuchillo sin mango, que Bibiana nunca se decide a tirar al cubo de la basura.

(—De cualquier modo, quedan mejor atadas mientras cuecen... No se les sale el relleno.)

Pero ahora, al parecer, falta otra cosa importante, porque Bibiana sigue buscando en el cajón de la mesa.

(—Las tijeras... ¡Cristo!, las tijeras... ¿Dónde habré puesto yo las tijeras?...)

Mira a todas partes... No, no están colgadas por las paredes, ni en la ventana, ni en el bolsillo del delantal...

(—¡Ya está!... En el costurero... Si seré tonta.)

En el costurero. En fin, en lo que Bibiana ha dado en llamar el costurero, con gran regocijo de los muchachos, que nunca se deciden a llamar así a la

caja de zapatos del señor Prats, en la que Bibiana guarda los hilos y los botones.

Bibiana Prats prepara las patatas, coloca una cazuela sobre la cocina y abre la ventana para buscar una cebolla en la fresquera.

(—... Eso, la refrigeradora, o como sea, eso es lo que necesitamos; pero este hombre, que si antes no se usaban esas cosas, que si es un lujo...)

Desde el tercer piso, alguien la llama y le dice:

—Trabajando, ¿eh?

Es Mauricia Villar, la señora del practicante.

—¡A ver!... Qué va a hacer una... Como siempre. Los chicos quieren comer todos los días.

Las dos se ríen.

—Una está mejor sin chicos, ¿verdad, usted? Yo le digo a mi Vicente: ¿Para qué queremos chicos, para fastidiarnos?

—Cuando vienen...

—Ya ve usted: el pasado domingo fuimos a Aranjuez. Y si hoy no vamos es porque llueve.

—Claro, claro...

—Yo le digo a mi Vicente: «A pasarlo bien, que la vida es breve.»

—Sí, desde luego...

—¿Ha visto usted la moto de mi Vicente?

—Pues no, no...

—Es estupenda. Vamos a ponerle el «saicar» ese, o como se llame, que ahora todo son palabras raras... Vicente la necesitaba para ir al Seguro. Y, de paso, una... pues ¡a aprovecharla!

—Claro...

—Ahora, ¿sabe?, Vicente dice que quiere comprar un coche. Un utilitario... Gastan poco... Cuando se lo den venderá la moto.

—Ya...

—¿Ustedes no van al campo?

—Pues no... Los chicos...

—A mí me gusta a rabiar. ¡Vaya bien que se pasa!

—Desde luego... Si me permite, Mauricia, voy a apartar el aceite del fuego...

—Vaya usted con Dios.

Bibiana aparta la cazuela del fuego y vuelve a la ventana.

—Y usted me perdone. Se me quemaba.

—Ya. A mí el otro día se me quemó por causa de la loca... Oiga, está bien la loca, ¿eh?... Qué bien trabaja... Y la novela tiene misterio.

—Mucho misterio.

—¿A usted no le gusta?

—Vaya si me gusta... Los chicos se ríen porque me gusta...

—No les haga caso. ¡Qué saben los chicos!... Oiga, yo el otro día lloraba a lágrima viva... ¡Vaya lo que se llora con esta novela!... Porque está muy bien.

—Muy bien.
—Y hay mucho misterio... Todos creen que en el castillo hay un fantasma.
—Pues ya se sabe...
—¡Ca! No, señora... ¿Quién va a figurárselo? Nadie sabe que la chica es hija de la loca... Oiga, ¿quién será la loca?
—Yo no sé... Hay tanto misterio... Si la muchacha es nieta de la vieja, pues la loca será su hija.
—¡Claro que no! Si fuera su hija, no la ocultaría, digo yo... Para mí que es una mujer del pueblo que tuvo la niña con el señor del castillo. ¿No le parece?
—Sí, será eso.
—Pues vaya un lío eso de enamorarse del hijo de la señora...
—Sí, es un buen lío.
—Ahora se pone muy interesante... Oiga, y cuando llueve y cuando nieva, y ellos en el bosque...
—Sí, cuando nieva, ¿eh?...
—Fermina, la mercera... Usted la conoce... Sí, mujer, la que tiene un puesto de hilos en la puerta del mercado... A la derecha, según se entra...
—Ah, sí..., a la derecha...
—Pues ¿sabe usted lo que dice?... Que no es hija del dueño del castillo, porque, ¡a ver!... ¿Cómo va a terminar la novela si no puede casarse con el chico?
—¡Ah, claro!... Tiene razón.
—Fermina es muy lista... Ahora está muy contenta con su transistor. Tiene un transistor precioso. Le ha costado dos mil seiscientas pesetas, pero, mire, es la gran cosa... A ella le hace un gran servicio. Antes, la pobre Fermina, al dar las once, tenía que dejar el puesto en manos de la chica de la huevería y subir a casa para no perderse el serial. Ahora, con el invento ese de las pilas... ¡Las cosas que se inventan!... Si los muertos levantaran la cabeza y vieran cómo está el mundo...
—Diga que sí... Lo malo es que se inventen tantas cosas para matarse. Las que tenemos hijos...
—¡Quite allá! Si se arma la gorda, no se salva nadie... Los soldados..., eso era antes... Ahora, ¡paf!, sueltan una bomba y desaparecemos todos.
—No me diga, por favor. Una vive en constante sobresalto.
—¿No ha visto usted «La Humanidad en peligro»?
—Pues no...
—No deje de verla. Es estupenda... ¿No se acuerda usted de «La Marabunta»?
—No, no la he visto. Una como tiene...
—Aquello no era nada... En esta película hay hormigas gigantes como aviones... Parece que esas explosiones y esos gases que andan probando engordan a las hormigas y las hacen gigantes. Y las hormigas, claro, devoran a las personas...
—¡Jesús!... Dios nos ampare.

—Oiga, es una película de suspense... ¿Usted no va al cine?

—Alguna vez, con Marcelo... Pocas veces, porque a él no le gusta.

—A mi marido tampoco, pero yo voy sola... Ahora, las mujeres vamos solas a todas partes. ¿Que el marido no quiere acompañarnos? Bueno. ¿Que no puede? Bueno... Pues, hija, no va a estar una mano sobre mano, aburrida en casa.

Bibiana Prats va a decirle que ella nunca se aburre, que el cuidado de la casa y de los chicos no le deja tiempo para aburrirse, que, por otra parte, ella no disfruta si no va con Marcelo o con los chicos. Pero Mauricia Villar no la deja hablar. La opinión de Bibiana no le interesa.

Apunta tímidamente:

—Una, como no tiene...

—Yo voy todas las semanas al Chamberí y al Voy y al Quevedo. Están cerca y por cuatro o cinco pesetas ve usted el No-Do y dos películas. ¡Y vaya películas!... Yo siempre llevo dos o tres pañuelos, porque una de ellas casi siempre es de llorar. Y una se pone... ¿A usted no le da rabia que la vean llorosa cuando se enciende la luz?

—Sí, me da rabia.

—Una rabia tremenda. La miran a una como diciendo: «Ésa es una tonta, una sentimental»... Como los chicos de ahora no lloran nunca. Los chicos de ahora se burlan de todo. A ellos les gustan esas películas en las que no pasa nada. ¡Pues vaya tostón!... El otro día fui con mi Vicente a ver una película que se llama «El empleo». Un tostón, hija... Como aquélla, «El techo». ¿Usted la ha visto?

—Yo...

—Pues, mire, por el estilo. Aburridísimas. ¿Para eso va una al cine?... Digo yo...

Otra vecina se asoma al patio, interrumpiendo la conversación. Pregunta a Mauricia:

—Señora Mauricia, ¿puede usted prestarme una cabeza de ajo? Ayer fui al mercado, compré de todo y me olvidé lo más importante. Ya ve, siempre me olvido de algo, y el domingo, todo cerrado. Y mi Bernabé, pues, nada, que sin ajo no hay sopa... Ya sabe, los hombres... Cuando les da por una cosa... Si me presta usted una cabecita...

—Sí, mujer, con mucho gusto... Una cabeza no tengo, porque tampoco he comprado ayer, pero le daré tres o cuatro dientes para que se arregle. Quien reparte lo que tiene, ¿verdad, usted?...

—Bueno, pues ahora mandaré al chico. Y gracias, oiga. Ya me lo dije yo: «Si la señora Mauricia tiene una cabeza de ajo, es como si la tuviera yo», porque usted es muy servicial, señora Mauricia, que todos lo decimos.

Mauricia sonríe y se ahueca el pelo.

—¡Bah!, para eso estamos los vecinos, ¿verdad, usted? Pero me ha encontrado en casa por casualidad.

Mauricia Villar saca medio cuerpo fuera de la ventana y mira al cielo.

—¡Qué asco de tiempo!... Venga a llover... Nosotros pensábamos ir al campo. Mi Vicente...

—Pues anda, que si no la encuentro...

—¿Ha visto usted la moto...?

—Mi Bernabé no puede tragar la sopa sin ajo. Dice que el ajo lo arregla todo. Guiso sin ajo, guiso perdido.

—Al mío no le gusta. Dice que el ajo es muy ordinario. Después se eructa y uno huele a ajos. Por eso nosotros...

Martina Barcia se pica. Vaya un modo de llamarles gente ordinaria. Dice:

—Claro, sí, eso digo yo, que a mí no me gusta. Pero mi Bernabé, que es un hombre leído y de mucho mundo, ¿sabe lo que dice? Pues que Carlos Quinto, el emperador, ése de la Historia y de las películas, pues dice, ¡fíjese usted!, que se volvía loco por comer ajos. Que, para él, un guiso sin ajos, nada, que no lo tragaba...

—Un rey comiendo ajos, como un cualquiera.

—Eso digo yo, pero Bernabé que sí, que a los reyes también les gustan, y que quien sabe cocinar aprecia los ajos.

—Mi Vicente no los traga. Tiene un paladar muy fino. A él le gustan las cosas buenas. Caprichos, tonta... ¿Ha visto usted la moto de mi marido?

—¡Anda! quién no la ha visto... Muy maja, sí, señora. Salud para disfrutarla.

—Y que usted lo vea... Para nosotros es muy necesaria. Mi Vicente la necesita para ir al Seguro. Y, además, como nos gusta tanto salir al campo. ¿A ustedes no les gusta salir al campo?

—Vaya si nos gusta. Pero los chicos...

—Pues ya ve lo que vale no tener chicos. Nosotros vamos a todas partes. Ahora, mi Vicente quiere comprarse un coche de esos utilitarios. Gastan poco...

Bibiana Prats se retira de la ventana, aprovechando el diálogo de las dos mujeres.

Vuelve a colocar la cazuela sobre la parrilla y abre la llave del gas.

(—Y dale con el campo, y dale con el coche... Y venga a restregarnos por la cara el coche... Y éstos lo compran, ¡vaya si lo compran! Menuda gente... Yo no sé de dónde saca la gente tanto dinero... Una se administra, una está siempre mirando por la peseta, y nada, no luce. Y otras, de un duro hacen dos y todavía les sobra. Y los hombres, venga a meter en casa dinero. Pero Marcelo...)

Llaman a la puerta.

Bibiana sale al pasillo y grita:

—¡Natalia!... ¡Natalia!

Nadie contesta.

(—Todavía en la cama. ¡Qué chica ésta!... Y una, ¿qué va a decirle? Madruga todos los días, trabaja todos los días, y el domingo le gusta estar en la cama. Y una, ¿qué va a decirle?... Después, que si una riñe por todo, que si les amarga la vida...)

Se limpia las manos en el delantal y sale a abrir la puerta.

—¡Cristo!, ¿qué te pasa, chico? ¿Qué tienes?

Manuel está sentado en un peldaño de la escalera, apoyado en el pasamanos. Tiene la cara y la camisa manchadas de sangre.

—Pero, hijo, ¿qué te pasa? ¿Te has caído?

Manuel llora en silencio, limpiándose la cara con la manga del jersey.

—¿Te ha pegado alguien?

Manuel no contesta.

Bibiana levanta al chico y le mete en casa.

—A ver, ¿qué tienes?... Una no gana para sustos con estos hijos... Venga, quítate las manos de la cara, que yo te vea.

Con el delantal le limpia la cara. Al parecer, no es gran cosa. No hay heridas.

Manuel empieza a llorar y a patalear, más de rabia que de dolor.

—¿Podrás estarte quieto a ver si te veo?...

Al abrir la boca, Manuel enseña el hueco de un diente.

—¡Ah, vamos!... El diente... ¿Quién te ha roto el diente? ¡Contesta! Vamos, contesta, ¿te has quedado mudo?

Bibiana sacude al chico por un brazo.

—¡Contesta! ¿Te has caído? ¿Te han pegado?... Te has peleado con alguien, como si lo viera.

—Él me pegó.

—¡Ah, vamos!... Él te pegó... Entonces hubo pelea.

—Él me pegó.

—¿Quién es él?

—Jorge, el chico del garaje.

—¿Otra vez ese camorrista? Pues la ha tomado contigo, hijo. Algo le habrás hecho.

—Nada.

—Entonces te pegó así porque sí...

—Porque quiso... Me dijo cosas... Me llamó gallina porque corría... Y yo...

—... te cagaste en su padre, como si lo viera. Es una costumbre muy fea que tienes.

—El es muy grande, tiene mucha fuerza.

—Ya lo sabemos. En este mundo, el pez grande se come al chico. ¡Vaya una noticia!... Y como tú eres tonto... Pues a ver si te apartas de ese chico cuando le veas, o le cascas tú a él. Me dan ganas de ir a ver a su madre, pero es tan tonta que, a lo mejor, ni me recibe siquiera...

De pronto, Bibiana Prats recuerda algo que la sobresalta. Empuja al chico hacia la cocina.

—Anda, y no le digas a tu padre que te pegó Jorge... No quiero oírle... Ya sabes que tu padre toma las cosas...

Bibiana lava la cara al chico en la pila de la cocina. Le quita la camisa, manchada de sangre, y la mete en el cesto de la ropa sucia.

—Ponte el jersey, que ahora voy a coserte y a plancharte la camisa azul... Pero ¿qué haces ahí, condenado chico?

—Quiero una patata.

—¡Quiero una patata! ¿No ves que no cocieron todavía? No te duele mucho la boca...

Bibiana aparta al niño de la cazuela y le lleva hasta la mesa. Busca en el armario un vaso y una botella.

—Toma, lávate la boca con agua y vinagre. Es muy bueno para...

—¡No quiero vinagre! Después me duele...

—El vinagre es bueno.

—¡No quiero vinagre!

Bibiana empuja al chico hacia el comedor.

—¡Chist!... Ven aquí... Voy a darte un poco de coñac, que eso sí te gusta. Pero no lo tragues. Déjalo en la boca.

Bibiana saca una botella del aparador y busca una copa, la más pequeña que encuentra.

—Pues ya ves, hijo, Jorge te hizo un servicio... ¿Cuántas veces te dije que iba a atarte un hilo para quitártelo?... Si los dientes de leche no caen a tiempo, después los otros salen torcidos... ¿No ves a Xenius con un diente montado?...

—¿Qué le pasa al chico? ¿Se ha mareado?

En la puerta del comedor está Marcelo Prats en mangas de camisa, con los pelos revueltos, recién salido de la cama.

—Un momento, Marcelo; ahora te pongo el agua caliente para afeitarte.

—¿Qué le pasa al chico? Ya le oí llorar.

—Se le ha caído un diente.

—¡Vaya, hombre!

Marcelo Prats mete la mano entre los pelos del muchacho y le frota la cabeza en una caricia brusca.

—¿Y por eso te da tu madre una copa de coñac? Buen negocio, hijo... A ver, Bibi, que también yo perdí un diente esta noche. Pero a mí una copa grande, que mi diente no era de leche y me ha dejado un buen bache. Hay que emborracharlo.

—Mejor será que tomes el café, Marcelo... Ya es tarde, pero un poco de café caliente te entona el cuerpo.

—Nada de café, ¡coñac!... Hay que brindar por el diente.

Bibiana llena una copa para Marcelo y echa un poco de coñac en la de Manuel. Los dos chocan la copa y se la beben de un trago.

—¡Por tu diente, hijo!

—Marcelo, vas a coger frío, no andes así. Ponte la chaqueta. En enero, por los saldos, a ver si puedo comprarte un albornoz bueno. Lo necesitas.

—Déjate de albornoces ni de tonterías, que no soy un moro.

—¿Por qué no buscas en la tienda un retal de paño...? Bueno, de algo que ya no se venda.

—Lujos, tonterías... No necesito un batín para saltar de la cama. Ya te lo he

dicho.

Vuelve a meter la mano entre los pelos del muchacho.

—Hoy no hay paseo, Manuel, que está lloviendo. ¿Por qué no te llevas a tu madre al cine?

—Tú, Marcelo...

—Yo no voy al cine, de sobra lo sabes. Yo no estoy a la puerta de un cine como un mendigo, esperando que otros salgan para entrar yo. Y los otros, los de lujo, no hay quien los alcance.

—Si vamos a la primera...

—Vete con el chico. Yo tengo que ver a Marcial para un asunto nuestro. ¿Dónde está José?

—Ya se fue... Se fueron todos.

—Menos Natalia... Ésa estará en la cama. Le gusta la cama.

—Como a ti, Marcelo... Trabaja toda la semana y si un día se queda en la cama... Quien trabaja tiene derecho a descansar un día.

Marcelo iba a decir algo, pero se calla. Tal vez, Bibiana tenga razón. En realidad, no tiene motivo para quejarse de los muchachos.

Se va por el pasillo, cantando entre dientes. Desde el cuarto de baño dice:

—Tráeme el agua caliente.

IV

Cuando el hombre se inclina sobre Bibiana Prats y la toma del brazo para ayudarla a subir al coche, Bibiana Prats siente algo muy parecido a un mareo. Una sensación rara, como si estuviera flotando sobre el aire, alejándose de la tierra. Sensación rara, sí, pero de ningún modo desagradable.

Piensa, aturdida:

(—No comprendo nada...)

Sí que comprende... Empieza a comprender. El hombre que la acompaña ha pagado al tendero los comestibles que ella acababa de comprar en aquel puesto del mercado —136 pesetas con ochenta céntimos, exactamente— y ahora la toma del brazo y la ayuda a meterse en un coche que, al parecer, les aguardaba a la puerta. ¿No es así?

Sí, señor, así es. Todo esto es tan cierto como que ella se llama Bibiana Prats y lleva aún en su bolso la cantidad de dinero que habría invertido en el mercado. No está soñando.

(—¿O estaré soñando?... A veces se ven las cosas así, tan claras... Como ahora, vamos... Una está en casa y en la calle... Todo lo ve claro... Y cuando una despierta...)

A Bibiana Prats le gustaría despertar en este momento, como le ocurre en sus sueños de angustia, cuando hace esfuerzos para despertar y quiere moverse y no puede. Pero se mueve, indudablemente, porque Marcelo le dice: «Estáte quieta, coño.» Ahora le gustaría que Marcelo la despertase, aunque este sueño no es desagradable. Pero está inquieta.

(—No puede ser un sueño, claro... Estoy aquí, en el mercado, y hay gente, y yo recuerdo que esta mañana... Bueno, esto no quiere decir nada, porque cuando una sueña... ¡Anda, qué gracia! ¿Y si estuviera sueña que te soñarás y, de pronto, me despertara Marcelo y tuviera que tirarme de la cama para despertar a los chicos?)

Se palpa toda, con disimulo, esperando encontrar alguna prueba de que está despierta, de que todo está sucediendo en la vida real y no en sueños. Pero resulta que esto también lo ha hecho alguna vez durante el sueño y después se reía al despertar.

(—¡Qué cosas pasan!)

Intenta situarse en la realidad.

Bien, está aquí, en el mercado. Tiene puesto su abrigo de paño gris-ratón, bastante usado, el que se pone para venir al mercado. Y el pañuelo de seda, verde y amarillo, que Marcelo le ha regalado el último aniversario de su matrimonio. Calza sus zapatos bajos «para trotar». En el bolso del abrigo está el llavero con las llaves de su casa, la cartera con el dinero y un pañuelo blanco. ¡Ah!, y el botón de la chaqueta de Manuel. Tiene que coserselo al mediodía, cuando Manuel regrese de la escuela. En la mano, bien agarrado por lo que vale, el bolso de plástico de la compra, repleto de comestibles.

(—¡Qué gracia!... Esto es lo bueno.)

Estos comestibles los ha pagado, ante sus ojos, el hombre que ahora la ayuda a subir y a acomodarse en un coche negro, y la trata como a una verdadera señora.

—Por favor, el abrigo... Eso es... Cuidado con la puerta... Siéntese cómodamente... ¡Ajajá!... No, el bolso déjelo en el suelo... Más cómoda, ¿verdad?

Bibiana está aturdida. Más aturdida cada momento. Empezaba a poner orden en el sueño, o lo que sea, pero la gente empieza a aplaudir, y el aplauso vuelve a desconcertarla. Es ahora, realmente, cuando no comprende nada.

(—Porque si este hombre...)

Otro aplauso. Muchos aplausos. Aplaude toda la gente que rodea el coche. Y el hombre sonríe.

Un muchacho dice:

—¡Viva!...

(—Viva, ¿qué?)

Lo que sea. El caso es que la gente sigue aplaudiendo y parece divertirse mucho.

Una mujer se acerca al coche y le dice algo que ella no comprende. Y se va con prisa. Otros chicos gritan:

—¡Viva!

—¡Viva!

Por fin, alguien dice algo concreto. Posiblemente, el tendero que le vendió los comestibles:

—¡Viva «La Vaca Roja»!

El hombre que acompaña a Bibiana Prats acaricia los cristales del coche y hace gestos con la mano, agradeciendo aquella manifestación espontánea de simpatía.

El coche arranca. El hombre se inclina hacia el conductor.

—Oye, Juan, vamos aprisa, que llevamos diez minutos de retraso. Baja por Santa Bárbara y para el coche en la esquina... Esto..., bueno, ya te diré y aparcas donde puedas. Tenemos que recoger al gorrión ese..., bueno, a la Golondrina, o como se llame. Menuda lata nos está dando la niña.

Bibiana se recuesta cómodamente sobre el respaldo y empieza a saborear la situación, tan divertida como inesperada. Ahora piensa que no está durmiendo, sino despierta, tan despierta como cualquiera de sus vecinas a las que pudo ocurrirles algo por el estilo.

(—«La Vaca Roja»... ¡Cristo!... Una oye hablar de «La Vaca Roja» y de que si esto, que si lo otro... Bueno, como si fueran cosas de seriales... Y de pronto, ¡hala!, una se encuentra enredada... ¡Cristo!... Y el caso es que una..., pues, nada, una...)

El hombre dice:

—¿Va usted bien, señora? ¿No se marea?

Bibiana se apresura a tapar con el abrigo sus rodillas, que la falda apretada y la postura un poco forzada dejaban descubiertas. Sonríe al hombre.

—No, no... Gracias, sí... Bien... Voy bien... No se preocupe... Bien... En el autobús...

Bibiana Prats se calla de pronto. Iba a decir algo del autobús, pero no sabe qué. Posiblemente, una tontería. Se queda cortada. Vuelve a sonreír.

El hombre también sonríe.

—«La Vaca Roja» desea que sus clientes disfruten de la vida, aunque ya es disfrutar de la vida el consumir sus productos garantizados. Porque «La Vaca Roja» garantiza...

El hombre, un locutor de radio posiblemente, parece que está hablando ante un micrófono, cara al público, en una emisión de propaganda. Todo mecánico, bien aprendido de memoria, dicho con la entonación precisa y amanerada de la publicidad:

—... garantiza la alta calidad de sus productos y se preocupa de que sus clientes comprueben, personalmente, que es cierto cuanto se dice de «La Vaca Roja».

Una pausa. El hombre saca de un bolsillo una pitillera y ofrece a Bibiana.

—¿Fuma usted, señora?

Bibiana se retira hacia atrás, instintivamente.

—¡Oh, no..., claro que no!

—Perdón..., como ahora fuman muchas señoras.

—Sí, claro...

—¿La molesta el humo?

También apresuradamente, dice Bibiana:

—No, no... Mi marido, los chicos...

No dice más, pero le gustaría contarle que su marido fuma, que sus chicos fuman, aunque no le gusta a su padre, y que tiene una chica que es una muchacha moderna y también fuma. Claro que no lo hace delante de su padre. A Marcelo no le gusta que la chica fume. Le gustaría contarle que ella misma, Bibiana Prats, ha fumado alguna vez en una fiesta. Una vez en una boda de un amigo de Marcelo..., pues, sí, fumó... Claro que no se asusta porque le hayan ofrecido un cigarrillo. Fue que así, de pronto...

(—Como una no tiene costumbre... Pensará que soy una paleta, que me he asustado.)

El hombre enciende un cigarrillo, chupa dos o tres veces profundamente y vuelve a lo suyo:

—Algunos dudan, con un total desconocimiento, de nuestra perfecta organización. Creen que todo está preparado, que se eligen a los amigos para beneficiarles con los regalos de nuestra propaganda. Usted, señora, puede comprobar que esto no es cierto.

Bibiana dice:

—No, claro, no...

—Nadie la conoce en las oficinas de «La Vaca Roja», ni en la Emisora. Y usted no sabía que «La Vaca Roja» iba a visitar hoy el mercado de Chamberí y a detenerse en el puesto donde usted estaba comprando para obsequiarla y pagar su cuenta...

—No, claro, no...

El locutor sigue hablando, como si tratara de influenciarla, de fijarle en la mente, de una manera clara y precisa, lo que está viviendo, para que ella, de un modo inconsciente, lo repita más tarde, cuando deba hacerlo.

—Todo ha sucedido así, sin preparación, ¿no es cierto?

—Sí, claro, sí...

—Usted, buena cliente de nuestros productos, estaba comprando la riquísima mantequilla de «La Vaca Roja» y yo la he sorprendido. Buena suerte, señora. ¡Enhorabuena!... Porque, además de abonar su cuenta, se le regalará un lote surtido de nuestros productos y un vale con cinco números para el sorteo de la magnífica lavadora con que la casa UVE obsequia a nuestros clientes en combinación con nuestra propaganda. Un regalo magnífico, sí, señora. Ha tenido usted mucha suerte.

Bibiana está temblando de emoción, de sorpresa, de miedo... Son muchas las cosas que hacen temblar a Bibiana Prats. Bibiana Prats está a punto de estallar en sollozos, abrumada por su suerte. Esto no sucede todos los días.

El locutor la tranquiliza o intenta tranquilizarla, tocándola en el brazo suavemente.

—Todo bien, ¿eh?... Todo bien... Usted, tranquila... Bueno, el «cara al público» no es tan temible como suponen algunas señoras. Nada de miedo, ¿eh? Nada de nerviosismo, como si fuera usted a examinarse de la Reválida... Los nervios para los estudiantes... Usted, tranquila. ¿Quién dijo miedo?... Usted no tiene que decir nada. Seré yo quien hable. En todo caso, puede usted

dar las gracias a «La Vaca Roja» por sus atenciones y decir que compra siempre nuestros productos, ¿no es así?

—Sí, claro, sí...

—Pues nada más que eso.

Un frenazo fuerte del coche, porque un semáforo encendió su disco rojo. Bibiana Prats cae bruscamente sobre el respaldo del asiento y, cerrando los ojos, trata de concentrarse y de poner un poco de orden en sus ideas:

(—«La Vaca Roja»... ¡Cristo!, quién iba a pensarlo...

Y el hombre dijo: «Enhorabuena, señora; la felicito por haberla sorprendido comprando nuestros productos...» Sí, dijo algo así... Yo no comprendía lo que me decía, la verdad, no sabía por qué me felicitaba... Yo le dije: «Bueno, yo sólo estaba preguntando si este paquete de mantequilla costaba...» Pero él, nada, ni me dejaba hablar. Venga a cogerme la mano y venga a abrazarme y venga a darme la enhorabuena... Y venga a mirar al mismo tiempo para todas partes y venga a hablar a voces para que todos le oyeran... Ahora comprendo, claro... Él decía, a gritos: «¡Enhorabuena, señora!; tiene usted muy buen gusto cuando prefiere nuestros productos... Nuestra riquísima mantequilla le agradece cordialmente su preferencia y se honra obsequiándola...» Sí, decía algo así, hablaba como un anuncio...)

Bien, éstas fueron, poco más o menos, las palabras que el locutor le dijo a la señora Prats al sorprenderla con un paquete de mantequilla de «La Vaca Roja» entre las manos. Después, Bibiana Prats no puede recordar lo que sucedió. Ruido, mucho ruido... Todo el mundo la miraba y ella empezó a asustarse. Se le iba la cabeza. La felicitaban, la abrazaban... Las mujeres le preguntaban cosas y miraban cuanto había comprado. Todas decían que iban a sus casas corriendo para oírla, porque resulta más emocionante escuchar una emisión cuando se conoce a la señora que va a hablar, cuando se ha visto con los propios ojos cómo empezó todo. Bibiana, aturdida, no comprendía. Ahora piensa que las señoras de Chamberí lo que querían decirle es que iban a sus casas para escuchar la emisión de «La Vaca Roja» porque la conocían a ella y querían oírla. Todas pensaban que cada una de ellas podía ser otro día la protagonista de un suceso como éste. Después, todas empezaron a contarse mutuamente algo relacionado con la radio, con ellas o con alguna persona de su familia a la que había tocado algo en un concurso o había hablado ante un micrófono...

Todo sucedió así, rápidamente, sin que Bibiana Prats tuviese tiempo para reponerse de la sorpresa. El hombre pagó su cuenta, la tomó del brazo, la metió en un coche... La gente seguía diciendo cosas y aplaudía.

Bibiana Prats, no muy segura todavía de estar viviendo en la realidad este suceso inesperado, abre los ojos y, tímidamente, mira a su alrededor.

Sí, está sentada en el interior de un coche. Pero su compañero de viaje ha desaparecido. Debió sospecharlo, dado su silencio.

El coche está parado. El conductor ha bajado el cristal de la ventanilla y enciende un cigarrillo. Empieza a silbar algo.

Bibiana quiere preguntarle dónde la lleva y dónde ha ido el hombre que la acompañaba, pero no se atreve. Se limita a sonreír al conductor cuando éste la mira. El hombre también sonríe y le pregunta:

—Qué, ¿va usted bien?

—Sí, muy bien, gracias...

—Pronto llegaremos.

Bibiana vuelve a sonreír y el hombre vuelve a chupar su cigarrillo y vuelve a silbar, y mira a la calle.

También Bibiana mira a la calle para distraerse. El locutor dobla la esquina, acompañado de una muchacha muy bien vestida, muy bien calzada, muy bien maquillada.

Bibiana Prats mira con sobresalto sus zapatos bajos «para trotar» y su abrigo gris-ratón, tan viejo y desgastado. Se avergüenza. Le gustaría poder escapar del coche y regresar a su casa, aunque perdiera el lote de productos de «La Vaca Roja» y los números para el sorteo de la lavadora.

(—¡Cristo!, con lo bien que una está en casa, en la cocina, pelando patatas... Eso es, pelando patatas, o lo que sea... Una en su casa es donde mejor está.)

Ahora, Bibiana Prats daría la lavadora, el bolso de la compra, y hasta su dinero, por estar sentada junto a la cocina, oyendo la radio, lavando los platos o escribiendo sobre algún papel de envolver la cuenta del mercado.

(—Una nunca sabe dónde está la felicidad... Es feliz sin saberlo, hasta que se ve en un apuro... Como cuando uno está enfermo, entonces... Si yo pudiera salir ahora del coche... Bueno, un pretexto, pero ¿qué digo?... No, no me atrevo... Tendría que escapar sin decir nada.)

No es posible. La muchacha y el hombre llegan al coche, y Bibiana se aparta contra una esquina del asiento, ocupando el menor espacio posible, haciéndose más pequeña, más insignificante, colocando entre sus piernas el bolso de la compra para que los otros puedan acomodarse.

Los otros se acomodan a su lado y empiezan a hablar entre sí, permitiéndole a ella relajarse de la tensión que suponía sostener conversación con el locutor, aunque la conversación se limitara casi a afirmar lo que él le preguntaba.

Ahora es ella, la muchacha, quien retiene la atención del hombre. Le acapara no sólo con sus palabras, sino con sus piernas, con su cuerpo, con sus movimientos. Lejos de cubrirse las piernas, como Bibiana, la muchacha parece interesada en sostener la falda sobre las rodillas y tropezar constantemente contra las piernas del hombre.

Habla a voces y habla mal, arrastrando las palabras, comiendo sílabas y letras, y riendo a cada momento.

—Pero sí... Pero claro... Todos sois encantadores... ¡Oh, muy encantadores!... Yo no merezco tanta atención, muchachos.

—¿Que no te mereces...? Pero si eres la mujer más guapa de la Argentina, y de España, y del mundo entero. Y, además, una artista formidable.

—Vosotros, que sois galantes... Tan amables...

—Nada de eso, chica. Te hacemos justicia. Eres formidable.

El hombre posa su mano sobre el muslo de la chica y palmotea suavemente sobre él.

—¡Formidable, chica! Ya verás qué éxito el de tu debut.

La mujer no retira la mano que presiona sobre su pierna. Se humedece los labios con la lengua y se queda mirando al hombre con una mirada larga y desmayada.

Piensa Bibiana:

(—Vaya unas pestañas... Serán de esas postizas que dicen.)

La chica repite:

—Sois colosales... Estupendos, muchachos... Yo os agradezco toda la propaganda que me hacéis tan gentilmente. Y también, ¿cómo no?, el regalo que va a hacerme «El Cisne Blanco».

El hombre salta sobre el asiento y coge una mano de la muchacha.

—Oye, no, chica... Nada de eso... No vayas a meter la pata... Nada de cisne. «La Vaca Roja», ¿comprendes?... La-va-ca-ro-ja... Nuestra emisión está patrocinada por «La Vaca Roja», por los productos alimenticios de «La Vaca Roja», unos productos de la nueva ola que superan a todos los lanzados hasta ahora al mercado. Bueno, espero que ante el micro no te confundas y des las gracias a «El Cisne Blanco». ¡La fastidiábamos!... Con el dinero que «La Vaca Roja» se está gastando en la propaganda...

La chica se alza de hombros.

—Bueno, chico, «La Vaca»... Yo daré las gracias... ¿De modo que me regalaréis un lote de productos de «El Cisne»..., bueno, quiero decir de «La Vaca Roja»? Es estupendo... Podré saborearlos en mi apartamento... Tengo una cocinita que parece...

—No, no, no es eso... Bueno, si lo deseas, te llenaremos la cocinita con nuestros productos. Pero el regalo que vamos a hacerte es más importante.

—¿Y es...?

—¡Ah!, no puedo decírtelo... Es una sorpresa. Tú eres hoy nuestra «Página brillante», ¿sabes? La portada de nuestra revista hablada. Y no tienes, naturalmente, que decir nada sobre nuestros productos, sino hablar de tu arte, de tus canciones, de tu... Bueno, chica, será mejor que te limites a contestar a las preguntas que vamos a hacerte.

El hombre busca algo en uno de sus bolsillos. Saca un montón de papeles. Separa uno.

—Toma el cuestionario. Por si quieres preparar alguna respuesta ingeniosa, o deseas suprimir algo que te moleste.

La mujer abre los brazos, echa las piernas por el aire y, divertida por la observación, protesta:

—Nada molesto, chico. Las artistas no tenemos intimidad. Nos debemos al público, que paga para...

De pronto, el hombre se da cuenta de que en el coche va también la madre de familia, cazada en el mercado de Chamberí, y que la mujer se ha arrinconado, casi ha desaparecido, a fuerza de tratar de pasar inadvertida.

Hasta ha cerrado los ojos para aislarse mejor.

La toca suavemente el brazo.

—Qué hay, señora, ¿va usted bien? ¿Se ha dormido?

Bibiana Prats tarda unos minutos en darse cuenta de que es a ella a quien habla el hombre. Se había olvidado de sí misma y de su aventura, de esto tan extraordinario que le sucede, acaparada también por la conversación de los chicos.

—¿Cómo?... No, qué va... Una... Bueno, cuando una se pone así... Voy bien, gracias... Por mí no...

—Ya hemos llegado a la emisora. Usted, tranquila, ¿eh? Usted, tranquila, que el público no se come a la gente que sale al escenario. Usted no tiene que decir nada. Nosotros hablaremos. Sólo, si lo desea, dar las gracias a «La Vaca Roja»... ¡Mecá!... Oye, tú...

Toca en el hombro al chófer.

—Ya podías haber entrado por la otra calle... Ahora tenemos que cruzar, y llevamos ya un cuarto de hora de retraso.

El chófer da un manotazo al volante.

—Pues como no quisieras que saltara por encima de esos cretinos... ¡Vaya un modo de aparcar! Se creen que toda la calle es suya. ¡Jo...! Y qué pedazo de coches... Uno se siente disminuido con este cochecito.

—Que no es ningún cacharro, Juan.

—Pues, anda, que ésos... ¿Sabes lo que pienso?

Parece que lo que piensa Juan no interesa a los demás. El locutor salta del coche, ayuda a bajarse a las dos mujeres y...

—Bueno, deje el bolso, señora, no se moleste. Ahora bajará un chico y lo subirá.

—Pero si no es molestia.

—El coche queda cerrado.

—No, yo puedo llevarlo.

Bibiana coge su bolso y sigue a los muchachos, que atraviesan la calle, aprovechando el paso de peatones. De ningún modo iba a dejar en el coche su bolso de la compra, con 136 pesetas y 80 céntimos, con la de robos que hay todos los días.

(—Que si cierra el coche... Roban lo mismo en los coches cerrados. Y después, vaya usted a reclamar... Yo no dejo el bolso.)

—Déme su bolso.

—No, gracias, yo puedo llevarlo.

Forcejean unos momentos. Al fin, el hombre consigue arrebatárselo de las manos. «La Vaca Roja» no puede consentir que una de sus clientes transporte semejante peso mientras la acompaña uno de sus jefes de propaganda. ¿A qué altura quedaría la galantería española, tan bien cultivada por «La Vaca Roja»?

Piensa el locutor: «Me cago en su madre... La paleta ésta.»

Cuando se meten en el ascensor, a Bibiana Prats empiezan a temblarle las piernas.

(—No, nada... Total, esto... No es que tenga miedo... Una oye por la radio a todas horas que una señora... Todas las señoras, claro... Y nada...)

Pero las piernas le tiemblan y el temblor se hace visible.

(—Si pudiera sentarme, descansar un poco.)

Por suerte, el hombre no repara en ella. La chica le toma del brazo, bromeando.

—Anda, que ya eres sonso... No quieres decirme qué es el regalo.

—Es una sorpresa.

—Nada de sorpresa; o me lo dices, o diré ante el micro que vuestra vaca es una asquerosa vaca roja. ¡Ah, claro!, diré que es una vaca roja, una vaca comunista.

El locutor trata de explicarle:

—Roja es rubia, «roxa», dicen en el norte... Una vaca roja...

Pero la chica sigue riendo y palmoteando, contenta con su idea. Una broma muy divertida.

—Nada de eso, nada de eso... O me dices qué vais a regalarme, o diré que es una vaca comunista y que nadie debe tomar sus productos, y que los buenos patriotas...

El hombre empuja a la chica fuera del ascensor.

—¿Quieres callarte, guapa? Te vamos a regalar un collar de perlas cultivadas con un broche de fantasía que vas a chillar de gusto. Pero ahora cállate, ¿quieres? No escandalices.

Coge del brazo a Bibiana.

—Por aquí, señora... Y silencio, por favor... Quédense aquí un momento. Voy a avisar que ya hemos llegado.

Bibiana Prats se encuentra otra vez con el bolso de la compra entre las manos. No acierta a sostenerlo. Le tiemblan las manos. Mira a todas partes.

(—¿Por qué habré venido?... ¡Cristo! Debí negarme, aunque el hombre me prometiera el oro y el moro. Vaya una idea...)

Si se hubiera quedado en el mercado, tan ricamente, ahora no le temblarían las piernas. Las piernas, los brazos, todo el cuerpo le tiembla en una agitación que no puede contener. Como si tuviera el baile de San Vito. El corazón le late con tanta fuerza que Bibiana Prats tiene miedo de que la gente oiga los latidos cuando suba al escenario.

(—... porque tendré que subir al escenario, claro... ¡Cristo!, ¿por qué habré venido?... No lo comprendo... Bueno, yo no vine... Ya no sé lo que digo... Ese hombre me trajo a la fuerza, eso es. Yo no pensé en nada... Ni tiempo para pensarlo... Como si estuviera soñando... Y él, ¡hala, hala!... Y todas aplaudían. Y todas hubieran querido venir en mi lugar, eso es... Y una... ¡Cristo!, una qué iba a pensar... Una, en la casa... Los chicos, Marcelo...)

Por primera vez piensa en Marcelo y en los chicos, y este pensamiento la envalentona. Se engalla:

(—Mamá en la radio... Bueno, hijos, si yo..., si yo...)

Se deja dominar por la vanidad. Los nervios se le aquietan al pensar en su

familia y apartarse de la obsesión del escenario. Le gustaría telefonearles y decirles que escucharan la emisión de «La Vaca Roja», que de ninguna manera es una vaca comunista, como dice la chica, sino la marca de unos productos incomparables. Que «La Vaca Roja» es, al parecer, algo muy importante en la vida de la humanidad. Que debería haber muchas vacas rojas por el mundo, y tal vez la economía de las familias..., tal vez las señoras...

Bueno, sí, todo esto le parece estupendo a la señora Prats. Pero lo de subir al escenario y presentarse así, por las buenas, con la cara descubierta, ante el público...

Otra vez se le alteran los nervios al pensar en el escenario. Dentro de su cabeza empiezan a danzar «La Vaca Roja», el señor Prats, sus hijos, la muchacha argentina, el collar de perlas cultivadas, la lavadora, las señoras del mercado, la economía de las familias españolas, el escenario... Se ve a sí misma, vestida de comedianta, accionando ante el público.

(—¡Qué tonterías estoy pensando!... Nerviosa, claro.)

Si hubiera una puerta para salir a la calle directamente, sin ser vista por nadie, acaso fuera la mejor solución.

(—Con lo tranquila que estaría ahora en mi cocina..., pues, nada, venga a meterme en líos.)

Sí, hay una puerta. Y aquí mismo, frente a ella. La ve ahora, cuando el locutor asoma la cabeza y dice, sonriendo:

—¿Vamos?

A Bibiana Prats le pesan las piernas más que el bolso de la compra. Sale arrastrándose tras del locutor y de la chica argentina y, siguiéndoles, entra en una sala de espera, donde aguardan varias personas. Otra chica, vestida y maquillada como la argentina, y cuatro muchachos. Algunos tienen en la mano un instrumento de música. El locutor les indica unas sillas con un gesto y sale de nuevo.

Desde la pequeña sala, por entre las rendijas de una cortina que les separa del escenario, Bibiana ve y oye a un locutor que hace la presentación de otro locutor y al otro locutor que, a su vez, empieza a hablar de la Gran Revista que «La Vaca Roja» ofrece a sus oyentes, además de sus riquísimos productos:

—... Y nuestra brillante portada de hoy nos la ofrece la gran estrella argentina Maya de Córdoba, más conocida por «La Golondrina»... Maya de Córdoba, la extraordinaria actriz...

Maya de Córdoba se empolva las narices sin grandes prisas y retoca los labios con la barra de carmín.

Bibiana admira su serenidad. Ella siente en este momento un fuerte deseo de orinar y esto aumenta su angustia. Se burló siempre de las señoras que se desmayaban, pensando que estaban haciendo comedia, pero ahora le asalta el miedo de que ella pueda desmayarse cuando suba al escenario.

(—Anda, que si me diera un patatús...)

No hay patatús, pero las piernas vuelven a temblarle y el corazón le late con

tanta fuerza que se lo aprieta con las dos manos.

El locutor dice ahora:

—... sus muchas actuaciones en los principales coliseos de Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo...

La «Golondrina» sigue retocándose los labios frente al espejito de su polvera.

Los muchachos acarician sus instrumentos o se frotan las manos.

La vocalista de la orquesta dice a uno de los muchachos:

—... un water, sí, eso es... Un water. No sé dónde está aquí el tocador de señoras.

Bibiana Prats sonríe a la muchacha. Le toca amistosamente el brazo.

—Oiga, usted también... Bueno, quiero decir que usted también tiene que subir ahí... ante el público.

—Y figúrese usted, es la primera vez que actuamos en Madrid, ¿sabe?... Somos «Los Cinco Remolinos Azules»... Música moderna, ¿sabe?... ¡Anda, que si nos contrataran para actuar en Madrid!... Nuestra suerte hecha, ¿sabe?... Porque cuando una canta en Madrid, pues, ya ve, la suerte hecha... Oiga, ¿sabe usted dónde está en esta emisora el water de señoras?

—Yo no..., nada... No conozco nada. Es la primera vez que vengo a... esto, a una Radio. Yo también... Bueno...

—Ya, claro... Usted también va a actuar. Y usted, ¿qué hace?... Humorista... Característica...

—Yo..., bueno, sí... Posiblemente, eso... Ahora, las cosas se llaman cosas que una no entiende, ¿verdad?

—De modo que usted también, la primera vez...

—Sí, claro... La falta de costumbre... Yo no pensaba... Nunca estuve en una Radio, así, por dentro... ¡Lo que una aprende!... ¿Cómo iba a pensar yo que así, de pronto...? Pero el hombre va y me coge en el mercado, y que si esto, que si lo otro, y va y me trae...

La vocalista mira a Bibiana sin comprender ni una palabra.

Bibiana le dice casi al oído:

—Yo también tengo ganas de mear, querida. Me estoy meando. Y estoy temblando... ¡Cristo!, los nervios...

La vocalista dice:

—Sí, los nervios.

Maya de Córdoba se ahueca el pelo antes de levantar la cortina y hace su aparición ante el público.

El locutor pide un aplauso para la gran actriz.

El público aplaude.

La gran actriz agradece el aplauso.

Todos hablan en el escenario, ponderándose mutuamente y ponderando los estupendos productos de «La Vaca Roja».

Maya de Córdoba dice «La Vaca Roja». Da las gracias a «La Vaca Roja» y no al «Cisne Blanco», como temía el locutor. Todo marcha bien.

Si a Bibiana no le temblaran las piernas y le apretara la gana de orinar, también diría que todo marchaba bien, porque, de pronto, sin saber cómo sucedió, Bibiana Prats se encuentra en el escenario, en el centro del escenario, cogida de la mano del locutor, sonriendo al público, que aplaude. Y todo sin desmayarse.

Cierto que ella sonríe mecánicamente, sin ver al público. Sólo caras, cabezas, «gente», como si estuviera viendo un noticiario o una película donde los hombres y mujeres no son personas de carne y hueso como sus vecinos, sino figuras. La gente de la sala son figuras borrosas que se mueven en la penumbra. Esto la tranquiliza.

Por otra parte, no tiene que decir nada, ni una palabra. Oye vagamente las palabras del locutor:

—... y cuando ella dijo que siempre compraba nuestros riquísimos productos, comprendí que se trataba de una de nuestras mejores clientes. Una señora de buen gusto, que sabe apreciar lo que es bueno. Por eso es hoy nuestra noticia de la calle y por eso la hemos traído a nuestra revista hablada. «La Vaca Roja» desea obsequiarla con un lote completo de nuestros riquísimos productos y el correspondiente vale para el sorteo de la estupenda lavadora UVE, la más práctica, la que todas las mujeres de España acabarán por adoptar para hacer más fácil y alegre su trabajo.

El locutor coge a Bibiana por un brazo y la acerca al micrófono.

—Y ahora, la señora... Por favor, ¿cómo se llama usted, señora?

Bibiana dice con un hilo de voz:

—Bibiana Prats.

—La señora Prats quiere agradecer a «La Vaca Roja» cuantas atenciones ha tenido con ella, y le acercamos el micrófono con mucho gusto.

Bibiana Prats carraspea para aclararse la garganta:

—Pues... eso, muchas gracias, muchas gracias a «La Vaca Roja», que hace tan buenas cosas. Muy buenas. Yo no sabía..., quiero decir, yo no esperaba esto... Estoy tan..., bueno, tan emocionada... Muchas gracias a todos.

Cumplida su misión, el locutor la aparta suavemente del micrófono.

—Y con estas gentiles palabras, la señora Prats ha agradecido a «La Vaca Roja» la agradable sorpresa que le ha proporcionado, y en este momento le entregamos un lote de nuestros riquísimos productos y la despedimos con un cordial...

¡Nada de eso! No hay despedida. Bibiana Prats no se despide tan fácilmente. A Bibiana Prats le sucede algo inesperado. Inesperado para Bibiana, porque los locutores conocen por experiencia estas reacciones. Algo inesperado, algo estupendo, vuelve a acercar a Bibiana Prats al micrófono.

Piensa:

(—¡Anda! ¿Era esto, sólo esto, lo que me daba tanto miedo? ¡Anda, qué gracia! ¿Esto tan fácil, tan divertido?...)

Una serenidad y un bienestar se apoderan de ella y, al mismo tiempo, un cosquilleo, como un ansia de volver ante el micro, de que no haya terminado

todo tan rápidamente cuando había perdido el miedo, cuando empezaba a tomarle gusto a su papel de protagonista de algo.

Se le ocurre algo que sus hijos criticaron más de una vez ante ella, entre carcajadas e imitaciones. Pero no importa. Que se rían los chicos. Está muy bien eso de enviar a la familia un saludo y que toda la gente la oiga. ¿A la familia?

Bibiana Prats sabe que nadie estará escuchándola. Marcelo, en la tienda, no pierde el tiempo oyendo los programas matinales. Natalia no puede oírla desde la oficina. Ni Manuel, en la escuela. Y a saber dónde andarán Xenius y José. En cuanto a Francisca... Bien, tal vez Francisca... De cualquier modo, ella tiene que saludar, como hacen todas las señoras que hablan por radio. ¿Y las vecinas? Desde luego. También tiene que saludar a las vecinas. Esto es muy importante. Sin soltar el micrófono, pregunta:

—¿Puedo saludar a...?

El locutor mira el reloj, hace un gesto de fastidio, pero se inclina ante la señora Prats.

—Desde luego, señora. «La Vaca Roja» pone el micrófono de su revista hablada al servicio de sus clientes.

(—«La Vaca Roja», claro... Tengo que saludar a «La Vaca Roja».)

Vuelve a aclararse la garganta y dice con voz firme:

—Saludo a «La Vaca Roja», que hace cosas tan... buenas... Yo siempre compro la mantequilla de «La Vaca Roja». Muy buena mantequilla, claro. Y todas las cosas de «La Vaca Roja» son muy buenas, claro... Muchas gracias por todo... Y un saludo a mi marido y a mis hijos, que me estarán escuchando, y a todas las vecinas y a las señoras del mercado.

Esto de las señoras del mercado no está muy claro, pero ellas se entienden, ¿no es así?... Entonces está bien, muy bien todo.

Bibiana Prats se aparta con pena del micrófono y caminando hacia atrás, por algún raro temor de volver la espalda al público, sonríe a todos. Y ahora sí, ahora, antes de que el locutor pida un aplauso de despedida, el público aplaude, con ese aplauso mecánico que prodiga, después de cada actuación, a cualquiera que se acerque a los micrófonos.

El aplauso apaga las últimas palabras de Bibiana Prats, las palabras que se le ocurren cuando ya nadie la escucha.

—... y un saludo al público de la sala.

Siente dejar la sala, dejar el escenario, pero el locutor, muy amablemente, la empuja hacia la puerta, después de haber cargado su ya repleta bolsa de la compra con el lote de riquísimos productos de «La Vaca Roja».

Bibiana Prats es completamente feliz en este momento.

Feliz, porque se siente heroína de algo. Persona importante. Como cualquier señora americana de ésas que tienen una vida social activa.

Ni ganas de orinar, ni sobresalto. Tranquilidad absoluta. Ya pasó todo. Sonríe a la vocalista de la orquesta.

—Ya ve qué fácil, ¿eh? Una tiene miedo, y nada...

La chica se alza de hombros:

—Usted nada, claro... Coger un regalo. Pero yo...

La chica de la orquesta se persigna antes de subir al escenario y vuelve a persignarse rápidamente cuando el locutor levanta la cortina y hace una señal, invitándoles a subir.

El locutor dice a voces:

—... ¡Y aquí tenemos, señores, a «Los Cinco Remolinos Azules»!

El público aplaude.

—Después de sus brillantes actuaciones por todos los escenarios de España, llegan a Madrid, por primera vez, «Los Cinco Remolinos Azules», llenos de juventud y de alegría, trayéndonos la mejor música de la nueva ola. Y nosotros los recibimos con un gran aplauso de bienvenida.

Otro aplauso del público.

—Y ahora van a interpretar para ustedes una de sus mejores creaciones, galardonada en el Festival de San Remo.

Las palabras del locutor, el aplauso del público, el sonido de los diferentes instrumentos, la canción de la vocalista, que se levanta monótona y gangosa sobre las trompetas, todo llega hasta Bibiana Prats claramente, libre ya de su turbación.

La chica canta ahora:

—... y el rinoceronte ríe, ríe... y todo el mundo le sigue. Si tú también ríes, ¡zas!, también muy feliz serás.

Bibiana Prats no entiende bien eso de que se rían los rinocerontes, pero no importa. Música alegre, con mucho ruido.

(—Tocan bien los muchachos. Y la chica canta bien... Y tantas ganas de mear y tanto persignarse... Pues debe estar acostumbrada.)

Bibiana se divierte de lo lindo. Todo es estupendo en esta emisión de «La Vaca Roja». Hasta esto:

Alguien le toca en el brazo suavemente.

—Señora, el coche la está aguardando para llevarla a su casa.

Bibiana aparta la vista del escenario, que está viendo por entre las cortinas.

—¿El coche?... Ah, claro, el coche... Mi casa...

Bibiana Prats se despide con pena de los rinocerontes, de «Los Cinco Remolinos Azules», de los locutores, de «La Vaca Roja»... Sale de la Emisora arrastrando su bolso y se instala en el coche.

Ahora va a disfrutar otra emoción. La de llegar a su casa en coche. La de que sus vecinas y la portera...

(—¡Cristo!, la portera... No he saludado a la portera. ¡Pues vaya un olvido! Y la pobre me estaría escuchando con tanto gusto... A lo mejor llamó a Francisca. ¡Tu madre está hablando por la radio!... Y yo ni la he saludado... Luego, que si una es orgullosa, que si porque una va a la radio ya se cree alguien...)

Las vecinas y la portera la verán llegar en coche. Posiblemente sepan ya a estas horas que viene de hablar ante el público en una emisora de radio.

Bibiana Prats disfruta ahora, durante el trayecto de regreso, la emoción que el nerviosismo y la sorpresa no le permitieron gozar plenamente cuando la trajeron en este mismo coche, o en otro parecido, a la Emisora.

(—¡Menudo coche! Muy cómodo, bueno... Así da gusto... Y no como una vive... Los chicos tienen razón: unos tanto coche, y otros a pata y andando... Menudo coche.)

Bibiana Prats se arrellana cómodamente sobre el asiento, pero de pronto se incorpora y pega la cara al cristal de la ventanilla, esperando ver alguna cara conocida. Lo que en realidad desea es que alguna persona conocida la vea a ella.

Nada, no hay suerte. Ni la portera está en el portal cuando ella llega. Es una hora estúpida. Todos están comiendo.

(—¡Cristo!, la comida... Lo había olvidado.)

Sube apresuradamente las escaleras, ahogándose, jadeando, otra vez metida ya de lleno en su diario y pequeño vivir. La gran aventura de Bibiana Prats termina en las escaleras de su casa, tan desgastadas y tan sucias en esta hora del mediodía. La portera barre todas las mañanas, pero las mujeres regresan del mercado, y los hombres del trabajo, y los chicos de la escuela. Las escaleras acusan el paso de los vecinos.

(—Bueno, y ahora a ver quién aguanta a esta gente... ¡Queremos comer!... Como si lo viera... Pues no hay comida... Si una tiene sus compromisos... Bueno, se calmarán cuando les cuente lo sucedido... Ahí es nada: ¡mamá viene de la radio! Mamá viene de hablar ante el público, y tan tranquila, como si nada... Mamá alternando con «otros» artistas... ¡Las cosas que pasan!... Es que si a una se lo cuentan, no lo cree... Pues ya ves tú, estas cosas pasan...)

Un esfuerzo más y Bibiana llega a su piso. Se sienta unos momentos sobre un peldaño de la escalera para descansar y recobrar fuerzas. Después, trata de abrir la puerta. Es difícil, porque le tiembla la mano. Forcejea. Al fin abre la puerta y se dirige al comedor.

En el comedor están reunidos todos. Marcelo dice:

—¿Por qué diablos no estás en casa a la hora de la comida?... Bueno, ¿qué dices? Todos aguardando y tú tan tranquila, danzando por ahí. ¡Menudo susto nos diste a todos!

Manuel la abraza por la cintura y empieza a llorar.

Bibiana le acaricia la cabeza. Está desconcertada. Esperaba cualquier cosa menos esto. Manuel, llorando como una niñita. Si fuera Francisca la que llorara, santo y bueno, porque la chica llora por nada. Pero esto de que Manuel llore a moco tendido...

—Chico, ¿qué te pasa, chico?...

—Creíamos que te habías muerto... Padre lo dijo...

Natalia coge al chico por un brazo:

—Venga, idiota, papá no dijo eso...

—Sí que lo dijo. Dijo que teníamos que llamar a la Comisaría y a la Casa de Socorro porque a lo mejor se había muerto.

—¿Muerto?... ¡Cristo!... ¿Cómo iba a pensar esto? Yo muerta y aquí vosotros...

Natalia se impacienta.

—Bueno, ¿quieres decirnos de una vez lo que te ha ocurrido? Hace una hora que nos tienes negros.

—¿Negros?... ¡Cristo! Quién iba a pensarlo... ¡Qué cosas pasan!... Y vosotros...

No, la verdad es que Bibiana Prats no pensó ni un momento en el susto que ellos podían pasar al ver que no llegaba del mercado. Ni tiempo para pensarlo. Es ahora cuando piensa en el susto que les ha dado, y empieza a llorar.

—Menudo susto..., ¡vaya!... Quién iba a pensarlo.

Busca el pañuelo y se limpia los ojos y las narices.

Llora, pero está contenta. Ahora sabe lo que la quieren. Si llegara a morirse, lo sentirían, claro. Aunque Marcelo y los chicos parecen tan despegados, tan así, la quieren. Sentirían su muerte. La quieren.

Fueron muchas las emociones de esta mañana, pero ésta estaba fuera de programa. «La Vaca Roja», que vela por el bienestar y la felicidad de sus clientes, etc., etc., no había previsto esta escena. Para Bibiana, la más emocionante.

Otra vez se limpia los mocos y las lágrimas con el pañuelo.
—Lo que son las cosas.
Dice José:
—Ya está bien, ¿no crees?... Venga, deja ya de llorar como una tonta y dinos qué te ha pasado, si es que puede saberse. Te han robado el dinero de la compra, ¿eh? Supongo que no te habrán detenido por alguna cosa...
—¿Robado?... Anda, éste... ¡Detenida!...
Bibiana Prats no comprende cómo José es tan tonto que no sabe que en España hay una cosa que se llama «La Vaca Roja» que se dedica a hacer felices a sus clientes. Y si José no lo sabe, es que también hay muchos españoles, centenares de españoles, millares de españoles, que no saben lo que puede sucederle a una mujer cuando va al mercado. José y muchos hombres como José, que viven nada más que para sus cosas, debían saber esto.
Bibiana coloca sobre la mesa el bolso de la compra y vuelca sobre ella el dinero de su cartera. El mismo dinero que llevó al mercado. ¡A ver cuántas veces sucede esto!
Pues nada. Parece que ni aun así su marido y sus hijos se enteran de lo que le ha ocurrido. Tiene que explicarles:
—«La Vaca Roja», hombre... Me ha cogido en el mercado...
Ni Marcelo ni los chicos tienen una imaginación muy viva, pero todos piensan lo mismo: Una vaca se ha escapado del Matadero Municipal y ha atropellado a Bibiana en el Mercado. Ninguno de los cuatro piensa en lo absurdo del caso, ya que el Matadero Municipal está bastante lejos del Mercado de Chamberí. No importa. ¿Qué otra explicación pueden darle al caso?
Natalia y Francisca, sí. Antes de que la madre cuente que la tal Vaca la ha llevado a la radio, ya saben, o suponen, de qué se trata.
Bibiana cuenta:
—... Y el hombre venga a cogerme y venga a decirme que había tenido mucha suerte, y que si esto, y que si lo otro... y...
Bibiana se asusta. De pronto recuerda algo:
—... ¡Cristo!, a ver si he perdido el vale para el sorteo de la lavadora...
Busca en el bolso:
—No... Aquí está... Gracias a Dios... Porque puede tocarnos una lavadora, marca no sé qué, que es la mejor del mundo. Y si nos toca, ¿eh?... Ya sería buena suerte... Ya veis, una tiene a veces suerte... En el mercado y en la radio..., pero ¿no oísteis la radio?... Mamá en la radio... Mamá estuvo en la radio y nadie se enteró... Me hubiera gustado que me hubierais oído hablar por la radio.
Bueno, sí, ahora está claro. Ahora ya saben todos por qué la señora Prats ha llegado tarde a casa. Se trata de uno de esos concursos que se organizan para la propaganda de algún producto.
José dice:
—Bueno, de la comida, ¿qué?

Bibiana sigue contando:

—... Un coche negro... ¡Menudo coche!... Y el hombre, más atento... Señora por aquí, señora por allá..., y que si iba bien en el coche, que si me mareaba...

De ordinario, Bibiana Prats no habla mucho. Lo necesario para que su familia se entere de lo que hizo durante el día o del precio de las cosas en el mercado. Pero hoy es diferente; hoy ha ocurrido en su vida algo extraordinario.

—Todas las señoras que estaban en el mercado aplaudían y se marchaban corriendo a su casa para oír la radio, porque decían que cuando se conoce a la persona...

Marcelo Prats escucha a su mujer, enredado en su entusiasmo. Las chicas, también.

José protesta:

—Bueno, madre, ya está bien... Danos la comida y ya nos contarás eso.

Bibiana mira a José con odio. José es un materialista. Eso es. Lo mismo va a resultar verdad lo que todos dicen de José. Le da con el codo:

—¡Cállate ya, destripacuentos!... La comida... ¿Dónde está la comida? ¿No estoy diciéndoos que «La Vaca Roja» me llevó a la radio?... Pues nada, tú, erre que erre con la comida.

José recurre a Natalia:

—Anda, chica, ponte a pelar patatas. Ya se ve que hoy no podemos contar con la señora Prats.

Natalia no quiere pelar patatas.

—Vaya, qué gracioso... Lo que me faltaba... ¿Por qué no las pelas tú? Si estás cansado, yo también vengo cansada de la oficina. Y, además, no soy ninguna criada.

—Tampoco madre es una criada, pero es una mujer, y tú, nada de eso. Mucha pintura y mucho cuento, pero de trabajar en casa, nada. Se le caen los anillos a la señorita.

—Si odias a los señores, será porque tú no lo serás nunca. Pero yo tengo gustos más refinados.

—¿De dónde, chica?... Baja esos humos...

En fin, Natalia viene cansada de la oficina.

La señora Prats es una señora que va a la radio.

En la casa no hay criada.

Los hombres quieren comer.

Los dos hermanos discuten.

Las cosas se complican demasiado...

Marcelo Prats corta la discusión y resuelve el asunto a gusto de todos:

—Bueno, bueno... Vamos a ver cómo se arregla esto... ¿No ha tenido la culpa «La Vaca Roja» de todo este jaleo? Pues «La Vaca Roja» va a solucionarlo.

Empieza a sacar paquetes del bolso de la compra.

—Vamos a ver qué es esto... Crema... Crema de espárragos... A ver,

Francisca, hija, pon en el fuego una olla con agua... Primer plato: crema de espárragos.
Bibiana cuenta:
—... A la chica le decían «la Golondrina»... Una artista argentina, la mar de maja... Como Nat, pero muy pintada, muy... así, muy artista, vamos. Al parecer, hacía teatro o bailaba, o algo así... No entendí bien, porque estaba tan nerviosa...
Dice Marcelo:
—Abre esta lata, José... Dice pavo trufado... Bien, supongamos que en esta pasta hay algo de pavo... ¡Toma!... Otra lata... A ver qué dice esta lata...
José se alza de hombros.
—Bueno, hasta en esto vamos a imitar a los americanos. ¡Todo el mundo a comer fiambres!
Manuel aplaude:
—¡Venga, un banquete!... Padre, yo quiero también un poco de ese queso.
Marcelo chasquea la lengua:
—Tú, baja a la bodega y que te den un litro de lo bueno. ¿Me entiendes?
Manuel corre a la puerta.
—¡Eh, chico!... ¿Dónde vas?... Ve a la cocina y dile a Francis que te dé una botella... Y que la lave, que el otro día tenía una cucaracha dentro.
Bibiana cuenta:
—... Y los chicos de la orquesta... Se llamaban algo así como las veletas... Los cinco veletas... Cantaban... Yo no entendí una palabra de lo que cantaban... Música moderna, dijeron ellos. Esas cosas de gritos y carcajadas y de falsete, que parece que se están burlando del público.
Desde la cocina dice Francisca:
—Madre, ¿hay que echarle sal al agua?
Natalia se sobresalta. A ver si no pueden comer la crema.
—No seas idiota, chica. Nada de sal. ¿No ves que esas cosas traen de todo? Vaya una gracia si una tuviera que echarles cosas
Bibiana dice:
—... Pues no me acuerdo... Y venía cantándola por el camino. Era algo así como unos hipopótamos que se reían... Los animales se reían y eran felices, y que si nosotros nos reíamos como los animales, también seríamos muy felices.
Marcelo Prats se frota las manos.
—¡Un gran día, sí, señor, un gran día! Gracias a la Vaca esa, o lo que sea.
A Marcelo Prats le agrada que en la casa se produzca una innovación. Empezó con un susto, pero la cosa termina en fiesta.
—Bueno, bueno, así da gusto.
Xenius se acerca a su madre. Le pasa un brazo sobre los hombros. Dice en voz baja:
—Oye, creo que debemos guardarle algo al señor Massó... Él siempre nos trae cosas...
Marcelo dice:

—Bien pensado, chico... Vaya, algunas veces se te ocurre algo... Queda aquí para la cena. Le diremos que cene con nosotros. Se alegrará. Cuando le invitamos se pone contento. Es un gran hombre.

Marcelo Prats mira a Natalia, pero en seguida aparta la mirada, asustado de que Natalia adivine su pensamiento. Ni en broma tolera que le diga nada sobre eso.

(—Su madre tiene razón: Natalia pica muy alto... Lo malo será que se dé un morrazo... José tiene razón: muy señorita... Ésta sale a la familia de su madre, pero estos tiempos son otros tiempos. Y a Massó le gusta... Se la come con los ojos... Buen hombre ¿eh? Un hombre cabal... Y con su por qué... ¿Que más quisiera la mocosa ésta...? Pues ella, nada... José lo dice: tiene muchos humos.)

Bibiana empieza a recoger las cosas.

—Una ve las películas y oye la radio, y piensa que todo esto son cuentos para divertirse, pero la vida... Las cosas son las cosas...

Se va por el pasillo gritando:

—¡Francisca!... Anda, hija, trae el mantel.

Natalia protesta:

—A cualquier cosa llamas mantel... un mantel es lo que nos hacía falta. Ya estoy cansada de comer sobre un plástico, como si estuviésemos en un asilo.

José no está de acuerdo:

—Un mantel de tela para que madre tenga que lavarlo, ¿no es así? Si tú te encargas de lavarlo todos los días...

—Eso, ni lo pienses. Yo trabajo en la oficina y ya es bastante. Cada una a lo suyo. Pero, vamos, creo que tengo derecho a comer en una mesa..., pues, eso, con un mantel...

—... y unos cubiertos de plata.

—¿Por qué no?

Marcelo da un puñetazo sobre la mesa.

—Porque la cosa no da para tanto, ¡coño! Y ya estáis callando. La mona ésta..., que no piensa más que en lujos y en tonterías...

Después, Marcelo Prats se frota las manos.

—Bueno, bueno, tengamos paz y dejémonos de cuentos... Ya que la vaca esa cogió a tu madre, hoy comeremos de tenedor, como le gusta a ésta... Hoy es fiesta, ¡hala!... A ver si todos los días se trae a casa el dinero que se lleva para la compra, y encima le dan un montón de cosas.

Bibiana dice desde la cocina:

—Ya va, ya va... No os impacientéis. Una no puede estar en todas partes.

Prueba la sopa.

(—Muy buena... Pero que muy buena... Estas cosas modernas... Ahora todo se hace así... En un momento, ya está la comida... ¡Ah, claro!, si a los chicos les gusta, si a Marcelo le gusta... Pues, nada, en un momento... Y una, trabajando como una negra pelando patatas... Teresa dice que no es arreglo, que en una casa hay que cocinar como se hizo siempre... Tantas cosas se

hicieron siempre y ahora no se hacen... Una tiene que andar con los tiempos, los chicos lo dicen...)

Busca por todas partes el paño de cocina. No lo encuentra. Lo llevó Francisca para limpiar los platos. Bibiana se limpia las manos en el delantal, colgado tras de la puerta.

(—Y el hombre, que si tal y que si cual, que si «La Vaca Roja»... Un susto, claro, pero después... Una sirve para lo que sirven otras mujeres, y yo me entiendo... Una debía..., pues eso: hacer lo que hacen todas, porque los hombres ni agradecen que esté una metida en casa, trabajando siempre como una esclava... Marcelo, como todos, claro... Y a una también le gusta... ¡Qué cosas!... Así es la vida... Si el rinoceronte ríe... Eso es, ahora recuerdo. Si el rinoceronte ríe, ríe, ríe... ¡Qué gracia tenían los chicos!

V

Bibiana Prats tiene que vencer la sensación de asco que le produce meter los dedos en el retrete, pero los mete y saca el trozo de algodón en rama manchado de sangre.

Sonríe.

(—Bueno, bueno, esto es otra cosa... Ya decía yo...)

Quien usó el retrete unos minutos antes olvidó soltar el agua de la cisterna. Este olvido le permite a Bibiana respirar fuerte y sacudirse de la cabeza un pensamiento que, desde hace algún tiempo, la viene atormentando.

(—Mira por cuánto, una va a descubrir esto... Lo que son las cosas... Si no entro ahora, pues nada... Los chicos dicen que ando mirándolo todo para reñir. Pues mira... Una ve las cosas...)

Da vueltas al algodón, sin tocarlo apenas.

(—Natalia, claro...)

La ha sentido salir del cuarto de baño y correr a su habitación, cerrándose por dentro, como de costumbre.

(—Tiene que ser de Natalia, porque Francisca... No, claro, la niña...)

Bibiana siente un picor en las narices y, de pronto, se le llenan de agua los ojos. Siente un nudo en la garganta. Llora, se ríe... La compresa de algodón, manchada de sangre, tiene para ella un valor incalculable.

Repite:

(—Natalia, estoy segura... Francisca, ni pensarlo... No es posible. Si aún no... Bueno, o sí... Las chicas de ahora...)

Otra vez la duda. Si es de Francisca, y puede serlo, la sospecha queda en pie.

(—Puede ser de Francisca, claro... Estas chicas... Tampoco Natalia me dijo nada cuando fue lo suyo. Me enteré al lavar la ropa. Ella, nada, como si nada...)

Bibiana recuerda que lloró en tal ocasión. Claro que lloró... De sorpresa, de miedo, ¡vaya usted a saber!... El caso es que había llorado y le había dicho a

su madre: «Voy a morirme», o algo por el estilo. La madre, para tranquilizarla, empezó a explicarle aquello que toda madre debe decir a sus hijas en tal ocasión, pero Bibiana no comprendió nada, bien porque la madre no le hablase claro o porque ella no prestaba atención. No comprendió nada: al revés, se asustó más y empezó a odiar a su madre y a esconderse de ella, avergonzada, como si la madre la hubiese sorprendido cometiendo un delito.

(—Las chicas de antes éramos así... Medio tontas... ¡Ande, vaya usted a ver si las de ahora se asustan por nada!... Como si nada. ¿Natalia?... Como si nada. Dejó la ropa sucia en el cesto, y nada... ¿Consejos?... Eso ni hablar. Si una va a decirle algo, ella: «No dramatices, mamá. ¡Venga, no le eches cuento!» Ella sí que tiene cuento... Se quedó tan fresca. Me quitó de la mano los paños higiénicos, los guardó en su armario y sanseacabó...)

Bibiana Prats arroja la compresa de algodón en el retrete y suelta el agua de la cisterna.

(—Natalia siempre fue muy suya... Un Juan Palomo, yo me lo guiso, yo me lo como... Que nadie sepa lo que hace ni lo que piensa la señorita... Pues por mí... Cada uno es como es, y así hay que gastarlo... Igual que Xenius. Los dos son como Marcelo. Pues por mí... Que se callen sus cosas... Claro que algunas veces... Una madre es una madre, y si una madre no se entera de ciertas cosas...)

La duda sigue en pie.

(—Puede ser de Francisca, ya está en edad... A mí, lo de Natalia me extraña mucho.)

Bibiana está segura de que hace dos meses que Natalia no tira al cesto de la ropa sucia sus paños higiénicos.

(—¿Dos meses?... No, tres meses... Tres meses largos... Fue por el verano... Pues si no está mala..., si no tiene anemia... ¿Un retraso?... Puede ser un retraso... Una, a veces, pierde la cuenta. Los meses pasan pronto. A veces, una dice: Ya pagué el teléfono, ya pagué el gas, ya pagué la luz, y esto, y lo otro, y una está tranquila... Pues, nada, fue el mes pasado, y otra vez está encima el gas y el teléfono, y la renta... En cambio, para coger dinero, los días no pasan nunca... ¿Y si esto...? No, no estoy equivocada. Son tres meses. Estoy segura... Al principio, pues, eso... Si será un retraso, si no me acordaré yo de la fecha... Estoy segura, desde el verano...)

Bibiana se lava los dedos y sale del cuarto de baño, secándoselos en el delantal.

(—Le preguntaré a la niña... No, mejor a Natalia. Es difícil hablar con ella, pero ahora, un buen pretexto... Vaya si le digo algo. Buena ocasión... No va a estar una así meses y meses, que si estará, que si no estará...)

Abordar a Natalia es algo que sobresalta a Bibiana Prats. Tanto, que al llegar a la puerta de su habitación se acuerda, de pronto, que ha entrado en el cuarto de baño a orinar y lo había olvidado.

Vuelve al cuarto de baño.

(—Tan arisca... Ella sí que tiene cuento... Para que nadie le pregunte nada,

eso es... Si una le pregunta algo de las amigas, de la oficina, de los jefes, se alza de hombros... «Bien. Como siempre»...)

Después de orinar, Bibiana se lava las manos. Las enjabona una vez, y otra vez, sin fijar la atención en lo que hace.

(—Y de su novio, ¿qué sabemos? Nada... Novio, o lo que sea. Natalia dice que es un amigo, cuando dice algo... Un plan, dicen ahora... Las chicas tienen planes. ¿Y luego, qué?... Vaya usted a saber... Lo mismo que los hombres... Su padre tiene razón: Plin, plan, es lo que necesitan. Un par de bofetadas... Pero él no se las da... Un calzonazos, eso es Marcelo para los chicos. Grita mucho, pero nada... Se le va la fuerza en gritos... Los padres tenemos la culpa de lo que sucede. No sabemos educarlos, y después vienen los sustos, los sobresaltos... ¡Esta mocosa!...)

La pila está atascada. El agua rebosa la pila y empieza a verterse sobre el suelo. Bibiana no ve el agua hasta que le cae encima y le moja las piernas.

(—¡Cristo!, lo que faltaba... Otra vez atascada la cañería... Otras treinta pesetas... ¿Treinta? Ya buscará el fontanero cualquier pretexto para cobrar doble... A ver si José... Si José lo arregla...)

Busca una bayeta. No hay bayeta en el cuarto de aseo. Con una toalla sucia, la más vieja y más sucia que encuentra, empapa el agua.

(—Pues yo le pregunto algo... Es una ocasión...)

Moja los dedos en el agua de la pila y, secándoselos en el delantal, vuelve a dirigirse a la habitación de Natalia. Acerca los nudillos a la puerta. Los retira...

(—Yo le digo algo...)

Al fin se decide. Llama.

—¿Quién es?

—Soy yo, Nat. ¿Puedo pasar?

Un momento de silencio. Se abre la puerta y vuelve a cerrarse tras de Bibiana Prats.

Natalia está junto a la cama, casi desnuda. En sostén y bragas. Busca, apresuradamente, la combinación entre la ropa que hay sobre una silla. Se la pone y se acerca al espejo del armario. Empieza a peinarse pausadamente, recreándose en la contemplación y en el tacto de su pelo rubio, casi ceniciento, suave y brillante.

También Bibiana mira con placer el pelo suave y brillante de su hija y el cuerpo adolescente, bien formado, perfecto.

(—Cualquiera lo diría... Cuando era niña parecía que iba a quedarse pequeña y redonda como una bola. Le pesaban las piernas para correr. No tenía la agilidad de sus hermanos. Se burlaban de ella... Después..., cuando eso..., empezó a espigar...)

¡Eso!... Contemplando a Natalia, Bibiana se había olvidado de «eso». Y ha venido a hablar de «eso», precisamente.

Pero no dice nada.

Es Natalia la que corta el silencio, volviéndose hacia su madre y

preguntándole, sin impaciencia, pero sin mucha cordialidad:

—Bueno, mamá, ¿qué quieres?

La mirada de Bibiana la envuelve toda, posándose, insistentemente, sobre el vientre liso de la muchacha.

—¿Por qué me miras tan asombrada, como si no me hubieses visto nunca?

Sorprendida en su inspección, Bibiana se pone colorada. Baja la cabeza y empieza a retorcer el delantal entre los dedos.

—Yo..., pues, nada, sólo quería preguntarte si has estado tú ahora en el cuarto de baño.

Natalia se alza de hombros. Recuerda.

—Sí, claro... Hace un momento... Pero no te he gastado el agua caliente, si es eso lo que quieres averiguar. De sobra sabes que me ducho siempre con agua fría. Pregúntale a tu Xenius y a la niña. Esos son los que te gastan el agua caliente. Tienen que bañarse en agua a una temperatura para pelar pollos... Yo me he duchado, como siempre, con agua fría.

—¿Que te has...? Pero ¿tú?... ¿Que te has duchado tú? ¿Y con agua fría?

—Bueno, ¿por qué te asustas?

Bibiana Prats no sale de su asombro. Su asombro, o su cara de tonta, acaban por irritar a Natalia.

—Bueno, mamá, tampoco es un delito ducharse todos los días cuando una viene reventada de trabajar... Digo yo... No creo que vayamos a arruinarnos por gastar unos litros más de agua al día.

—No es eso, hija.

—Entonces, ¿por qué protestas? ¿Por qué me miras con esa cara de susto, como si hubiera cometido un crimen? Anda, pregunta a los chicos. Ellos son los que te gastan el agua caliente. Son ellos, y no yo. Ya te lo he dicho.

Natalia se desentiende de la conversación y vuelve al espejo, ahora con un peine de cardar el pelo en la mano.

Bibiana sigue enredando con el delantal. No se va. No saldrá de la habitación de Nat sin preguntarle algo. Dice:

—Me gustaría saber si has sido tú quien ha usado el retrete y..., bueno, si has salido tan ricamente, sin tirar de la cadena.

—¡Ah, vamos!, era eso... Pues... sí, creo que sí... Sí, sí, ahora recuerdo. He sido yo. Había olvidado el algodón sobre la cama y tuve que salir corriendo.

—Entonces, fuiste tú quien ha dejado allí el algodón sucio...

Bibiana Prats se cruza de brazos y repite:

—Entonces, fuiste tú... ¿Tú?

Natalia, fastidiada ya, se encara con Bibiana.

—Sí, he sido yo, mamá, he sido yo, yo, yo... Ya te lo he dicho... ¿Y qué?... No es para hacer una tragedia de una tontería... ¿Qué podía suceder, vamos a ver?... ¿Que los chicos lo hubiesen encontrado?... Pues, mira, si no sabían lo que era, ni se enteraban... Y si ya lo saben, pues..., vaya, no creo que los niños vayan a accidentarse, que no vivimos en tus tiempos... De sobra sabes que no soy sucia ni descuidada. Supongo que un olvido lo tiene cualquiera...

—Natalia, hijita, si no es eso...

—Pues entonces, ¿por qué le das tantas vueltas?

—Pero si yo..., si yo no le doy vueltas, Natalia, hijita...

—Por Dios, mamá, cállate de una vez. Me pones negra... Natalia, hijita... Natalia, hijita... Pareces un serial de radio.

Bibiana no se enfada. Ahogándose de emoción, acaba por sentarse sobre la cama y cruza las dos manos sobre el vientre.

Le gustaría poder abrazar a su hija. Siente ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. Lo que acaba de comprobar no es para menos. Fueron tres meses de dudas, de sobresalto, sin poder comunicar a nadie sus sospechas. ¿Cómo decirle a Marcelo?... Bueno es Marcelo... Bueno, sí. Como el pan... Pero se pondría como una fiera hasta que se le pasara... ¡La que armó con lo de Xenius, para nada!... ¿Y al señor Massó?... A ése, ni hablar... Ya se mete demasiado en todas las cosas de la familia. Buen amigo, muy bueno, pero no le importa... Ella tuvo que tragarse día tras día su sospecha. Día tras día, aguardando una confidencia de Nat, cosa bien difícil, dado su natural poco comunicativo. Día tras día esperando algún indicio, en fin, alguna cosa que le confirmara lo que temía.

Claro está que podía haberle preguntado abiertamente por sus reglas, pero esto sería afrontar el asunto así, de plano, y no se atrevía. Las dos o tres veces que le indicó algo sobre la ropa, Natalia, ni siquiera le prestó atención. Recordaba haberle dicho algo sobre su salud. Natalia dijo algo así como que se preocupara de la suya y la dejara en paz, que ella hacía la vida normal de siempre. Pero los días pasaban, los meses pasaban, y Bibiana se afianzaba más en la idea de que Natalia estaba embarazada. Partiendo de ella, encontraba todas las cosas relacionadas. Hasta su retraimiento, habitual en ella, le parecía exagerado. Si salía, porque salía; si se encerraba en casa, porque no salía...

Piensa ahora:

—(Y todo porque los viejos somos unos cochinos que vamos a parar siempre a lo mismo... Suspicaces, malpensados... Los chicos viven ahora más libremente, pero con más limpieza que nosotros. Marcelo lo dice: otra vida, claro, más camaradería y más deporte; bueno, eso, que son más sanos, pero hay que vigilarles porque una manzana sana..., no, una manzana podrida en un saco de manzanas sanas las pudre todas. Eso es... Y si tropiezan con una persona mala... ¡Cristo!, yo que había pensado que mi Nat... No me perdonaré nunca este pensamiento... Bueno, las apariencias... Nat, hijita, qué sucios somos, a veces, los viejos, mientras que vosotros...)

Bibiana Prats siente deseo de arrodillarse delante de su hija, de besarle las manos, de pedirle perdón por el agravio.

Natalia se reiría, claro. Le diría: «¡Venga, mamá, no seas cursi! Te hacen daño los seriales.»

Bibiana Prats quiere reírse, como se reiría Natalia, pero de pronto rompe a llorar. La tensión de nervios sufrida durante tantos días descarga ahora en lágrimas. Acierta apenas a limpiarse los mocos y las lágrimas con el delantal.

Natalia mira a su madre sin asombrarse mucho de esta explosión. Ya sospechaba ella que Bibiana no había entrado en su habitación para averiguar quién gastaba el agua del termo, o quien tiraba o no tiraba de la cadena del retrete. Está claro que Bibiana tiene algún disgusto gordo y va a colocarle el rollo. Bibiana Prats siente de vez en cuando la necesidad de volcar sobre alguien el costal de sus pequeñas cosas, que a ella le parecen grandes tragedias.

(—Siempre con sus tonterías... Pues ya debe saber lo que a mí me gustan las escenas familiares... ¡Menudo rollo!... Y una, ¿qué? ¿No tiene también sus problemas? Vaya si los tiene. Pero yo no ando llorando por casa, ni fastidiando a nadie con cuentos.)

Fastidiando, eso es. Natalia Prats deja el peine y el cepillo sobre una silla y se planta, con los brazos cruzados, ante su madre:

—Bueno, ¿se puede saber qué te pasa? Porque está visto que en esta dichosa casa no se puede vivir tranquilo.

Bibiana trata de sonreír a través de las lágrimas. Casi lo consigue.

—Nada, hija, no pasa nada... Lloro de alegría.

—¿De alegría?... Esto sí que es bueno.

—Si tú supieras...

—Mira, mamá, no siento ninguna curiosidad por conocer el motivo de esa alegría que te hace llorar. Me figuro que será algo triste, como de costumbre. Pero si tienes mucho interés en colocarme el disco, anda, suéltalo ya, y déjame en paz. Tengo que salir.

Bibiana vacila.

—¿A estas horas? ¿Vas a salir por la noche?

—¿También eso te molesta? ¿Es que no puedo ir al cine como cualquiera? Trabajo todo el día, ¿no es así? Pues creo que tengo derecho a divertirme un poco.

Sí, claro, Natalia tiene razón. ¿No ha trabajado todo el día en la oficina? Pues ahora tiene derecho a divertirse. Quien no trabaja puede escoger las horas para divertirse. A esta hora, o a esta otra, que es más conveniente. Pero esto no puede hacerlo Natalia Prats, que tiene ocupadas todas las horas del día. Hasta tiene que hacer, dos o tres veces por semana, horas extraordinarias. Natalia es una chica que trabaja, ¿no es así? Y es una mujer moderna. Bibiana lo reconoce. Ella debe ser también una madre moderna, que se hace cargo de la situación y no tortura a sus hijos con exigencias absurdas.

(—Bueno estaría... Cuando los padres no comprenden a sus hijos..., pues, eso, disgustos y más disgustos, y hasta se marchan de casa. A los chicos no se les puede atar demasiado corto... Tienen sus derechos... En esto tiene razón Marcial Basurto. Los hijos dejan de ser menores cuando trabajan... Me gusta que aconseje bien a Marcelo... Para Massó son siempre chiquillos. Una tendría que atarlos a las faldas si le hiciera caso. Él, y nadie más que él, tiene la culpa de esto de la chica... Que si Nat tiene mucha libertad, que si un día tendremos que arrepentirnos... Y una empieza a pensar cosas...)

Bibiana Prats no quiere pensar mal. Es terriblemente feliz en este momento, libre de la sospecha que la torturaba.

(—Malpensados, eso somos... Sucios y malpensados. Los viejos creemos siempre que los muchachos...)

Se levanta y se dirige a la puerta. No necesita ya saber nada.

Natalia la detiene.

—Bueno, no te vayas con tu secreto.

Natalia reconoce que ha estado brusca con ella. Y le duele. Bibiana es comprensiva y tolerante. Una buena madre. Una mujer buena. Tonta, de puro buena. En fin, mejor será aguantarle un poco sus manías, sus desahogos. Si Bibiana disfruta contándole sus pequeñas tragedias de ama de casa, mejor será dejarla hablar, darle la razón...

—¡Venga!, desembucha... ¿Por qué lloras y te ríes de esa manera? Nunca sé qué voy a pensar de ti... Eres un caso... Lo mismo te ríes de pena que lloras de alegría... Mujer, cuenta, no te ahogues con tu tragedia.

Bibiana está contenta. Agradece a Natalia estas palabras, que hasta resultan cariñosas, dado que Natalia no habla mucho, no es muy efusiva y no soporta fácilmente cuentos de nadie.

Vuelve a sentarse.

—Pues si te digo lo que he pensado...

—A eso has venido, ¿no?

—Pues... sí, francamente, Nat, estaba preocupada... Una piensa a veces cosas...

Una pausa.

—Vas a reírte, claro... O vas a enfadarte... Ya no debía decirte nada, pero mira, desembuchando, como tú dices, pues una se queda tranquila.

Otra pausa. Natalia acaba de vestirse y busca en el armario un pañuelo de la cabeza.

—Las madres..., ya se sabe, nos preocupamos... Como pasaban meses y meses y no echabas en el cesto los paños sucios...

Natalia Prats, jugando con el pañuelo entre las manos, se queda mirando a Bibiana, sin comprender. De pronto, se hace cargo de la situación y empieza a sonreír. Se ríe. Suelta la carcajada.

Bibiana también ríe. La risa de Natalia la hace feliz.

—Bueno, ríete si quieres... Una madre es una madre... Una se preocupa por todo lo que pueda pasar a los hijos... Yo me decía: «Si no está enferma...»

—... está embarazada.

Bibiana no se hubiera atrevido a pronunciar la palabra. Pero Natalia la dijo tranquilamente.

—Pues sí, hija... Uno piensa lo malo... La juventud siempre fue la juventud, y aunque una os educa cristianamente... Luego, la calle, las compañías... El mundo está tan perdido...

—... y tú tienes en tus hijos tal confianza...

—No es eso, Nat... Compréndeme.

—Te comprendo.

—Una madre es una madre... Piensa cosas... Si uno está callado, si estará enfermo, si le habrá ocurrido algo... Si otra está triste, qué le habrá pasado... Pues ya ves, tu padre también piensa cosas, aunque se las calla.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que se preocupa. Qué les pasará a estos chicos.

—¡Ah!

Natalia se pone el abrigo, se cubre la cabeza con el pañuelo y busca los guantes en los bolsillos. Con uno de los guantes acaricia la cabeza de Bibiana.

—Bueno, doña Bibiana, ¿cuándo te llevan a la televisión?

—¡Qué muchacha ésta!... Búrlate de tu madre, chica, búrlate bien... Pues una, como las otras... No hace mal papel en ninguna parte... Una no debiera preocuparse tanto por los hijos y por la casa... Eso es... Para lo que se lo agradecen a una...

—Pues nada, Bibi, ¡a hacer vida de sociedad! ¿Cuándo vas al cine con doña Mauricia?... Lo que a mí me revienta esa mujer...

—Di que sí, hija a mí también... Tanta moto, tanto coche, siempre presumiendo...

Natalia se mira por última vez al espejo, acaba de ponerse los guantes y se va hacia la puerta. Desde la puerta vuelve hasta el armario, cierra con llave y se guarda la llave en el bolsillo.

Dice al despedirse:

—Sujeta un poco la imaginación, mamá, y no dramatices... A ver si crees que una mujer moderna se deja caer así como así... Por mí, no pases cuidado de que te haga abuela. ¡A ver si crees que soy tonta!

No, claro que no. Natalia no es tonta.

(—Pero... ¿qué es lo que ha dicho? Que ella no es tonta...)

Sí, ha dicho eso. Bibiana Prats intuye en su respuesta algo más que una seguridad tranquilizadora. Bibiana Prats se desazona, creyendo desentrañar el verdadero sentido de sus palabras.

Natalia no se enfadó, como ella pensaba. No lo encontró absurdo. No le pareció una inmoralidad. Sólo...

(—Sí, eso es... Sólo... Bueno, quiere decir que ella sabe..., sin... Bueno, eso ha querido decir Natalia...)

Bibiana Prats, abrumada con el peso de una nueva sospecha, se queda sentada sobre la silla de la habitación de Nat con las manos cruzadas sobre el vientre.

VI

La cola del Cine Chamberí da la vuelta por la calle de Eloy Gonzalo.

Una mujer dice:

—Como si regalaran las entradas, ya ve usted.

Dice Bibiana Prats:

—Todos queremos cine. Es como un vicio.

—Diga usted que sí, hija, diga usted que sí... Yo estoy deseando que se vayan todos de casa para fregar en seguida y venir al cine.

—A mí me gusta mucho. Vaya bien que se pasa.

Bibiana titubea unos momentos. Al fin confiesa:

—Pues ya ve, yo no venía nunca... Que si el marido, que si la casa, que si los hijos... Pero ahora que los hijos son mayores, pues me dije: «¡Hala, Bibiana! Vamos al cine»... Una también tiene que entretenerse, ¿no le parece?

—Diga usted que sí.

—Pues ya ve si seré tonta, que yo no me atrevía a venir sola al cine. Hasta que me dije: «Otras lo hacen»... Una también tiene que salir de casa y hacer lo que hace la gente.

—Diga usted que sí... Es que una sin el cine... Oiga, la verdad es que esto del cine y de la radio fue un gran invento. Lo que una aprende. Y lo que se disfruta.

—Sí, señora, un gran invento. Antes, las mujeres... Mi madre, que en gloria esté, lo decía: La mujer casada, la pierna quebrada, y en casa.

—Pues vaya una vida, hija. Las mujeres de antes, ¡vaya una vida!... Y sin radio... Fíjese usted... Digo yo, ¿cómo se entretendrían?

—Sí, es verdad, sin radio y sin cine...

—¿Verdad, usted?... Dice mi hombre que las mujeres, con hablar ya tenemos bastante.

Bibiana Prats sonríe.

—Cosas de los hombres. También ellos hablan.

—Diga usted que sí... Y hay que ver cómo se ponen cuando discuten... Pero los hombres, claro..., para ellos sólo hablamos las mujeres.

Bibiana dice:

—Mi marido no habla mucho. Es de pocas palabras... Bueno, en casa... A saber con los amigos.

—¡Ah, claro!... El mío tampoco... ¡La comida!... ¡La cena!... ¡Quiero esto!... ¡Quiero lo otro!... Eso sí sabe pedirlo, pero luego, pues nada, con la mujer nada... Cuando la necesitan a una. Todos son iguales... Y una se aburre... Si no fuera esto y el rato de palique que una tiene con las vecinas...

—Sí, claro...

—Y a mí me hace mucha gracia cuando él me dice eso de que cualquier tiempo pasado fue mejor, y que ahora la vida no tiene aquel... Yo le digo: «Sería para ti»... Porque los hombres se divirtieron siempre, ¿verdad, usted?...

—Sí, señora. Verdad.

—Porque tabernas y cafés los hubo siempre... No había fútbol, pero había toros. Y los toros... ¿Qué me dice usted de los toros?

—A mí no me gustan. Un día fui a ver una novillada. Por complacer a mi marido, ¿sabe? Recién casados... Un día va y me dice: «Ven a los toros. Para que no te quedes sola»... Pues ya ve, no me gustaron... Martirizar así a un pobre animal...

—¡Ah! pues yo, si puedo, voy a los toros... Lo del toro, la verdad, no me gusta mucho... Una tiene también sus sentimientos... Pero la plaza... ¡Cómo se pone la plaza!... Da gusto verla... Y aquella alegría, y la música... Oiga, y los extranjeros...

Alguien grita. Alguien protesta. La discusión tiene lugar en los primeros puestos de la cola. Una mujer dice:

—Pues vaya una fresca... Menuda fresca... Quería colarse.

La fresca se defiende:

—¡Mentira! No me colaba. Yo estaba aquí. Esta señora lo sabe. ¿Verdad, usted?

La mujer aludida mira a la recién llegada.

—Sí... Creo que sí.

La mujer que armó el alboroto dice:

—Pues si estaba y se fue, como si no estuviera. Mira qué gracia. Quien va a Castilla pierde la silla.

La mujer que defiende su derecho fuerza la fila y se coloca en el que cree su puesto.

—Entré un momento ahí, a tomar café. A ver sí una no puede tomar un café.

—Pues quien fue a Castilla perdió la silla... A ver si vamos a andar todas ahora me quito, ahora me pongo... Pues vaya una gracia.

La mujer que defiende su puesto se hace la sorda. Esto irrita a la que protesta. Otras mujeres se unen a ella.

—Y se pone delante. ¡Pues vaya una fresca!

—Las hay con una cara más dura...

Un hombre dice:

—¡Jo...! Póngase aquí delante, señora, a ver si se callan esas cotorras.

—¿Quién es cotorra?

—Ganas de dar a la lengua... Hay sitio para todas en el cine, aunque la cola diera la vuelta por Quevedo.

Las cotorras gritan más fuerte:

—Vaya, qué cómodo es hacer favores a costa de los demás... Nos la pone delante... Quítese usted de ahí y déjele su sitio. ¿A qué no lo hace?

El hombre se sale de la fila y va a colocarse al final de ella, tras de Bibiana Prats.

—¡Jo... con las mujeres!... La que organizan para nada.

La mujer que está al lado de Bibiana se molesta por la alusión del hombre.

—Pues anda que los hombres... Cuando se ponen a discutir no se quedan cortos.

—Sí, señora. Los hombres discutimos, pero por cosas más importantes. A ver si merece la pena gastar saliva para entrar cinco minutos antes en el cine, si la película no empezó todavía.

La mujer que habla con Bibiana parece muy enterada del verdadero motivo de la discusión.

—Pues la que entra primero coge el mejor sitio..., ¡a ver!... En la fila ancha

se está mejor. Una puede estirar las piernas y, además, la gente no molesta cuando pasa.

—¡Ah!

—Todo en la vida tiene su porqué.

—¡Ah!

El hombre no tiene ganas de discutir, o le ha convencido el argumento de la mujer. Saca un periódico del bolsillo y se pone a ojearlo.

Abren la taquilla y el cine empieza a tragar mujeres.

Cuando le toca el turno, Bibiana entra en el cine. Aunque la luz está encendida, el acomodador le quita la entrada y la conduce por el pasillo, preguntando:

—¿Aquí?... ¿Aquí?...

—No, más adelante...

—¿Aquí?...

A Bibiana le fastidia la persecución del acomodador.

(—Lo que este hombre quiere es la propina.)

Busca en el bolso una peseta.

(—No, dos reales... Ya está bien. Menudo impuesto...)

Da cincuenta céntimos al acomodador y rescata su entrada. Sigue pasillo adelante hasta «la fila ancha». Pero no hubo suerte. Ya está toda ocupada. Se resigna a acomodarse en una butaca de pasillo. También son buenas. Si la persona que se sienta delante es alta o tiene la cabeza grande, pues con inclinarse hacia el pasillo para ver ya está resuelta la dificultad. Además, se ve la pantalla de frente. Claro que hasta que se ocupa toda la fila resulta molesto encoger las piernas cada vez que pasa una persona.

Bibiana Prats se hace estas reflexiones, pero se instala en una butaca de pasillo.

Junto a Bibiana se sienta una mujer joven con un pañuelo de lunares en la cabeza. Pregunta a Bibiana:

—¿Está ocupada esta butaca?

—No, no señora.

—¡Ah, bueno!... ¿Viene usted sola?

—Pues sí... Sola.

—Yo busco siempre sitio al lado de una señora, porque vengo también sola, ¿sabe? Y a veces le toca a una sentarse al lado de un tío...

—Sí, claro.

—Y los hay...

—Sí, claro...

—Porque en España, ¿sabe usted?, estamos todavía sin civilizar... Hay hombres que si ven a una mujer sola en un café o en un cine, pues... eso, se propasan...

—¡Ah!

—Creen que una... Estas cosas no pasan en el extranjero.

—No, ¿verdad?

—No, señora.
—Usted habrá viajado mucho por el extranjero...
—¡Ca!, no, señora. No salí nunca de España, pero lo dicen. Las gentes que viajan dicen que en otra parte se respeta mucho a las mujeres.
—¡Ah!
—Aquí, si ven a una mujer sola... Claro, como hay tanto vicio...
—Sí, mucho vicio.
—¿A usted no le ha pasado nunca en un cine...?
Bibiana Prats está a punto de decirle que es la primera vez que viene al cine sola y que, por otra parte, es una mujer mayor, y bastante seria, y supone que «el vicio» apuntará a otros blancos. Pero se limita a contestarle:
—Pues no, no...
—Tiene usted suerte... A mí, sí... Pues ya ve usted, una no provoca. Una va vestida honestamente, pero los hombres... Hay algunos que creen que todo el monte es orégano.
—Sí, claro. Los hay...
Afortunadamente, se apagan las luces y empieza a proyectarse la película. Bibiana se ve libre del suplicio de una conversación que no le interesa.
La película le gusta. Es entretenida. Dos películas y el No-Do por cinco pesetas.
(—Pues no está mal... He de venir más veces... Una se entretiene... Los hijos... También se divierten los hijos... Lo de Nat es lo que me preocupa. ¡Qué chiquilla!... No tiene sentido. Una mujer moderna... ¡Pues vaya con las mujeres modernas! Si en mis tiempos una... Hablan de planes, como los hombres... Su padre tiene razón: plin, plan es lo que necesitan... Pero cualquiera ata corto a las muchachas de ahora... Y los disgustos son para una... Porque una sufre... Una quisiera para sus hijos...)
Poco a poco, Bibiana Prats va internándose por las peripecias del argumento, se va entregando totalmente a la pantalla, y las preocupaciones y los hijos se desvanecen de su memoria.
Se ha acabado la película. Descanso.
Bibiana Prats está como aturdida, todavía ausente de la realidad.
La mujer del pañuelo de lunares dice:
—Es una gran película, ¿eh?
—Sí, muy buena... Pero un poco triste... Ya tiene una en la vida...
—Pues yo tenía mucho interés por verla, porque me dijeron que «Rocco y sus hermanos» era de esas películas de verdad, ya sabe... Bueno, de las cosas que pasan de verdad. Éstas son las buenas. Los italianos, ¿eh?... Hay que ver el cine que hacen los italianos... Parece que una está viviendo en esas casas, con esa gente. Parece que esas cosas le pasan a una, porque son tan reales, ¿verdad, usted?
—Muy reales, claro... Y las que tenemos hijos... Una piensa siempre en los hijos.
—Claro, los hijos... ¿Tiene muchos hijos?

—Cinco. Tres varones y dos chicas.

Bibiana Prats señala al niño que vende chocolatinas, caramelos y bombón helado.

—El más pequeño es como ése... Y hasta se parece. Este niño es como mi Manuel.

—Ya ve, tan pequeño, y ganándose ya la vida. Otros chicos, a su edad, estarán jugando.

—Sí, señora. Dice usted bien. Yo les digo siempre a mis niños cuando protestan de algo: otros chicos a vuestra edad ya están trabajando, y vosotros, comiendo la sopa boba... Para eso estamos los padres, ¿verdad?... Una se sacrifica con gusto para que los hijos salgan adelante. ¡Que no haría una por ellos!

—Para lo que lo agradecen.

—Eso es, para lo que lo agradecen... Pero una no hace las cosas para que se las agradezcan. Una madre es una madre... Por el bien de ellos, claro... Una quisiera verles felices.

—Claro.

—Pero cuando los chicos son mayores, cada uno se marcha por su camino, y ¡vaya usted a saber!

—Sí, ¡vaya usted a saber!

—Ellos dicen que quieren vivir su vida.

—Sí, claro, quieren vivir su vida.

—Pero ¿qué saben ellos de la vida?... Y los consejos de la madre no valen nada... Una está anticuada, una no sabe lo que está de moda; ahora hay que vivir como todo el mundo...

—Ay, maja, la juventud tiene sus derechos... Todos tenemos derecho a la vida.

Bibiana Prats mira a la mujer que se sienta a su lado. Hasta ahora no había reparado en ella. Es una mujer joven todavía, aunque no pueda decirse que sea una muchacha. Viste pobremente con un abrigo deshilachado por las mangas y las solapas. Un jersey verde, desteñido a fuerza de lavados, le asoma por el cuello, y el pañuelo de la cabeza está también deslucido, aunque muy limpio.

Esta mujer tiene derecho a vivir la vida, la juventud. Ella lo ha dicho: «Todos tenemos derecho.»

Bibiana piensa:

(—¿A qué llamará ella vivir la vida?... A lo mejor piensa como Nat... Vaya usted a saber... Pero a mi Nat le gusta mucho el lujo... Ah, eso sí... Por andar bien vestida, por comer bien y por divertirse... Eso, vivir la vida... Y una, ¿qué? ¿Es que no vive?...)

Bibiana Prats respira con fuerza.

(—La vida...)

Después, sin saber cómo ni por qué, acaso por una necesidad imperiosa de abrir una válvula de escape a su obsesión, comenta:

—Cualquiera sabe cómo se acierta... Una madre sufre si ve que una hija no

va por el camino que una le enseña... Lo que usted decía: que hay mucho vicio... Cuando hay dinero y la gente quiere vivir mejor..., pues ahí está la cosa. Pero yo digo...

De pronto, Bibiana Prats se detiene en su confidencia. Tiene la sensación de que empezaba a desnudarse delante de la gente.

Piensa:

(—Una está a lo suyo... Cada uno, a lo suyo. Siempre dándole vueltas a las cosas.)

Sonríe a la muchacha del pañuelo de lunares y dice:

—Bueno, vamos a ver qué nos dan ahora. ¿Qué película ponen?

—«El testigo»... Será policíaca.

—A ver si es también triste... La verdad, para cosas tristes..., ¿no le parece?, ya tenemos bastantes en la vida.

—Pues a mí me gustan éstas. Las hay muy buenas. Esta semana ponen en el Quevedo una muy buena. ¿Ya fue usted al Quevedo?

—No... La verdad es que voy poco al cine. A mi marido no le gusta el cine, y cuando voy con el niño, algún domingo, tenemos que buscar ésas de caballos... Le gustan mucho.

—Pues no sea tonta, venga usted con frecuencia al cine.

—Sí, eso pienso. Una se distrae. Se quita de pensar en otras cosas.

—Yo voy al Quevedo todos los jueves. Algunas semanas vengo también al Chamberí, si ponen alguna buena... En el Quevedo, cuatro pesetas, dos películas y el No-Do.

—Es bien barato. ¿Quién no va al cine?

—Sí, claro... Yo me distraigo mucho en el cine. El cine instruye mucho. Una se entera de todo lo que pasa por el mundo... Los viajes de los pobres.

—Desde luego.

La mujer abre su bolso de compra, de plástico marrón, y saca un paquete. Empieza a desenvolverlo, procurando no hacer ruido con los papeles.

—Me traigo un bocadillo para el descanso. ¿Usted no lo trae?

No. Bibiana Prats no tiene un bocadillo para el descanso. No se le había ocurrido semejante cosa. Cuando va al cine con Manuel, le compra caramelos o chocolatinas. Pero nunca se le ocurrió llevar bocadillos.

Sonríe:

—Es una buena idea.

—Yo lo traigo siempre, ¿sabe?... Si la película me gusta, la veo dos veces... Así me paso toda la tarde metida en el cine. Aquí meriendo y aquí me paso toda la tarde. Cuando una no tiene casa...

—Sí, claro...

La mujer parte el bocadillo en dos mitades y ofrece una a Bibiana.

—Tome, pruébelo.

—No, gracias.

—Que sí, mujer, que lo pruebe.

—No, no... Se lo agradezco, pero no quiero.

—Más tonta es. Está muy bueno. ¿Es que no le gusta?
—Pues sí, pero no acostumbro...
—Tome, mujer, no me lo desprecie.
—No es desprecio, créame usted... Se lo agradezco mucho, pero nunca tomo nada a media tarde.
La mujer se alza de hombros.
—Usted se lo pierde.
Después empieza a devorar el bocadillo con verdadero deleite.
Un olor fuerte a chorizo crudo se esparce en torno suyo y se le mete a Bibiana por las narices, despertando su apetito:
Se dice:
(—Podía comprar unas patatas fritas... No, ya le dije que no tomaba nada... Otro día me traigo un bocadillo... De chorizo... Debe estar muy bueno... No se me había ocurrido... Pues está muy bueno...)
Dice en voz alta:
—Que le aproveche.
—Gracias. Como usted no quiere, yo ya no insisto.
La mujer sonríe. Bibiana sonríe. La mujer sigue comiendo con apetito su bocadillo. Bibiana se arrepiente de no haber aceptado el trozo de bocadillo que la mujer le ofreció. El estómago de Bibiana Prats empieza a segregar jugos, estimulado por el olor del bocadillo y por el apetito de la mujer.
La mujer mete en su boca el dedo pequeño y escarba entre las encías para desprender algún pellejo del embutido. Consigue extraerlo y lo arroja al suelo. Con el pie, lo empuja bajo la butaca.
Bibiana se repite:
(—Si seré tonta... Otro día me traigo mi bocadillo... Unas patatas... No, no me atrevo... Pues otro día...)
Suena el timbre. Se apagan las luces. Empieza la proyección de la segunda película. En medio del silencio de la sala se oye ruido de papeles estrujados precipitadamente.
Bibiana Prats se pasa la lengua por los labios secos.
(—Una buena idea.)
De pronto, sobresaltada:
(—¿Qué hora será?... Si Manuel llega a casa... Bueno, ya sabe él coger la merienda... Que baje a ver la tele...)
Otra vez Bibiana Prats se desentiende de su vida privada para sumirse totalmente en las peripecias de la pantalla.
En una de las filas anteriores hay un incidente. Dos mujeres comentan la película. Alguien sisea. No se entiende lo que dicen las mujeres que defienden su derecho a comentar, pero se oyen el siseo y el pataleo de los que protestan porque no les dejan oír:
La mujer del pañuelo de lunares comenta:
—Somos inciviles, no tenemos educación... Hay personas que no les importa fastidiar a otras...

Bibiana disculpa:
—Mujer, no lo hacen por fastidiar. Una, a veces...
Ahora las sisean a ellas. Un hombre dice:
—Bueno, a ver si se callan de una vez.
Se restablece el silencio. La película sigue proyectándose sin más incidentes.
Cuando se enciende la luz, Bibiana se levanta. Dice a su compañera de butaca:
—Celebro mucho haberla conocido... Bueno, a lo mejor otro día nos encontramos otra vez aquí...
La mujer también se levanta.
—Yo también me voy. Me duele la cabeza. A ver si me da el fresco y se me pasa.
Cuando salen a la calle empieza a llover. Se resguardan del agua bajo la pequeña marquesina del cine. La mujer dice:
—¡Hala!, la convido a tomar un chato.
Es sincera la sorpresa de Bibiana. Tarda unos segundos en comprender. Al fin dice:
—Tengo que irme a casa.
—¡Venga!, no se haga rogar... Hasta que pare de llover entramos aquí.
Bibiana piensa:
(—Una dice que no y después se arrepiente... Bueno, tampoco es ningún delito entrar en un bar y tomar alguna cosa... La mujer me invita de buen aquel...)
La mujer la toma del brazo y la empuja hacia el bar que hay junto al cine. En el bar hay mucha gente. Con gran apuro consiguen instalarse en un ángulo de la barra. La mujer procede con gran soltura de movimientos. Se ve que está acostumbrada a entrar en los bares y a abrirse paso, a codazos, entre la gente.
—¿Quiere un chato de blanco o prefiere un café?
—Yo no pensaba... La verdad, no me apetece tomar nada. Pero si usted insiste... Cualquier cosa vale.
—Pues dos cafés.
Grita:
—¡Chico!... Dos con leche...
Explica a Bibiana:
—Ya ve, yo tomo un café, y me sirve de cena... Como una no tiene casa...
—Sí, es muy triste...
—Tanto como triste... A una le gustaría tener su piso, tener sus cosas, y no andar con las maletas bajo la cama, en una habitación realquilada, hoy aquí, mañana allá, siempre aguantando patrona. Pero, mire, tampoco tiene una los inconvenientes de la casa de una. Que si este gasto, que si el otro gasto... Mientras una sea joven y pueda aguantarlo... Mi hermana, que está casada, me dice siempre: «Dichosa tú. Pareces el judío errante. Ya podías alquilar un piso»... ¡Un piso!... Mi hermana no está bien de la cabeza. Como si un piso se

alquilara así como así... Lo que ella quiere es meterme en su casa para que le dé el sueldo y, además, trabaje para sus hijos.

El camarero pone ante ellas las dos tazas de café. Pregunta:

—¿Algo para mojar?

—No, chico, nada... Ya nos mojamos nosotras...

La mujer ríe su propio chiste, después echa un azucarillo en su café y se guarda el otro en el bolso.

—No me gusta muy dulce... No soy golosa... Bueno, pues, como le decía, el buey solo bien se lame... Una es pobre, porque lo que una gana es una miseria, pero una lo disfruta como puede... Si estuviera con mi hermana, tendría que rendirle cuentas: que si iba al cine, que si salía, que si entraba... Y así, ya ve, una se arregla...

—Sí, claro. Cada una...

—¿Verdad, usted?

—Verdad, hija... Un amigo de mi marido, que es un hombre muy leído, lo dice siempre: «Cuando los hijos son mayores y trabajan, pues quieren... eso, su libertad, vivir a su gusto. El hombre que trabaja es mayor de edad»... Pero a los padres nos parece que los hijos nunca son mayores, que no saben vivir solos, sin nuestros cuidados, sin nuestros consejos... Y las chicas de ahora, pues... eso, ¡a vivir su vida!... Y los disgustos son para los padres.

Bibiana Prats se muerde los labios.

—(Vaya, otra vez está una a vueltas con las cosas... Como si a los demás les importaran nuestras cosas.)

Dice en voz alta:

—Vaya, pues muchas gracias... Tengo que irme... Mire, parece que ahora no llueve...

—¿Vive muy lejos?...

—No, aquí, muy cerca... Junto al mercado.

—Vaya, qué suerte.

A Bibiana no le gusta hablar de sus cosas, pero la mujer ha sido muy amable y se cree en la obligación de ofrecerle su casa:

—Si usted necesita algo... Yo vivo aquí, en la calle de Alonso Cano... Cerca del mercado... Pregunta usted por Bibiana Prats, todos me conocen.

—¿Bibiana? Su nombre no se me olvida. Así se llamaba una de mis abuelas. Con la que me he criado... Fíjese usted si voy a olvidar el nombre... Yo me llamo Eladia Suárez. Coso por las casas. A veces plancho... Una va tirando...

—Bueno, Eladia, pues tanto gusto, y a ver si otro día nos encontramos aquí, en el cine...

Eladia deja dos monedas de cinco pesetas en el mostrador y sigue a Bibiana.

Al salir a la calle la toma del brazo.

—Bueno, si no la molesta voy a acompañarla... Como vivo sola, no tengo prisa... Me gusta andar para estirar las piernas... Mire, no llueve...

—No, pero hace mucho frío.

—Parece que va a nevar.

—A ver si tenemos navidades blancas... A mi chico pequeño le gusta la nieve... Cuando nieva, no para en casa... Pues, nada, ni un catarro. Es un chico fuerte.

—¿Qué tiempo tiene el pequeño?

—Va para once años.

—Bueno, ya es un hombrecito... Y los mayores, ¿están todos solteros? ¿Viven en casa?

—Pues sí... Hasta ahora...

Eladia Suárez aprieta el brazo a Bibiana Prats y caminan juntas, mirando al suelo, para sortear los charcos. Dice Eladia:

—No crea que le pregunto por curiosidad. A mí, la vida de la gente me importa poco. Pero desde que la vi me dije: «Esta es una señora. Si tuviera en su casa una habitación, yo se la alquilaba.» Porque ya le digo que no tengo piso, que vivo realquilada... A mi patrona se le casa una hija, necesitan mi habitación, y... ¡otra vez a cambiar de casa!... Ando buscando... Puse un anuncio en el quiosco ese de los ciegos...

Bibiana Prats comprende ahora la solicitud de la costurera.

—Mujer, lo siento... Si en mi casa hubiera sitio...

—Oiga, tengo referencias... Soy una persona seria, pago puntualmente.

—No es eso, Eladia... Ya le digo que en la casa no tenemos disponible ni una habitación.

—Es lo que tienen estas casas modernas. Son como grilleras... Ni la familia puede acomodarse en ellas.

—Nuestra casa no es muy pequeña. Es una casa vieja. Quiero decir de antes de la guerra. Pero somos tantos...

—Pues han tenido suerte con la casa. Ahora es un problema.

—Sí, claro... Nosotros tuvimos suerte... Nos la cedió una tía cuando nos casamos. El piso y la tienda. Vivía sola, estaba viuda... Nos trajo de Barcelona para que la cuidásemos... Muy buena era... Murió con nosotros... Para mis hijos, como una abuela...

—Y la casa, ¿es de ustedes?

—¡Qué va a ser nuestra!... La ventaja es que pagamos poca renta, ¿sabe?... Aunque la van subiendo poco a poco... Lo que les autorizan.

—Sí, claro... Tener hoy un piso, ¡menuda ganga!

—Mire, ésta es la casa.

Se detienen ante la casa. Bibiana vacila. No desea invitarla a subir a verla. A Nat no le gusta que Bibiana meta gente extraña en casa, ni siquiera a las vecinas.

(—Buena es Nat para eso... Como un cardo... Que si vienen a husmear, que si todo son cuentos...)

Bibiana Prats busca una fórmula para cumplir con la nueva amiga, sin meterla en su intimidad.

—Bueno, pues ya sabe usted dónde tiene su casa. Otro día... Un día que...

Eladia Suárez mira el edificio.

—Una casa vieja, claro... Son buenas casas... Quiero decir que antes las hacían con materiales de verdad y no se caían tan fácilmente.

—Bueno, pues ya lo sabe, otro día...

—Pues ya ve: yo prefiero las casas nuevas... Aunque las habitaciones sean pequeñas.

—Sí, claro... Pues ya lo...

—Son más claras y más limpias... Todo nuevo... A mí me gustan las cosas nuevas, ¿sabe? Y la vida moderna. Más independiente... Como ahora se dice, más funcional...

Eladia Suárez no siente prisa por separarse de Bibiana Prats. Es una señora muy agradable, y Eladia Suárez está muy sola. Pero la señora agradable tiene que hacer la cena e intenta, una vez más, despedirse de la mujer que conoció en el cine.

—Ya nos encontraremos en el cine otro jueves, ¿eh?

—¿Usted no baja al mercado?

—Sí, claro... Figúrese usted, ¿quién va a comprar las cosas? Bajo tres o cuatro veces a la semana.

—Yo también vengo, a veces, a este mercado. Compro alguna cosa, aunque suelo comer en un restaurante o en una taberna.

—Pues en el cine o en el mercado, ya nos veremos... Y aquí tiene su casa. No la invito hoy a subir porque ya estarán todos y hay que preparar la cena... Otro día, ¿sabe?...

—Sí, otro día.

Se despiden. Bibiana la ve alejarse, andando despacio, como sin rumbo, con las manos metidas en los bolsillos, el bolso colgado del brazo, el pañuelo de la cabeza un poco torcido...

(—Sola... ¡Qué vida!... No estuve muy amable... Bueno, una tiene también sus obligaciones... ¡Cristo!, la cena...)

Bibiana Prats sube las escaleras lo más rápidamente que le permiten sus piernas, ya un poco cansadas.

VII

Bibiana Prats extiende la mesa y coloca en el centro las dos tablas que guarda tras el armario de la cocina. Calcula:

—Uno, dos, tres, cuatro... Cuatro a este lado, ocho. Dos en las cabeceras... Sí, cabemos todos.

Extiende el mantel. Al extenderlo observa que las rayas de los dobleces están amarillentas.

(—¡Pues, vaya!... Pude lavarlo... Lo que ocurre es que una lo hace todo a prisa y corriendo, a última hora... Siempre digo: «Otro año no me ocurre esto»... Pues, nada, llega otro año y vuelve a ocurrirme.)

Empieza a repartir los platos, los vasos, los cubiertos, las servilletas. En el centro de la mesa coloca un florero con los tulipanes de plástico que los chicos

le regalaron el día de la Madre.

Bien. Las rayas amarillas apenas se notan. El mantel luce con sus adornos de encaje «richelieu». Un poco pasado de moda, pero es cosa buena. La tía Ramona Gisbert lo guardaba desde su boda. Lo estrenó cuando Bibiana y Marcelo Prats vinieron a vivir con ella. Desde entonces sale a la mesa el día de Nochebuena y, pasadas las fiestas, vuelve al armario hasta el año siguiente.

Sobre el mantel coloca Bibiana un palillero de cristal, rematado con un aro de plata, heredado también de la tía Ramona.

Se aparta un poco junto a la ventana para contemplar el efecto de la mesa puesta.

Ahora tiene que colocar en la lámpara y extender entre los platos algunas ramas de acebo, que compró por la mañana en el mercado. Todas compraban ramas de acebo.

Desde la puerta del comedor dice Natalia:

—No pongas palillero. Es muy ordinario.

—¡Ah, ya has venido!...

—Quita el palillero. Es muy ordinario.

—¿Por qué es ordinario mi palillero?

—Todos los palilleros. La gente bien educada no usa palillos. Es muy grosero limpiarse los dientes con un palillo.

—Pues vaya moda... Entonces, ¿con qué se limpian?

—No se limpian los dientes en la mesa. Es una costumbre sucia.

—Sí, claro, como sucia, sí lo es, pero se hizo siempre...

Bibiana guarda el palillero en el aparador. Lo siente mucho. Adornaba. De cristal, con un aro de plata, vaya si adornaba.

—Pon un salero.

—¿Un salero?... No tengo ningún salero así..., aparente, para ponerlo en la mesa. Este condenado chico lo rompe todo.

—Pues el salero sí que es necesario. Es un detalle que no debe faltar en ninguna mesa... Bueno, te regalaré uno el día de Reyes.

Bibiana Prats levanta la cabeza y mira a Natalia. Natalia está de buen humor esta noche.

(—Menos mal, porque esta chica...)

Natalia dice:

—¿Quieres que te ayude?

—Pues... sí... Tú eres más alta... Mira, coloca estas ramas aquí, en la lámpara... Cuando suban los chicos les diré que claven algunas en las paredes... Hace buen efecto.

Natalia coloca las ramas. Dice:

—Otro año voy a traer esas guirnaldas de plata con que se adorna el árbol de Noel... Otro año pondremos árbol.

Bibiana Prats cruza las manos sobre el vientre y mueve la cabeza.

—¡Otro año!... A saber si llegamos... A saber si estamos juntos, como este año... Mi madre, ya ves tú, cuando estalló la guerra...

—Bueno, no nos amargues la Nochebuena.
—No, hija, ni pensarlo. Es un decir...
—¿Quieres que te haga algo?
—No, ya está todo. Lo que hace falta es que todos vengan temprano. Si no, se pasa la cena.
—¿Quienes son todos?
—Nosotros, los de casa. Y los Basurto. Vendrán Marcial y Teresa... Como tienen al chico en el Servicio y ellos están solos, pues tu padre va y les dice: «Si queréis venir a casa, estamos en familia»... Y ellos, fíjate, encantados... En seguida dijeron: «Bueno»... Traerán las bebidas, digo yo...
—Las bebidas las trae siempre Massó.
—Más con más, siempre es bueno. Si sobran, ahí quedan para otro día.
Natalia se va cantando por el pasillo. Bibiana sonríe:
(—Cuando Nat está contenta es una delicia... Pero, anda, cuando se pone de morros no hay quien la aguante... Y una, como no sabe lo que le pasa... Massó la quiere, ¡vaya si la quiere!... La come con los ojos cuando la mira. Pero ella... nada. Como si no se enterara... Todo le parece poco a esta chica...)
La cocina reclama a Bibiana Prats. Tiene que dar los últimos toques a la cena. Y, como le ocurre siempre, anda apurada, se pone nerviosa, se sofoca y, después, le sobra tiempo.
Los Basurto, Marcial y Teresa, llegan con Marcelo. Teresa trae una caja grande de mazapanes y pasteles de gloria y algunas botellas. A Teresa le gusta aparentar.
El señor Massó trae también botellas. Como siempre.
José trae a un amigo. Cuando están ya sentados a la mesa llega José. Dice desde la puerta:
—Madre, pon un plato más en la mesa. Traigo a un amigo.
Se miran unos a otros. En fin, hay un huésped inesperado. El amigo de José no se atreve a entrar. En el pasillo habla con José:
—Uno viene a causar molestias.
Bibiana sale al pasillo:
—Que no, chico, nada de molestias... El pote de San Francisco da para cuatro, da para cinco... ¡Francisca!, hija..., trae una silla de la habitación del señor Massó... ¡Hala!, vosotros, pasad... Ahora trae la niña una silla.
José justifica:
—Estaba solo... No tiene aquí familia... Como hoy cierran todos los restaurantes...
Miran todos al amigo de José. A lo mejor, ni amigo siquiera. Nada de cuento de sin familia, ni de restaurantes cerrados. El hombre viste muy pobremente y tiene cara de pasar hambre. Posiblemente, ni tenga donde dormir.
Marcelo repite:
—Bien, José, ya oíste a tu madre. La cena de Nochebuena es como el pote de San Francisco... Tú, siéntate aquí, muchacho; la mesa también se estira... A

uno le gusta estar con los amigos.

Francisca trae una silla. Bibiana añade un plato, un vaso y un cubierto. Y empieza a servir la cena.

Todos comen con apetito. Entre bocado y bocado, Marcial Basurto comenta con Marcelo Prats:

—Ayer tuvimos carta de Benito. Ésta lloró como una Magdalena.

—¡A ver...! Los hijos duelen... Si están lejos... A saber cómo pasará las fiestas el muchacho.

—Mujer, los chicos son chicos y se divierten en cualquier parte.

—Pero una..., ¿verdad, Bibiana? Y cuando no se logra más que un hijo...

Bibiana recuerda:

—Pues, mira, en mi casa nos reuníamos quince en la mesa. Qué gracia... Era una mesa antigua, y todos los años había que ensancharla un poco. Cada año llegaba un chico y se ensanchaba la mesa... Ya hacíamos chistes... Mi madre decía siempre lo del pote de San Francisco... ¡Un chico más o menos!... Hasta quince nos juntábamos en la mesa... Y de pronto... la mesa volvió a encogerse, y sobraba espacio... Murió madre, llegó la guerra... y unos por aquí, otros por allá... Unos murieron, otros se casaron... y el casado casa quiere... Quedó el viejo solo... Yo bien lo siento, porque los viejos ya no se divierten como los muchachos... Yo le digo que se venga con nosotros, pero él nada, ni pensarlo. Él es muy suyo, quiere su casa...

Natalia protesta:

—Bueno, mamá, nos vas a amargar la cena...

Manuel dice:

—Por Nochebuena, siempre nos cuentas lo mismo.

—¡Cállate, chico!... Mira con qué sale... Cuando tú seas mayor, también recordarás cosas.

—Yo me acordaré sólo de las cosas buenas.

El señor Massó tira de una oreja al niño:

—Di que sí, hijo, di que sí... Buena filosofía... Hay que acordarse sólo de las cosas buenas... Nosotros no mandamos en la vida y suceden cosas buenas y cosas malas... Pero sí mandamos en el pensamiento y en la hora de los recuerdos, pues ¡a recordar sólo las cosas buenas! ¿Verdad, Marcelo?

—¡Digo!

—No sé quién dijo que recordar es volver a vivir. Pues, ¡hala!, a recordar sólo las cosas buenas. Y uno las vive.

Eso quisiera Bibiana Prats.

Dice tímidamente:

—Pero una, cuando está sola, se acuerda de las cosas alegres y de las cosas tristes... Pues ya ve usted, Massó, las cosas tristes no son tan tristes cuando se recuerdan... A mí me gusta recordar cosas tristes cuando ya pasaron. Es como si una...

Ahora es José el que interviene:

—Madre es de las personas que se divierten llorando.

—Pero qué dices, chico... Si serás tonto. Decir...

—Que sí, madre, que sí... Hay que ver cómo te hinchas de llorar con los seriales.

—¡Bah! Tú, ¿qué sabes?... Cuando son cosas que emocionan a una...

—Cuanto más tristes, ¿eh, madre?, más divertidas.

—Una tiene sentimientos.

Marcial Basurto interviene.

—También ésta tiene buenos sentimientos. ¡Menuda es ésta!... No se pierde un serial... El otro día teníamos que ir a Correos para mandarle un paquete al chico, y yo le dije a ésta: «Después nos meteremos en algún sitio a merendar algo...» Y va ella y me dice: «Está bien, Marcial, pero ve tú delante y espérame allí.»

Teresa da un codazo a su marido:

—¡Anda éste, lo que cuenta!

—La verdad, chica, ¿o no es la verdad?... Pues entonces va ella y me da un plantón de no te menees... De novio, vamos... Y todo porque era viernes y, al parecer, se terminaba la novela.

—Anda, pues claro... A ver si una va a aguantar todo lo que sufren y, después, se va a perder una la boda.

Massó comenta:

—Esto de los seriales es una epidemia... Bueno, acaso sea una necesidad para cierta gente... Como aquellas novelas en episodios que se metían por debajo de la puerta para que la gente se suscribiera.

José dice:

—En efecto, no avanzamos mucho en este sentido en la educación del pueblo... Esto me recuerda el cuento de aquel asno al que el amo le daba paja...

Manuel aplaude:

—Sí, venga, un cuento...

Pero nadie quiere cuentos. Marcial Basurto protesta en nombre de todos:

—¡Venga, chico, nada de cuentos!... Pues vaya una cena de Nochebuena... Vamos a alegrarnos...

Se levanta y levanta su vaso:

—Un brindis por nuestra anfitriona, la señora Bibiana, que tiene unas manos para cocinar...

Se levantan todos. Teresa da un codazo a su marido y vierte parte del vino de su vaso sobre el mantel.

—A ver sí quieres decir que yo no sé guisar...

—Mujer, no seas picajosa... Un brindis es un brindis... ¡Menuda cena!... Pues sí, señor, que dentro de un año volvamos a reunirnos todos con salud, y que Bibiana nos prepare una buena cena.

Bibiana dice:

—Gracias, y que usted lo vea... Quiero decir que otra vez estemos...

Nada. No termina. Se le ha puesto en la garganta un nudo y se le llenan los

ojos de agua.
Manuel aplaude:
—¡Hala!, ya está mamá llorando, como en los seriales.
A Bibiana le da rabia llorar delante de la gente y que Manuel la ponga en evidencia.
—Mira que os ponéis pesados siempre con lo mismo... Y este mono...
Teresa Basurto disculpa al niño:
—Mujer, el chico, lo que oye... ¡Vaya, nada de llorar!... Que dentro de un año volvamos a reunirnos para celebrarlo y que mi Benito esté con nosotros.
Manuel dice:
—Por Benito.
Levanta su vaso, tropieza con el brazo de José y vierte el vino sobre la mesa. Mira a su madre.
Bibiana no dice nada. Se limita a mirar al chico.
(—¡A ver...! También Teresa tiró el vino... Lo de siempre... Otra vez a meter el mantel en lejía... Así se estropea... Bueno, ya duró lo suyo... A lo mejor, una va por delante... Cuando una llega ya a cierta edad..., pues eso, una empieza a pensar..., ¡a ver!... La mujer de Gumersindo estaba buena, y de pronto... Que si la retirada, que si el cáncer... Tenía mi edad, poco más o menos.)
Decididamente, Manuel ha perdido hoy todo respeto a su madre. Otra vez la pone en apuro:
—Bueno, ya está madre hablando sola... Habla para dentro, como si rezara... Mueve los labios.
Bibiana dice:
—Has comido lengua... El mono éste... Tú sí que hablas, para dentro y para fuera, más de la cuenta... Voy a mandarte a la cama.
—No, a la cama no, que es Nochebuena... Es temprano, madre...
—Pues a ver si te callas de una vez y no dices más tonterías.
—Mujer, ya se sabe lo que son los chicos...
Teresa se ríe de buena gana.
—No te enfades, Bibiana... También mi Benito... Y éste... Éste me toma el pelo de firme... Que si yo hablo sola... Pues, anda, ¿quién no habla solo?... Yo ando siempre por casa que si esto, que si lo otro...
Dice Francisca:
—Si al menos tuviéramos música, ¿eh? La música alegra... Pero hoy no hay radio.
—¿Quién ha dicho que no hay radio?... Las estaciones españolas han cerrado ya, pero las extranjeras... Para la música se entienden todas.
El señor Massó tiene razón. Se acepta la idea y Francisca busca una estación con música alegre.
El señor Massó coge dos botellas del aparador y las pone sobre la mesa:
—Esto para Manuel y para Francisca, que les gusta lo dulce... A ver, Francisca, tu vaso...

Bibiana, pone sobre la mesa la caja de mazapanes y pasteles de gloria y sobre ellos se centra la atención de todos.

—Pues, vaya, no debisteis molestaros... Son muy buenos, pero, ya veis, ya habíamos comprado cosas... Por los chicos...

—Buenos, sí son... A mí me gustan las cosas buenas... A ver si iba a venir una con las manos limpias... ¡Menuda cena nos habéis dado!... Pues hay que comerlo todo, que es Nochebuena. Y bebernos las botellas, que es Nochebuena... Un día es un día...

Comen. Beben. Brindan otra vez por la salud de todos, porque el año siguiente lo celebren juntos.

El señor Massó ha traído dos botellas de champán, y otras dos los Basurto. Natalia dice:

—Bueno, vamos a lavar los vasos... No tenemos copas... Mamá dice siempre que va a comprarlas...

—Mira ésta... Mamá quisiera comprarlo todo, pero una tiene tantas cosas en qué gastar el dinero.

—Di que sí, hija, di que sí. A mí me pasa lo que tú dices... Voy a comprarme esto, voy a comprarme lo otro, y después el dinero no alcanza para todo...

Las dos mujeres están de acuerdo en que el dinero que los hombres ganan no da para todo, y siempre que tienen oportunidad se apoyan mutuamente.

El señor Massó opina:

—Lo importante de las cosas no es el envase, sino el contenido... Buenos son los vasos... Y no hace falta lavarlos... Nada de molestias. Que cada uno vacíe el suyo.

Natalia Prats mira al señor Massó y sonríe irónica.

—No estoy de acuerdo, Massó. Para mí es tan importante, más importante, la forma de presentar las cosas que las cosas mismas... No se inventa nada nuevo. Lo nuevo es la forma de presentarlo.

—Bueno, bueno, déjate de sutilezas y no saquemos las cosas de quicio. Massó tiene razón... Venga, beber eso, lo que tengáis en el vaso, y vamos a hacer el último brindis...

Un taponazo. Risas. El champán se vierte sobre el mantel.

Natalia piensa:

(—A cualquier cosa llaman éstos champán... Una marca barata... Para esto...)

Bibiana piensa:

(—Mi mantel... Ya está bueno, el pobre... Esta misma noche lo meto en agua... Lavarlo un poco y estirarlo para mañana. Hasta que no pasen las fiestas no hay lejía... Mañana, otra vez el vino, la fruta...)

Al extender la mano con el vaso, para recibir su ración de champán, la luz de la lámpara arranca destellos de uno de los dedos de Natalia Prats.

Teresa Basurto dice:

—¡Chica, menuda sortija!... Vaya un brillante.

Todas las miradas caen sobre los dedos de Natalia Prats. Marcelo y Bibiana cruzan entre sí una mirada rápida y angustiosa. Hasta ahora, nadie había reparado en ella.

Natalia se alza de hombros.

—Sí, es muy bonita... Una fantasía.

—Pues parece un brillante de verdad. ¡Menudo brillante!... A mí me gustaría tener una. ¿Dónde la compraste?

Natalia iba a decir: «En el serrín, ahí en un puesto de la calle.» Pero no le da la gana de mentir. Sostiene la mirada de Teresa, la mirada de todos, y dice:

—No lo sé... Es un regalo.

—¡Menudo regalo, chica...!

Teresa se vuelve hacia su marido:

—Aprende, hombre, aprende a hacer regalos...

Ahora sí, ahora Natalia Prats dice con calma:

—Señor Basurto, no le quite el capricho a su mujer... Ahí, en cualquier puesto de la calle, hay cada culo de vaso...

Bibiana dice:

—Venga, venga, dejad los culos de vaso y las tonterías, y vamos a brindar porque el Señor nos dé a todos paz y tranquilidad y el año que viene seamos tan felices, por lo menos, como este año...

Manuel se pone en pie sobre la silla:

—¡Venga, venga, a brindar todos!

Levantan los vasos. Brindan. Se ríen... Han bebido bastante y, quien más y quién menos, están todos mareados. Bibiana piensa:

(—Vamos, ahora me explico por qué esta mona está tan contenta... ¡Cristo!, que no termine todo en llanto...)

Francisca se levanta de su asiento, va hasta su madre y le pasa el brazo sobre los hombros.

—Madre, ¿me dejas ir a Misa del Gallo?

—¿Qué dices?... A estas horas, sola por la calle... Y con las borracheras que hay esta noche... Ni lo pienses, hija.

Manuel se une al ruego:

—Yo la acompaño.

—Pues vaya compañía... Aquí está Milhombres...

—Quiero ir a Misa del Gallo.

—Que no hay Misa del Gallo, ¡vaya!... Pues sí que vais a ir solos por ahí, como dos perros sin amo... Cuando seas un hombre...

—A lo mejor, entonces ya no quiero ir a Misa.

Marcial mira a Marcelo:

—¡Jo... con el niño!... Éste las tira de Dun-Dun, Marcelo... Di que sí, muchacho..., que te lleven las mujeres a Misa del Gallo. Marcelo y yo vamos a buscaros después de tomarnos aquí unas copas.

Bibiana vacila:

—Pues a mí sí me gustaría, pero hace tanto frío...

Francisca y Manuel insisten:
—Que sí, que sí... Anda, vamos...
—Así, mañana no tenemos que madrugar.
—Yo nunca vi la Misa del Gallo. ¿De verdad canta un gallo?
—Si tú lo llevas...
—Entonces, ¿por qué la llaman Misa del Gallo?
Nadie sabe por qué la llaman Misa del Gallo. Francisca supone:
—Porque es la Misa de los pastores y llevarían...
—Que no, mentira... La Misa de los Pastores es de madrugada...
—Pues cantaría algún gallo anunciando el Nacimiento de Jesús.
Los chicos no se ponen de acuerdo sobre lo del Gallo. Las mujeres se ponen de acuerdo sobre la Misa. Natalia tiene frío. Se queda en casa. Irán Bibiana y Teresa con los dos chicos. En cuanto a los hombres, se quedarán charlando de sobremesa.
Bibiana mete su mano entre los pelos revueltos de Xenius. Le acaricia con ternura.
—Y tú, Xenius, ¿nos acompañas?
Xenius se alza de hombros...
—No, tengo frío... Prefiero quedarme en casa.
Teresa Basurto dice:
—En mi vida he visto un chico más callado... En toda la noche no abrió la boca.
Dice Xenius:
—Si no hay nada que decir...
El señor Massó guiña un ojo a Xenius.
—Callar es de sabios... Éste es el filósofo de la familia. Él observa y calla...
Bibiana dice:
—Es su aquel... Éste habla poco...
Mira a Marcelo. Marcelo dice:
—Bueno está lo de la Misa... Pero ¿quién hace el café en esta casa?
—¡Cristo, Marcelo!... Ahora va el café... Vaya una cabeza... Puse el agua a hervir hace más de una hora...
Bibiana sale corriendo para la cocina. Desde allí llama:
—¡Natalia, hija!... O tú, Francisca... Ayudadme a recoger las cosas y poned las tazas sobre la mesa, que esto va en seguida.
Natalia y Francisca recogen las cosas y van colocando sobre la mesa una docena de tazas, cada una de un estilo y de una forma. Algunas son bastante finas. Otras más ordinarias. También Bibiana dice siempre que va a comprar un juego de café, pero el tal juego, como las copas, se va quedando en proyecto.
Dice Teresa:
—Esta taza la conozco. ¿Te acuerdas de ella, Marcial?
—¡Qué voy a acordarme!
—¿Y tú tampoco, Marcelo?

—Mujer, yo...

—Es del juego que os regalamos cuando os casasteis... Entonces os conocimos... Veníamos en el tren de viaje de novios, y vosotros veníais a casaros...

—De eso sí me acuerdo.

—Mira qué cosa... Tan reciente la guerra, que no había apenas loza por los comercios... Este juego me lo había regalado una amiga mía y yo dije «Pues se lo regalamos a Bibiana.» Y lo que son las cosas, un día que vinimos esa amiga y yo a visitar a Bibiana nos sacó el juego... Dijo Bibiana: «El que me regalaste»... Y a mi amiga le dio la risa... Se lo habían regalado a ella... Mira qué cosas...

Bibiana dice desde la cocina:

—Pues ya ves que nosotros no lo regalamos... Teníamos cuatro y los cuatro se fueron rompiendo en casa...

Después llama a Natalia:

—Trae el azucarero, Nat... Y ayúdame a llevar esto...

Natalia va a la cocina. Entre las dos preparan el servicio del café y lo llevan a la mesa.

Bibiana dice:

—¡Menudo bullicio que hay en el patio!... En todas las casas, juerga... Menudo jaleo... Todos cantando... Bueno, ¿de qué os estáis riendo?... ¿De qué te ríes, Marcelo?

A Marcelo Prats le brillan los ojos.

—Pregúntale a Manuel de qué nos reímos... Hablábamos del regalo que nos hicieron éstos cuando la boda y dice Manuel que el juego éste es como tu camisón de novia... ¿Qué contabas, Manuel?

Bibiana deja la cafetera sobre la mesa y corre alrededor de ella tras del chico.

—Puñetero niño... Como te coja... Siempre tienes que burlarte de tu madre para hacer fiesta... Como te coja...

Pero Bibiana Prats no coge al niño. Se cansa de correr tras de él por el comedor y se sienta para servir el café antes de que se enfríe.

En la casa, todos conocen la historia del camisón de Bibiana. El señor Massó también la conoce. Teresa dice:

—Venga, Manuel, ¿qué ibas a contarnos?

Bibiana está colorada. Ha bebido mucho y ha estado en la cocina, junto al fuego. Ésta es la causa de su sofoco.

—Tonterías de estos chicos... No hay tal historia... A ver si una no puede arreglar las cosas para que duren.

Ahora es Marcelo el que se burla de ella:

—Pues ahí está la gracia, que el camisón no lo conoce ya la madre que lo parió, y así pasa con todas las cosas en esta casa.

Bibiana vierte un poco de café caliente sobre la mano de Marcelo. Marcelo grita.

—Viejo tonto... Búrlate tú también de mi gobierno... Si trajeras más dinero a casa...

Teresa insiste:

—Bueno, pero qué le pasa a tu camisón. Si puede saberse.

Bibiana bebe un trago de café y sonríe maliciosa.

—Mujer, supongo yo que lo que les pasa a todas las prendas cuando una es ama de casa y mira por la peseta...

—Nada de eso, es que tú eres del partido conservador, mamá, y no podemos incorporarte a la vida moderna.

—No les hagas caso... Yo apreciaba el camisón... por eso, por ser un recuerdo... Pues un día estaba ya rozado, casi roto por el cuerpo... y, como estaba el encaje nuevo, pues fui, cogí en la tienda un poco de tela blanca, muy parecida a la de la falda, y lo arreglé de tal modo que quedó nuevo... Después se rompió el encaje, estaba ya molido... Le puse una puntilla nueva... Cuando se rompió la falda, lo de abajo, quiero decir...

Teresa también se ríe:

—¡Toma!, así duran las cosas, ¡vaya si duran!... El camisón, el juego de café, la pata de una mesa y el sursum corda...

—Y los chicos se burlan a todas horas... Que si una es del partido conservador, que si cuando me muera van a meterme el camisón en la caja, que si yo no conoceré el placer de estrenar las cosas... Ellos, ¡hala!, venga a destruir, venga a tirarlo todo en cuanto se estropea. Pero una mira por la peseta.

—Mamá, si no es economía arreglar cosas viejas. El tiempo que pierdes..., ¡a ver!

—El tiempo, claro... Podía estudiar inglés, como tú, y meterme en una oficina... Mira, es una idea.

Se ríen todos.

Marcelo hace una bolita con una miga de pan y se la tira a Bibiana.

—Anticuada, eso es... Estás anticuada... Andas ahí, presumiendo de mujer moderna, y ¡mira!... Te portas como una vieja.

Bibiana se pica. El vino le suelta la lengua:

—¡Ah, viejo tacaño!... El viejo eres tú... Cuando yo digo que podríamos comprar una lavadora y una... cosa de ésas..., bueno, refi... re..., bueno, un... eso, ya me entiendes bien, para tener las cosas frías, pues tú, nada; te haces el sordo... Ay, amigo, cuesta dinero... Pues, anda, que si una no mirara por la peseta...

Marcelo Prats le tira otra bolita de pan migado.

—Bla, bla, bla... Hoy, Manuel se queda sin oír cantar el gallo.

—¡Cristo, la Misa!... Hala, chicos, vamos corriendo, que no vamos a encontrar sitio en la iglesia... Francisca, tráeme el abrigo y los guantes... ¡Ah!, y el pañuelo de la cabeza... Debe de estar todo encima de mi cama...

Se vuelve hacia Natalia:

—Anda, Nat, saca las copas para el coñac..., pero sin burlarse, ¿eh?...

También andan todas descabaladas... Y eso que hace dos años, en una tómbola, me tocó una docena. Y eran muy buenas, pero estos diablos lo rompen todo...

Los que se van a Misa se ponen los abrigos. Natalia sirve el coñac. El señor Massó retiene entre sus manos la de Natalia, para ver la sortija.

—Un buen regalo. Es una fantasía muy fina. Parece un brillante.

Natalia retira la mano bruscamente.

(—El viejo imbécil... Cuándo dejará de meterse en lo que no le importa.)

El señor Massó le ofrece un cigarrillo.

Bibiana dice:

—Y a las demás, que nos parta un rayo...

Lorenzo Massó pone a su disposición la cajetilla entera.

—¿Eh?... ¿Quién ha dicho que la señora Prats no es una mujer moderna?... ¡Eh, eh!... Aquí, a fumarlo aquí, delante de nosotros, y sin toser...

Bibiana saca un cigarrillo y se lo ofrece a Teresa. Se pone otro entre los labios. Massó enciende los cigarrillos.

—A ver si se cree que una...

Una y otra dan unas chupadas al cigarrillo, entre codazos y risas. Bibiana se guarda la cajetilla en el bolso del abrigo.

—Para fumárnoslos por el camino, ¿verdad, Teresa?

—¡Digo!

Bibiana dice a los hombres:

—No os molestéis en ir a buscarnos. Nosotros llevaremos a Teresa a casa... Total, ahí cerca...

Marcial protesta:

—De juerga, ¿eh?... Estorban los maridos...

—Anda ya, ganso... Ve tú si quieres, pero deja a Marcelo en casa. Está acatarrado y hace mucho frío.

Ya cerca de la puerta dice a José:

—Oye, José... Tu amigo no se va esta noche... ¡Qué va a irse solo!... Arreglaos en tu cuarto como podáis.

El amigo de José la mira agradecido.

—Son muchas molestias.

—¡Anda éste!... Molestias... Si mis hijos se fueran por el mundo... Para eso están los amigos... Quédate, chico... Como en tu casa... Mañana será otro día.

Manuel baja las escaleras saltando los peldaños de cuatro en cuatro. En cada rellano se detiene para escuchar por la ventana el ruido del patio. En casi todas las casas están cantando. Los chicos de la portera tocan zambombas, atronando el patio.

Manuel dice:

—No quisiste comprarme una zambomba...

—Lo que nos faltaba... Para que me volvieses loca, dale que te pego... Mira tú si no tenemos ya bastante murga...

Cuando salen a la calle, Bibiana tira el cigarrillo disimuladamente y se pone

los guantes.

(—No sé lo que sacarán las chicas de fumar... Pues vaya un gusto... Bueno, la moda... Y a lo mejor disfrutan como los hombres... Un vicio, claro...)

Francisca coge a Bibiana por un brazo. Casi se cuelga de su brazo.

—Con estos calcetines tengo frío en las piernas. Tú dijiste que este invierno me iba a poner medias.

—Eres todavía muy chica para ponerte medías... Si ahora te pones medias, ¡a ver!... Cuando llegues a los veinte años parecerás ya vieja. Todos dirán: «Hace tanto tiempo que es una mujer»... Las medias hacen vieja, ¿verdad, Teresa?

—¡Bah!... Ahora las traen todas las chicas... Ponle unas medias de ésas de colegiala, y se las quita por la primavera.

Francisca aprieta el brazo de Bibiana.

—Anda, ya lo oyes... Tú dijiste...

—Bueno, bueno, ya veremos... Mira, para Reyes...

—Eso no vale. Las medias no son regalo.

Manuel se cuelga del otro brazo de Bibiana Prats.

—Y a mí, ¿qué me van a poner los Reyes?

—Yo qué sé, chico... Allá tu padre y el señor Massó, que escriben la carta y dejan el dinero en la ventana...

—Anda, a ver si crees que me chupo el dedo... No hay Reyes, ya lo sé... Los Reyes sois vosotros... Por eso, este año no escribí carta... Te digo a ti lo que quiero.

Bibiana se alza de hombros:

—Pues, mira, hijo, si sabes tanto, ya no hay que contarte cuentos... A ver el dinero que me da tu padre.

Pasa una comparsa de destrozones. Hombres y mujeres cogidos del brazo, vestidos con las ropas del revés, las caras pintadas, los hombres con narices de cartón y grandes bigotes, y todos con gorritos en la cabeza y pitos en la boca, como si estuvieran en una sala de fiestas. Uno lleva un bombo enorme, otros zambombas. Las chicas, castañuelas y panderos. El estruendo que forman es terrible.

Bibiana dice:

—¡Vaya una carnavalada!... Estas juergas en el día del Señor... Debían prohibirlas... Otra cosa es despedir el año... Pues vaya un respeto a la Nochebuena.

A Teresa Basurto la divierte:

—Mujer, cada uno lo celebra a su manera... Éstos cantan y gritan, pero no ofenden a nadie.

—Bueno, no es eso... No es que ofendan a una, pero a mí me parece una carnavalada.

Francisca insiste:

—Madre, ¿me vas a comprar las medias?

—¡Uf, qué pesada!... Sí, te las compraré... También a mí me da no sé qué

verte con las piernas al aire... Con esas piernas tan largas... Ésta va a ser más alta que Natalia... Natalia espigó mucho, pero cuando niña..., ¿te acuerdas, Teresa?, era redondita como una bola.

Teresa Basurto dice:

—Claro que me acuerdo... Ahora está muy guapa... Vaya brillante que trae, ¿eh?... Menudo brillante.

—Mujer, una fantasía...

—¡Quita allá!... Una fantasía... A ver si crees que me chupo el dedo, como dice tu hijo... Brillante y buen brillante, que una entiende de esas cosas. Ya sabes que corrí alhajas cuando la guerra. ¡Vaya si es brillante!... Tu hija no es de las que se ponen culos de vaso... Natalia es muy señorita, tiene muy buen gusto.

Bibiana no sabe qué contestar.

—Bueno, ella... Es verdad que le gustan las cosas buenas... Como gana un sueldo... Pues, eso, aunque da algo en casa..., pues, eso, gasta dinero en cosas que le gustan.

—Ella dice que es un regalo.

—¡Bah!, cualquiera le hace caso... Cosas de chicas... Lo dirá para que no la riñan por tirar dinero... Pues, mira, por mí... Allá ella... Cada uno es dueño de hacer lo que quiera con su dinero.

—¡Ah, desde luego!... Pero ya sabes lo que son esas cosas. Todo bueno, si no termina en llanto.

Teresa Basurto ha interpretado en voz alta su pensamiento. Eso es lo que piensa Bibiana Prats. Y lo que le duele. En la vida de Natalia hay algo que no está muy claro.

(—Cuando a una se le mete en la cabeza una cosa... Aquí hay algo, ¡vaya si hay algo!... Pues vaya un regalo de Nochebuena... Me han dado la noche... Y ¡a ver!... ¿Qué va a hacer una para evitarlo?)

Francisca dice:

—Rojas o azules... Se llevan mucho...

—Quieta, chica, no te cuelgues de mi brazo... Pesas como hierro... Tú, Manuel, tápate la boca... ¿Para qué quieres la bufanda?... Después son los catarros y los lamentos, y la madre, a cuidaros...

—También se llevan negras.

—¿Qué dices?

—Las medias... O negras o de colores...

—Eso, «don Gil de las calzas verdes»...

—Es la moda...

—Dichosa moda...

Dice Teresa Basurto:

—Las chicas, ya se sabe, desde pequeñas... Si una no las consintiera...

—Eso dice el padre... Pero una... ¡a ver!... Si una va a quitarles las ilusiones...

Llegan a la iglesia.

—¡Hala!... Hasta para entrar en la iglesia hay cola. Pues sí tenemos que aguardar mucho, una va a quedarse tiesa.

Manuel corre por entre la gente y vuelve en seguida con la noticia.

—Ya están abriendo, ¡venga!, ya están abriendo...

—¡Vaya!, menos mal, porque con este frío...

Bibiana coge a un chico de cada mano.

—Y, ahora, a ver si entráis en la iglesia como Dios manda, a ver si estáis formales... Tú, Manuel, por ti lo digo. Parece que estás hecho con rabos de lagartijas. Claro que cuando te pegan, entonces te achantas... No he visto chico más tonto que éste.

Entran en la iglesia y van a colocarse en un altar de los laterales. Los bancos del centro ya están completos, bien porque los ocupantes hayan entrado por otra puerta, con invitación, o bien porque hayan llegado mucho tiempo antes y al cerrar la iglesia se quedaran dentro.

Manuel dice:

—Desde aquí no vemos nada.

—¿Qué quieres ver?

Francisca contesta por él:

—Quiere ver cómo canta el gallo.

Después le da un codazo al chico. Los dos se ríen.

Teresa dice:

—Silencio, chicos... No respetáis nada.

Empieza la Misa...

Rezos. Música. Cantos... Y luces, muchas luces... Huele a incienso. Y hace calor.

Bibiana Prats siente un calor terrible. Desabrocha el abrigo y afloja el pañuelo.

Manuel la mira.

(—Vaya si bebió madre... Está muy colorada.)

Bibiana reza distraídamente, pensando en cualquier cosa menos en el rezo. Le pasa siempre. Reza mecánicamente las oraciones y compone las suyas a su manera:

(—¡Cristo, Cristo!... Me ha dado la noche la mona esa... Porque aquí hay algo... ¡Vaya si hay algo!... Y que no se entere Marcelo, porque si se entera...)

Manuel piensa:

(—¿A que no hay ningún gallo?... A ver si todo es un cuento, como los Reyes...)

Mira a su madre. Parece que Bibiana se ha mareado. Y está llorando. ¿O estará sudando? Se limpia disimuladamente con el pañuelo.

(—¡Cristo!... Y una, ¿qué va a hacer, sino tapar las faltas de los hijos?... Una quisiera verlos felices... Una les enseña aquello que debe enseñarse, y ellos...)

Manuel coge a Bibiana por la falda.

—Madre, ¿qué tienes? ¿Estás borracha?

VIII

Francisca da la vuelta alrededor de la mesa y va a colocarse detrás de su madre. Apoya las manos sobre el respaldo de la silla y, al hacerlo, toca los hombros de Bibiana.

Bibiana se quita las gafas y se vuelve hacia Francisca.

—¡Ah!, ¿eres tú? Creí que era el niño.

—Manuel está en el primero, viendo la tele.

—Dichosa tele. No se cansa nunca de ver la tele... Y tú, ¿cómo has venido tan pronto de la Academia?

Francisca se alza de hombros.

—Bueno, ya que estás aquí, enhébrame la aguja... Está anocheciendo y apenas veo... Una va perdiendo ya la vista, una va ya para vieja... Recuerdo que mi madre, cuando tenía mi edad, poco más o menos, decía lo mismo... Yo era entonces como tú y me parecía que a mí nunca iba a ocurrirme eso... Las cosas... Lo veía tan lejano... Pero, ya ves, pasa el tiempo... Parece que fue ayer y una se hace vieja.

Bibiana respira fuerte.

—Francisca... ¿Me oyes, Francisca?

—Sí.

—Pues no lo parece... ¿Qué haces ahí parada, como una momia?... Anda, enhébrame la aguja y ponte a estudiar... Después vienen los otros y empiezas a decir que si no te dejan, que no puedes hacer nada...

Francisca enhebra la aguja, se la entrega a su madre y vuelve a quedarse quieta tras ella.

Bibiana está repasando un montón de calcetines.

—¡Vaya una basura de calcetines!... Lo barato es caro... Voy a comprarle a tu padre ésos de espuma, que dicen que son tan buenos... A ver si le duran... Una, cose que te coserás, sacándose los ojos y perdiendo tiempo, y en seguida, otra vez rotos... No sé cómo se arregla este hombre para romperlos de esta manera... Y no quiere ponerse de ésos de lana... ¡Ca, no, señor!... Qué diría la gente... Como si los clientes le miraran los pies... ¡Viejo presumido!... A la vejez, viruelas...

Hay una pausa. Francisca dice de pronto:

—El director de la Academia quiere hablar con padre... O contigo, es igual... Dice que vayas a verle.

—¿Para qué?

Francisca no contesta.

Bibiana Prats se quita las gafas, las deja sobre la caja de zapatos donde guarda los hilos y los botones y se vuelve hacia Francisca.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué has hecho?

Francisca se alza de hombros.

—Qué iba a hacer... Nada.

—Pues no comprendo... ¿No te ha dicho para qué?

—No...

—Pues no comprendo... A ver si es para subir otra vez las clases... Porque ése, ¡vaya!... Parece que le hizo la boca un fraile... Vaya negocio eso de las clases... ¿Te ha dado ya el recibo de este trimestre?

Francisca no contesta.

—Oye, chica, que te estoy hablando... ¿Te has vuelto sorda o muda? Te estoy preguntando.

Francisca arrastra una silla hasta la mesa, se sienta en ella y esconde la cara entre los brazos.

—Bueno, ¿qué es esto?... ¿Qué te pasa, chica?... ¡Pues no está llorando!... ¿Se puede saber de una vez qué es lo que te pasa?

Francisca no contesta. Sigue llorando.

—Bueno, aquí pasa algo... Pasa algo gordo... Tú hiciste algo... ¿Te han echado de la Academia?

Francisca niega con la cabeza.

—Pues no comprendo... A ver si te has gastado el dinero de la Academia y no has pagado el recibo...

Francisca niega con la cabeza.

—Pues una ya no sabe qué pensar.

Francisca llora, moquea, se limpia con la mano los ojos y las narices. Dice, al fin:

—No quiero estudiar.

—Que no quieres...

Bibiana Prats cruza los brazos sobre el vientre y mira a Francisca.

—De modo que era eso... Y ¿por eso lloras?... Menudo susto... Una en seguida cree que os pasó algo... Bueno, como si lo viera: te han suspendido.

—Sí... No valgo para estudiar. No me entran las cosas en la cabeza.

—No, si no puedes... Pues, mira, si no puedes... Pero tu padre..., ¡vaya disgusto!... Porque tu padre..., ya sabes cómo es tu padre... Para él no hay nada como un empleo.

Bibiana Prats se levanta, enciende la luz y va a sentarse en la mesa, frente a Francisca. Apoya las manos sobre la mesa. Con una uña araña el tapete hasta arrancarle unos hilos.

—Pues, chica, vaya un plan salirte ahora con eso... Tú dirás qué quieres hacer, porque tampoco vas a estarte de brazos cruzados... Tú dirás qué le decimos a tu padre.

Francisca no contesta.

—Bueno, a ti, ¿qué te gusta?

Francisca se alza de hombros.

—Oye, chica, eres un caso... La mona ésta... A ti no te importa nada, pero hay que hacer algo... Mira a tus hermanos... José aprendió un oficio. Buenos estaban los tiempos para darle una carrera... Y ahora, ya ves, siempre está leyendo, siempre está estudiando, porque le gusta... Y vaya un hombre serio... Tendrá sus cosas, pero vaya un hombre serio... Hijo más bueno... Xenius, el

pobre, hace lo que puede... Ya verás cómo saca las oposiciones... Ése tiene mucho amor propio... Marcelo no lo cree, ¡ah!, pues yo sí... Le conozco... Menudo es Xenius... Y Natalia..., ¿qué me dices de Natalia?... A ver si crees que la emplearon por su cara bonita. Su trabajo le costó aprender la máquina y la taquigrafía... ¡A ver!... Las cosas no se regalan... Y el inglés. Vaya difícil que es eso...

Bibiana estira el tapete con las dos manos, allanando las arrugas. Después, inconsciente y terca, vuelve a arañar unos hilos hasta arrancarlos.

—Una quisiera dejaros situados para que no tuvierais que depender de nadie... Pues a ver qué porvenir el tuyo: si esto no lo quiero y esto no me gusta... Di qué quieres...

—No lo sé.

—¡No lo sé!... ¡No lo sé!... Pues a ver quién lo sabe... Mira, ya viene tu padre... Ya le siento subir las escaleras... Conozco sus pasos... Anda, vete pensando lo que le decimos, porque hay que decirle algo.

Francisca se levanta para marcharse.

—¡Eh, no te vayas, chica!... Ven acá. Siéntate aquí. Y límpiate los ojos... ¡Hala!, que no se note que estuviste llorando... Ya le diré yo... Bueno, lo que sea.

Bibiana coloca bajo la lámpara la caja de los hilos y los calcetines y se pone a coserlos.

—Tú calla y déjame a mí, que yo conozco a tu padre.

Marcelo Prats entra frotándose las manos.

—¡Vaya frío que hace!... Menudo invierno... A uno se le quedan los pies helados... Y las manos... Mira las manos.

Toca la cara de Bibiana.

—¡Quita allá! ¡Qué manos más frías!... Anda, siéntate. ¿No tomaste nada?

—Nada. Me vine derecho a casa. Lo único que apetece es meterse en casa.

—Voy a hacerte algo caliente.

Marcelo da unos golpecitos a Francisca.

—¿Y ésta...? ¿Qué hace aquí tan temprano?

—No está hoy muy buena. Le dije que no saliera.

Bibiana se va a la cocina, y Marcelo extiende sobre la mesa un diario de la noche. Francisca abre un cuaderno y empieza a morder la pluma.

Bibiana pone el agua sobre el fuego y, mientras hierve, prepara las tazas.

Dice a Marcelo:

—¿Sabes lo que estaba hablando con Francisca?...

Marcelo no contesta.

—A mí me parece que a esta muchacha no le entra lo del estudio... Digo yo... No le veo mucha afición... Y si no le tira..., ¿verdad, Marcelo?

Marcelo no contesta.

El periódico le aísla como un muro. Al otro lado del muro, Bibiana y Francisca se preparan para asaltarle.

—Ya sé que tú, por obedecer a tu padre..., pues, eso... estudias... Pero a mí

me parece que no te gusta, que a lo mejor te gustaría más otra cosa... Pues, mira, yo digo siempre que cada uno debe hacer aquello que le guste... Claro, si puede... ¿Verdad, Marcelo?

Bibiana sale para la cocina, sin aguardar la contestación. Ya está acostumbrada a esta clase de diálogos con Marcelo. Ella habla y él le contesta con su silencio. Bueno, no importa. Lo que importa es que se entere. ¡Y vaya si se entera!... Cuando le da la gana, el viejo zorro le echa en cara lo que ella dice, de modo que bien se entera.

Bibiana regresa de la cocina con un cazo en la mano y reparte en las tres tazas el contenido.

—¡Hala!, deja eso, hombre... Toma un poco de café caliente... Esto calienta los huesos... Y tú, niña... A ver si te curas ese catarro.

Marcelo dobla el periódico y lo deja sobre la mesa.

—Todos los días catástrofes y atentados, y temporales... Bueno está el mundo... Y, luego, la amenaza de esos artefactos...

Bibiana le echa en la taza dos cucharadas de azúcar y se las revuelve. Después sirve el azúcar a Francisca.

—Te decía, Marcelo, que a mí se me figura que a esta chica no le entra eso de la Academia... Es un decir, ya se sabe... A ti, ¿qué te parece?

—¿A mí?...

Entre sorbo y sorbo, Marcelo mira a Bibiana.

—A mí no tiene nada que parecerme... Pregúntale a ella... Ella sabrá lo que le gusta o lo que no le gusta...

Francisca se alza de hombros.

—Ya lo ves: ni fu ni fa... Si le gustara mucho, pues diría que le gustaba, pero ella nada.

Ahora es Marcelo el que se alza de hombros y vuelve a coger el diario.

Pero Bibiana no le deja aislarse.

—Ay, Marcelo, eres como ella... A ti no te entran moscas en la boca... Vaya una gracia... Pues, mira, esto tenemos que resolverlo. No va a estar una pagando meses y meses, y a lo mejor años, en la Academia, y que luego..., pues, eso, que la chica no sirva para eso.

—Bueno, y a mí, ¿qué me cuentas?... Que te diga ella lo que le gusta... Mira, hacen falta criadas... Si no quiere estudiar, como su hermana, que friegue el suelo.

—Ya salió aquello... Que friegue el suelo... Pues vaya un porvenir para la chica. Ahora que todas...

—... estudian... Eso es, todas estudian, y ella no quiere hacerlo.

—No es que no quiera, es que a lo mejor no sirve... Digo yo que en la tienda... Tú necesitas alguien que te ayude.

Marcelo Prats estruja el periódico entre las manos y lo arroja sobre la mesa.

—En la tienda, ¿eh?, en la tienda... Para la tienda me basto yo sólo... Pues sí que están los tiempos para pagar sueldos y mantener vagos... Ahí está Natalia, y ahí están los chicos, ganando un sueldo... Eso es lo que hace falta: que otros

les paguen y que traigan dinero a casa... Y cuando se vayan, con su pan se lo coman... Pues buena está la tienda para pagar sueldos.

—Bueno, a la chica no hay que pagarle.

—¿Ah, no?... ¿Y quién la mantiene? ¿Y quién paga sus gastos?... Pues buena está la tienda... Si no la he cerrado ya es porque uno no está ya en condiciones de emprender otra cosa...

—Hombre, de eso vivimos...

—Pues ahí está el caso: de eso vivimos... Nos la estamos comiendo... A ver lo que dura... Que dure siquiera hasta que los hijos sean independientes. Y entonces ya veremos... A ver si crees tú que están las cosas como en vida de tu tía... Eran otros tiempos... Era un negocio... Ahora, los grandes almacenes lo acaparan todo... Todo más barato. Compran en grande y hasta fabrican. A ver quién les hace la competencia... Al pequeño comerciante, que le parta un rayo... Coge de aquí, paga allá... Y así vamos tirando...

—Una hablaba por hablar...

—Como hablas siempre.

—Hombre, una lo que piensa, pero si no quieres...

—Claro que no quiero... Lo que quiero es que la muchacha se prepare para alguna cosa... Unas oposiciones a lo que sea, y un enchufe al canto... Eso es lo bueno. Que pague el Estado... Poco o mucho, pero no falla... A lo seguro me atengo.

Bibiana Prats recoge las tazas. Va colocándolas unas sobre otras y sobre los platos pone las cucharillas.

—Pues tampoco creas tú que un empleado del Estado se pone las botas... Vaya unos sueldos... Los Páez pasaron más hambre cuando el estraperlo... Los chicos andaban comiendo mocos...

—Eran otros tiempos. Todo el mundo pasaba hambre... Pero ahora... Anda, mira ahora, a ver cómo viven.

—Tienen seis hijos.

—Seis subsidios al canto... Y que si matrículas gratuitas, que si descuentos en viajes y todas las cosas, y que si residencias de verano... Menudo enchufe... A ver qué te dan a ti por tus cinco hijos... En seguida, el recibo de la contribución. Industrial o comerciante... Te sacan en vez de darte...

Bibiana lleva las tazas a la cocina, vuelve al comedor y coge la caja de los calcetines.

—Mi madre lo decía, ya ves tú... Esto pasa en todas las cosas. Los que tienen una cosa quieren otra y nunca están contentos... Hay que ver las mujeres de los empleados las cosas que cuentan... Yo las oigo en el mercado... Que si los sueldos son una miseria, que si sus hijos no serán funcionarios... Que si los negocios... Y tú, empeñado en que el Estado te mantenga los hijos... Mira las cosas.

—¡Menuda vida la de los funcionarios!... A ver si uno tiene permisos y vacaciones, y Seguro y Mutualidades, y todo eso...

—Tú eres el amo.

—El amo, ¿eh?... Pues, mira, no quiero que mis hijos sean amos de nada. Que trabajen para los otros... Que pague el Estado... Anda, pregúntale a José lo que va a ser de los capitales... Bueno está el mundo...

Marcelo saca el pañuelo y se limpia el cuello.

—Marcelo, ¿qué te pasa?

—¿A mí?... ¿Por qué?

—Tienes sangre en el pañuelo.

—¿Sangre?

Marcelo mira el pañuelo. No hay tal sangre. Pero el pañuelo tiene unas manchas rojas. Como de carmín.

Marcelo dice:

—¡Bah!

Y se guarda el pañuelo en el bolsillo.

—Te has manchado. ¿Dónde te has manchado?

—Chica, yo qué sé... Me mancharía en cualquier parte. Debe ser pintura... Tocaría algo, me limpiaría los dedos...

—Pues parece pintura de los labios.

—Será eso... Besé a una chica, y ¡hala!, después me limpié los labios... ¿Qué te parece, Francisca?... Tu padre, después de viejo, pendoneando... ¡Bah, bah, bah!...

Bibiana dice, en broma:

—Pues mira, tú, los viejos son los que hacen más tonterías... Y las chicas, si los viejos les dan dinero...

—¿También eso sale de la tienda, no? ¡Bah, bah, bah!...

Marcelo Prats vuelve a extender el periódico sobre la mesa y busca la política internacional. Los editoriales y los comentarios. Le gusta que le den las cosas hechas.

Bibiana piensa:

(—Mucho bah, bah, y mucho cuento... Pero el pañuelo... A ver si hay por ahí alguna lagarta que le saca el dinero... ¡Viejo tonto!...)

Una lagarta... Bibiana Prats rectifica:

(—No se debe juzgar a nadie. Una tiene hijas, y ¡a ver quién tiene la culpa!... Cualquiera sabe... El mejor escribano echa un borrón...)

Dice a Francisca:

—Ya oyes a tu padre: nada de tienda. Ya ves cómo va la tienda... Cualquier día hay que cerrarla... Si no quieres volver a la Academia, tú lo dices... y, nada, buscas otra cosa... Habrá comercios... Esos comercios grandes que emplean a tantas chicas... La verdad, a mí la oficina me gustaba más, pero hay que gastar los codos sobre la mesa y aprender cosas.

De pronto, dice Francisca:

—A mí me gusta una peluquería.

—¡Vaya!, ya que te oigo decir que te gusta algo... Pues, mira, no es mala cosa, ¿verdad, Marcelo?

Marcelo no contesta.

—Tienes que entrar de aprendiza y hacer los recados.
—Pero después seré oficiala.
—Pues, mira, eso me gusta, ya ves tú. Un oficio muy majo para una chica... Si la cosa se te da bien y aprendes el oficio... Si un día pudiéramos establecerte, ¿verdad, Marcelo?
Bibiana Prats se sienta, cruza los brazos y empieza a hacer proyectos.
—Pues vaya lo que ganan las peluquerías... Mira, a veces, una ve anuncios en los quioscos... Habrá que mirar a ver por las peluquerías... Ahí viene Xenius.
—¿Por qué sabes que es Xenius?
—Por el modo de subir las escaleras... Anda, chica, ábrele la puerta, que no tiene llave.

IX

(—Como te veo, trapo, así te trato... Eso es... Mauricia lo dice. Y esa... Vaya lista que es esa... Y tiene razón.)
Bibiana Prats busca en el armario sus guantes nuevos. Bien, no muy nuevos, a decir verdad. Resulta que también están zurcidos por los dedos. Y uno de ellos, hasta roto.
(—Pues vaya un punto... Menudo boquete... Ah, pues ahora no puedo entretenerme en repasarlo... ¡A ver!... Me cierran... Como no salga corriendo... Siempre a carreras... Una quiere hacerlo todo y es imposible... Pero dile tú a Natalia que friegue los platos... Ni hablar... Ella a su trabajo... Y la niña, que tiene que ir temprano a la peluquería, que si llega tarde la riñen... Y ¿quién tiene que hacer las cosas? Esta menda.)
Bibiana Prats se pone sus guantes de punto, doblando hacia adentro el dedo roto.
(—Cose calcetines, cose camisas, cose calzoncillos... Y ahora este botón de la chaqueta, y ahora este dobladillo del pantalón... ¿Quién lo hace todo? Bibiana... Y el mejor bailador, sin castañuelas... Lo mío, ¡hala!, de cualquier modo. Como si una fuera una desidiosa...)
Bibiana mira el guante roto. Vacila un momento.
(—No... Es muy tarde... Me cierran.)
Mientras se ajusta los guantes se asoma a la ventana y mira al cielo.
(—Muy oscuro... Lloverá.)
Vuelve al armario. Saca el paraguas.
(—Y ahora llevar un trasto en la mano... A ver si lo pierdo... Porque una..., ¡vaya cabeza!)
Recorre toda la casa a ver si hay alguna luz encendida, o un grifo abierto. Nada. Todo en orden.
(—Una siempre tras de los chicos... Tan descuidados... Si no anduviera una tras ellos, cómo iría la casa... Y después dice Marcelo... Pues si una se descuida, cómo andaría todo.)

Cierra la puerta, guarda la llave en el bolso y baja las escaleras. Cuando sale a la calle empieza a llover.

(—Ya decía yo... Pues vaya una primavera que tenemos... Qué fastidio... Si lo dejo para otro día...)

No. No lo deja para otro día. Sale a la calle y empieza a caminar por la acera, pegada a las casas, bajo los aleros, evitando en lo posible que el agua, que empieza a caer con fuerza, le salpique las medias limpias.

Llega a la glorieta de Sorolla y se detiene ante el cine Chamberí. Vacila un momento.

(—Si llegara en seguida...)

Mira a lo lejos. En toda la calle de García Morato no se ve un autobús. Esto decide a Bibiana a meterse en el Metro.

(—Bueno, menos mal que a esta hora no habrá mucha gente.)

Hay mucha gente. Las seis de la tarde no es «hora en punta», pero como si lo fuera. El coche va atestado de viajeros. Abundan las mujeres. Seguramente piensan, como Bibiana, que es una hora buena para tomar el Metro sin apuro y visitar los grandes almacenes del centro.

Bibiana Prats consigue situarse entre dos asientos y agarrarse al respaldo de ellos, de modo que no tiene que colgarse de la barra de seguridad. Precaución inútil. Cuando el tren llega a la estación de Bilbao (cambio de tren. Empalme con la línea Argüelles-Diego de León), una avalancha de personas entra en el vagón y Bibiana Prats no necesita agarrarse a ninguna parte, porque los viajeros quedan prensados tan perfectamente que nadie puede caerse por fuertes que sean las sacudidas y los frenazos violentos del Metro.

Bibiana toca su bolso y lo aprieta contra el pecho.

(—Una tiene que tener cuidado... Andan las manos listas... Vaya un arte que tienen... Desde pequeños, claro... Los acostumbran... Hay padres..., ¡vaya padres!... Y a lo mejor no tienen la culpa los padres... Una educa a sus hijos como puede y, ¡a ver!, cada uno sale después...)

Una mujer protesta porque le han roto la media de un pisotón.

—Ya podían tener cuidado... Vaya una gracia... Las medias nuevas... Treinta pesetas... La primera postura... Pero ellos, nada, como locos. Y ahí queda eso.

Dice un hombre:

—Nos ha fastidiado... Si usted quiere comodidades, tome un taxi... Aquí hay que aguantarse, que uno también paga su billete y tiene que aguantarse. Nos ha fastidiado.

—¡Tome un taxi!... Si una pudiera tomar un taxi, no se metía una en el Metro... Mira qué gracia... Aunque no fuera más que por no tropezar con personas sin educación.

—Pues vaya quién habla... Venga, señora, deje usted de fastidiarnos y aguante como todos.

—¿Y mis medias? ¿Quién va a pagar mis medias?

—A mí, ¿qué me cuenta?

—Pues ¿a quién lo cuento?

La mujer llora de rabia. La gente se ríe. Bibiana piensa que lo normal sería que la gente protestara con la mujer, pero todos se ríen y hacen causa común con el hombre. Cosas de la vida. La mujer dice:

—Ríanse ustedes, ya les tocará otro día la china.

Tribunal.

Salen cuatro personas y entran doce. Bibiana Prats, separada por la avalancha de su punto de apoyo, queda ahora prensada entre un grupo de estudiantes. Consigue liberar un brazo y aprieta el paraguas contra sí.

(—A ver si lo pierdo... Pues ya hacía la tarde...)

La cartera de uno de los chicos se le clava en los riñones. Bibiana no puede cambiar de postura.

—Hijo, por Dios, ten cuidado...

El muchacho no contesta. Atiende a uno que está contando:

—... y nos reímos... La chica dijo «I am hot» y se puso a traducir... ¡Menuda juerga!... «Yo soy caliente»...

—Qué bestia...

—Eso dijo el míster. Bueno, lo dijo de otra manera... Mire usted, señorita: el verbo ser y el verbo estar... Pues va ella y dice: «Yo estoy caliente»...

Los estudiantes se ríen, empujándose unos a otros, dándose codazos. Bibiana piensa:

(—Pues vaya cosas que les enseñan ahora a los chicos... Una los educa en casa, y después... Mira... Vaya una gracia.)

José Antonio.

Los muchachos salen en tropel. Salen muchos viajeros. Bibiana entre ellos. La empujan fuera.

Sube con calma la escalera, saca su billete de ascensor y, al meterse en él, se encuentra rodeada otra vez por los estudiantes. Uno dice:

—... y le suspendieron en Económicas. Y él dijo: «Pues bueno, ya no estudio más. Me dedico a los negocios. Voy a comprar un coche a plazos. Ya verás a dónde llego.»

Dice otro de los chicos:

—Sí, claro... En coche llegará primero.

Bibiana aprieta entre las manos el bolso y el paraguas.

(—El paraguas..., el bolso... Anda, lo que me dejé en casa fue la nota... Toda la semana apuntando, y mira... Pues vaya una cabeza.)

De pronto, sobresaltada, recuerda algo. Se mira.

Sí. Va calzada.

(—Menuda juerga que se traen los chicos con mis zapatos.)

Bibiana Prats empieza a caminar despacio por la Gran Vía. La Gran Vía empieza a animarse extraordinariamente en la media tarde. Sobre el público habitual de una calle de primer orden caen las mujeres que van de compras. Los grandes almacenes y los comercios tragan y vomitan un público casi exclusivamente femenino. Señoras elegantes, un poco fastidiadas por haberse

visto obligadas a aparcar el coche a alguna distancia. Extranjeras de pasos largos y vestimenta estrafalaria. Provincianas un poco deslumbradas ante el lujo de los escaparates. Colegialas que se asoman con curiosidad al mundo mistificado de la Gran Vía. Busconas de dinero y aventuras, plaga de bares y cafeterías. Tal cual madre de familia, como Bibiana Prats, que recorre todos los almacenes, buscando cosas baratas.

(—Mi Nat se vuelve loca por todo esto... ¡Vaya si le gusta!... Tiene buen gusto... A ver quién le dice: «Esto no es para ti, esto no te corresponde...» La verdad es que a una, que es vieja, le gustan estas cosas... ¿A quién no gustan?... Una quisiera comprarlo todo... No, a mí el lujo..., nada... Pues nada... Una va bien de cualquier manera, pero la casa, los chicos... Una ve tantas cosas... Pero vaya precios...)

Se detiene ante el escaparate de una joyería.

(—Teresa dijo: «Es un brillante, que yo entiendo de eso»... Bueno, ¿y qué?... Una qué va a hacer... Una es una madre y no va a echar de casa a una hija... Además, una no sabe nada... Suposiciones... Ella gana su sueldo y puede hacer con su dinero lo que quiera, para eso trabaja... Y si le gustan las cosas buenas...)

—¡Eh!, tenga usted cuidado... Por poco me saca un ojo.

Bibiana Prats se vuelve hacia la que protesta.

—Perdone, iba distraída... Una, a veces, molesta sin darse cuenta...

Bibiana Prats camina distraída. Tan distraída que ha abierto el paraguas, aunque no llueve, y al detenerse ante un escaparate molesta a la gente.

(—Una dándole vueltas a las cosas... Y total para nada, porque una no puede solucionarlas... Si una pudiera dejar las preocupaciones en el armario... ¡Hala!, no pienso nada... Pero venga a darle vueltas a las cosas...)

Bibiana Prats recorre los almacenes del triángulo Red de San Luis-Plaza del Callao-Puerta del Sol antes de decidirse a comprar algo. Nunca compra una cosa sin visitar dos o tres almacenes, cotejando precios y calidades. Le gusta hacerlo. Y, además, se entretiene.

(—Debía salir de casa con más frecuencia... Una en casa..., pues, eso, se pone tonta... Hay que ver las cosas, hay que ver gente... Este es otro mundo... Parece que va una al extranjero... Los chicos se ríen cuando lo digo, pero es verdad... Si Marcelo fuera de otra manera... Pues vaya un hombre... Él a lo suyo... Que si la tienda, que si los amigos...)

Bibiana Prats se detiene ante la puerta de los Grandes Almacenes Sepu. Cuando era niña vino una vez a Madrid, con la abuela, a visitar a la tía Ramona Gisbert. Los almacenes se llamaban entonces «Madrid-París». Por aquella época no había en Madrid otros almacenes tan importantes. Siempre que pasa por Sepu lo recuerda.

A la entrada de los almacenes hay un empleado haciendo exhibición del artículo del día. Todos los días hay un artículo rebajado: «Sólo hoy este precio.» El artículo de hoy es una especie de varilla de metal que llaman «la cucharilla eléctrica». El empleado que hace el reclamo y la demostración la

mete en un vaso de agua fría y a los pocos instantes el agua hierve.

—Es prodigioso, señores, verdaderamente prodigioso. Las amas de casa tienen en la cucharilla eléctrica el mejor auxiliar para su cocina. ¿Una taza de té? ¿Una taza de manzanilla? ¿Agua hirviendo para lavar una herida? Aquí está la cucharilla, solucionándolo todo en un minuto.

Tira el agua caliente, vuelve a llenar el vaso con agua fría, y otra vez hierve el agua a los pocos momentos.

—En ninguna casa debe faltar la cucharilla eléctrica si se quiere economizar tiempo y dinero.

Una mujer dice:

—Lo que se inventa... Parece cosa del diablo... Oiga, déme una.

La mira por todas partes. Antes de abonar su importe, dice:

—Pruébemela, a ver si funciona bien.

—Con mucho gusto, señora.

La cucharilla eléctrica de la señora funciona admirablemente, porque no es un artículo de pega de los muchos que venden en el Rastro los charlatanes. Es un artículo garantizado por la fábrica y en el estuche va su tarjeta de garantía.

Después de esta mujer, otra mujer, otras tres mujeres, otras cinco mujeres, todas las mujeres que entran y se paran a ver el artículo del día compran una cucharilla.

Bibiana Prats sigue adelante y se dispone a bajar la escalera que conduce a la planta sótano, pero al fin no baja. De pronto se encuentra ante el empleado que hace la demostración de la cucharilla, con una mano extendida. Dice:

—Una para mí, por favor.

—Con mucho gusto, señora.

Mientras una empleada se la empaqueta en la bolsita de papel, Bibiana dice:

—Es un gran invento... En un momento, ¡hala!, el agua hirviendo...

Paga, se guarda la cucharilla en el bolsillo, y ahora, sí, ahora baja la escalera mecánica y recorre la planta sótano, tratando de recordar lo que tenía que comprar en alguna de sus secciones.

(—Ando apuntando esto y lo otro, para buscarlo cuando vengo al centro, y pierdo el papel... Claro, los chicos se ríen... «Mamá, cuando va de compras, llega a casa con una bobina de hilo...» Diablo de chicos... No es que se me olvide siempre el papel en casa, ¡a ver!, pero una ve todas las cosas tan caras que las deja para otro día... Pues hoy, vaya sorpresa con la cucharilla... Así, Nat cuando quiera prepararse algo... O José... O los chicos... Lo que se inventa.)

Una mujer dice a otra:

—¡Qué susto! Creía que había perdido mi paraguas.

El susto se lo lleva Bibiana Prats. Ella sí que ha perdido el suyo.

Se sofoca, empuja a la gente, está a punto de derribar un jarrón con flores; pero no repara en nada, buscando, ciega, la escalera para subir a la primera planta.

(—Lo traía en la mano, estoy segura... Lo traía abierto... Aquella señora dijo

que si le sacaba un ojo... Lo cerré entonces... Lo traía en la mano... No iba a soltarlo como un papel... ¡Cristo!, si me lo llevaron ya hice la tarde...)

Tartamudeando, pregunta al empleado que hace demostración de la cucharilla eléctrica ante el público.

—Mire..., yo... lo traía en la mano... No sé..., debí... sí..., lo apoyé aquí..., ¿sabe?... Cuando abrí el... esto... para guardar la cucharilla..., para pagar la cucharilla... Lo dejé aquí, apoyado...

Una dependiente dice:

—¿Busca usted su paraguas?... ¿Será éste?...

Bibiana está sofocada, a punto de saltársele las lágrimas. Traga saliva. Sonríe.

—Sí, sí..., claro... Gracias, hija... ¡Qué alegría!... Es paraguas viejo, pero una... Cuando una se encariña con una cosa...

Todavía le late fuerte el corazón cuando sale a la calle. El aire fresco, más bien frío, la tranquiliza.

(—Menudo susto... Ya hacía la tarde...)

Sigue caminando por la Gran Vía, cruza la calzada para pasar a la acera opuesta y se mete por una de las calles que bajan serpenteando a la Puerta del Sol.

Recuerda algo:

(—Vaya, ¿no lo digo yo?... Dónde tendré la cabeza... La falda de la niña... Quería mirarla... Ah, pues ahora no vuelvo a Sepu... Entraré en El Corte Inglés y en Galerías... Donde esté más barata... Una tiene que mirar por la peseta... Anda, que tener que comprarle una falda a esta mona, teniendo tanto género en la tienda... En casa del herrero, cuchillo de palo... Ya es buena broma... Pero tiene que ser plegada y de tergal, para que no se arrugue... Pues como sea muy cara, no se la compro... Claro que no... Se la hago en casa, y si se le arruga..., pues, mira, que la planche...)

Ahora, Bibiana Prats se detiene ante una casa donde venden cestas, pantallas, bolsos y otros objetos de mimbre.

(—Un costurero... Podría preguntar... No, otro día... Hoy se me hace tarde... Bueno, lo que necesitaba era un costurero y compré una cucharilla... Total... No, no es que sea mala compra... Es práctica... Bueno, práctica... En realidad, para mí... No, necesaria, no, la verdad... En el gas, en un minuto, pues lo mismo... Una tontería haber gastado este dinero inútil... Pues sí, inútil, inútil... Esto es bueno para viaje, para una chica que viva sola en una habitación y la patrona no le deje calentar algo en la cocina... Para Eladia... Le diré que... No, debía regalársela... Ella tiene muchas atenciones conmigo... Pues, mira, para Eladia no estaba mal... La pobre se hace su caldo, su café... Ella dice que es feliz sola... Con su pan se lo coma... Yo no la envidio... ¡Vaya una vida!... Los hijos dan disgustos, pero son los hijos... Una los quiere...)

Bibiana Prats apresura el paso, porque se hace tarde y, como siempre, le cerrarán los comercios sin comprar nada. Nada, no. Hoy ha comprado una cucharilla, cosa que no figuraba en su nota de compras.

(—Y me pasa siempre lo mismo... Una ve cosas...)

Entra en Galerías y se detiene ante el cartel que anuncia la distribución de secciones en las diferentes plantas de los almacenes.

(—Mejor será subir en el ascensor hasta el último piso y bajar viendo las cosas...)

Bibiana avanza trabajosamente entre la gente y consigue situarse delante de uno de los ascensores. Pero no cabe en el primer ascensor que sube. Algunas señoras estaban delante de ella, otras venían detrás, pero han tenido la habilidad de situarse bien y pasan delante.

La señorita encargada del ascensor suplica:

—Por favor, no caben más... Un momento, por favor... En seguida baja el otro.

Otro ascensor baja, efectivamente, y Bibiana es una de las primeras. Empieza a salir la gente y Bibiana se dispone a entrar.

—Un momento, por favor... Un momento, señoras, un momento...

Ahora no es la encargada del ascensor quien las detiene, sino un empleado, que llega corriendo, un poco nervioso.

—Apártense un momento, por favor.

Una mujer va a protestar, pero no lo hace. Da un codazo a Bibiana.

—¡Mire, mire quién viene!

Antes de que Bibiana pueda darse cuenta de lo que sucede, dos señoras se adelantan unos pasos y el empleado las invita a entrar en el ascensor.

—Por aquí, Excelencia.

Su Excelencia y la señora que la acompaña suben en el ascensor ante los ojos atónitos de las ocho o diez mujeres que lo aguardaban. Dice una:

—¡Anda, cualquiera creía que iba a encontrarse a la Generalísima en un comercio!... Lo que son las cosas.

Otra dice:

—Es muy sencilla... Mi marido es falangista y lo dice siempre... Pues, ya ven, va de compras como cualquiera...

Parece más enterada una mujer que entra la primera en el ascensor que acaba de detenerse.

—No viene de compras. Hay un desfile de modelos y ella lo preside.

—¡Ah!

De cualquier modo, Bibiana Prats está un poco turbada. Entra, empujada por las otras, en el ascensor y entre empujones y comentarios saborea el encuentro.

(—Cualquiera iba a decírmelo... Y así, a dos pasos... No, más cerca... Codo con codo... Cuando lo cuente a los chicos... Fijaos, a mi lado... Así, como estáis vosotros.)

Una mujer pregunta:

—¿Dónde es el desfile?

La que parece enterada de todo dice:

—En la séptima planta... Es un desfile estupendo... Pasan la moda de

primavera-verano... Y, al final, la novia.
Pregunta Bibiana Prats:
—¿La novia de quién?
La mujer enterada de todo mira a Bibiana.

—De quién va a ser... De quien lo compre.

Bibiana Prats no ha visto nunca un desfile de modelos, ni apenas oyó hablar de tales desfiles, por eso lo de la novia no está muy claro para ella, pero no se atreve a preguntar nada.

(—Ah, pues yo este desfile no me lo pierdo... Una vive fuera del mundo... Después, los chicos, que si una está pasada de moda, que si es de otros tiempos... Bueno, más vale llegar a tiempo que rondar un año... Yo este desfile no me lo pierdo.)

Cuando salen del ascensor, Bibiana Prats sigue los pasos de la señora que dijo lo del desfile.

Hay un tabique improvisado y una puerta a manera de biombo. La mujer habla algo con un empleado y pasa la puerta. Otras señoras entran también por la puerta-biombo.

Bibiana vacila un poco. No se atreve a entrar. Al fin se decide. Si otras entran, ¿por qué no ha de entrar ella?

En la puerta la detiene un empleado.

—¿Su invitación, por favor?

—¿Invitación?

—¿No está usted invitada?

—Pues... no, claro... No sabía...

—Lo siento mucho, señora... La entrada es por invitación... Comprenda...

—Sí, claro...

Al empleado de los almacenes le gustaría dejar pasar a la señora que demuestra un despiste tan formidable. Pero las órdenes son terminantes.

Amablemente le pregunta:

—¿Es usted cliente?

Bibiana Prats no se atreve a decir que sí, pero tampoco puede decir que no.

Sonríe al empleado.

—Compro algunas cosas.

Ahora el que sonríe es el empleado.

—Nos gustaría invitar a nuestros desfiles a todas las señoras que compran algo en nuestros almacenes, pero es imposible... Comprenda...

Sí. Bibiana comprende. Un desfile de modelos es, al parecer, una cosa muy importante. Bueno, tampoco es para ella una necesidad. Oyó decir que había un desfile y se acercó a ver.

Bibiana Prats baja andando la escalera para detenerse en cada planta y recorrer las diferentes secciones.

Con el cuento del desfile se había olvidado de que tiene prisa, de que aún no ha comprado nada.

(—¡La cucharilla!... Vamos a ver, para qué quiero yo esta cucharilla, teniendo el gas a mano... A una le tientan las cosas... Como en los saldos... Una compra cosas porque son baratas... y, ¡a ver!, después no sabe una qué hacer con ellas.)

Bibiana Prats pasa de largo por las secciones que no le interesan y se detiene

en las secciones de señora.
Busca el letrero que dice «Faldas» y se acerca a examinarlas.
Otro susto para Bibiana. Mejor, dos sustos. Uno se lo proporciona el guante. Se ha agrandado el agujero y el dedo se le escapa en libertad. La señorita que atiende la sección se ha fijado en el dedo roto y Bibiana se pone colorada.
(—Como si una fuera una sucia, una descuidada...)
Se quita el guante y lo guarda en el bolsillo.
El precio de las faldas la asusta más que el dedo roto del guante.
La señorita que atiende la sección le dice:
—Son muy bonitas... Hay todos los colores...
Bibiana dice:
—La forma... No es esta forma la que quiere mi chica.
No es un obstáculo.
—Tenemos otras formas... Pliegues más anchos... Y éstas de tablas... Aquí están las plisadas... También las hay lisas...
Desde luego, modelos hay bastantes y los colores son muy bonitos, pero el precio es lo que la asusta.
Se disculpa.
—Bueno, será mejor que venga la chica y la escoja ella. ¿Sabe?...
—Sí, claro...
Bibiana piensa:
(—Nat se ha gastado setecientas pesetas en una falda... Y ahora la niña... Ah, no, de ningún modo... Yo se la hago... Vaya con la mona... Hasta los gatos quieren zapatos... Cuando ella gane para esos lujos... Lujos, sí, porque son lujos... Que si comodidad porque no se planchan... Pues se planchan y ya está... Si hay un retal en la tienda... Y Marcelo todavía se queja de que gastamos... Pues a ver cómo viven otras personas... Una estira la peseta...)
Bibiana baja la escalera sin detenerse en la sección de muchachos. Se olvida de que tiene que comprar un jersey de algodón para Manuel y calcetines para Marcelo.
Cuando sale a la calle ya están cerrando.
(—¡Cristo!, otra tarde perdida... Yo no sé cómo se me va el tiempo... Una quisiera estirar el dinero, estirar el tiempo... Pues, nada... Si seré inútil... Otras hacen tanto y cuanto, y una, nada... A lo mejor mienten... Y son las que tienen suerte con sus maridos... Los maridos las quieren y las miman. Saben hacer las cosas, pero una...)
Bibiana camina a paso ligero. A pesar de esto, también han cerrado en El Corte Inglés cuando Bibiana llega a la puerta. Decididamente, tiene que regresar a casa sin comprar nada. Recuerda ahora:
(—¿No dije yo que acabaría olvidándome de algo importante?... La taza... Bueno, que desayunen por turno... Este chico tiene las manos de manteca, todo se le cae... Como todos los chicos... Pues, mira, de plástico. Se la compraré de plástico, y si se le pone fea...)
En la Puerta del Sol, Bibiana Prats vuelve a meterse en el Metro. A la puerta

del Metro, una mujer vieja vende billetes.

—Para no esperar a la cola... Para no esperar a la cola...

Bibiana adquiere un billete, en vez de hacerlo en las taquillas. No por las colas, sino porque la mujer que vende los billetes es muy vieja, tiene un temblor en las manos y, más que pregonar, parece que suplica a los viajeros.

—Para no esperar en la cola... Para no esperar en la cola...

Bibiana le pregunta:

—¿Cuánto tengo que darle?

La mujer dice:

—La voluntad.

Bibiana Prats no sabe cuánto es la voluntad... ¿Veinte céntimos? ¿Cincuenta?... Marcelo dice siempre que las propinas deben ser el diez por ciento del consumo. Natalia dice que eso del diez por ciento es propio de espíritus miserables que lo cuentan todo, que lo miden todo, que no quieren quedar mal ante la gente, pero tampoco tienen la generosidad de proporcionar una alegría con su esplendidez. O se da algo, o no se da nada. José dice que la propina es un acto antisocial, que es inmoral, como la limosna. El hombre tiene todos los derechos y, entre ellos, el derecho a trabajar y a que se le pague justamente su trabajo, sin humillarle con una limosna, que la propina humilla al que la da y al que la recibe. Pero el caso es que la gente anda tan mal de dinero que la humillación no le importa mucho. Xenius da lo que tiene sin razonar. Es como Natalia, aunque tal vez no proceda así por las mismas causas.

Bibiana Prats baraja confusamente las opiniones de todos los miembros de su familia al tratar de valorar «la voluntad» de su propina a la mujer del Metro. Pero impone su criterio.

Si ha tomado un billete a la mujer que los vende a la entrada, por favorecerla, y la mujer es vieja y le tiemblan las manos, la voluntad de Bibiana Prats es darle una peseta.

Bibiana Prats le abona la peseta, importe del billete, y le da otra peseta de propina. El ciento por ciento.

La mujer dice:

—Gracias, señora.

Y Bibiana se siente señora por su generosidad.

(—La pobre... Tan vieja... Si está aquí, aguantando el frío, es que no puede estarse en su casa, oyendo la radio, o meterse en un cine... Un mundo más justo... Bueno, sí, pero hasta que no venga ese mundo justo, la gente, ¿qué?... ¿Va a morirse de hambre?... Cuando alguien pide es que necesita... Tan vieja... A lo mejor tiene hijos y no la atienden... Se dan tantos casos... Los hijos son egoístas... Una madre tiene para cien hijos, pero cien hijos no tienen para una madre... Cada uno piensa en lo suyo, va a lo suyo... ¡Arreglarse el mundo!... Sueños de José... ¿Es que las personas cambian?... No, señor, no cambian... Cada uno a lo suyo, y aquí me las den todas...)

Bibiana Prats se encuentra otra vez prensada entre la gente, dentro de un

vagón del Metro. La gente estruja también el pensamiento de Bibiana Prats.

(—Como sardinas en lata... ¡Ca!, peor... Esto es un suplicio chino... Cualquiera sale de casa y se mete en el Metro... Como una tuviera las piernas ágiles... Pero una va para vieja...)

El recuerdo de la vieja que vende billetes y de tantas mujeres viejas como andan por las calles vendiendo algo para comer algo, y soportan el frío y el cansancio, y el desprecio o, cuando menos, la indiferencia de los que pasan a su lado, conforta a Bibiana.

(—Una debía mirar atrás cuando se siente desgraciada... A todo hay quien gane... Una se queja de vicio... En realidad, ¿qué me falta a mí?... Mientras una tenga techo y... bueno, lo que una tiene... Si los chicos no le dieran a una preocupaciones... Todos, claro... ¿O son los míos peores?)

Un hombre dice a su lado:

—Les hicimos polvo, fíjate tú... Y es que el Madrid es mucho Madrid...

La chica que está con el hombre dice:

—¡Venga, no presumas tanto!... Cualquiera creería que sois vosotros los que metéis los goles cuando habláis del Madrid... Les hicimos polvo...

El hombre dice al oído de la chica algo que Bibiana no puede oír. La chica empuja al hombre.

—¡Venga, no seas cochino!... Siempre lo mismo.

El hombre, pegado materialmente a la chica, aplastada entre él y la puerta del coche, la besa en la oreja.

Bibiana piensa:

(—En el Metro, delante de toda la gente... Así anda el mundo... Los tiempos, son los tiempos... Andan con los tiempos...)

La gente les mira sin decir nada. Bueno, que hagan lo que quieran. A ver si los novios no se besan en los cines y en los paseos y donde les dé la gana. Vaya novedad.

Un hombre, posiblemente un obrero, comenta con otro:

—Y el muy guarro, pues, nada... Haciéndose el tonto... Le convenía hacerse el tonto. Pero fui yo y le dije: «Esto no está bien, señor Leandro... No es lo mandado... Yo me voy al Sindicato, y a ver a quién le dan la razón allí.»

—Y él, ¿qué te dijo?

—Nada. Ni contestó. Pero se fue preocupado...

—Déjalo así, León... El que pierde, pierde...

—Pues no lo dejo... Ya veremos quién pierde... Yo le busco las cosquillas a ese canalla...

José Antonio.

Se apean dos muchachas y entra una avalancha.

Una señora dice:

—¡Hala!, a la fuerza... Ven que no hay sitio, pues, nada, entran como sea.

Entran como sea y caben todos en el vagón, desmintiendo la ley de la impenetrabilidad. La puerta queda abierta. Poco a poco se va cerrando, a medida que el tren avanza y las sardinas se acoplan a su lugar en la lata.

Bibiana queda inmóvil, con el bolso apretado contra el pecho y el paraguas clavándosele en el costado.

El hombre dice a la chica:

—A ver..., si no te defendiera yo de la gente.

La chica dice al hombre:

—Y de paso te aprovechas, que eso eres, un aprovechado... Pero de lo otro, nada.

Una de las chicas que entraron en José Antonio dice a voces a otra:

—Cuando llegues a casa, llámame y me lo dices.

La otra, desaparecida entre los viajeros, consigue sacar un brazo y agita un papel:

—Me parece que está bien... Ya lo veremos.

Tribunal.

El Metro se abre y se cierra, sin entrar nadie. Los que aguardan en el andén, ya ni lo intentan. Los pies de los viajeros se doblan hacia adentro para que la puerta pueda cerrarse.

Bibiana piensa:

(—En Bilbao sale mucha gente... Podré mover el brazo... Siempre digo que no vuelvo a meterme en el Metro, pero, ¡a ver!, cualquiera está en la cola del autobús dos horas y, después de pagar doble, ir también prensada...)

La gente que va a salir en Bilbao empieza a moverse y a repartir codazos para acercarse a la puerta. Codazos sí se reparten, y pisotones, pero nadie cambia de sitio. Al fondo del coche, una mujer grita:

—¡Que tengo que apearme en Bilbao, déjenme pasar!

Muchas voces le contestan:

—Aguántese usted, que vamos a salir todos...

—Anda, pues claro... Menuda prisa.

—No va a quedarse dentro.

Bilbao.

El andén de la estación de Bilbao es una amenaza. Por muchos que salgan, serán más los que entren. Eso piensa Bibiana: le conviene acercarse a la puerta, preparándose para salir en su estación.

Los viajeros que salen no han preguntado a Bibiana cuál es su estación y la empujan hacia afuera. Bibiana grita, protesta, intenta agarrarse a algo para quedar dentro. Todo es inútil. Sale del vagón y, cuando quiere volver a entrar, ya no tiene sitio. No se aventura a meterse a presión cuando la puerta empieza a cerrarse y se queda en tierra.

(—Pues vaya... Menudo agobio... A una la matan por menos de nada... Hasta que no vea un coche con poca gente...)

Mira el bolso y el paraguas. Sin novedad.

(—Una tiene que andar lista en estos apuros.)

Pasea por el andén, leyendo los anuncios, y va a colocarse en el extremo opuesto de la escalera, pensando que allí se acumulará menos gente.

Así es. Aunque esta experiencia es común, pocos viajeros la ponen en

práctica, y Bibiana Prats consigue meterse en el último coche cuando la gente sale. Hasta encuentra un asiento vacío.

(—Mira, qué bien... Total, para dos estaciones... Bueno, los pies descansan.)

Tras ella entra en el coche una mujer con un niño en los brazos. Después, una mujer vieja.

Bibiana piensa:

(—Que le dejen el sitio los hombres. ¿Por qué voy a levantarme yo, y todos sentados?...)

Pero los hombres no ven a las mujeres que van de pie, abstraídos todos en la lectura de la prensa de la noche. El que no tiene un periódico en la mano mira con insistencia al andén a través de la ventanilla.

Bibiana se levanta y cede el sitio a la mujer que lleva un niño en los brazos. La mujer dice:

—Que no, señora, quédese usted... El niño no pesa.

Uno de los que leen la prensa le deja el sitio. Bibiana cede el suyo a la mujer vieja.

(—Que una todavía no es vieja y tiene buenas piernas... A mí me gustaría cuando yo no pueda...)

Chamberí.

Bibiana Prats se va acercando a la puerta.

(—Total, ya está una llegando a casa... Pues vaya tarde... Una tarde echada a los perros... ¿Qué compraste, Bibiana, lo que ibas a buscar?... No, padre... Una cucharilla... Pues no la enseño en casa, claro que no... Para que se rían... ¡Cristo!, y mi niño sin su jersey... A ver si esta noche puedo coserle el verde... Una llega rendida, pero ¡qué remedio! A ver quién me hace las cosas... Cualquiera le dice a Nat que me eche una mano...)

Iglesia.

Bibiana sale del Metro y respira con placer el aire húmedo de la noche.

(—Y Marcelo que me decía: Ya verás, Bibi, cuando tengamos coche... Un hombre como Marcelo es incapaz de conseguir nada... Otros hombres... ¿Cómo se arreglarán otros hombres para tener a sus mujeres con tanto lujo?... Ahí está Mauricia, la del practicante... Y la señora rubia del mercado, siempre hablando de su dinero...)

Bibiana Prats recuerda de pronto algo y acelera el paso.

(—Si está el mercado abierto, cojo los huevos... Una peseta más en la huevería y no son más frescos.)

El mercado acaba de cerrar y Bibiana compra media docena de huevos en la huevería.

(—Mi Manuel estará ya muerto de hambre... Diablo de chico... No se ve nunca harto... Pues, anda, que si me hubiera quedado al desfile... A saber a qué hora habría terminado aquello... ¡Qué gracia!... Cuando les diga: «Pues sí, como lo estáis oyendo: subí en el ascensor con la Generalísima... La señora iba a mi lado..., bueno, así como estáis vosotros»...)

Al entrar en el portal de su casa siempre piensa que la portera va a

entregarle una carta o va a decirle que Manuel se ha caído y ha llegado con una rodilla sangrando.

Pasa despacio ante la portería y dice:

—Buenas noches.

La portera levanta la cabeza de su labor y dice:

—Buenas noches.

Buenas noches a secas, sin comentarios. Entonces, todo va bien. No ha pasado nada.

Sube las escaleras lentamente, deteniéndose a descansar en cada rellano.

(—Si al menos hubiera un asiento, como se ponían antes... La verdad que el ascensor es la gran cosa... Una llega reventada... ¡Ah!, pero yo no cambio mi piso por esos nuevos, como grilleras... Dice Nat que son más limpios y más claros... Y Eladia... Que ella prefiere... Pues para ellas... Buenos están los pisos para una familia grande...)

Otro piso más. Bibiana está llegando al cuarto.

(—Una tortilla, claro... Tardo más, pero ahorro un par de huevos. Todo hay que mirarlo... Y quedan más llenos... Si José quiere comerse lo que quedó del mediodía... Como le gustan tanto los garbanzos...)

X

Bibiana abre la puerta y dice a Xenius:

—Pasa... Bueno, ¿por qué no entras?

Xenius vacila unos momentos.

—Traigo un perro.

—¿Un perro?

Bibiana repara ahora en el bulto que Xenius tiene en los brazos.

—Un perro... ¡Cristo!... ¿De dónde has sacado a ese perro?

Xenius abraza al perro.

—No lo saqué de ninguna parte. Estaba en la calle. Lo cogió un coche. Me parece que le partió una pata. No podía andar. Estaba tirado.

Bibiana se santigua.

—¡Cristo, Cristo!... Me valga Dios... Tú estás loco... Encuentras un perro tirado en la calle y lo traes a casa... ¿Crees que esta casa es un hospital de perros?... ¡Lo que nos faltaba!

—No iba a dejarlo tirado en la calle para que le mataran a pedradas.

—¡Claro que no!... Es mejor traerle a casa... Mira qué gracia... Será mejor meter en casa a un animal enfermo para que nos pegue a todos una enfermedad... Por la caridad entra la peste.

Xenius protesta:

—No está enfermo: sólo está herido.

—Da lo mismo. Es una basura... Tendrá bichos... Va a llenarnos la casa de bichos.

Xenius mira a su madre. Va a decirle algo... No se atreve a insistir. Sin

soltar al perro, empieza a bajar la escalera.
Bibiana sale a la escalera. Se asoma al pasamanos.
—¡Xenius!... ¡Xenius!... Anda, sube...
Xenius sube otra vez la escalera con el perro en los brazos. Al pasar junto a Bibiana le da un beso.
—Gracias, madre.
Bibiana Prats da un empujón cariñoso al chico.
—¡Bah!... Anda, anda... Entra y cura al perro... Ya veremos a dónde lo llevas.
Cuando entra Xenius, Bibiana se apresura a cerrar la puerta.
—Anda, mételo en tu cuarto y que tu padre no lo vea. Ya sabes cómo es tu padre... Y tiene razón... Para perros estamos, mira tú...
Parece que el perro entiende lo que hablan y mira a Xenius y a Bibiana con mirada de agradecimiento.
Bibiana se ríe.
—Este bicho se parece al señor Massó... Siempre dije que Massó tenía mirada de perro.
Xenius lleva el perro a su habitación y recorre la casa buscando unas tablillas para sujetar la pata del perro. El perro se queda quieto, sobre la cama de Xenius, esperando a ver en qué para aquello.
Manuel llama a la puerta y entra corriendo.
—¡Quieto, chico!... ¿Dónde vas disparado?
Manuel pregunta:
—¿Es verdad que Xenius trajo un perro a casa?
—¿Quién te lo dijo?
—La portera lo dijo: «Corre, Manuel, que tenéis un perro.»
Manuel sigue el consejo de la portera y recorre la casa hasta encontrar a Xenius con el perro.
—Pues vaya un bicho más feo... Yo creí que era un «coque» como el de Chicho... ¡Menudo perro!... Aquel sí que es un perro... ¡Vaya perro!... Es de caza... Cuando va con Chicho al campo corre tras de las gallinas y los conejos y las mujeres riñen con Chicho... Éste es muy feo.
Xenius protesta:
—No lo traje por guapo. Está herido. Lo cogió un coche y se quedó tirado en la calle. Algunos chicos empezaron a tirarle piedras... Entonces yo cogí al perro y, como vi que no estaba muerto, lo subí a casa para curarlo.
Manuel se acerca al perro, le pasa la mano por las orejas, por el cuello, por el hocico... El perro le lame la mano.
—Pues es muy manso, ¿eh, Xenius?... Mira, no muerde.
Bibiana aparta al chico.
—¡Quieto, chico!... No le toques... A lo mejor está enfermo.
—Que no está enfermo... Xenius dice que está herido... Vamos a bañarlo...
Bibiana coge a Manuel por un brazo, arrastrándolo hacia la puerta.
—Te he dicho que no lo toques, condenado chico... A ver si te muerde y

está rabiado... La hacíamos buena... Anda, ven, deja a Xenius que le cure y que después le lleve a una perrera... Aquí no quiero perros.

—En la perrera los matan si están heridos.

—Pues aquí no quiero perros... Le sueltas y que se vaya por ahí a buscar aventuras... Para perros estamos... Lo que nos faltaba...

A Manuel no le gusta el perro. Le parece feo. Pero, feo y todo, es un perro. Ya tienen perro. Se alía inmediatamente con Xenius para evitar que el perro salga de casa.

—Yo cuido al perro. Yo le saco a mear para que no te ensucie la casa.

Bibiana se ríe. Le hace gracia la salida del muchacho.

—No es por eso, chico. Es que los animales traen enfermedades, y tu padre no quiere.

—Padre sí quiere... Yo le diré...

Desde la puerta dice Marcelo:

—¿Qué es lo que vas a decirme, Manuel?

Manuel sale a recibir a Marcelo.

—Padre, tenemos...

Se detiene al ver a su padre acompañado de una mujer.

Manuel la conoce: es la mujer del fontanero. También ella le conoce.

Dice:

—Manuel, hijo, ya sé que tenéis aquí a mi «Balilla»... Cuánto os agradezco...

El perro, que empezó a dar muestras de agitación, desde que Marcelo abrió la puerta de la calle, al sentir la voz de su ama, salta de la cama, donde lo había acostado Xenius, y arrastrando su pata rota, sale, pasillo adelante, y se lanza sobre ella. La señora Benita le coge en sus brazos y empieza a acariciarle.

—Mi «Balilla», pobrecito mío...

Después se vuelve hacia Manuel.

—Manuel, hijo, eres un buen chico... Quien tiene buenos sentimientos con los animales, también los tendrá buenos para las personas. Otros le tiraban piedras y tú, mira...

Manuel Prats es un caballero. No quiere apropiarse méritos ajenos.

—Yo no lo cogí. Fue Xenius.

—¿Quién es Xenius, tu hermano?

—Sí. Él recogió al perro... Íbamos a curarle y a dejarle en casa...

Mira a su padre. Vacila:

—Bueno, si padre nos dejaba tenerle en casa.

Marcelo no dice nada. Ya, ¿para qué?... La señora Benita va a llevarse el perro y sobran palabras.

Manuel acaricia al perro, pasándole otra vez la mano por la cabeza y por el lomo. El perro le lame.

—¡Hala!, mira qué buenos amigos se hicieron ya... Una no es porque quiera al perro como a un hijo, es que los perros, ¿verdad, usted?, son más

agradecidos que las personas.

Bibiana dice:

—Sí, señora, sí... Hay animales más agradecidos que muchas personas. Sin ofender a nadie. Pero estos bichos son muy cariñosos.

—Muy cariñosos... Mi José no puede verlo, porque el perro se nos mete en la cama... Como un chiquillo... Si yo le hago una caricia, ya está protestando.

Manuel dice:

—Le tendrá envidia...

La señora Benita acaricia al chico.

—Di que sí, hijo, di que sí... Porque el perro me quiere más que a él... Como yo le mimo... El animal es muy agradecido... Él no puede verle... Y yo le digo: «El que no quiere a los animales, no quiere a las personas», ¿verdad, usted?

Bibiana dice:

—Verdad.

—Bueno, pues muchas gracias, y me voy, que no quiero darles más la lata.

Bibiana Prats iba a decirle que pasara y se sentara, que estaba en su casa y que iba a tomar una taza de café con ellos, pero Marcelo se le adelanta.

—Nada de lata, mujer, no tiene importancia... Ya sabe dónde tiene usted su casa, si algo se le ofrece.

La acompaña hasta la puerta.

—Pues, nada, muchas gracias... Dígale al chico... Bueno, eso... Que muchas gracias, que si algún día una, en su aquel, puede servirle en algo...

—Sí, mujer, gracias... Y hasta otro día.

—Hasta otro día.

Bibiana sale hasta la escalera a despedirla y, apoyada en el pasamanos, la ve bajar.

Manuel le grita al perro:

—¡Adiós, «Balilla», ya iré un día a verte!

—Cuando quieras, hijo...

Bibiana coge al chico por el brazo y le mete en casa.

—Bueno, menos mal que se arregló todo, porque a mí el perro, la verdad sea dicha, me daba pena... Pero ¡a ver!... Un perro en casa y los chicos coge por aquí coge por allá... Con la de enfermedades que traen los perros.

Manuel entra en el comedor y dice a Marcelo:

—Pues yo quiero un perro... Ya oíste lo que dijo esa mujer: los perros son buenos. Son más buenos que las personas... Padre, ¿me dejas traer un perro?

Marcelo arroja el periódico sobre la mesa.

—Ni perro, ni gato... ¿Os parece que no dais bastante guerra vosotros? ¡No quiero perros en esta casa!... Y dile al botarate de tu hermano que, como vuelva a recoger un perro de la calle, le parto las narices de un bofetón.

Bibiana entra en el comedor detrás de Manuel.

—Pues sí que eres justo, hombre... Darle un bofetón al chico por tener buenos sentimientos...

—Pues sí, por eso... Por tener buenos sentimientos, por ser tan blando como

una chica... Eso es: como una chica... ¡Jo...! Vaya un tipo... Pasearse por las calles con un perro muerto...

—No estaba muerto.

—Como si lo estuviera... A ver qué hombre hecho y derecho recoge a un perro herido y se larga a su casa con el paquete... Ni José, ni el chico...

Manuel dice rápidamente:

—Yo sí lo haría.

—Pues eres también un mierda.

—Marcelo, Marcelo...

—Lo dicho, ¡un mierda!... Vaya unos hijos... Cría hijos, Marcelo, para que te salgan dos muchachitas...

Bibiana va a sentarse en la mesa, frente a Marcelo, y con los dedos tamborilea sobre el tapete. Dice:

—No sé por qué el tener buenos sentimientos va a ser cosa de mujeres... Así anda el mundo... Pues yo quiero que mis hijos tengan buenos sentimientos...

—¿Ah, sí?... Pues, anda..., empieza a educar a esa...

Ésa es Natalia, que entra en casa ahora.

—¿Qué le pasa a esa?

—Anda, dile que te ayude a fregar los platos... Como no te los friegue Xenius... Así andan las cosas en esta casa.

Natalia se detiene en la puerta del comedor.

—Bueno, ¿qué pasa?... ¿Otra vez riñendo?... En esta casa no hay tranquilidad.

—No, hija, nadie riñe... Estábamos hablando... Todo el mundo habla. ¿Quieres que te prepare un poco de café?

Bibiana se levanta, pero Natalia la detiene con una mano

—No, mamá. Gracias. Voy a cambiarme de ropa. Me voy.

Manuel coge a Natalia por la cintura.

—Oye, Nat, ¿no sabes que Xenius trajo un perro a casa?

—Que trajo un perro... ¿Para qué queremos un perro?

—Estaba herido. Lo cogió un coche.

—Pues vaya ganga... A ver si nos mete en casa alguna enfermedad... ¿De qué raza es?

Marcelo Prats dice, riéndose:

—¡De la tuya!

Pero Manuel aclara:

—No es de ninguna raza... Ya no está en casa... Era el perro del fontanero y se lo llevó el ama.

Natalia se alza de hombros:

—Lo que nos faltaba... Sentimental y poeta...

—¿Quién es poeta?

—Tu hijo Xenius, según parece... Me había olvidado de darte...

Natalia revuelve su bolso, buscando algo.

—El otro día va y me dice una compañera: «Este Eugenio Prats Gisbert, ¿no

es hermano tuyo?»... Y me larga una hoja arrancada de los «Cuadernos de Poesía»...

Natalia encuentra la hoja y se la enseña a Bibiana.

—Mira, para que presumas con las vecinas...

Lee en voz alta:

—«Camino por la vida extraño a todo... Ni os comprendo, ni me comprendéis... Pero soy hombre y hombres sois vosotros... Y nada vuestro me es indiferente...»

—¡Calla!

En el pasillo está Xenius, pálido de rabia.

—Dame ese papel.

—Toma, chico. ¡Valiente joya!

—A ti no te importa... Yo no me meto en tus cosas.

—Ni yo en las tuyas... Mira qué gracia... Si no se puede hacer un comentario...

Marcelo Prats se levanta, se cruza de brazos.

—Quien va a hacer los comentarios soy yo... ¡Dame ese papel!... ¿De modo que es en esto en lo que pierdes el tiempo?... Haciendo tonterías... Mátate, Marcelo, mátate trabajando para los hijos, y ellos, perdiendo el tiempo haciendo tonterías. ¿Es así como estudias?

Xenius dice:

—Pues estudio.

—Haciendo versos.

Bibiana acude en su auxilio:

—De la mañana a la noche está sobre los libros, que yo le veo... Siempre estudiando... Si el chico no va a tener un desahogo...

—Menudo desahogo...

—Cada cual es cada cual... Cada cual tiene su modo de divertirse...

—Que estudie, eso es lo que importa... Te apuesto cualquier cosa a que suspende las oposiciones.

—Eso ya lo veremos... Xenius tiene mucho amor propio y no le pasa nadie por delante... Ya veremos lo que dices cuando tengas un funcionario en casa.

—Lo que este tonto llegue a ser en la vida... ¡Poeta!... Lo que nos faltaba... ¡Poeta!... Muerto de hambre... A ver cuándo dio dinero la poesía... Mira, tú, más quisiera que...

La cólera ahoga a Marcelo, haciéndole tartamudear.

—... que... que... me saliera un hijo comunista..., eso es, comunista, antes que poeta.

Manuel dice:

—¿Como José?

Bibiana coge al niño por el brazo, sacudiéndole bruscamente.

—Pero ¿qué dices, idiota?

—Que sí, que lo dijo padre un día que estaban hablando... «Tú eres un comunista, eso es, un comunista, un cochino comunista, y vas a darnos

muchos disgustos.»

Marcelo Prats levanta la mano.

—¡Puñetero niño!... Ha de meterse en todo...

Bibiana Prats le escuda con su cuerpo. Después le empuja hacia la cocina.

—¡Hala!, chico... Ve a la cocina a hacer los deberes.

Natalia y Xenius se marchan, sin decir nada, cada uno a su habitación.

Marcelo repite:

—¡Poeta!... Lo que nos faltaba... Mira, el marica ese, haciendo versitos...

—¡Marcelo!... Eres injusto... No quieres al chico...

—Que no le quiero, ¿eh?... Que no le quiero... ¿No es mi hijo como los otros?... Pero me gustaría que fuera un hombre y no una chica... Tan blando, tan...

—Es la edad, Marcelo... Y el carácter... Cada cual es cada cual... No se cambia fácilmente...

Marcelo extiende el periódico sobre la mesa.

Bibiana le pregunta:

—¿Tomaste algo?... ¿Te hago un poco de café?

Marcelo no contesta.

Bibiana coge la caja de los calcetines, la pone sobre la mesa y la revuelve, buscando un hilo.

Piensa:

(—Pues bien bonitos que eran los versos... Sonaban bien... Vaya si sonaban... Un hijo poeta...)

Dice en voz alta:

—¡Cristo, Cristo!... La que organizasteis... Y todo por un perro...

XI

Natalia Prats sacude con violencia la mano que se apoya sobre su hombro y se vuelve airada, dispuesta a decir alguna palabra fuerte y, si es preciso, hasta a darle una bofetada al hombre que se ha tomado tal confianza.

No hay bofetada y Natalia Prats no protesta, porque no hay tal hombre. Bien, no hay tal hombre desconocido cuyo contacto pueda molestarla. Cuando Natalia Prats se vuelve, inquieta, ve frente a ella los ojos dulces y húmedos del señor Massó.

(—¡Ojos de perro!... Este hombre tiene ojos de perro... Lo dijo Xenius... ¿Fue Xenius?... Bueno, quien fuera... Es verdad... Ojos de perro.)

No fue Xenius, sino Bibiana, quien dijo que Massó tenía los ojos dulces y húmedos como los ojos de un perro. Una observación acertada. Desde aquel día, todos piensan y dicen algo sobre los ojos de perro del señor Massó, todos se burlan cariñosamente de los ojos de perro del señor Massó.

(—Son ojos que suplican y que lamen... Parece que me mojan cuando me mira.)

Los ojos dulces y húmedos del señor Massó se posan ahora sobre Natalia,

envolviéndola en una mirada tierna. A Natalia le molesta la mirada tierna del señor Massó y le gustaría poder sacudírsela de encima como su mano.

No puede hacerlo. El señor Massó es el huésped de la familia. Es también un buen amigo. Les ha sacado de apuros más de una vez. Es por eso, seguramente, por lo que se atreve a mirarles de una manera tan pegajosa, tan íntima.

Natalia le odia en este momento más que de costumbre.

Piensa:

(—Se pega a nosotros como una babosa... ¡Hala, todo esto es mío!... Peor que un perro. Al fin y al cabo, un perro es como un criado, como un esclavo, pero éste...)

Natalia se imagina que los ojos de perro de Massó la miran ahora con aire protector, y esto acaba de irritarla.

(—¡Imbécil! Si supiera cómo me fastidia... ¿Quién es esta pobre cosa para mirarme de esta manera?... A ver si cree que porque alguna vez... Bueno, eso no le da derecho a mirarme con aire protector.)

Todo esto piensa Natalia rápidamente cuando Lorenzo Massó se acerca a ella y empieza a andar a su lado.

(—Como yo fuera el ama de casa, ya le hubiera puesto mil veces de patitas en la calle... ¡Ah, sí, claro que sí!... Este hombre me irrita.)

Este hombre, Lorenzo Massó, lo ha pensado mucho antes de abordar en la calle a Natalia Prats. Ha tardado en decidirse. En fin, hecho ya, aunque el gesto de Natalia no es muy acogedor, está dispuesto a decirle lo que tiene que decirle. Sí, señor. Aunque Natalia se moleste.

Piensa:

(—Bueno, tampoco tiene motivos para molestarse, ¡caramba!... Para agradecérmelo, eso es, para agradecérmelo... ¡A ver!...)

Lorenzo Massó se envalentona con su razonamiento y coge a la muchacha por el brazo, empujándola suavemente hacia adelante, obligándola a caminar un poco a marchas forzadas.

—Vamos, Nat, te invito a tomar una cervecilla.

Natalia sacude bruscamente la mano del señor Massó, que se apoyaba en su brazo.

Dice secamente:

—No me gusta la cerveza.

Massó se alza de hombros.

—Pues siempre te gustó, Nat... Te gustaba mucho.

—Pues ahora le tengo asco.

—¡Ah!

Massó vuelve a alzarse de hombros, sin comprender.

—Bueno, si no quieres cerveza, pues... lo que quieras. Un vermut con patatas fritas.

—No me gustan las patatas fritas.

—¿Que no te gustan?... Pero, Nat, si te gustaban mucho...

—Pues no me gustan. Una puede cambiar de gustos.

—Sí, claro... Yo también... A mí me pasa también algo de eso... Ahora no me gustan cosas que me gustaban en otro tiempo, y me gustan otras cosas que no me gustaban. Los gustos cambian... Todo cambia, ¿verdad, Nat?

Piensa Nat:

(—Todo cambia, menos la estupidez de este pobre hombre. Y su conversación, tan sin sustancia.)

—Bueno, si no quieres cerveza y patatas fritas, tomaremos marisco. Conozco un sitio...

Cuatro o cinco años antes, cuando Lorenzo Massó cogía a Natalia por los hombros o por las trenzas y le decía: «Nat, te invito a tomar una cervecilla», Natalia se colgaba de su brazo y le preguntaba: «¿Con patatas fritas?»

Las patatas fritas a la inglesa fueron para Natalia Prats, durante su infancia y su adolescencia, algo extraordinario, porque las relacionaba con los días de fiesta, con las verbenas, con el lujo de los bares y de las cafeterías, con todo lo que no era su pequeño mundo, su vida diaria, y las saboreaba con verdadero placer. El señor Massó era también algo fuera de programa. Vivía en la casa, pero no era de la familia, y las sorpresas que el señor Massó le proporcionaba le colocaban a sus ojos bastantes codos más alto que las demás personas que la rodeaban. Pero las cosas han cambiado bastante para Natalia Prats. Hace tiempo que las patatas fritas a la inglesa han perdido para ella todo atractivo y el señor Massó dejó de ser un tipo interesante para convertirse en el huésped de la familia. Un hombre cuya amistad hay que ocultar a las amigas para que no digan que tienen una habitación realquilada, señal de que las cosas no andan muy bien... El señor Massó es el hombre de los ojos de perro, empeñado en inmiscuirse en las cosas de la familia, empeñado en protegerles, como si ellos necesitaran su amistad y su protección.

La mirada protectora y pegajosa de Lorenzo Massó le resultaba cada vez más desagradable a Natalia Prats.

(—Me fastidia este tío. ¡Me fastidia!... Bueno, y ¿qué le pasará hoy?... Está un poco..., no sé, un poco raro... ¿Misterioso?... No, ni eso... Sólo raro... Si al menos fuera un hombre misterioso, con..., en fin, con algo extraño en su vida. Pero ni eso. Hombre más vulgar...)

Natalia Prats camina a su lado incómoda, molesta. Da vueltas y vueltas a su cabeza buscando alguna disculpa para sacudírselo de encima inmediatamente. Cosa bien difícil. Los dos se dirigen a casa para retirarse.

(—¿Cómo voy a decirle «Vaya usted delante o detrás de mí algunos pasos»? Sería tonto, claro... Tampoco puedo decirle que me molesta su compañía. No, claro... No es posible... Está en casa. Es un amigo.)

No hay modo de quitarse al señor Massó de encima, a menos que encontrara una disculpa.

(—Eso es, una disculpa... Puedo decirle que tengo que ir a alguna parte... ¿A dónde?... A cualquier sitio... Eso está bien... Puede creerlo o fingir que lo cree para no sentirse humillado... Bueno, eso es cosa suya... Si no lo cree... Bueno,

es cosa suya... Yo le digo...)

Massó pregunta:

—Bien, Natalia, bien... Hace mucho tiempo que no paseábamos juntos, ¿eh?

Natalia Prats acelera el paso. Tiene que dejarle, tiene que separarse inmediatamente de él, porque sospecha que el señor Massó desea hacerle alguna confidencia y Natalia Prats no desea escuchar ninguna confidencia del señor Massó.

El pensamiento de Natalia Prats no camina a ciegas. Inconscientemente, sin habérselo confesado nunca, sospecha o teme que el señor Massó desee decirle algo relacionado con...

(—Claro... Está claro... Si seré tonta... ¿Cómo no me di cuenta?... Bueno, es que una... Pero si está claro... Sus cumplidos, sus regalos... Y aquella fanfarronada de gastarse mil pesetas el día del guateque... Para bailar conmigo, claro... Y ahora esto de acercarse, haciéndose el encontradizo...)

Natalia acelera el paso de modo que más corre que camina. Lorenzo Massó tiene que trotar para seguirle el paso.

(—Ésta no es su hora de volver a casa... Hace mucho tiempo que no coincidimos... Y ahora... Este huevo, sal quiere... Va a soltarme... ¡Ah, pues no!... Que no, vamos... No le dejo hablar. Vaya una situación que nos creábamos... La culpa de todo esto la tiene mamá por no haberle despedido hace tiempo... Pues vaya un plan... Qué gracia... La culpa la tengo yo por no sacudírmelo de una vez, dejándole plantado.)

Natalia Prats reacciona inmediatamente.

(—Una grosería, claro... Él no tiene la culpa de ser así, ni de... Bueno, yo no he coqueteado con él, nunca le he dado pie para que me diga nada... ¡Pues vaya una papeleta!... ¡Que no le dejo hablar, vamos!... Es muy violento tener que decirle... eso, que no hay nada que hacer...)

La situación es desagradable para Natalia.

(—¡Vaya una ocurrencia tonta!... Cree que todavía soy la niña de las patatas fritas... «Nat, ¿y si nos fuésemos tú y yo, sin decir nada a mamá, a tomarnos una cervecilla y unas patatas?»... Entonces me gustaba ir. Me divertía...)

Durante unos momentos, el recuerdo de aquellos días pone un poco de ternura en su razonar. Pero frena el recuerdo, que es sólo eso: recuerdo. Entonces, Natalia Prats era una niña. No habían pasado cosas. Ahora pasaron cosas, y Natalia Prats vive y piensa de otra manera.

Natalia Prats se aleja, de pronto, de la compañía espiritual de Lorenzo Massó para internarse en su intimidad.

(—Cosas... En la vida pasan cosas... A veces, una se encuentra metida en algo sin saber cómo... Si una pudiera ponerse en guardia y decir esto me conviene, esto no me conviene... Si una supiera lo que va a pasar... Bueno, yo creo que si supiera... esto... Pues, sí, lo hubiera hecho... Porque le quiero... Sí, le quiero... Toda la rabia, toda la desesperación...)

Natalia se aleja moralmente de Massó para internarse por el campo de sus problemas particulares, pero no ha podido eludir la presencia física de Massó,

y Massó corta su pensamiento, haciéndola regresar a su lado.

—¿Te parece bien aquí? Hay buen marisco.

—¿Cómo?

—Te digo, Nat, que aquí, en este bar, hay siempre buen marisco... Si te parece bien que entremos...

—No.

—No me digas que tampoco te gusta el marisco.

Natalia Prats sacude la mano del señor Massó, que, apoyándose en su brazo, la empujaba suavemente hacia el interior del bar.

—No..., no es eso; es que ahora recuerdo que tengo prisa. Tengo que ir aquí... Bueno, a una de estas calles, a recoger una media... Discúlpeme. Se me hace tarde.

—Todos los comercios están ya cerrados.

Natalia queda un momento desconcertada.

—No es un comercio... Es en una casa particular, donde cogen puntos... Necesito las medias... Esta noche.

—Pues si no es un comercio, si es una casa particular, no cierran. Bien puedes perder algunos minutos, supongo...

Lorenzo Massó le ha cortado la retirada. Esto aumenta el malhumor de Natalia, al verse cogida en la trampa. Tendrá que escucharle, tendrá que aguantarle la declaración de amor.

(—Porque es eso lo que va a decirme, como si lo viera... Bueno, pues va a oírme... Él se lo ha buscado... Yo no quería herirle... Ni una esperanza... Brutalmente que no, que no me gusta y que me deje en paz de una vez...)

El señor Massó dice:

—¿Vamos, Natalia?... Mujer, para una vez que nos encontramos, casualmente, y que te invito...

—¿Casualmente?

La pregunta rápida, agresiva, de Natalia Prats descubre su pensamiento. Natalia sabe o intuye lo que Lorenzo Massó pretende al abordarla en la calle.

Massó se desconcierta.

(—Bueno... Supone...)

En fin, si Natalia Prats se ha anticipado a sus palabras, adivinando su pensamiento, sus propósitos, ¿va por ello a detenerse? No. Mejor. Esto simplifica bastante las cosas.

Dice:

—Pues sí... Te esperaba... Para qué vamos a andarnos con rodeos... Te esperaba porque quiero hablar contigo.

Natalia se alza de hombros.

—¿Aquí precisamente?... Nos vemos en casa todos los días.

—De sobra sabes que en casa no podemos hablar a solas.

—¿A solas? ¿Es algún misterio?

—No hay misterio que valga. Sólo..., eso, que quiero hablarte... ¿Acaso te molesta?

—Pongamos que sí.

—Pues de todos modos vas a escucharme.

—¿Y si no quiero?

Natalia vuelve a soltar en una brusca sacudida la mano de Lorenzo Massó, que, presionando sobre su brazo, la empujaba hacia la puerta del bar.

—Vamos, Nat, no seas chiquilla. Déjate de hacer monadas. Supongo que me concedes cierta amistad, cierta autoridad...

Nat se revuelve, furiosa:

—¿Cierta autoridad?

—Pues sí. Cierta autoridad... La autoridad que me da ser un viejo amigo de la familia y conocer un poco la vida.

—¡Vaya! Sermón tenemos.

—No se trata de eso. A ti es inútil sermonearte, porque, a fin de cuentas, acabas haciendo siempre lo que te da la gana.

—¿Quién va a impedírmelo?

—Nadie, claro. Ya eres mayorcita y sabes lo que quieres.

—Pues entonces...

—Entonces, Nat, deja esa actitud de gallo de pelea, que yo no voy a sermonearte, ni a molestarte, supongo... Sólo quiero hablarte, como un amigo, de algo que puede interesarte.

Natalia queda un momento desconcertada.

(—¿Como un amigo?... ¿De algo que puede interesarme?... No lo comprendo... Entonces, ¿no es para?... Bueno, no lo comprendo... ¿De qué puede hablarme que a mí me importe?... A ver si...)

La actitud de Natalia cambia de pronto. Ahora siente curiosidad por conocer lo que el señor Massó pueda decirle. En efecto, puede tratarse de algo que le interese. Él ha dicho «como un amigo». Luego no es lo que ella se figuraba. Vuelve a alzarse de hombros y entra en el bar.

Lorenzo Massó la conduce hasta el fondo del bar, donde hay algunas mesas vacías.

—Mira, aquí... Aquí estaremos bien.

Dice a voces:

—¡Eh, chico!... Ven acá... Tráenos... A ver, Natalia, di lo que quieres...

—Me da lo mismo.

—No, no te da lo mismo. Me has dicho que las patatas no te gustan. Ni la cerveza... ¿Quieres un Cuba-libre?

—Prefiero un Martini seco.

—Pues un Martini seco. ¡Dos Martinis, chico!... Y tráenos también...

Se vuelve hacia Natalia.

—A ver, qué quieres...

—Me da lo mismo.

—Bueno, si todo te da lo mismo, elegiré yo... Tráenos unos calamares y unas gambas al ajillo. ¿Te gustan las gambas?

Natalia vuelve a humanizarse un poco y a reprocharse su grosería con un

hombre que ha demostrado siempre ser un gran amigo de la familia, que la ha mimado como a una hija, cumpliéndole los caprichos, cuando ni ella ni nadie podía pensar que lo hiciera interesadamente. En realidad, lo único que puede reprocharle al señor Massó es su obsequiosidad, su afán de complacerla y el meterse en las cosas de la familia, seguramente por considerarse ya de la casa.

Piensa:

(—Menuda lata que le dan los chicos, y vaya una paciencia que tiene para aguantarlos... Y a mamá, ¡pues vaya si la aguanta! Y a veces se pone con sus cosas insoportable... Pero a mí me fastidia eso, que siempre se meta...)

—¡Nat!... ¿Qué dices?

—¿Cómo?

—Que si quieres gambas y calamares.

—Sí, bueno... Me gustan las gambas y los calamares.

—Menos mal que acertamos.

Massó sonríe. Saca su cajetilla y ofrece un pitillo a Nat. Nat observa que, cuando se lo enciende, le tiemblan las manos ligeramente.

(—Está nervioso... Parece muy sereno, pero está nervioso... Bueno, a ver si desembucha de una vez eso que tiene que decirme... Pues sí... Curiosidad... Me ha intrigado... «Como un buen amigo... Algo que puede interesarte»... A ver sí sabe algo...)

El camarero sirve los martinis y los calamares.

—Ahora traeré las gambas.

—Bien, cuando pueda... Un poco de hielo...

—Perdón, ahora traigo el hielo.

Se va el camarero y el señor Massó dice con cierta naturalidad, como hombre acostumbrado a frecuentar bares y cafeterías:

—En estos bares de barrio las cosas funcionan medianamente. Cuando no se olvidan de uno se olvidan de otro.

Después recuerda que ha ponderado el buen servicio del bar cuando invitó a Natalia a entrar en él.

—Pero los mariscos siempre están frescos. Muy frescos. Y bien aderezados. Lo que les falta es eso, un público más...

Iba a decir más elegante para halagar a Nat. No se decide. Dice:

—... un público más exigente... Los pequeños detalles.

Natalia dice:

—Claro.

Y da unas chupadas a su cigarrillo, lanzando el humo al techo.

Lorenzo Massó la mira de reojo. La verdad es que no sabe cómo entrar en materia. Natalia fue desde niña bastante difícil de comprender. Su madre lo dice. Su madre le tiene miedo. Teme irritarla y nunca sabe cómo complacerla. Sin embargo, con él era complaciente, era encantadora, seguramente porque él se mostraba amable y le cumplía todos los caprichos. Alguna vez, cosa rara en ella, le abrazaba si le gustaba mucho algún regalo.

(—... y lo que se divertía cuando la llevaba a tomar cerveza y patatas fritas...

Aquí mismo, alguna vez... Otros tiempos, claro.)
Dice, de pronto:
—Buenos tiempos, Nat... ¿Te acuerdas?... Parece que te estoy viendo con tus trenzas largas... Hace ya tiempo que nos conocemos...
Lorenzo Massó respira fuerte. Natalia lo interpreta como un suspiro.
(—A ver si se pone cursi... ¡Lo que nos faltaba!)
El camarero sirve las gambas y Massó reclama un poco de pan.
—Los detalles...
—Pues ya podía ocurrírseles.
—Se olvidan... Este muchacho parece que está en las nubes.
El muchacho baja de las nubes y trae dos barras.
—Bueno, vale más que sobre... Déjalas ahí.
Natalia piensa:
(—Vale más que sobre... Qué ordinario es... Vale más que sobre... Emilio no lo hubiera dicho nunca... Un hombre elegante, claro... Ni fijarse en eso...)
Lorenzo Massó echa trocitos de pan en la salsa y, después de comerse las gambas, rebaña la cazuelita.
—Están muy buenas, Nat... Pero que muy buenas... ¿Quieres que pidamos otra cazuelita, o quieres otra cosa?
—No, ya está bien como tapa. Después no ceno...
El señor Massó le da unos golpecitos sobre las rodillas.
—Está bien, chiquita. No quiero que tu madre me pida cuentas.
—No es necesario decirle a mamá que estuvimos juntos.
—¿Por qué?
—Pues... no sé, por nada...
—A mí me disgusta...
Natalia Prats mira al señor Massó y el señor Massó se calla. Bueno, no debe empezar así, si quiere que Natalia le escuche.
Carraspea. Busca la cajetilla y ofrece a Nat otro cigarrillo. Se lo enciende. Otra vez le tiemblan las manos.
—Nat..., quiero decirte algo. Es difícil lo que quiero decirte, pero somos amigos. Buenos amigos. ¿No es así, Nat?
Nat se alza de hombros.
—Nat, yo os quiero a todos... Sois mi familia...
Una pausa.
—Para mí, como hijos, ésta es la verdad... Tú eres la mayor y te conocí cuando andabas de calcetines... Una mocosa... Os quiero, claro...
Otra pausa.
Nat no dice nada. No parece dispuesta a facilitarle el camino de las confidencias. Tendrá que andarlo solo.
—Te estarás preguntando qué es lo que voy a decirte, y el caso es que ni yo mismo...
Massó aplasta el cigarrillo sobre la mesa.
—En fin, Nat, es difícil lo que quiero decirte... Tú eres una chica joven y

atractiva, yo soy ya viejo... Bien, no tan viejo... ¡Caramba!... Quiero decir en relación contigo...

Si Lorenzo Massó viera el gesto desagradable con que Natalia acoge sus palabras, no diría ni una más sobre el asunto. Pero el señor Massó mira obstinadamente el mármol de la mesa y hasta dibuja algo con el dedo sobre la ceniza del cigarrillo.

Tiene que hablar. Ha venido a hablar. Hay que poner las cosas en su sitio. Ahora que se ha decidido no va a acobardarse. Entonces será mejor hablar claro, sin más rodeos.

Dice:

—Natalia... Estoy dispuesto a casarme contigo.

La voz del señor Massó tiembla de tal modo, al decirle esto, que Natalia casi tiene que adivinarlo.

¿Ha oído bien?... Sí. El señor Massó ha dicho: «Estoy dispuesto a casarme contigo.» Así, francamente, brutalmente o, mejor, estúpidamente.

Natalia Prats se había puesto en guardia cuando Lorenzo Massó la abordó en la calle. Se preparaba para la defensa, para rechazarle antes de que él hiciera su petición. Después la despistó con lo de la amistad: «Sólo quiero hablarte como un amigo, de algo que puede interesarte.» Tenía motivo para pensar que era otra cosa lo que iba a decirle. Y, de pronto, ¡zas!, la bomba: «Estoy dispuesto a casarme contigo.»

Natalia Prats mira al señor Massó, tratando de comprender el alcance de sus palabras. Se trata de una declaración de amor, indudablemente. No, algo más: es una proposición de matrimonio.

Natalia Prats sonríe. La sonrisa se va abriendo en risa franca. De pronto, suelta la carcajada.

Lorenzo Massó se muerde los labios. Enciende un cigarrillo. Tose. Se revuelve sobre su asiento.

Dice secamente:

—Supongo que la cosa no es para reírse... Puedes decir que aceptas o que no aceptas mi proposición. Nadie te obliga a hacerlo...

No, claro, nadie la obliga. Massó tiene razón. La cosa no es para reírse. Pero Natalia Prats estaba nerviosa. No pudo evitarlo. Ni evitar la declaración ridícula ni su risa.

—Perdóneme, Massó... Fue la sorpresa... Comprenda que es ridículo todo esto.

—¿Ridículo?

—Desde luego... Me decidí a escucharle porque creí que, en efecto, iba a hablarme como un amigo. Hablarme... de cualquier cosa, ¡yo qué sé!... Y, de pronto, me suelta usted una declaración de amor... Bueno, es para reírse.

El cigarrillo tiembla aún en la mano del señor Massó, pero su voz es ya más firme.

—Escucha, Nat... Te equivocas... Yo no te he hecho una declaración de amor, que, posiblemente, fuera ridícula, como tú dices.

—¿Ah, no?
Natalia le mira ahora sorprendida.
—Creí entender...
—Pues has entendido mal... Te he dicho, sencillamente, que estoy dispuesto a casarme contigo.
—Y ¿no es lo mismo?
—Supongo que no.
—Yo no veo la diferencia.
—Hay muchas cosas, Natalia, que tú no ves... O no quieres ver... Pero no hablemos de esto. Vamos a lo que importa.
Lorenzo Masó ha perdido su timidez y su nerviosismo y habla ahora con voz segura y con la naturalidad de quien propone un negocio:
—Escucha, Nat, si me he decidido a dar este paso es porque supongo que puede ser para ti una solución...
—¿Una solución?
—Bueno, estamos hablando sinceramente.
—Es que yo no necesito soluciones.
—De momento, tal vez no... Pero debes pensar las cosas... Tu situación...
—¡Dale con mi situación! ¿A usted qué le importa?
—Casi tanto como a tu madre.
—¡Ah, vamos!... Ya salió la cosa... ¿Qué componenda estúpida están tramando?
—Ninguna componenda. Pero cada vez que veo preocupada a tu madre te daría...
—¡Ah, vamos!... Es mamá la que le preocupa... Lo hace por ella.
—Pues sí, por ella... Y por ti, aunque no te lo mereces.
—¿Qué es lo que no merezco?
Natalia saca un cigarrillo de su pitillera, se lo coloca entre los labios y busca en el bolso el encendedor. Massó se anticipa a encenderle el cigarrillo. Natalia chupa profundamente dos o tres veces y, envuelta en humo, mira a Massó.
—Bueno, ¿qué es lo que no merezco?
—Que nadie se preocupe de tu vida, que estás tirando tontamente por la ventana.
—Yo no tiro mi vida por la ventana. Sencillamente, vivo mi vida. Cada uno vive como le parece. Supongo que no tengo que rendir cuentas a nadie de lo que hago, y mucho menos a quien no tiene derecho a pedírmelas.
—Muy bien, Nat, gracias por la confianza.
—No hay confianza que valga. Yo no me meto en su vida, ni le reprocho que esté soltero, ni que viva de esta manera o de la otra, ¿no es así?... Pues, en justa correspondencia, no se preocupe usted de cómo vivo yo, ni de cómo me divierto.
Natalia se pone en pie, alisa su falda, recoge el bolso y, sin despedirse del señor Massó, sale del bar. Massó paga rápidamente en la barra para seguirla. Se empareja con ella:

—Escucha, Nat... Seamos buenos amigos... Ni consejos, ni discusiones... Sólo unas palabras... No volveré a hablarte de esto. Pero piensa en lo que te he dicho.

Natalia se detiene y sonríe con ironía.

—En la solución...

—Llámalo como quieras... Si yo fuera un hombre joven y tuviera..., en fin, Nat... Ya me comprendes... Te hablaría de otra manera. Como las mujeres quieren que se les hable... También sé hacerlo... Pero las circunstancias no lo permiten. Lo que te he dicho no es la proposición de galanteador, ni siquiera de un pretendiente... Escucha, Nat, un momento, no corras tanto...

Massó camina aprisa para poder seguir a Natalia. Habla aprisa, sabiendo que dispone de poco tiempo.

—Te parezco ridículo, ya lo sé... Quieres a otro hombre... Pero ese hombre juega contigo, te tirará un día a la calle, como los chicos tiran un juguete, y lo que yo te ofrezco es... Bueno, ya lo sabes...

—Sí, cargar con el juguete roto... Escuche, Massó... Si es mi madre la que le envía...

—Te equivocas, Nat... Tu madre sufre y aguanta, sin decir nada. No es tu madre de las que se quejan. De sobra lo sabes... Pero yo tengo derecho a interesarme por las personas que quiero... Bueno, sí, ¿para qué negarlo? A ti te quiero, y me da rabia que cualquiera juegue contigo.

Natalia acorta el paso. Acaba por detenerse:

—¡Vaya!... De modo que alguien juega conmigo... Está usted muy bien informado. ¿Acaso me espía?

Lorenzo Massó coge del brazo a Natalia.

—Escucha, Nat... ¿Quieres que hablemos como dos amigos, como dos hermanos?... Sin reticencias y sin ofenderte... Tienes razón. Cada uno vive como le da la gana... Y tú tienes derecho a divertirte y..., en fin, a hacer lo que quieras... Yo no te espío. No sé siquiera quién es ese hombre... Pero no necesito averiguar nada para saber que no eres feliz. Presumes de ser una mujer moderna, sin prejuicios, y después lloras como una niña cuando las cosas no salen como tú quieres... Y esto es lo que me duele, ¿comprendes, Nat?... Si te viera feliz... Bueno, pues... bueno. ¡Allá tú, chica!... Todos tenemos derecho a buscar un poco de felicidad y de alegría al precio que sea. Pero no eres feliz, y esto me duele. ¿Comprendes?

Sí. Natalia lo comprende. El señor Massó está hablando como si leyera su pensamiento. ¿No es verdad que sufre? ¿No es verdad que ese hombre juega con ella con crueldad o, tal vez, sólo con alegre inconsciencia?

Sí, es verdad, pero no le da la gana de confesarlo. Y, sobre todo, no le da la gana de meter en su vida privada al señor Massó. Prefiere el sobresalto y la inseguridad de un amor vivido intensamente, aceptando las consecuencias, por desagradables que sean, a la vida reposada y vulgar que el señor Massó le ofrece. La vida al lado de un hombre tan mediocre como su padre, como los amigos de su padre, cuya única ambición es «ir tirando», vivir al día.

(—No, gracias... Ni pensarlo...)
Natalia Prats apresura el paso y entra en el portal.
La portera dice:
—Buenas noches, Natalia.
Natalia no contesta. Le molesta que la portera la llame Natalia con la misma confianza con que llama por su nombre a las criadas de la casa. Como la conoce desde que nació, se cree con derecho a tutearla y a tratarla como a una chica.
(—¡Imbécil!... Pues como espere una propina mía, ¡ya va lista!... Ella se lo pierde.)
La portera saca el cuerpo fuera del ventanillo de la portería para saludar al señor Massó, que entra corriendo tras de Natalia.
—Buenas noches, señor Massó.
Massó contesta apenas al saludo de la portera y se lanza, escaleras arriba, tras de Natalia.
La portera mira a una y a otro sin comprender. De pronto cree descubrir algo.
(—¡Ah, vamos!... Están de monos... A ver si es cierto lo que se dice... ¡Pues vaya!... Y ésta lo atrapa, vaya si lo atrapa... Que si quiero, que si no quiero... Vaya si lo atrapa... Menuda lagarta... «Mi Nat es una chiquilla»... Menuda chiquilla... Y la madre en Babia... Su Nat...)
La señora Amalia sale de la portería y se acerca a la escalera. Mira hacia arriba.
Natalia sube aprisa las escaleras, pero el señor Massó también mueve las piernas con agilidad. La alcanza antes de entrar en casa.
—Un momento, Nat... Óyeme un momento.
—¿Todavía tiene algo que decirme?
—Sí, Nat... Sólo dos palabras... Sólo decirte que sí algún día...
—... Algún día... No me haga reír, Massó... Usted es de esa clase de hombres que lo aguantan todo.
Massó coge a Natalia por un brazo. Va a decir algo. Pero Bibiana Prats abre la puerta y sale a la escalera.
—Nat, ¿qué pasa?... Te sentí subir y me parecía...
Natalia pasa delante de Bibiana sin decir nada y se dirige a su habitación.
Lorenzo Massó y Bibiana Prats se miran unos momentos. Bibiana Prats no necesita que le cuente nada. Cuando cierra la puerta dice Bibiana:
—Lo siento, señor Massó... Lo siento mucho... Está muchacha no tiene sentido... Una quisiera...
El señor Massó dice:
—¿Qué es lo que siente?
Bibiana se alza de hombros. Abre los brazos. Vuelve a plegarlos sobre el cuerpo.
Dice:
—Qué más quisiera una que esta chica se casara como Dios manda, con un

hombre cabal... Ya se ve: los consejos de una madre no valen de nada. Esta chica...

El señor Massó no sabe qué contestar. Siempre tuvo a Bibiana Prats por un poco simple, pero está claro que no lo es tanto. Varios años de convivencia y de trato íntimo, o simplemente su instinto de madre, le permitió adivinar lo que ella esperaba.

Repite:

—Esta chica...

XII

Bibiana cierra el grifo de la bañera, agita el agua con la mano para mezclarla bien con la lejía y empieza a meter la ropa. De reojo mira a Natalia.

Dice:

—Pues, ya ves, si se va, tienes tú la culpa... Aunque él no diga nada, yo bien lo sé.

Natalia no contesta.

—Mujer, ocho años en casa son muchos años... Como de la familia... ¿Verdad, Natalia?

Natalia no contesta.

—Ya ves, no es por lo que pague. Una se ha acostumbrado a él... Como de casa... Pero tú ni le hablas.

Natalia pone la cabeza bajo el grifo de la pila para quitarse la espuma del champú. Después la envuelve en una toalla caliente. Con los dedos presiona sobre la toalla para empapar el agua.

Bibiana piensa:

(—Como su padre. Ésta es igual que el padre... Se hace la sorda y aquí me las den todas... Igual que Marcelo... Una está hablando con ellos, pues, nada, como si hablara con la pared... También Xenius... Lo mismo que ellos... Bueno, el chico es otra cosa... Más dócil, claro... Pero anda que ésta...)

Natalia quita la toalla y extiende sobre la cabeza una pequeña capa de crema.

Dice Bibiana:

—Pues vaya un hombre serio que es Massó... Yo le aprecio mucho... Y él, ¡vaya si nos quiere!... Y tiene su buen sueldo... Una cosa fija... Como dice tu padre, un funcionario... Para una de mis hijas le quisiera yo.

Natalia hunde los dedos entre el pelo, friccionando la cabeza en un masaje suave. A través del espejo mira a su madre.

Dice:

—¿Por qué no te lo reservas para Francisca?

—Bueno, Nat, no te burles... De sobra sabes que es a ti a quien quiere... Ya ves, yo no pensaba...

Natalia Prats se vuelve de pronto:

—Oye, mamá, ¿no tienes que hacer algo por la cocina?

—¡Vaya, hija, ya me estás echando de aquí!... En cuanto una abre la boca... Pues ya ves, yo no pensaba decirte nada, pero yo me dije: mejor que una madre para ver las cosas, para decir las cosas cuando es necesario...

—¿Necesario? Yo no te pedí consejo.

—¡Toma!, ya lo sé... Así te van las cosas...

—¿Qué cosas?

Bibiana vacila:

—Las cosas..., pues, eso, las cosas...

De sobra sabe Natalia a qué cosas se refiere su madre:

—Cuando hablabas con las chicas aquel día: que si la buena vida, que si hay que pasarlo bien, que si casarse nada, que si el amor... Pues, hija, donde está el amor y la familia...

Natalia, divertida, mira a su madre.

—El amor... ¿Qué sabes tú del amor?

—Pero ¿qué dices, chica?... ¿Cómo no voy a saberlo?

A Bibiana Prats le gustaría poder explicarle a su hija lo que es el amor, lo que ella entiende por amor. Le gustaría decirle: «No te burles, Nat, ¿cuál de las dos es la mujer casada, la que sabe lo que es querer a un hombre de verdad, sufrir por él y cuidarle, y aguantarle en la cama cuando maldita gana tiene una de jaleo, y fingir que una también toma parte en la fiesta para no hacerle polvo? ¿Qué sabes tú lo que es desear un beso y quedarse con los labios fríos, porque no llega, o desear... eso con verdadera ansiedad cuando algunos días..., pues eso, y ver que el hombre se te duerme entre los brazos porque está cansado, o porque viene de estar con otra, ¡vaya usted a saber!, y una se queda...? Y una calla y aguanta sus veleidades, y ahora quiero, y ahora no quiero... Y una siempre sonríe... ¿Qué sabes tú lo que es aguardar con ilusión un día, una fecha, que a él se le olvida, o una caricia o una palabra que una espera como premio de algo en lo que el hombre ni siquiera ha reparado? ¿Qué sabes tú lo que es parirle los hijos, y criarlos, y cuidarlos, y velar cuando todos duermen, y atenderlos cuando están enfermos para que él no se preocupe?... Y fregar, y lavar, y coser la ropa, sacándose los ojos, para que él tire cinco duros con los amigos... Y evitarle los disgustos de los hijos...»

Estas y otras cosas le gustaría decirle a Natalia, porque, a su juicio, esto es amor, y no andar por ahí bailando o lo que sea, y después cada uno por su lado y si te vi no me acuerdo.

Para Bibiana Prats esto es amor, esto es vivir como Dios manda. La vida que Natalia prefiere, la que le gusta, será más divertida de momento, pero primero o después se paga más cara.

(—A ver si es feliz Natalia... Habría que verlo... Tiene sus disgustos. ¿O no los tiene?... Pues hay que ver qué morros tiene algunas veces... No es oro todo lo que reluce... Cabeza más loca...)

Dice en voz alta:

—Una no sabe lo que es amor porque no anda danzando por ahí a salto de mata... Pues eso también se paga, y a veces se paga caro, que en la vida nada

se regala.

Bibiana Prats retuerce una sábana y la extiende sobre el agua de la bañera, aplastándola con las dos manos para que el agua la cubra.

—Este chico... Hay que ver cómo rompe las sábanas... Si hay un agujero pequeño, él se arregla para meter el pie y rasgar la sábana... Pues vaya una gracia... Cose, Bibiana.

Bibiana está inclinada sobre la bañera. Natalia se vuelve hacia ella y le da una nalgada.

—Es mejor ir a la Radio, Bibi... A ver cuándo nos das otra sorpresa.

—Bah, bah, qué chica ésta... Déjate de bromas y a lo que vamos... Si yo te digo...

Natalia vuelve al espejo y ahora se seca la cabeza frotando fuerte con la toalla. A través del espejo ve Bibiana el gesto poco cordial de Natalia.

—Pues, chica, aunque te enfades, una tiene que decir las cosas, porque mira por vuestra felicidad... Hoy eres joven y no tienes juicio... Y, ¡hala, a divertirse!... Pero mañana..., ¿qué me dices de mañana?

Natalia no contesta.

—Pues ya ves, Nat, yo no pensaba decirte nada... Cada uno es cada uno... Tú sabes lo que haces... Una empieza jugando, después las cosas se enredan... y, ¡a ver!... No todo son flores... Si un hombre como el señor Massó...

Natalia sale del cuarto de baño dando un portazo. Bibiana Prats queda desolada.

(—No se le puede decir nada a esta chica. Todo la molesta... Ella se cree que lo sabe todo... Ah, pues ni una palabra más... Que haga lo que quiera... Una siempre preocupándose por los hijos y ellos...)

Bibiana abre la ventana y empieza a tender las prendas de color, que no tienen que pasar por la lejía.

(—Un buen hombre, sí, señor... Y tiene sus finquitas... Hasta podría ponerle criada... Pero ella, nada... Anda, qué gracia... Una no sabe nada de amor... «¿Qué sabes tú de amor?»... La mona ésta... Como el otro... Decirle a su padre que no entiende de esas cosas... Ellos lo saben todo, ellos van a arreglar el mundo... Pero los disgustos son para los padres...)

Desde el tercer piso llama Mauricia:

—Usted siempre trabajando.

—¡A ver!... ¿Qué va a hacer una?... Las cosas se ensucian y hay que lavarlas.

—El que quiere trabajar, siempre encuentra en qué... Pues vaya una vida...

—El que algo quiere...

—¿Sabe usted lo que yo me digo?... Cuerpo descansado dinero vale...

—Sí, claro... Pero si todos descansamos, a ver quién hace las cosas...

—Ah, pues yo no me mato trabajando... Si las cosas no se hacen en una hora, se hacen en un día..., o no se hacen... Para cuatro días que va a vivir una...

—Sí, claro, pero cuando una tiene hijos y tiene marido.

—Pues si una hace caso de los hijos y del marido, ya está arreglada... Yo le dije a mi Vicente: «Una no puede estar trabajando todo el día como una burra. O me compras una lavadora, o tenemos que meter chica... Pues va él y me trajo una lavadora, porque la chica, la verdad, nos estorba... Como siempre andamos de viaje... Así, una cierra la puerta y se va tranquila. ¿Verdad, usted?

—Sí, verdad...

—¿No ha visto usted mi lavadora?...

—Pues no...

—Pues cuando quiera baje a verla.

—Sí, cualquier día...

—Si usted necesita lavar algo...

—No, gracias.

—Con confianza, mujer. Si usted necesita...

—Que no, gracias... Como necesitar..., ¡vaya!... Una siempre está lavando.

—Es una UVE... Dicen que es la mejor.

—¡Anda, la UVE!...

—¿La conoce?

—Pues sí... Cuando me llevaron...

—Es estupenda.

—Cuando me llevaron a la Radio...

—Oiga, es que lava sola.

—Cuando me llevaron...

—Usted la pone en marcha y, ¡hala!, a lavar.

—Cuando yo estuve en...

—Y una puede, entretanto, leer o acostarse.

—Pues esa marca...

—Hay que ver las cosas que se inventan, ¿eh?

Bibiana sigue tendiendo la ropa. El cordel, al pasar por la garrucha, hace un ruido que parece una risa chirriante, como si se burlara de la conversación de las dos mujeres.

Bibiana dice:

—Cuando yo estuve en la Radio me regalaron unas papeletas...

Mauricia Villar la ataja:

—Ahora, lo que nos hace falta es un refrigerador... El que tenemos es ya viejo... De ésos de hielo, ¿sabe? Pero los eléctricos son mejores. ¡Ni compararse!

—Pues yo...

—¿Ustedes tienen de hielo?

—Pues no, nada... Los de hielo no valen nada... Hay que andar comprando el hielo... Los chicos dicen que cuando lo compremos...

—¡Anda!... Pues yo me dije: «Cuando compremos el grande, a ver si Bibiana quiere comprarme el viejo.»

A Bibiana Prats se le pone la cara roja. De buena gana escupiría a Mauricia. Le cuesta trabajo decir con naturalidad:

—No, lo siento... Buenos son mis hijos... Quieren cosas buenas y nuevas... No les hable usted de basuras.

—Pues, mire, peor es nada...

—Sí, claro, pero mis hijos quieren cosas buenas... Buenas de verdad, o nada... Tienen buen gusto.

La ventana del cuarto izquierda, que se enfrenta con la de Bibiana, se abre también, porque también la señora Andrea tiene que tender su ropa. La señora Andrea se asoma a la ventana con un rollo de cordel en la mano.

—Perdone usted, Bibiana, tengo que molestarla...

—Quite allá, mujer, no es molestia... Tire la cuerda.

—No me atrevía a llamarla, ¿sabe? Para no molestarla. Pero cuando la oí hablar con Mauricia me dije: «Ahora voy a poner la cuerda y Bibiana me ayuda.»

—Con mucho gusto... Tire acá para engancharla...

La señora Andrea hace tres o cuatro intentos. Cae la cuerda. Vuelve a enrollarla y lanzarla... ¡Nada!... Parecía tan fácil, ¡pues, nada!, no acierta. A Bibiana se le escapa de las manos.

Mauricia Villar se ríe:

—Pues vaya unas tiradoras... No servían para las películas del Oeste... Oiga, ¿por qué no la atan a la cuerda de Bibiana y la van corriendo?

Sí. Es una idea. Pero entonces Bibiana tendría que quitar la ropa tendida. Menuda lata.

La señora Juanita, la del quinto, se asoma y aconseja:

—Con la escoba, señora Bibiana. Saque usted la escoba o el cepillo y ya verá cómo se engancha en ella.

Bibiana va a la despensa, coge el cepillo y lo saca por la ventana del cuarto de baño. La señora Andrea lanza su cuerda y queda enganchada. Muy bien, ahora basta con atar el cabo suelto y correrlo de regreso por la misma cuerda. Bibiana dice:

—Pues vaya un cordel más majo.

La señora Andrea agradece el cumplido:

—Es de «nylon»... Muy limpio y no se rompe.

Mauricia dice:

—¡Ah!, pues yo me compro uno de éstos inmediatamente. Pues vaya bien que está... Yo me lo compro.

La señora Andrea quiere agradecer a Bibiana la molestia ocasionada diciéndole algo agradable:

—Vaya guapa que está su chica, Bibiana... Cada día más guapa... La vi el otro día y me quedé asombrada.

Bibiana sonríe agradecida:

—Los chicos crecen... Van para arriba.

—Lo que ahora hace falta es que tenga suerte, que se case bien, ¿verdad?... Ése es el destino de la mujer.

La señora Juanita es buena persona. Parece que habla sinceramente, sin

reticencias. Pero Bibiana se pone en guardia.

Dice:

—¡Casarse!... Eso es lo que yo quisiera, verla casada, y bien casada, ¡a ver!... Pero estas chicas modernas, como trabajan, son independientes y no tienen prisa... Y, además, es todavía muy joven...

Después se disculpa:

—Bueno, pues ustedes van a perdonarme, que todavía tengo por delante mucha faena... Voy a ver si termino de lavar.

Y, discretamente, se retira de la ventana.

XIII

Huele a pescado, a embutido, a fruta fresca, a especias, a jabones baratos... Cada zona tiene su olor peculiar inconfundible. Sobre todos predomina el del pescado. Éste sigue a las mujeres por todas partes, como si las escamas se les hubiesen prendido en las ropas al pasar por los puestos del mercado.

Bibiana Prats procura mantenerse a cierta distancia de la plancha de mármol donde está el marisco.

—Pues ya ve: esto es lo que me molesta. Se pone una...

La mujer que está a su lado dice:

—¿Y el dinero?... ¿Qué me dice usted del dinero?... Apesta... A una le dan el cambio con las manos mojadas de pescado y el bolso huele a cubo de la basura.

—Sí, señora, sí... Una se pone...

Detrás de Bibiana, una mujer protesta:

—¡Bueno, a ver si me toca el turno!... Me parece que alguna se ha colado.

El pescadero levanta el cuchillo que está afilado.

—Que no, señora... Es que uno no tiene más que dos manos, y todas quieren que las despachen en seguida.

—¡A ver!... Una tiene prisa... Una deja el puchero sobre la lumbre y el chico en la cuna y tiene que pasarse aquí la mañana.

—Pues claro, todas... ¿O cree usted que las demás venimos por pasearnos?...

El pescadero sigue afilando el cuchillo.

—¡Venga, mujer, menos cuento!... Lo que pasa es que usted no quiere perderse los seriales de la mañana.

—Mira qué gracioso... Mejor le fuera despachar aprisa en vez de dar la lengua.

—Sin ofender, señora... Sin ofender. Que aquí nadie da la lengua más que usted. Y ésa, para su marido..., o para el carnicero... ¿No te fastidia? Si no quiere esperar a que le toque el turno, váyase a otra parte.

—Pues claro que me voy.

La mujer sabe que en otra parte ocurre lo mismo, pero se va a otro puesto para que el pescadero no se dé el gusto de quedarse encima.

—Pues vaya un tío grosero... Que a mi marido... Vaya un tío grosero... Meta

usted la lengua...

El pescadero suelta el cuchillo y coge una pesa.

—¡Jo...! Como no se vaya...

—Mire el valiente...

La mujer sigue protestando, pero se aleja del puesto. El pescadero suelta la pesa y vuelve a su tarea.

—¿No te fastidia?... Venga, a ver a quién toca el turno... ¿Quién es la primera?

Una mujer comenta con Bibiana:

—Las cosas cambian, ya ve... Cualquiera iba a decirlo... Antes, poco menos que suplicaban para que les comprasen... Mira tú ahora... Si te descuidas te tiran una pesa a la cabeza y te empujan para que te vayas.

—Cosas de los tiempos. La vida cambia.

—Sí, claro... Lo mismo pasa con las criadas... ¿Cómo están las criadas?

—Por las nubes, sí, señora... Por las nubes.

—¡A ver quién puede tener criada!... Desde que vinieron los americanos y les pagan a peso de oro, pues ellas, ¡hala!, primero tanto y cuanto... Todo les parece poco.

Bibiana Prats aventura:

—Mi hijo dice que es natural, que va con los tiempos... Que por qué unas personas han de ser esclavas de otras. Que el que quiera que le sirvan que pague el trabajo como Dios manda, que el trabajo...

La mujer se vuelve, airada, hacia Bibiana.

—Pues vaya un hijo... Da la razón a las criadas contra su madre.

Bibiana confiesa:

—Yo no tengo criadas en mi casa...

—¡Ah, vamos, eso es otra cosa!... Cada uno habla de la feria como le va en ella...

De pronto, la señora que hablaba con Bibiana le vuelve la espalda. Si Bibiana Prats no tiene criada, ni la ha tenido nunca, está claro que no pueden entenderse.

Bibiana piensa:

(—Medio kilo de sardinas... Ni para un diente... Aunque las abra y las reboce... Menos de un kilo... Somos tantas bocas... Y estos chicos nunca se hartan...)

Cuando le toca el turno pide:

—Sardinas... Póngame tres cuartos...

Los ojos de Bibiana Prats se van tras de la merluza.

(—Cualquiera la alcanza..., ¡a ver!... Bocado de ricos...)

Recuerda ahora que una vez que estuvo enferma del estómago, después de nacer Francisca, tenía que comer purés y pescados blancos y manzanas asadas. Fueron buenos tiempos. Pero, como todo lo bueno, le duró poco. En cuanto se puso buena suprimió el gasto, porque la conciencia le remordía.

Se dice:

(—Pues tampoco es un manjar extraordinario... Y a lo mejor ni está fresca... Ve tú a saber... La del día se la llevan a los clientes y a los restaurantes que la compran por piezas, y para el público, ¡hala!, metida en hielo...)

Este razonamiento la tranquiliza y apaga su deseo.

(—Ni que estuviera una embarazada... Pues vaya un capricho... Una pasa sin merluza, y tan tranquila...)

Del puesto del pescado se va a la fruta. Antes de decidirse a comprar algo recorre todo el mercado. El olor penetrante de las fresas la obliga a detenerse ante las cajas.

Una mujer pregona:

—¡De Aranjuez!... Recién llegadas...

Bibiana mira los precios y pasa de largo.

(—A Natalia le gustan mucho... Bueno, a todos... Se vuelven locos por ellas... Pues se quedan con las ganas... Cuando las pongan en la calle... Un poco pasadas... Con azúcar y vino no se nota... Entonces, una puede alcanzarlas...)

Decididamente, tampoco hay fresas. Recorre todos los puestos del mercado, sube a la planta alta, acaba decidiéndose por las naranjas. Las últimas naranjas de la temporada. Ya han subido bastante, pero resultan, de cualquier modo, la fruta más económica.

Bibiana compra las naranjas en un puesto de la planta alta porque le permiten escogerlas. Es una ventaja.

Sopesándolas con la mano, a ver si tienen zumo o si están secas, va echándolas en el cestillo hasta que calcula que ha completado dos kilos.

(—Así ya tengo para mañana... Si Manuel no me las coge, porque este chico nunca se ve harto... ¡A ver!, está creciendo...)

Otra vuelta al mercado. Ahora buscando patatas, cosa difícil. Las patatas nuevas alcanzan precios parecidos al de las fresas y la merluza. Y las cebollas suben tras de las patatas.

A Bibiana Prats le duele la cabeza cada vez que baja al mercado.

(—Aquí quisiera yo ver a Marcelo... Que si se gasta tanto... Y una mira por la peseta...)

Se detiene ante un puesto de patatas y zanahorias.

(—Una menestra... Por variar algo...)

Alguien la coge por el brazo.

—Buenos ojos la vean... ¿Qué es de su vida?

Bibiana se vuelve a ver quién le habla.

—Anda, si es la señora Benita... ¿Cómo está el perro?

—Tan majo como siempre... Cojea un poco, pero le hace gracia. Parece un chico que va saltando... ¿Cómo están sus chicos?

—Bien, todos bien... Como siempre.

—Hace tiempo que no la veo por el mercado.

—Pues bajo con frecuencia. ¡Qué remedio!... Si le digo que bajar al mercado me pone mala... Una no sabe...

—¡Ah!, pues yo vengo todos los días. El día que no vengo al mercado no es un día completo. Yo me encuentro..., no sé, como si me faltara algo.

—Sí, claro, una costumbre.

—Además, el pescado y la carne tienen que estar frescos.

Bibiana mira de reojo el capacho de la señora Benita. La señora Benita no es fanfarrona como Mauricia, pero lleva su capacho lleno.

Piensa Bibiana:

(—El fontanero gana mucho... No tienen hijos... Menuda vida... Como Mauricia... Bien les luce el dinero a algunas mujeres... Lo gastan a manos llenas...)

Bibiana se despide de la fontanera, pretextando prisa. No le gusta hacer sus compras delante de ella.

—La dejo, porque todavía no hice la comida.

—¡Vaya usted con Dios!

Bibiana Prats compra sus patatas y sus verduras en otro puesto y el bolso de la compra se redondea.

(—Total, no lleva nada una y se van las pesetas... Aquí quisiera yo ver a «La Vaca Roja»... Menuda suerte... Anda, que estuvo bien aquello... Pues una, como todas, no hizo mal papel... Aunque los chicos le tomen a una el pelo.)

Tropieza con una mujer que lleva un carrito. Una especie de bolso de la compra con dos ruedas.

(—Lo que se inventa... Pues vaya práctico... Como lo vea Mauricia, ya lo está comprando... Qué no comprará ésa... Y la muy guarra, que si yo le compro a ella la nevera vieja... Lo dice para fastidiar a una... Menuda es ésa...)

Al salir del mercado, Bibiana Prats se encuentra con Eladia Suárez.

—Vaya cargada que va usted, Bibiana... Cómo se conoce que ustedes se cuidan...

—¡A ver!... Una familia numerosa, a poco que una coma... Una se ve negra para comprar algo... Todo tan caro que una no sabe ya lo que va a comprar.

Eladia Suárez quita de las manos a Bibiana el bolso de la compra:

—Traiga, yo se lo llevo.

—Que no, mujer, que le pesa mucho...

—¡Qué ha de pesarme!... La acompaño hasta su casa. Ya sabe que a mí no me espera nadie.

—¿Ya compró sus cosas?

Eladia Suárez se ríe.

—Mis compras se hacen en seguida... Un poco de embutido, un poco de fruta... Cuando tengo un día libre, como en un restaurante o en una taberna. Después preparo mi bocadillo y me voy al cine... Hace tiempo que no la veo a usted en el cine.

—Pues me gusta, ya ve... Una se entretiene... Pero en casa hay tanto trabajo...

—Pues, mire, no hay que matarse trabajando tanto... Para lo que los hijos lo agradecen...

—Una no lo hace...
—Sí, ya lo sé... Pero también tiene usted que pensar en divertirse un poco... Trabajar y trabajar... Pues ¡vaya una vida!... Yo trabajo lo que puedo, ya ve usted, pero de vez en cuando me voy al cine y a los conciertos. ¿Sabe? Los domingos por la mañana voy al Retiro cuando hay concierto. ¿Usted nunca va al Retiro?
—No, pues no...
—Yo, la verdad, de música entiendo poco... No entiendo nada, pero me gusta. ¡Vaya si me gusta!... Cuando una oye la música se olvida de todo... ¡Vaya hombres los músicos!
—Sí, claro...
—Un día tiene que venir conmigo al Retiro... Ahora, con el buen tiempo, está aquello hermoso. Yo, mañana...
Eladia Suárez se acuerda de algo. Coge a Bibiana del brazo, obligándola a detenerse.
—Oiga, mañana va a acompañarme... Hay que reunir mujeres.
—¿En el Retiro?
—No, nada de eso... Es otra cosa... Es algo muy importante... Tiene que venir conmigo.
—Mañana... No sé si podré mañana.
—Si es día de fiesta.
—Sí, claro, pero la comida.
—Ande, usted, si es media hora... Usted deja la comida preparada y viene conmigo a dar una vuelta.
—Pues, la verdad, no sé...
—Mujer, que sí... Vendrán muchas señoras... Muy buena gente, ¿sabe?... A lo mejor entramos a ver al ministro.
Lo del ministro hace impacto en Bibiana. Recuerda siempre con agrado lo de la Radio. Menuda suerte... Todo fue estupendo. La verdad es que las mujeres no deben estar encerradas en casa. Hay que salir a la calle y tratar gente, y hacer lo que las señoras americanas de las películas.
Bibiana Prats vacila:
—No sé, no sé... A lo mejor me decido.
—Diga usted que sí... Las mujeres hacemos fuerza, aunque los hombres quieran negarlo... A nosotras tendrán que oírnos.
Bibiana Prats suelta el brazo de Eladia Suárez y le quita de la mano el bolso de la compra.
—Gracias, Eladia... Tengo que dejarla, usted me disculpe... La comida... Ya sabe... Las que tenemos hijos y marido somos esclavas... Una anda siempre a carreras...
—Bueno, mañana la espero a eso de las doce junto a la boca del Metro... O por allí, junto al cine... Así se entretiene una mirando las carteleras.
—No sé, no sé...
—¡Venga, anímese!...

—Si a mí me gusta... Una no debe estar siempre encerrada en casa... Los hijos salen, y una..., ¡a ver!, una...

Bibiana Prats se despide de Eladia Suárez, entra en el portal y empieza a subir lentamente la escalera. Se para a descansar en cada rellano.

(—Una ya va para vieja... Los años pasan... ¡Cómo pasan los años!... Los hijos crecen... Ah, pues nada de fresas hasta que estén en la calle... Menudo precio el de la merluza... Cualquiera la alcanza... Está bien lo del carrito... No cansan los brazos... Pero a ver cómo lo sube una por la escalera... Lo que se inventa... El ministro... Entonces tengo que ponerme los zapatos de ante... Me aprietan... Media hora... Y el traje de lunares... Ya está un poco rozado, pero no se nota... Pues a ver si va a estar una siempre encerrada en casa... Una, como todas...)

XIV

Salen a la superficie en la Red de San Luis.

Cuando abandonan la estación del Metro a Bibiana Prats le tiemblan las piernas. No mucho, en verdad. No tanto como el día que subió al escenario de la Emisora, pero le tiemblan. Es como un cosquilleo que le sube piernas arriba.

Recuerda algo:

(—¡Vaya! me he olvidado de orinar. Siempre digo que no debo olvidarme de orinar antes de salir de casa, ¡pues, nada, me olvido!... Lo de siempre.)

Eladia Suárez dice:

—La tonta esa... Mucho hablar, mucho hablar, y cuando llega la hora de dar la cara se esconde en casa como una rata y aquí me las den todas.

Bibiana Prats no sabe a quién se refiere, ni le importa. Pero Eladia insiste:

—Usted la conoce... La pecosa esa que se pone a la puerta del mercado a vender cosas de plástico... Sí, mujer, que lleva una bata negra con lunares blancos...

Bibiana dice, por decir algo:

—Ya, sí...

—Tiene un hermano en la cárcel, ¿sabe? Y es de las que hablan mucho, pero ya ve, ahora tuvo miedo y se quedó en casa.

Bibiana piensa que la mujer pecosa que vende cosas de plástico en el mercado está en su derecho al quedarse en casa, si le da la gana. Y se desentiende de la conversación para pensar otra vez que debió orinar antes de salir de casa. Siempre le pasa lo mismo: cuando va al mercado, cuando va al cine...

(—Bueno, menos mal que en Sol hay retrete... Sí, creo que unos retretes de señoras... En medio de la plaza... Sí, estoy segura... ¡Ah, pues yo entro! Me atrevo a entrar. Que digan lo que quieran. Una...)

Eladia Suárez la coge del brazo y así bajan la calle de la Montera hasta llegar a Sol, doblan la esquina y se detienen en una tienda donde venden

paraguas y abanicos.
Eladia mira a todas partes, sorprendida. La Puerta del Sol presenta el mismo aspecto de siempre. Gente por todas partes, circulando un poco desordenadamente. Coches y autobuses cruzan la plaza en todas direcciones. Los semáforos encienden alternativamente sus luces rojas y verdes. Grupos de personas, rebaños de personas, obedientes a las señales de los semáforos y a la indicación de los guardias, cruzan la calzada o se detienen al borde de las aceras.
Eladia aprieta el brazo de Bibiana.
—Bueno, yo no veo nada. A lo mejor llegamos tarde a lo que sea. ¿No decían que a las doce? Pues ya son las doce y media. ¿Ve usted bien el reloj?
Bibiana mira el reloj de Gobernación.
—Sí, ya son más de las doce y media.
—Pues, ¡nada!, yo no veo nada.
—Sí, es posible. Llegamos tarde.
Bibiana Prats se alegra de haber llegado tarde a lo que sea. Le ocurre como la vez aquella que la llevaron a la Emisora. Estaba allí sin saber exactamente por qué había ido y pensaba que mejor estaría en su casa, en la cocina, preparando la comida. Hoy también se dice:
(—En casa, eso es, en casa... A ver cómo puedo irme.)
No puede marcharse. Eladia Suárez la coge del brazo y la obliga a cruzar la Puerta del Sol por el paso de Gobernación. Precisamente, en medio del paso están los servicios de señoras. Bibiana se detiene:
—Un momento, Eladia. Voy a bajar un momento...
Pero Eladia tira de su brazo.
—Venga, mire quién está allí... Ya veo a las hermanas del impresor. Éstas saben algo... ¿No sabe que él...? Bueno, aunque no lo dicen, todos lo sabemos. Es muy así... Él se mete en todo. Es de los que dan el pecho, de los que siempre llevan los palos... Pues ya ve, cuando la República, nada le dieron. Ni un cargo ni nada... Y todos le decían que hablaba muy bien, porque es un hombre muy leído y muy así... Y todos le decían que se metiera a diputado, que lo que en el país hacía falta eran hombres así, honrados y serios, que no robaran al pueblo. Pero él... Venga, mire... Aquí están. ¿No lo decía yo?
Eladia Suárez saluda efusivamente a las dos mujeres y presenta a Bibiana.
—Bibiana Prats, una amiga... Es de confianza. Nos conocimos en el Cine Chamberí, ¿verdad, Bibiana?... Los jueves, nos encontramos en el Chamberí. Algunas veces, al salir, tomamos juntas una caña... Bueno, es de confianza. Como nosotras.
Las dos hermanas saludan a Bibiana con un apretón de manos, en el que unen a la cordialidad cierta complicidad sabrosa.
—Tanto gusto.
—Tanto gusto.
Bibiana dice también:
—Tanto gusto... Bueno, aquí estamos.

Eladia habla en voz baja, cogiendo del brazo a una de las hermanas:

—¿Qué pasa, chicas? ¿Dónde están las otras? ¿O es que no pasa nada?

Las dos hermanas se miran. Sonríen. Dicen también, en voz baja:

—Ahora verá usted, ahora verá usted...

Bibiana Prats sigue sin ver nada. No ve nada en ningún sentido. Todo está bastante confuso dentro de la cabeza de Bibiana Prats. Ni siquiera sabe concretamente por qué está aquí. Supone un deber social hacer algo útil. Las mujeres de todo el mundo se reúnen en manifestaciones y congresos para conseguir algo. Lo ve en el cine y se lee en la prensa. Es la vida moderna. La mujer debe intervenir en las cosas de la calle, como el hombre. ¿No es así?... Pues así es.

Pero la verdad es que Bibiana Prats preferiría estar hoy en su casa, tranquilamente, haciendo la comida, que el tiempo pasa, se acerca la hora de la comida y hoy no está «La Vaca Roja» con sus riquísimos productos para solucionarle el problema. Marcelo y los chicos comen todos los días. Aunque ya lo dejó todo preparado, tiene que hacer la ensalada... ¡Ah!, no olvidarse de comprar las aceitunas y los pepinos en el puesto de agrios.

(—A ver si se me hace tarde... Ésta dijo que media hora...)

La verdad es que Bibiana Prats preferiría estar ahora en su cocina, preparando la comida, pero es la verdad también que le agrada verse envuelta en algún asunto importante.

Una de las hermanas del impresor coge del brazo a Bibiana Prats y la otra se agarra al de Eladia Suárez.

—Miren, aquella señora rubia, la del vestido de chaqueta gris... Tiene en la mano un bolso negro... Miren, se queda siempre la última en la parada del autobús... Ésa, ésa que ahora nos mira...

Todas ven a una señora de traje gris haciendo cola en la parada del autobús número 3.

—Bueno, cuando esa señora cruce la plaza, nosotras la seguimos y ya está.

A Bibiana Prats le parece un poco raro eso de que cuatro o seis personas paseando por la Puerta del Sol puedan conseguir algo del Gobierno o significar algo en la vida de la nación, pero se abstiene de hacer ningún comentario.

Dice sólo:

—Un momento, Eladia, voy a bajar...

La mujer que la ha cogido del brazo la arrastra hacia el medio de la plaza.

—¡Venga! Andando tras ella... Mírela, ahora cruza la plaza. Ésta es la señal.

El reloj del antiguo Ministerio de la Gobernación da en este momento una campanada. La una de la tarde.

La señora de gris abraza efusivamente a una muchachita, parece una estudiante, que viene en dirección contraria. Se detienen un minuto en el andén central y después cruzan la plaza, cogidas del brazo, comentando, al parecer confidencialmente, algo muy importante.

Bibiana Prats, Eladia Suárez y las dos hermanas del impresor cruzan la

plaza a pocos pasos de ellas y siguen andando, como paseando por la acera.

La hermana del impresor le oprime el brazo y obliga a Bibiana a volver hacia atrás la cabeza.

—Bueno, ¿qué me dice?...

Bibiana no dice nada, pero está realmente asombrada. Detrás de la señora de gris caminaban ellas cuatro hace dos minutos. Ahora caminan cuarenta o cincuenta mujeres. Tal vez más. ¿De dónde han salido? ¿Cómo pudo reunirse un grupo así tan rápida y silenciosamente?

Cuando llegan a la tienda de paraguas y abanicos, Bibiana se atrevería a jurar que pasan de cien las mujeres que pasean pacíficamente por la Puerta del Sol. A la segunda vuelta, el grupo es tan numeroso que ya no resultaría fácil contarlas.

La hermana del impresor le dice:

—Desde las doce andamos todas por aquí, ¿sabe? En las cafeterías, en las colas de los autobuses, en las tiendas, en los portales... Yo conozco a muchas. Hay muy buena gente, pero que muy buena... De los que escriben, ¿sabe?... Señoras de los que escriben y del teatro y del cine... Ya ve, gente de ésta que sabe bien lo que trae entre manos.

Bibiana Prats se avergüenza de no saber exactamente lo que trae entre manos ella, porque todavía no conoce el objeto de este paseo, o manifestación, o concentración, o como quieran llamarlo. Por eso se abstiene de hacer ningún comentario. De cualquier modo, le parece estupendo tomar parte en un acto público, ser algo en la vida social, ella tan insignificante.

Pasean hablando amistosamente, sin hacer ninguna manifestación ruidosa, sin pedir nada, y sin que nadie les impida pasear.

Bibiana Prats tenía una idea muy diferente de lo que era una manifestación. Recuerda que cuando ella era una muchacha, cuando la República, las manifestaciones eran ruidosas. Pancartas, gritos subversivos, carreras... Los guardias solían perseguir a los manifestantes repartiendo porrazos.

(—Anda que si ahora tuviéramos que correr... Yo, con estos zapatos tan molestos... No sé por qué me puse estos zapatos... Como decía Eladia que vendrían señoras y a lo mejor nos recibía el ministro... Bueno, a ver si esto se termina de una vez. Una ya se cansa...)

De pronto, una sacudida agita al grupo manifestante. Una sacudida que empieza por la cabeza y va transmitiéndose hasta la cola, haciendo ondular al grupo, como los anillos de un gusano cuando se arrastra.

Alguien dice:

—¡Han detenido a Manuela!

Y en seguida, como un eco, van repitiendo unas tras otras:

—¡Han detenido a Manuela!

—¡Han detenido a Manuela!

—Que han detenido a Manuela...

Bibiana Prats no sabe quién es Manuela, pero las piernas empiezan a temblarle. Siente otra vez ganas de orinar. Allí, a dos pasos, están los retretes.

(—Si pudiera... Y, después, ¡a casa!... Esto se pone feo... La verdad es que una no debería meterse en esto, porque una...)

—¡Han detenido a Manuela!

—¿Lo habéis oído?

Sí, lo han oído bien. Manuela debe ser alguien importante. Cuando menos, muy conocida en el grupo, porque la consternación es general.

—Y a Manuela, ¿por qué?

—Yo qué sé... Uno de la Social la cogió del brazo, así, como el que no quiere la cosa, y ¡hala!, al bote.

—No vimos nada.

—Claro, como que nadie se dio cuenta hasta que...

Bibiana dice:

—Y ¿por qué se dejó detener? ¿Por qué se fue con él?

—¡Anda ésta!... A ver qué haría usted si un tío de la poli la agarra fuerte y le dice: «¡Arreando y sin chistar!»

La hermana del impresor lo encuentra natural. Dice «un tío de la poli» con bastante naturalidad, como quien tiene relaciones frecuentes con la policía. Y sin miedo, claro.

Bibiana sí tiene miedo.

(—Lo que yo decía. Una está bien en su casa. Eso es... Donde mejor se está es en su casa. Vamos a ver quién la mete a una...)

No es Bibiana Prats la única desconcertada por la detención de Manuela. Aunque siguen paseando ordenadamente, según el plan previsto, empiezan a notarse las deserciones. Cada calle, cada portal, cada cafetería, empieza a tragar mujeres, y la manifestación va disolviéndose como se ha organizado, sin ruido, insensiblemente.

Una mujer dice:

—Bueno, es que ya está bien de tanto paseo.

Otra dice:

—¿Qué hacemos ya paseando? Lo hecho, hecho, y ahí queda... Cada mochuelo a su olivo.

No. Nada de irse a casa. Una muchacha alta, rubia, de pelo liso peinado (o despeinado) un poco a la diabla, la chica con aspecto de estudiante que abrazó a la señora del traje gris, que, al parecer, dirigía la manifestación, protesta:

—Nada de escaparse como ratas, chicas. ¡Vaya una gracia! Hay que sacar a Manuela. Todas o ninguna. Si sois valientes, seguidme. La que tenga miedo que se vaya a casa.

Grupos. Cuchicheos. Vacilaciones...

Bibiana Prats se engalla. Lo de valiente, que dijo la chica rubia, la ha emocionado. No sabe quién es Manuela, ni sabe por qué razón la han detenido. Pero le parece una cobardía marcharse todas y dejar sola a Manuela.

Dice en voz alta, con energía:

—Eso es. Todas o ninguna. Hay que sacar a Manuela.

Una de las hermanas del impresor le aprieta la mano. Es como si le dijera:

¡Vaya una mujer valiente! Por lo menos, Bibiana así lo interpreta. Y se le pone un nudo en la garganta de la emoción. Las demás la miran también con simpatía. O ella se lo figura. Hasta este momento, la señora del vestido marrón con lunares verdes era una de tantas madres de familia que participaban en la manifestación pacífica. Desde ahora, Bibiana Prats es para todas «una de las nuestras».

—Sí, de acuerdo. Si Manuela se queda sola..., qué sé yo... No está bien... Puede pasarle algo. Pero todas...

—Sí, claro. ¿Qué va a pasarnos a todas?

—Nada. Eso digo yo. Vamos a pedir que pongan en libertad a Manuela.

—Ya es raro que la detengan, ¿no os parece?

—Chica, no sé. ¡Qué cosas!

El grupo de Bibiana Prats cruza la Puerta del Sol en dirección contraria a como lo había hecho algunos minutos antes y, antes de tomar contacto con la acera de Gobernación, empieza a propagarse entre ellas otra noticia inquietante:

—¡Han detenido a Lina!

—No es posible. Si estaba aquí ahora mismo con nosotras.

—Pues no está, ya lo ves.

—La detuvo uno de la Social.

—Pero ¿aquí, delante de nuestras narices, y sin enterarnos?

—Si Lina estaba aquí, con nosotras, hace unos momentos.

Bibiana Prats sabe ahora que Lina es la muchacha rubia con aspecto de estudiante que hizo correr la noticia de la detención de Manuela. Y Manuela, al parecer, es la señora del traje gris que dio la señal de ponerse en marcha.

Bibiana piensa:

(—¡Anda, que son listos los policías! No se equivocaron, no... Lo que a ellos se les escape...)

Lo curioso, lo extraordinario, a juicio de Bibiana Prats, es la facilidad con que las han detenido, sin enterarse nadie, como un juego de prestidigitación: ¿Han visto ustedes a esta señora? Pues bien, aquí no hay ninguna señora.

A Bibiana Prats no le gusta nada lo que está ocurriendo. La cosa se pone fea. Su valentía inicial y su compañerismo han desaparecido, y lo único que desea es salir de esto, volver a su casa, acabar de preparar la comida para su marido y para sus hijos, y oír las bromas de José: «Madre, ¿de qué están rellenas estas patatas?» A veces, José se pone pesado con el mismo cuento... Pues de carne, claro está..., ¿de qué van a estar rellenas?... Poca carne... Al precio que está la carne... Pero, al caso, ¿no están buenas?

Decididamente, es mejor aguantar las bromas de los chicos y despachar las faenas de casa que andar de acá para allá, corriendo por las calles, sintiendo tras de sus talones a la policía.

Tras de sus talones, no: a su lado. Quiere decir algo a la hermana del impresor, que iba colgada de su brazo, pero la hermana del impresor ha desaparecido. A su lado camina un hombre que la empuja suavemente, pero

con energía, hacia la puerta de la Dirección General de Seguridad.

Bibiana se resiste:

—Yo no voy...

—¡Silencio!...

—Si es que yo no voy en esa dirección; yo voy...

—¡Silencio! Siga usted andando.

Las piernas de Bibiana Prats se niegan a sostenerla. Teme caer en medio de la plaza o empezar a gritar pidiendo auxilio. Auxilio, a quién. ¿A la policía?

Bibiana Prats mira en torno suyo buscando alguna cara amiga. No hay caras amigas. La puerta del viejo Ministerio de la Gobernación va tragándose, silenciosamente, a todas las mujeres. Bibiana entra también por la puerta grande y sigue andando como una autómata por el camino que le señalan.

—¡Cristo, Cristo!... ¿Qué es esto?... ¿A dónde me llevan? Allí..., sí, allí están las otras... Pero ¿qué es esto?

—Siga adelante, ya se lo dirán.

Bibiana Prats se ahoga. No puede tragar saliva. Se le han puesto las piernas de goma, de cualquier materia plástica, porque Bibiana nota que no camina, que no pisa el suelo, que va saltando, como botando.

Decididamente, Bibiana Prats no tiene mucho éxito en su vida social. Esto es peor, mucho peor, que subir las escaleras de una Emisora para actuar cara al público.

Está aturdida cuando la encierran en una estancia pequeña con un grupo de mujeres. No conoce a ninguna de ellas. Ellas sí se conocen y hablan entre sí, dándose instrucciones.

—Ya lo sabéis: ni una palabra de eso. Vosotras decís que ibais a cualquier parte, a comprar cualquier cosa...

—Anda, qué gracia, a comprar hoy, día de San Isidro, y todo cerrado...

—A sacar las entradas para el cine, la confitería...

—¿Todas a la confitería?

—Adonde queráis. Decid lo que os dé la gana, menos que recibisteis un aviso para asistir a esto.

—Comprendido. Pero si se ponen tercos...

—Si nos hacen cantar...

—No seas idiota. ¿Cantar qué? Como no cantes la Internacional... Mira que tienes mala sombra, chica...

Bibiana Prats está a punto de desmayarse. Se burló siempre de las mujeres que se desmayaban, pero ahora siente un malestar tan grande que teme caer al suelo.

Busca una silla, se sienta y cierra los ojos.

(—Interrogarnos... Eso parece. Van a interrogarnos... Si nos hacen cantar..., pero ¿cantar qué?... Yo no sé nada de nada... ¡Cristo, qué susto!... Yo no sé qué voy a decir... Bueno, a ver si acaban pronto y puedo marcharme... ¿Qué hora será?... Ya andará mi Manuel dando vueltas alrededor de la cocina a ver si se cae algo. Este muchacho no se ve nunca harto...)

El recuerdo de su casa, de su familia, angustia a Bibiana.

(—Marcelo... ¡Cristo!... ¿Qué dirá Marcelo?... Ah, claro, ni una palabra. De esto, ni una palabra... ¡Cómo se pondría!... Anda que está bueno. Yo le digo siempre: «No te metas en nada, tú como si nada. Si los otros se meten en política, tú nada, que nosotros no vivimos de la política, que la política no da más que disgustos. Que esto, que lo otro»... Y, ahora, yo metida en esto... Si seré tonta... ¡Cristo! Vaya un disgusto...)

Se abre la puerta, entra un policía y señala al azar a dos mujeres. A Bibiana, que está sentada junto a la puerta, y a una de las muchachas que preguntaban lo que tenían que decir.

—Vamos, pasen ustedes.

Bibiana recuerda el día que la llevaron a la Emisora. Un hombre le dijo también: «Pueden pasar.» Y pasó, subió al escenario, ¿y qué?... Pues nada, no pasó nada, después de tanto susto.

(—Claro que esto... Esto es otra cosa... La policía... Todas tienen miedo, aunque lo disimulen. Esta muchacha...)

El policía las empuja hacia un despacho u oficina en el que hay varios hombres. Dos, sentados ante una máquina de escribir, seguramente para tomar nota de todo lo que hablen.

Ahora no sólo siente Bibiana ganas de orinar, sino que el vientre se le afloja y ha de hacer grandes esfuerzos para contenerse.

Sí. Los de la máquina son los que interrogan. Hacen una ficha. Puro trámite, según parece.

—¿Su nombre?

—Bibiana...

Iba a decir Prats. Acostumbra a decir el nombre de su marido y de sus hijos para que la conozcan. Pero rápidamente, con una agilidad de pensamiento no habitual en ella, intuye que el Prats, aunque es muy corriente, puede recordarles a los hermanos de su marido, fusilados al terminar la guerra. Por otra parte, su hijo José... A saber si está fichado por la policía. ¿Qué sabe ella de José y de sus amigos? Marcelo dijo un día: «Me parece que este muchacho...» No dijo más, pero estaban hablando de algo que la hizo suponer que su marido sabía o sospechaba alguna actuación política de José. ¿Y si ahora ella, con su torpeza, le compromete? Cuidado, mucho cuidado. Está declarando ante la policía.

El hombre de la máquina dice:

—¿Apellidos?

—Gisbert-Serra.

—¿Catalana?

—De Barcelona.

—Conocí a dos Gisbert-Serra en mi bandera. Eran camisas viejas...

—Ramón y Eugenio.

—¿Parientes suyos?

—Hermanos.

Dice el policía:

—Siéntese, señora. Tenemos que hacer su ficha, ya comprende...

—Sí, sí, claro...

Bibiana recuerda ahora, regocijada, el caso de la señora Planells, Josefina Planells. Una señora de Barcelona que vivía en Madrid desde que se había casado por primera vez. Cuando ellos, los Prats, vinieron a Madrid a vivir con la tía Ramona Gisbert, que les cedió el piso y el comercio para que se casaran y la acompañaran en sus últimos años, Josefina Planells visitaba a la tía Gisbert y la tía Gisbert decía que Josefina era una «mundóloga». La palabra no se le olvidó nunca a Bibiana Prats. Parece ser que Josefina se había casado en primeras nupcias con un capitán, pero el capitán se le murió en seguida. Algunos años más tarde se casó Josefina con un alto empleado de Hacienda, del que enviudó también. Por aquella época se proclamó la segunda República Española, y Josefina consiguió un empleo como secretaria, o por lo menos persona muy destacada, en la secretaría de una diputada, más tarde directora general de algo y otros varios cargos. La República se fue, como los dos maridos de Josefina, pero Josefina, después de sortear con habilidad el escollo de la guerra civil, siguió viviendo tan ricamente. Cuando necesitaba algo del Ejército se presentaba como la viuda del capitán. Si era cosa de Hacienda lo que necesitaba era la viuda de su ilustrísimo segundo esposo. Pero cuando Josefina estaba en sus glorias era cuando tropezaba con alguna persona no adicta al Régimen, sospechosa de gobernar algún día... Entonces, Josefina se presentaba con su nombre de soltera y su cargo de ex secretaria de la ex directora general de algo.

No, claro, Bibiana Prats no tiene el talento, la «mundología» de Josefina Planells, pero sí, en este momento, la visión certera de que el recuerdo de sus hermanos puede ayudarle a salir del asunto en que se ve envuelta, tan sin pensarlo, como en aquel otro que la hizo protagonista de un programa de radio.

Sus hermanos... ¿Cómo no había pensado antes en ellos? Ella es una Gisbert-Serra. Su familia es gente de la situación. Todos falangistas movilizados en favor de Franco desde el primer día.

—Por favor, señora...

—¿Cómo dice?...

—Le pregunto su edad... Ya se ve que las mujeres...

—Cuarenta años.

Bibiana Prats se pone colorada hasta las orejas. Nunca ha mentido, nunca se ha quitado años. No comprende por qué ha cometido ahora la tontería de hacerlo. Rectifica:

—Bueno, cuarenta y cinco...

El policía mueve la cabeza, chasquea la lengua y corrige el número en el papel.

—¿Estado civil?

—Casada.

—¿Hijos?
—Cinco... niños.
Bibiana Prats iba a decir «cinco chicos». Un sexto sentido, el de conservación de la familia, se ha despertado en la madre. Cinco niños evita otras preguntas sobre la edad, profesión y posibles investigaciones sobre los muchachos.
—¿Qué profesión tiene su marido?
—Es comerciante.
—¿Comerciante? ¿Qué clase de comerciante?
—Tenemos una tiendecita de telas en Chamberí.
—Ya. ¿Está afiliado al Partido?
Bibiana vacila.
—Pues... no lo sé. Creo que no. Mi marido no entiende de política, ésta es la verdad.
—Y la mujer, sí.
—Yo tampoco sé nada... A mí, ¿qué me importa?... Una vive al día. La casa, los hijos...
El policía anota el nombre del marido, el domicilio de la casa y del comercio... Al mismo tiempo escucha la declaración que la muchacha está prestando ante el otro policía. Sonríe con ironía cuando pregunta a Bibiana:
—Bien, y usted, ¿también iba a comprar pasteles?
Bibiana Prats comprende que venir a comprar pasteles desde Chamberí es una simpleza que no va a creerle nadie. Por otra parte, supone que mejor será decir la verdad a la policía.
—Yo he venido a... bueno, a esto, a la reunión.
—¡Vaya! Una que confiesa. Así, pues, usted sabía que hoy, a las doce, había una manifestación comunista.
—¿Comunista?
El asombro de Bibiana Prats parece sincero. También parece sincero el temblor de sus manos, que enredan con el bolso, con el pañuelo. Se limpia el sudor del cuello y de las manos con el pañuelo. Sospecha, de pronto, que el ser una Gisbert-Serra no va a servirle de gran cosa para salir del lío en que se ha metido.
—Bueno, vamos a ver, ¿oyó usted la radio?
—Hoy, no, no he tenido tiempo. La oigo todos los días, mientras trabajo.
—Las consignas de Moscú.
—¿Las qué?...
La sangre se le agolpa en la garganta a Bibiana Prats. Se le pone un nudo en la garganta que no le permite hablar. Tiene que hacer un esfuerzo para aclarar:
—Yo oigo los cuplés, o como se diga y los seriales esos. Bueno, y las noticias, cuando estamos comiendo. Las cosas de fuera no me interesan.
—Pero ha recibido usted un papel, invitándola a unirse a la manifestación. ¿No es así?
—Yo no recibí nada.

—Entonces, ¿cómo sabía...?

Bibiana queda un momento, sólo un momento, indecisa, sin saber qué contestar. Rápidamente, con una agilidad que la sorprende a ella misma, piensa que debe ser sincera, debe decir la verdad, pero no debe comprometer a Eladia Suárez, acusándola de traerla a la Puerta del Sol, sin explicarle apenas de qué se trataba. No, ¡eso nunca! Por defenderse no puede cometer una delación. ¡Allá cada una con su conciencia, con su modo de ser y pensar!

Sin mentir, dice:

—En el mercado, ¿sabe?... Unas mujeres decían que hoy había una concentración de mujeres en la Puerta del Sol para pedirle al ministro de no sé qué, alguna cosa... Y que si todas las mujeres debíamos ir, como hacen las mujeres de todas las naciones, porque las mujeres... Bueno, pues yo me dije, ¡hala!, yo voy a ver qué pasa.

—¿Y vino usted sola?

—Pues... sí... Bueno, otras señoras del mercado, que apenas conozco...

—¿Qué quiere decir eso de otras señoras del mercado? ¿De las que venden en el mercado?

—No, no... Conozco a algunas en el mercado. Nos vemos siempre... Caras conocidas, ¿sabe? Ni sé sus nombres.

Bibiana dice la verdad y Bibiana miente. Es decir, dice la verdad, solamente la verdad..., pero no toda la verdad. Su ingenio se agudiza de una manera pasmosa para defenderse sin acusar a nadie, para tratar de salir del feo asunto en que se ha metido, torpemente, sin perjudicar a su familia.

Lo del mercado es verdad. Allí se ha hablado de la concentración, aunque Bibiana apenas se enteró de nada. No le interesaba. Fue Eladia Suárez quien la convenció. En cuanto a eso de que «las mujeres de todas las naciones», esto y lo otro, nada. Mentira. Cosas de Bibiana. La vida activa de las mujeres americanas empieza a ser para ella una obsesión. La mujer debe tomar parte en esto y en lo otro, aunque después, cuando se ve metida en esto y lo otro, le gustaría estar en su cocina.

—De modo que usted no sabe nada de nada.

—No, señor. Nada.

—Ni siquiera sabía usted que la manifestación fue organizada por los enemigos del Régimen como un acto de solidaridad con los conflictos laborales de Asturias...

—¿Cómo ha dicho?... No entiendo eso de los conflictos... Yo..., la verdad...

—Las huelgas, quiero decir.

—¡Ah, las huelgas! Eso es otra cosa... Pues sí, señor, me parece bien que la gente pida que se suban los sueldos, ¿sabe usted?... Porque nosotras, las mujeres..., pues, eso, no podemos hacer de un duro dos, y el mercado..., ¿sabe usted cómo está el mercado?...

Sí. El policía sabe cómo está el mercado. Todos saben cómo está el mercado en relación con los sueldos. Bibiana Gisbert-Serra, señora de Prats, tiene razón. También es cierto o parece cierto que no sabe nada de nada. Por otra

parte, sus hermanos son falangistas, camisas viejas. Pero Bibiana Gisbert-Serra está declarando bastante torpemente, con una ingenuidad absoluta.

El policía tiene que disimular la risa y mira a los otros, como preguntando: ¿Qué hacemos con ésta?

En fin, resume la declaración de la señora Prats en unas palabras: «Contesta no saber nada de nada.»

—Señora, por favor, ¿quiere firmar su declaración?

—¿Firmar?

Otra vez el pánico se apodera de Bibiana Prats. Marcelo le ha dicho siempre: «Tú no firmes nada. ¿Quién paga las cuentas? Yo. Pues entonces, el único que debe firmar las cosas soy yo. A ti pueden engañarte.»

(—Pero ahora no hay engaño. Es la policía... Y a lo que vamos: ¿quién anduvo danzando por la Puerta del Sol, Marcelo o yo?... ¿Quién se metió en este...?)

El policía repite:

—Firme usted su declaración.

Y entrega a Bibiana el pliego que ha retirado de la máquina.

—Léalo antes, a ver si está de acuerdo con lo declarado.

Bibiana toma el pliego, pero no puede leerlo. Las letras saltan sobre el papel como las teclas de la máquina al ser pulsadas. Sólo está claro el membrete: «Dirección General de Seguridad». Y el dedo del policía, señalando el lugar donde debe firmar la declaración. El dedo del policía sí lo ve bien. Es un dedo grande, peludo, quemado en la cara interna por la nicotina.

De pronto, ni el dedo del policía puede ver Bibiana, porque los ojos se le llenan de agua. Casi a tientas, firma y rubrica. Al rubricar rasga el papel.

—Perdón... Estoy tan nerviosa...

El policía sonríe.

—Bueno, a ver si no se deja atrapar otra vez tontamente...

—No, creo que no...

—Puede irse.

—Gracias... ¿Ya puedo marcharme a casa?

—No, a casa, no... Creo que no... Digo que puede usted retirarse. Quedan a disposición de la autoridad. Ya le dirán cuándo puede marcharse.

Bibiana Prats vuelve a dar las gracias al policía, sin saber exactamente por qué las da. Después se retira hacia la puerta, caminando hacia atrás, sin atreverse a volver la espalda. Poco más o menos como se retiró del escenario cuando la casualidad la llevó de la mano de la publicidad de «La Vaca Roja» ante los micrófonos de la emisora.

Dos policías van recogiendo a las que ya han declarado y vuelven a conducirlas a las estancias donde aguardaban. Ahora se llevan a las que quedaban.

La muchacha rubia saca una cajetilla y enciende un cigarrillo. Otra se lo quita.

—¡Eh, cuidado, apaga, chica! Pueden verte.

—Y a mí, ¿qué?
—Le han dado un manotazo a una que estaba fumando.
—¡Ah!, ¿no se puede fumar aquí?
—Eso parece. Está prohibido.
—¿Quién lo ha dicho?
—Nadie... Pero si te arrean un manotazo, creo que está claro... Yo me aguanto las ganas, ya ves tú.
—Pues yo fumo. A ver quién me lo prohíbe.
Bibiana piensa que será mejor no irritar a los policías. Quien manda, manda. A lo mejor está prohibido. Si se atreviera les aconsejaba que no fumasen. Pero no se atreve.
Dice una chica:
—Bueno, y ahora, ¿qué quieren? ¿Para qué nos tienen aquí encerradas?
—Yo qué sé... Todo está bueno mientras no nos bajen a los calabozos...
—Mujer, no iban a hacer eso.
—¿Quién se lo impide?
—Nosotras no hemos...
—¡Claro, no hemos hecho nada, mira qué gracia!... A ver si crees que son tontos y se chupan el dedo. ¡No hemos hecho nada!... Y ellos se lo creen...
—En realidad...
—En realidad, también detuvieron a los estudiantes...
—No es lo mismo, chica.
—Pues díselo a ellos.
—Anda, que si nos meten en el calabozo...
(—¿En el calabozo?)
A Bibiana Prats se le abren las carnes. Lo que le faltaba. Que la metieran en el calabozo, como a cualquier maleante.
(—Mamá en la cárcel... Cristo, en la cárcel... Si Marcelo y los chicos...)
La verdad es que Bibiana Prats no había hasta ahora pensado en Marcelo ni en los muchachos, aturdida por el suceso tan inesperado.
Fue un golpe bueno.
(—Marcelo... Ya habrá llegado a casa, preguntará por la comida... ¡Mira que es bueno!... Ellos preguntando por la comida y mamá en la cárcel... ¡Cristo, Cristo!... Una no sabe dónde la tiene... Una va por la calle y le cae una cornisa y, ¡hala! al otro barrio... Y una va, a lo mejor, a la Radio o a la cárcel... Qué cosas pasan... ¡Ay, Marcelo, ésta si que es buena!... Y mi Manuel, muerto de hambre... Con lo hambrón que es el chico... ¿Dónde está madre?... Como si lo viera... Y a lo mejor, si no llego, se echa a llorar. Está tan enmadrado... Un niño, claro... «Madre, creíamos que te habías muerto»...)
Bibiana Prats se limpia el sudor. Hace calor en las habitaciones de la Dirección General de Seguridad. Y no acaban de autorizarlas para que se vayan a casa.
(—La de veces que una pasa por la Puerta del Sol, y mira esto... El Ministerio de la Gobernación... A ver caer la bola... Buena bola nos dé Dios...

Anda, que está bueno... Si una pudiera...)

Se abre la puerta. Dos policías cuentan a las mujeres y, desde la misma puerta, indican que les sigan.

—¡Por fin!... Vamos, chicas. A respirar el aire de la libertad.

—Nos sacarán por el patio, digo yo... Por aquí no entramos.

—Pues vaya un día de San Isidro... Oye, ¿a dónde nos llevan?... Éste no es el camino de la calle.

No es el camino de la calle, desde luego. Las hacen bajar por una escalera de caracol y todas empiezan a pensar ya que no las mandan a la calle.

Bibiana baja la escalera temblando de miedo. La cosa está más seria de lo que ella se había imaginado.

Repite constantemente:

(—¡Cristo!... ¡Cristo!... En buena me he metido... Y una, sin comerlo ni beberlo... Si seré tonta... ¿Quién me mandaría a mí meterme en este lío?)

Rejas que se abren y vuelven a cerrarse. Una galería. Las celdas. Dos o tres celdas grandes y oscuras. Las reparten entre las celdas. Cierran las puertas y los policías desaparecen.

Bibiana Prats está desolada:

(—Una dice de los hombres, y después, mira... Una estaba mejor en casa, pelando patatas... ¡Cristo, Cristo!... Cuando Marcelo se entere...)

No conoce a ninguna de las mujeres que están en su celda. Ellas sí se conocen. Hablan entre sí. Pasado el susto del primer momento, parecen muy divertidas.

Una dice:

—Pues ahora, aunque nos manden salir, no salimos.

Dice otra:

—Vamos a declarar la huelga del hambre. No comeremos nada. ¿De acuerdo?

Todas dicen:

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Hay algunos «acuerdos» bastante desmoralizados, dichos de tan mala gana que más parecen una oposición.

Bibiana dice:

—Aquí, en la celda, no hay ningún retrete, ¿cómo hacemos?...

Dice una:

—En eso estaba pensando... Yo no me aguanto... Si no me dejan salir al water, orinaré en la celda.

A otra se le ocurre tocar las palmas.

Las demás protestan:

—A ver si nos castigan...

No hay castigo. Llega un policía y abre la puerta. De pronto, todas experimentan el mismo deseo... Se establece un turno y ni una sola deja de salir al water.

Los sótanos del antiguo Ministerio de la Gobernación empiezan a oler, y no es a rosas precisamente.

El paseo a los retretes consume buena parte del encierro. Entran, salen, comentan...

No es necesario declarar ninguna huelga de hambre, porque nadie las invita a comer. Las protestas consumen otra buena parte del tiempo.

Al fin, protestas y conversaciones pierden interés, y llega el cansancio, el aburrimiento, la modorra.

Bibiana se tiende sobre un camastro y a ratos duerme. No conoce a nadie, no le interesan los comentarios. Si al menos estuviera en la celda Eladia Suárez..., pero Eladia Suárez ha desaparecido. O la pusieron en libertad, o está en otra celda. No ha vuelto a verla desde que las separó la policía.

Bibiana duerme y, de pronto, se despierta sobresaltada:

(—¡Vaya disgusto!... ¿Qué estarán pensando los chicos?... «Madre, creíamos que te habías muerto»... ¿Cómo estará mi Manuel ahora?... Y nada, de esto ni pensar nada... Y una no puede telefonearles, ni decirles nada... Ay, Marcelo... Ésta sí que es buena...)

Dice en voz alta:

—Bueno, a ver si se olvidan de nosotras y nos dejan aquí encerradas toda la tarde.

—¿Olvidarse?... Vaya una salida... No se olvidan, no; pero que nos dejan aquí encerradas, eso es seguro... Para soltarnos no nos hubieran bajado a los calabozos.

Todas están de acuerdo. Menuda faena...

Pero nadie protesta, convencidas de la inutilidad de protestar. Será mejor tomarlo con paciencia. A fin de cuentas, ellas se lo buscaron. Ahora tienen que aceptar la situación.

Piensa Bibiana:

(—Por muchos años que me queden de vida, no olvidaré nunca el día de San Isidro... Esto sí que es bueno... Lo malo será cuando vaya a casa... Cualquiera oye a Marcelo...)

La última parte de la tarde resulta entretenida. Tienen que subir todas a declarar. Tres o cuatro en cada turno. Unas suben, otras bajan. Las puertas vuelven a abrirse y a cerrarse y los comentarios vuelven a remover el aire pesado, quieto, de los calabozos.

Bibiana Prats vuelve a enfrentarse con la policía. Mientras la interrogan piensa:

(—Mamá en la cárcel... Mamá, frente a la policía... Se dice y no se cree... Anda que una... Así es la vida... Y una que pensaba que el ministro iba a recibirnos... Para eso me puse estos zapatos y este vestido...)

Contesta maquinalmente a las preguntas que le hacen. En realidad, no tiene nada nuevo que añadir. Parece que la policía está convencida de que Bibiana no tiene la menor idea del objeto de la manifestación. Por ello, su declaración es sólo un trámite.

Regresa a la celda. Las que aún no declararon la preguntan cosas. Bibiana cuenta, poco más o menos, lo que todas cuentan, lo que ya saben todas.

En el subir y bajar y comentar las nuevas declaraciones se les va la tarde. La medianoche trae la libertad.

Algunas mujeres que salen de las celdas para declarar no regresan.

Observa una:

—¿Os habéis fijado?... Las que no regresan son las que citan en un papel verde.

En efecto, las listas verdes traen la libertad. Y Bibiana Prats figura en una de las primeras listas.

Salen cuatro en su turno. Bibiana no conoce a las otras tres. Antes de ponerlas en libertad, un policía les entrega unos papeles, que tienen que firmar por duplicado.

—Aquí, por favor... Aquí, firmen aquí... Tienen tres días de plazo para pagar la multa... Pueden reclamar ante el ministro si no están conformes.

—¿La multa?...

Bibiana Prats mira el papel de reojo. Cinco mil pesetas... Bibiana Prats siente un escalofrío por la espalda.

(—¡Cristo!... Cinco mil... Ay, Marcelo... Cualquiera le dice a Marcelo...)

Marcelo. Los chicos. La casa... Hasta ahora, todo esto era su pasado. Un pasado próximo, recién vivido, pero pasado. El presente de Bibiana Prats era su aventura. Empezaba a familiarizarse con las caras desconocidas que la rodeaban y con la oscuridad de los calabozos. Arrastrada por una circunstancia, no podía tomar ninguna resolución por cuenta propia. Ahora, la aventura se convierte en pasado, en un suceso desagradable, ya liquidado. De pronto se encuentra sola en la calle, otra vez dueña de sus actos. Otra vez es la señora Prats, madre de familia.

De una familia a la que hay que rendir cuentas de lo sucedido. Hay que explicarles algo.

(—Ésta sí que es buena... Una..., pues, ¡a ver! ¡A ver!... Cosas...)

Bibiana Prats no está tan optimista como el día que la llevaron a la emisora.

(—¡Vaya papeleta!... Y todo bueno si esto no trae consecuencias, porque apuntaron las cosas... ¡Jesús!... Una, fichada como un maleante... Cuando les cuente en casa... Porque tengo que decirles algo... Mi Manuel, ¡qué susto!... ¿Qué estará pensando esa criatura?... «Mamá, creíamos que te habías muerto»... Pues vaya papeleta...)

Camina abstraída en su pensamiento. Cuando tropieza con una boca del Metro baja la escalera. Al pasar por el control le piden el billete.

—¿El billete?

—Claro, el billete.

Hay que sacar un billete para viajar en el Metro. Bibiana lo había olvidado. Tiene que retroceder hasta la taquilla. Saca su billete. Al pasar otra vez por el control, el empleado la mira con desconfianza. Bibiana se aturde.

(—A ver si sabe... A lo mejor me toma por una fresca que quiere viajar sin

billete... O por una paleta...)

En el andén hay dos o tres personas. Miran a Bibiana distraídamente. Bibiana piensa:

(—Éstos lo saben... Dirán: «Una de ésas»... A lo mejor son policías.)

Bibiana Prats pasea por el andén leyendo los anuncios, sin enterarse, en realidad, de lo que dicen.

(—Pues algo hay que decirles... Cómo estarán... Que si me habré muerto, que si... No, la verdad no se la imaginan...)

Llega el Metro a la estación. El último Metro. Casi vacío. Bibiana encuentra un asiento libre. De pronto, cuando el coche va a cerrar las puertas, entra un grupo de chicos empujándose, riéndose... Están borrachos. Uno se pone a cantar flamenco y los demás le jalean. Bibiana se distrae con los muchachos. Piensa:

(—Como mi Xenius... No, mayores... Como José... ¡Cristo!... José... Ésta es otra... A ver si este chico anda metido en algo... Cualquiera sabe...)

El tren pasa rápidamente por las estaciones. Apenas entra o sale algún viajero. Bibiana Prats está a punto de pasar de largo ante su estación. Sale cuando las puertas empiezan a cerrarse.

(—Lo que me faltaba: ir a dormir a Cuatro Caminos...)

Sube despacio las escaleras del Metro porque las piernas le pesan más que de ordinario. Pero en la calle acelera el paso. No le agradaría encontrarse con ningún vecino. Cuando llega al portal busca en su bolso la llave para no llamar al sereno. Y sube la escalera de su casa muy despacio, haciendo el menor ruido posible y deteniéndose cada vez que cruje un peldaño.

(—Está visto que una no sirve para ladrón... Menudos sobresaltos... Bueno, tendré que decirles...)

Ante la puerta de su casa, Bibiana respira fuerte, se detiene unos minutos aturdida. Se persigna. Carraspea para aclarar la garganta. Al fin se decide a meter la llave en la cerradura. Abre sigilosamente. La casa está a oscuras. Todos se han acostado ya. Esto desconcierta a Bibiana Prats.

(—Pues vaya una tranquilidad la de esta gente... Mamá en la calle, nadie sabe dónde. Nadie sabe si se ha muerto... Pues ellos, nada... A dormir se ha dicho... Pues vaya frescura... Y una sufriendo por ellos... Pues vaya frescura...)

Bibiana entra en la cocina y pone sobre el hornillo un cazo con malta, que tiene preparada en la cafetera. Mientras la calienta persigue a escobazos a una cucaracha que, desconociendo la aventura de Bibiana con la policía y suponiendo que nadie iba a entrar ya en la cocina, había tomado posesión de ella y buscaba algo para comer.

(—¡Malditos bichos!... Ni polvos, ni nada... Estas casas viejas... Suben del patio, claro... Y todavía dice Xenius que todos los animales son del Señor, y que si San Francisco... Pues vaya un santo más sucio, si le gustaban las cucarachas... Lo que le pasa a Xenius es que tiene su... bueno, su aquel de chica... Marcelo lo dice, no se puede ser tan blando...)

Bibiana toma su taza de malta caliente, migando en ella un poco de pan. Tiene hambre. Está destemplada.

Lava la taza y se dirige a la habitación.

Marcelo duerme tranquilamente. Sin encender la luz, para no despertarle, Bibiana empieza a desvestirse.

(—Pues vaya tranquilidad la de este hombre... ¿Dónde está su mujer? Cualquiera lo sabe... A lo mejor, muerta... Hay accidentes... Pues él, ¡aquí me las den todas!... Como algún día le pasara algo, yo tan tranquila... ¡Ah, claro que sí!... Tranquila... A ver si se preocupan ellos por mí...)

Bibiana Prats se mete en la cama, deslizándose suavemente entre las sábanas.

Marcelo se aparta un poco, gruñe entre dientes:

—¡Vaya!... ¿Ya os han soltado?

—Pero ¿qué dices?

—Digo que si ya os han puesto en libertad...

Bibiana Prats está desconcertada.

(—De modo que este zorro lo sabía, y ¡tan tranquilo!... «¿Ya te han soltado?...» ¡Hala!, como si dijera: ¿ya has vuelto del mercado?... Pues vaya una gracia...)

De buena gana se volvería de espaldas y ni le contestaría siquiera, pero la curiosidad es más fuerte que su rencor y dice:

—Bueno, si ya lo sabes... ¿Quién te lo ha dicho?

Marcelo Prats habla despacio, sin moverse, sin cambiar de postura, descansando sobre un costado. Habla con naturalidad. Como si efectivamente hiciera un comentario sobre el mercado, sobre la iglesia o sobre un paseo.

—Los chicos... Al ver que pasaba la hora de la comida, y que pasaba la tarde, pues..., eso, fueron a alguna parte..., averiguaron...

Marcelo calla. Al parecer, ya está dicho todo y quiere dormir. Pero Bibiana cree oír un ruidito sordo, como si Marcelo respirara con dificultad; un ruidito intermitente, como si respirara a golpes. El ruido se hace más perceptible, más concreto. Ahora parece el ruido que hace el tren cuando empieza a tomar marcha...

De pronto descubre Bibiana que Marcelo se está riendo de ella con verdadera gana.

Le da un codazo:

—¡Eso!... Ríete, encima, viejo idiota... La cosa tiene gracia.

—Mujer, es para reírse... Bibiana Gisbert-Serra detenida por alterar el orden público... Tiene gracia.

—Yo no le veo ninguna.

—Pues la tiene, ¡vaya si la tiene!...

Marcelo sigue riéndose ya francamente.

—¡Lo que te faltaba!... Tiene gracia la cosa.

—Gracia, ¿eh?... Pues el último que ría reirá más fuerte.

Marcelo no hace caso de su amenaza. Está contento. Ya sabía él que la cosa no tenía importancia. Con todo, pasó un buen susto cuando dijeron a Xenius que su madre estaba detenida con otras mujeres por alterar el orden público. Sí, señor, un buen susto. Pero ahora Bibiana está aquí a su lado, y está contento. Tiene ganas de bromear.

A Bibiana, la risa de Marcelo no le hace gracia. Se dice:

(—Viejo zorro... Ríete, anda, ríete... Menuda sorpresa la de la multa... Ya veremos si te ríes con tanta gana cuando tengas que pagarla.)

XV

«¡Ay!, qué paredes tan altas..., y mi amor tan chaparrito... Voy a traer un albañil, voy a traer un albañil...»

Bibiana Prats escupe en la plancha. Demasiado caliente para la ropa de nylon.

(—Buena la hacía...)

Desenchufa la plancha, busca entre el montón de ropa la de algodón y extiende unas bragas de Francisca sobre la mesa. Empieza a plancharlas. Sigue cantando:

—«... voy a traer un albañil, voy a traer un albañil... pa que las baje un poquito... Ay, qué paredes tan altas..., taca, taca, taca, taca»... Y una no para en todo el santo día, pero como esto no da pesetas... Como no luce... Mátate a trabajar, Bibiana..., para lo que te lo agradecen... «Y mi amor, tralá larito... Voy a traer un albañil, voy a traer un albañil...» Pero ¿qué hará esta chica con las bragas para romperlas de esta manera?... Claro, mea por la pernera... ¡Vaya una costumbre más sucia!... Y no hay quien se la quite... Más nalgadas que le costó..., pues, nada... Y así las rompe... «¡Ay!, qué paredes tan altas..., ¡ay, lará, lará, larito!»... ¡Otra vez la puerta!... Condenado chico... Venga a entrar, venga a salir... ¡Hala!, la casa de tócame Roque... El mono éste... Voy a darle una culada, a ver si se está quieto... Dichosa tele y dichosa escalera...

Bibiana Prats deja la plancha sobre el soporte y sale a abrir la puerta.

—Condenado chico, ¿te estarás quieto?...

Manuel jadea. Abraza a su madre por la cintura.

—¡Ya lo traen, ya lo traen!... Lo están subiendo...

—Chico, estáte quieto y déjame en paz...

—No cierres la puerta, que lo están subiendo.

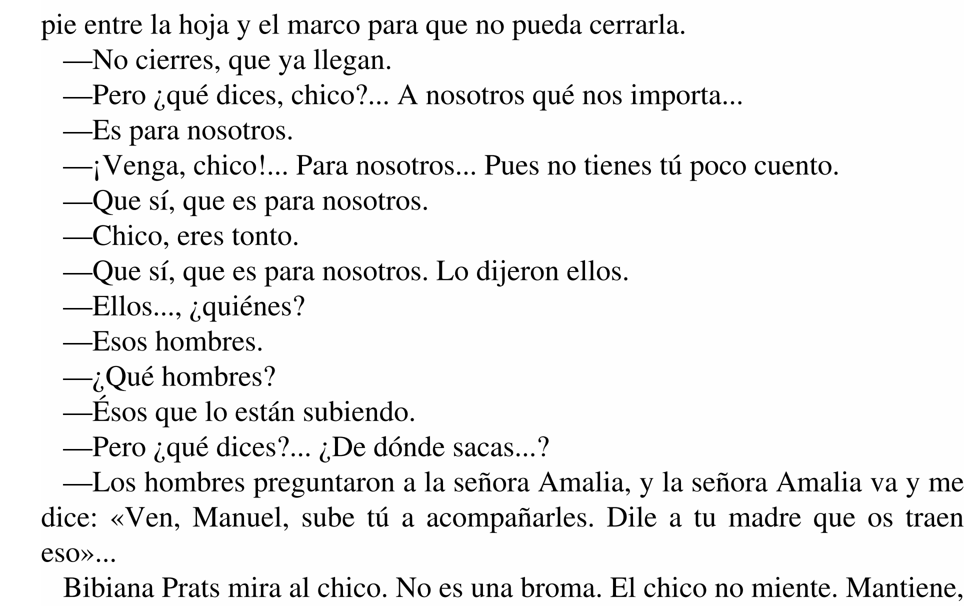
Bibiana Prats sacude el brazo del chico y sale a la escalera.

—Bueno, ¿qué pasa?... ¿Qué es lo que suben?

—El refrigerador... Verás qué grande.

—¡Anda ya!... Me asustaste... ¡El mono éste!... Creí que pasaba algo.

Bibiana no tiene el menor deseo de ver el refrigerador que se ha comprado alguno de sus vecinos, posiblemente Mauricia, la del practicante. Bibiana entra en casa, cierra la puerta. No, no cierra la puerta, porque Manuel mete un


pie entre la hoja y el marco para que no pueda cerrarla.

—No cierres, que ya llegan.

—Pero ¿qué dices, chico?... A nosotros qué nos importa...

—Es para nosotros.

—¡Venga, chico!... Para nosotros... Pues no tienes tú poco cuento.

—Que sí, que es para nosotros.

—Chico, eres tonto.

—Que sí, que es para nosotros. Lo dijeron ellos.

—Ellos..., ¿quiénes?

—Esos hombres.

—¿Qué hombres?

—Ésos que lo están subiendo.

—Pero ¿qué dices?... ¿De dónde sacas...?

—Los hombres preguntaron a la señora Amalia, y la señora Amalia va y me dice: «Ven, Manuel, sube tú a acompañarles. Dile a tu madre que os traen eso»...

Bibiana Prats mira al chico. No es una broma. El chico no miente. Mantiene, con energía, la puerta abierta.

—Es para nosotros. Lo dijeron ellos.

Bibiana Prats se asoma a la escalera, inclinándose sobre el pasamanos. Los hombres están ya en el piso tercero. Entre los dos suben una caja blanca enorme.

Uno pregunta:

—¿Es usted la señora Prats?

Bibiana dice:

—Pues claro... ¿Para quién es eso?

—Lo mandan de las Galerías.

Los hombres dejan en el suelo el refrigerador. Bibiana lo acaricia, tocándolo apenas.

Dice, temblándole la voz:

—Oiga..., ¿no estarán ustedes equivocados?

Uno de los hombres saca un papel del bolso y lee en voz alta:

—Señora Bibiana Prats..., piso cuarto..., número...

Bibiana Prats le quita de las manos el papel para convencerse de que allí está su nombre.

Uno de los hombres dice:

—Hay que firmarlo... Que se recibió...

Bibiana Prats sonríe beatíficamente.

—Sí, claro... ¡Ay, Marcelo!... Vaya una sorpresa... Pues, anda, qué sorpresa... ¡Menuda sorpresa!... Bueno, pasen... Déjenmelo en la cocina.

Los dos hombres hacen el último esfuerzo y colocan el refrigerador junto a la ventana, en el sitio en que Bibiana les indica, después de quitar una silla, correr una mesa, tirar al suelo la plancha, volcar un cesto viejo lleno de ropa...

Pero nada de esto tiene importancia. Aquí está el refrigerador, «tan lindo y

orondo», para lo que ustedes quieran mandar.
Bibiana Prats revienta de gozo:
(—Ahora verá la tonta de Mauricia... Ahora verán todas...)
Uno de los hombres dice:
—Tiene que firmar eso...
Y entrega su bolígrafo a Bibiana.
Bibiana anda de un lado a otro con el papel, sin saber dónde colocarlo para firmar. Al fin retira de la mesa la manta de planchar y firma y rasguea, rompiendo con la rúbrica el papel.
—Cuando una está nerviosa... Vaya, disculpen...
—No hay de qué, señora...
—Aguarden un momento... Voy a darles...
Bibiana piensa rápidamente:
(—Dos duros..., qué menos... Son dos hombres... Una cosa tan grande... menos de dos duros...)
El hombre dice:
—No tiene que darnos nada... Son veinticinco pesetas. Transportes Coppelia... Pero viene a porte pagado.
—Para ustedes... Una pequeña cosa... Vaya, por una caña...
—Gracias, señora... Está prohibido admitir propinas... Bueno, pues si usted no manda nada...
—¡Un momento!... ¿Les prohíben también tomar una copa de vino?... Hay que brindar por el... por el aparato éste.
Los hombres se miran. Es simpática la señora. Los dos al mismo tiempo dicen:
—¡Vale!
Bibiana va al comedor, busca una botella y unas copas y regresa con ellas a la cocina. Las llena hasta los bordes.
Los hombres beben. Dicen:
—Que haya salud.
—Bueno, y que lo disfruten muchos años.
—Muchas gracias, muchas gracias... Esto es muy importante en una casa, la verdad... Una lo necesitaba...
Cuando se van los hombres, Bibiana Prats se atreve a abrir la cámara, a examinarla minuciosamente.
—Pero qué cosas se hacen ahora... ¡Cristo, qué cosas!... Ya verás la sorpresa de tus hermanos... La cara que va a poner Natalia cuando lo vea... Porque ella está siempre a vueltas con esto: que si la comida se pone mala, que las cosas de beber no están frías... Bueno, vamos a ver qué dice ahora...
Manuel toca el refrigerador por todas partes, abre y cierra la puerta, saca las bandejas y el molde para los cubitos de hielo.
—¡Qué estupendo!... Ya ves cómo era para nosotros... Y tú no lo creías...
Bibiana Prats da un manotazo al niño.
—Déjalo, chico... Vas a romperlo antes de estrenarlo.

—¿Cuándo lo estrenamos?

—Cuando venga José. Él dirá cómo funciona esto...

—Vamos a meter cosas para que se enfríen.

—Quieto, chico, no lo toques... No se mete nada... ¿Por qué no bajas al primero a ver la tele?... Anda, y así les dices que tenemos esto... Que es estupendo...

Manuel se resiste un poco. Al fin se decide.

—Bueno, me llamas cuando vengan todos... No metáis cosas hasta que yo suba.

Manuel baja al primer piso, y Bibiana, aquietados sus nervios y su emoción, enchufa la plancha y vuelve a su trabajo.

(—Una trabaja y trabaja, una piensa que no se lo agradecen... Pues ya ves, Marcelo... Mira con qué sale... Encajó bien lo otro... Y ahora mira con qué sale... Que si es una tontería, que si en sus tiempos no había estas cosas y se vivía tan ricamente... Y ahora, ¡hala!, esta sorpresa...)

Bibiana empieza a planchar una combinación de Nat, que requiere plancha casi fría.

(—Pues menuda sorpresa... A ver qué dicen los chicos... Una debía ser más expresiva, como otras mujeres... Para esas cosas tiene que ser una de otra manera... Darle las gracias al hombre con un abrazo, y que si esto, que si lo otro... Pues, vaya... Pero yo no sirvo... Que no sirvo, vaya... Le quiero tanto como otras mujeres puedan querer a sus hombres... Vaya si le quiero..., pero esas cosas a mí no me salen... Una aguanta ciertas cosas, aunque no tenga ganas. Una está cariñosa..., pero eso de tomar una la iniciativa y ¡hala!, ahí va eso... Pues nada... Yo, no... Que no puedo, vamos... Y él, que soy una mujer fría, que si otras mujeres... Y una qué, una ¿es de piedra?... No, señor... Pero una...)

Bibiana deja la plancha sobre el soporte y vuelve a contemplar el frigorífico. Lo acaricia, lo abre, lo registra todo...

(—Pues vaya sorpresa... ¡Qué hombre!... Marcelo es más bueno que un trozo de pan... Tiene sus cosas, pero es muy bueno... Su mujer y sus hijos...)

Por la ventana, abierta, mira al patio. Le gustaría que anduvieran por las cocinas, Mauricia y Rufa y otras vecinas para soltarles lo del frigorífico, pero en esta hora de la tarde andan todas danzando por ahí, de casa en casa, o en el cine. No queda más remedio que aguardar otra ocasión. Por otra parte, la llegada de Francisca la aparta de la ventana.

Dice a la chica:

—Cada uno debía tener su llave. Hay que hacer llaves, porque una no tiene piernas para andar todo el día, anda que te andarás, pasillo adelante, abriendo la puerta.

Francisca apenas oye a su madre. Se dirige a la cocina.

—¿Dónde lo has puesto?

—¿El qué?

—El frigorífico... Es estupendo... Me dijo la portera: «Corre, Francisca...

Menudo frigorífico os han traído.»

Bibiana quería darle la noticia, pero no hay noticia. Francisca ya lo sabe. En fin, las dos lo admiran juntas.

Francisca, como el chico, saca las bandejas, lo mira todo.

—¡Es estupendo!... Mejor que el de mi maestra... Éste es de los caros...

—Tu padre está de muerte... Pues vaya gasto... Y, después, que en la tienda no se vende, que si los grandes almacenes lo acaparan todo... Siempre quejándose y, ahora, mira...

—Papá es un tío.

—¡Chica!...

Bibiana dice «¡Chica!» porque le parece que Francisca trata a su padre con poco respeto, pero ella piensa también, en este momento, que Marcelo Prats es un tío con toda la barba, vamos, un hombre como hay pocos. Si se atreviera a hacer las pamplinas que hacen otras mujeres... Si se atreviera a salir a recibirle y a echarle los brazos al cuello, y a besarle apasionadamente...

(—Una mujer fría, ¿eh?... Porque una tiene su aquel, porque una no es como otras mujeres... Pero una...)

Una, Bibiana Prats, se arrepiente inmediatamente de su ocurrencia, burlándose de ella.

(—¡Ah!, vieja tonta... A buenas horas mangas verdes... Como si una fuera una loca... Que no, vamos... Que no... Que yo no me atrevo... Pero hombres como Marcelo, la verdad, hay pocos.)

Retiene a Francisca, que iba a salir de la cocina.

—¡Eh, niña, no te marches!

—¿Qué quieres?

—Que me ayudes a estirar las sábanas.

—¿No las planchas?

—Ni pensarlo... Menuda lata... Sólo el embozo... Anda, coge por ahí... Pero sujeta fuerte, no se te escapen.

La tarea de estirar las sábanas era cosa que le gustaba mucho a Francisca cuando era chica. A Francisca y a todos. Ahora es Manuel quien suele ayudar a Bibiana a estirar las sábanas. Bibiana frunce las sábanas entre las dos manos y así las sujeta. Los chicos hacen lo mismo, tomándolas por el otro lado, pero tiran de ellas con toda su fuerza. Arrastran a Bibiana. Bibiana, alguna vez, no resiste el tirón y corre por la cocina, riéndose. Otras veces afloja la tensión de pronto y los chicos caen de culo o tienen que hacer equilibrios para sostenerse.

En éstas andan ahora Bibiana y Francisca cuando sienten abrirse la puerta.

—Ahí está tu padre... ¡Anda, si viene con él el chico!... Diablo de chico... Éste no pierde una.

Bibiana sonríe a Marcelo cuando éste entra en la cocina. De buena gana le abrazaría si se atreviese. Marcelo dice:

—Bueno, a ver qué es eso... Dice Manuel que hay algo nuevo en casa... De la tómbola, ¿eh?

—Sí, buena tómbola te dé Dios...

—¿No?... Pues eso decía yo al chico... Pues vaya armatoste... Muy bueno, sí, señor... Éste es de los buenos... Ya estarás contenta... Pero debe gastar una burrada.

—Dicen que gasta poco al día... Sólo cuando se pone en marcha, pero después... Nada, un duro...

—Otra renta más... El caso es gastar dinero... Bueno, venga... Cuéntanos cómo te has hecho con este chisme... La Radio, ¿eh?... La Radio es una mina para ti.

Bibiana mira a Marcelo. Lo dice tan serio que cualquiera que no le conociera pensaría que no era cosa suya.

—Anda, anda, disimula... Buen dinero que te ha costado.

—¿Dinero? ¿A mí?

El asombro de Marcelo parece sincero.

—Oye, oye..., ¿qué broma es ésta?... ¿De dónde has sacado esto?... Para bromas, ya estuvo bueno lo del otro día... A ver si te has metido en eso de plazos... Menudos plazos... A mí que no me vengan con más cuentas.

Bibiana cruza los brazos sobre el pecho. Mira a Marcelo. Marcelo no bromea. Esto está claro.

—¡Cristo!, Marcelo... Entonces, ¿quién compró esto?

—Y a mí, ¿qué me preguntas? ¿Quién lo trajo?

—Unos hombres.

—Pero ¿qué dijeron?

—Como decir... no dijeron nada.

Interviene Manuel:

—Que sí dijeron... Lo traían de Galerías... Y lo mandaba «Coppelia»... Me acuerdo de eso... Dijo Coppelia... Y que estaba todo pagado.

Marcelo se alza de hombros:

—Bueno, pues será eso..., de algún concurso... De ésos que regalan cosas... Menudo regalo...

Marcelo sale de la cocina, va al comedor, se sienta ante la mesa y saca el diario. Bibiana y los muchachos se reúnen con Marcelo en el comedor. Tienen que aclarar esto.

—Será eso, un concurso, como tú dices... Pero si yo no mandé nada a ningún concurso, ni sé quién es esa señora Coppelia, ¿cómo sabe quién soy yo y dónde vivo y...? Bueno, una no sabe ya qué pensar... Pues vaya papeleta.

Marcelo deja el periódico sobre la mesa.

—No importa que no sepan quién eres tú... Pudieron tomar el nombre de la lista de teléfonos... Sí, eso es lo probable... También, a veces, mandan cosas a la tienda... Anuncios... Por el teléfono.

Bibiana recuerda algo:

—No, por el teléfono, no... El teléfono está a tu nombre... Y el papel decía Bibiana Prats... Es alguien que me conoce.

—Una amiga mandaría tu nombre.

—¿Para un regalo?... Mandaría el suyo...

—Sí que es extraño... Iba a decir que lo trajeron... Bueno, eso, que se equivocaron, pero si venía a tu nombre... Sí que es extraño... Aquí hay algún misterio.

Manuel interviene:

—A lo mejor te lo mandan los comunistas.

Bibiana le da al chico una bofetada.

—El mono éste... Siempre metiéndose en lo que no le importa... Te voy a quitar la cara por metomentodo... Este niño mierda, que parece que lo aprendió en un viernes.

—Como estuviste en la cárcel, a lo mejor...

Bibiana corre tras del muchacho. Marcelo le ampara.

—Calma, calma... No te sulfures... A lo mejor, el chico tiene razón... Si aquello fue una cosa de propaganda..., qué sé yo... De algún modo se pagan esas cosas... ¡Pues vaya lío!...

Bibiana cae anonadada sobre la silla.

—¡Cristo, Cristo!... Pero qué cosas decís tan raras... Una metida en líos...

También Marcelo está preocupado. Se soba la barbilla, mirando al techo, a las paredes... Un día, Bibiana llega tarde a casa... Un locutor de radio la cogió en el mercado, como a un paquete, y la llevó a la emisora para anunciar cosas... La vida moderna... Otro día...

Dice Francisca:

—A lo mejor es un regalo del señor Massó... Nos quería mucho... Siempre estaba regalándonos cosas.

La atención de los Prats se centra ahora sobre las palabras de Francisca. Marcelo opina:

—Pues, mira, es muy posible... Tiene razón Francisca. A lo mejor... Fueron muchos años... Como de la familia.

Bibiana no está de acuerdo:

—Quita allá... Mandar regalos. Sí que nos quería, pero tuvo que irse de casa por la tontería de la niña ésta, y...

La niña ésta, Natalia Prats, entra en casa en este momento. Desde la puerta dice a Bibiana:

—¿Qué dices, Bibi, te ha gustado eso?... Ya estarás contenta...

La que parece muy contenta es Natalia Prats. Otras veces entra en casa sin decir nada. Pasa de largo y se cierra en su habitación. Cuando le hablan contesta con monosílabos... Menos mal que hoy está contenta. Cuando Natalia Prats está contenta es encantadora.

Dice Bibiana:

—¡Vaya!, otra que ya lo sabe... Menudo cartel de anuncios tiene la portera... A estas horas lo sabe toda la casa.

—Y tú lo sientes mucho... Bueno, a lo que vamos, ¿te ha gustado o no?... Escogí el mejor.

—Escogiste... Entonces ¿te tocó a ti?

Natalia mira a su madre, sin comprender.
—¿Que si me tocó?... Anda, lo mismo crees que es de una tómbola... Nada de eso, Bibi... Mi dinero me ha costado... A ver si crees que me lo han regalado... He pagado el primer plazo, y ya veremos... Pero ¿por qué me miras con tanto asombro?... ¿No estabas protestando siempre, que si tal, que si cual...?
Bibiana y Marcelo se miran con la misma angustia. Piensan lo mismo. Bibiana dice:
—Y te has gastado tanto dinero...
—No tanto... El primer plazo... Tuvimos una paga extraordinaria.
—De cualquier modo, es mucho dinero...
—Lo necesitábamos.
—Mucho dinero... Una cosa de éstas cuesta muy cara.
Natalia se alza de hombros. Se ha puesto, de pronto, de malhumor.
—Contigo no hay quien acierte... Creía que iba a darte una gran alegría, que ibas a estar contenta..., y, mira, parece que te di un disgusto.
—No es eso, chica, es que una... Una...
Natalia sale del comedor y, sin pasar siquiera por la cocina, para dar un vistazo al frigorífico, se dirige a su habitación para mudarse de ropa y arreglarse un poco. Tiene que salir.
Bibiana y Marcelo vuelven a mirarse. No dicen nada.
Manuel está contento.
—Bueno, ya ves como era para nosotros. Yo estaba pensando: «A ver si no es nuestro, si nos lo quitan...» A lo mejor estaban equivocados... Así, ya tenemos hielo y las cosas frías... Anda, madre, vamos a enchufarlo...
—Quieto, chico... No toques nada... Hasta que no venga José... José sabe de eso...
Esto dice Bibiana Prats y se queda con las manos cruzadas sobre el vientre, pensando en algo que le amarga la alegría del regalo.
(—¡Esta muchacha!...)

XVI

Bibiana Prats empuja la puerta y entra tímidamente en el vestíbulo.
No hay nadie en el vestíbulo. Esto es algo muy diferente a lo que ella se había imaginado. A la derecha hay un letrero que dice: «Sala de Proyecciones.» Por la puerta de la sala se escapa un raudal de música, como de alguna película que se estuviera pasando.
(—Pues, anda..., ¡vaya despiste!... Me metí en un cine... Y a mí me parecía la entrada de una iglesia y pensaba...)
Un hombre sale de la Sala de Proyecciones y se acerca a Bibiana.
—¿Qué desea?
Bibiana retrocede hasta la puerta.
—No... Nada... Perdone... Entré equivocada.

El hombre sonríe.
—Venía usted a empeñar algo.
—Pues... sí... La verdad... Siempre creí que esto...
—¿Qué trae usted?
—¿Yo?... Nada...
—Pues si no trae nada, ¿cómo va a empeñarlo?
En fin, será mejor explicarle al hombre lo que desea, si quiere que la oriente.
—¿Es ropa? ¿Es una alhaja?
—No..., es una...
A Bibiana Prats se le traba la lengua, se le enreda la palabra. Una palabra difícil, y ahora, que está nerviosa, más difícil todavía.
—Una refre..., un frige... Bueno, una cosa de ésas... Donde se guardan las cosas, ¿sabe?
No. El portero no sabe. Pregunta:
—¿Un mueble?
—Pues..., bueno... Algo así...
El hombre empuja a Bibiana hacia la puerta y sale tras de ella. Le señala la puerta de otro edificio que hay a la izquierda y que se parece bastante a éste.
—Esa puerta... Entre hasta el fondo... Allí le dirán.
—Bueno, gracias... Muchas gracias.
Bibiana Prats se dirige al otro edificio y vuelve a empujar, con miedo, la puerta que el hombre le ha señalado. Como vacila, un portero que hay sentado ante una mesa le dice:
—Allí... Suba esas escaleras... La primera vez, ¿eh?... Todo consiste en aprender el camino.
Bibiana sonríe al portero. Le dice:
—Gracias... Sí, no conozco esto...
Sube la escalera, abre otra puerta y se encuentra ante un vestíbulo circular, rodeado de grandes ventanillas o mostradores. Ante cada ventanilla hay dos o tres personas. Algunas, con un paquete en la mano, discuten o protestan, como si estuvieran en un mercado.
Bibiana Prats mira a la derecha. Hay un letrero: *Caja de Ahorros*... No le interesa. Su ventanilla será, probablemente, la de la izquierda, donde hay varias mujeres. Sobre la ventanilla dice: *Ropa y alhajas*. No hay ninguna de muebles, suponiendo que los muebles puedan empeñarse. Algunas veces oyó decir Bibiana que esta vecina o la otra habían empeñado hasta el colchón.
(—Pues en alguna parte se empeñarán los muebles y los colchones, digo yo...)
Atraviesa el vestíbulo, temblándole las piernas ligeramente. Llega hasta la ventanilla donde están las mujeres y se coloca junto a una de ellas, la que supone última de la cola.
Saluda a todas con una sonrisa:
—Buenas tardes... Buenas tardes...
Una de las mujeres, vieja y un poco tímida, como ella, contesta

maquinalmente:
—Buenas tardes.
Pero tiene prendida su atención en las manos del hombre que deposita el paquete abierto sobre el mostrador.
—Veinte duros.
—¿Nada más?... Los cubiertos son de plata.
—Desde luego. Por eso le damos los veinte duros.
—¿No pueden ser treinta? Necesito treinta.
—Veinte duros.
—Verá, es que una...
—He dicho veinte. Ya están tasados. Si no tiene usted otra cosa que empeñar, tome los veinte duros o llévese los cubiertos.
La mujer vacila. Al fin dice:
—Bueno... Menos da una piedra...
Mientras el hombre cubre una papeleta, la mujer se vuelve hacia las otras.
—Veinte duros... Necesitaba treinta... Bueno, a la hora de sacarlo, ¿eh?... Menos trabajo cuesta... Una anda siempre...
Bibiana dice:
—Sí, claro... Una...
La mujer va a cobrar su dinero y la última de la cola da un codazo a Bibiana.
—Mire ésta qué abrigo trae... Ni dos duros le van a dar por esa basura... Ya podía tirarlo.
Bibiana mira a la mujer que va a empeñar su abrigo. Viste pobremente. Una chaqueta de punto, desgastada por el pecho y por los codos, excesivamente corta, apenas alcanza a tapar una cuarta de la falda de algodón, también raída y decolorada. Tiene un cuerpo joven, elástico, pero la cara, marchita, la hace parecer más vieja.
Bibiana dice:
—Si la pobre no puede empeñar más que eso... Hay mucha miseria...
—¡Ca!... No, señora... Qué va a haber miseria... Vicio es lo que hay. Vicio... A lo mejor empeña el abrigo para ir al cine o para tomarse unos chatos en una taberna. A esta gente la conozco. Se acostumbran, y andan siempre mete y saca..., mete y saca...
—Pues vaya un gusto... Yo creo que el que viene..., ¿verdad, usted?, será que lo necesita... Si usted no necesitara...
La mujer se pica. Bibiana Prats, con su lógica sencilla, la ha puesto en un apuro.
—Bueno, ¿qué tiene que ver?... Esto es otra cosa... Yo traigo mis alhajas cuando salgo de viaje porque aquí las cuidan... Es como si una tuviera una caja fuerte en un Banco, ¿sabe? Sólo que no hace falta pagar la caja.
—¡Ah!
—Y aquí están seguras... Cuando una necesita... lo que sea, pues va y lo saca.

—¡Ah!

El hombre mira el abrigo que la mujer ha puesto sobre el mostrador y lo tasa rápidamente:

—Cuatro duros:

La mujer dice:

—¿No podría darme seis?... Cinco, siquiera...

El hombre mira los ojos angustiados de la muchacha. Vuelve a mirar el abrigo por todas partes.

—Pongamos cinco.

La mujer dice:

—Vale.

La mujer que toma el Monte de Piedad por la caja fuerte de un Banco saca del bolso unos pendientes con dos brillantes, que al colocarlos sobre el mostrador titilan como dos estrellas.

Bibiana Prats mira a la mujer. Bien nutrida. Bien vestida. Excesivamente maquillada. Tiene todo el aspecto de una entretenida. Al hablar con el empleado sonríe y enseña una dentadura demasiado perfecta para ser propia.

Bibiana se alza de hombros:

(—A una no le gusta pensar mal, pero esta tía... Pues ¡vaya tía!... Y dicen que estas mujeres que ganan así el dinero tienen buenos sentimientos... Pues ¡vaya una caridad!... Que si la chica debe tirar el abrigo, que si es para el cine o para emborracharse... Ella sí que debe ser una borrachona y una peliculera... Menuda pinta... Y critica a las otras...)

Detrás de Bibiana se coloca un chico con aspecto de estudiante o de empleado. Saca del bolso una pluma de oro y empieza a pulirla, frotándola contra la manga del traje. Busca algo, que no encuentra, en otro bolso. Se pone nervioso. Empieza a vaciar los bolsillos y la cartera sobre el mostrador. Vuelve a tocarse los bolsos... De pronto recoge todas las cosas, guarda la pluma y sale corriendo. Al salir tropieza con otra mujer que entra, cargada con un gran fardo.

El empleado dice a la entretenida:

—Quince mil pesetas:

La mujer dice:

—Sí, claro... Como otras veces...

Piensa Bibiana:

(—Quince mil pesetas... Tres veces lo que yo necesito... Si me las dan las cinco mil por eso... ya estoy salvada... Tres días... Bueno, después ya veré el modo de rescatarlo... Si una tuviera un marido como está mandado... Pero ¡a ver!... Con este hombre... «¡A la cárcel, a la cárcel!... Ya verás, Bibi, qué hoteles tiene el Gobierno...» En la cárcel quería yo verle... Pues ¡vaya broma!...)

—Diga, señora.

—¿Eh?... ¿Cómo?

—¿Qué trae usted?

Bibiana mira al empleado. Abre las manos, mostrándoselas vacías.

La pregunta la cogió de improviso cuando trataba de imaginarse cómo serían los hoteles del Estado, y lo bien que estaría Marcelo Prats asomando su cabezota tras de las rejas.

El hombre repite:

—Bueno, ¿qué desea?

A Bibiana Prats le tiemblan las piernas, le tiemblan las manos. Siente la garganta seca. Le gustaría portarse con la naturalidad con que despacharon su asunto las otras mujeres, pero ya está visto que ella es una perfecta calamidad, que en todas partes ha de pasarle lo mismo. Porque, para colmo... Sí, claro, lo de siempre: unas incontenibles ganas de orinar, aunque esta vez lo hizo antes de salir de casa. Pero nada, como si nada.

Haciendo un gran esfuerzo, consigue decir:

—Sólo preguntarle... Bueno, no traigo nada hasta saber... No puede traerse... Como es tan grande.

—¿Qué es grande?

—La... eso... Nunca acierto a decirlo... Una cámara de ésas eléctricas, donde se meten los alimentos para que no se estropeen con el calor, ¿comprende?

Sí, ahora va bien Bibiana. El hombre comprende.

—¿Un «frixider»?

—¿Un qué?

—¿Un refrigerador, o un frigorífico, quiere decir?

—Sí, señor. Eso...

—No lo admitimos.

—¿Que no lo admiten?... ¿Quiere decir que no puedo empeñarlo?

—Exactamente.

—Pero si está nuevo... Recién estrenado... Es un..., bueno, es hermoso... Todo completo... Si viera usted lo bien que funciona...

—No lo dudo, señora, pero no se admiten.

Bibiana está consternada. Se alza de hombros. Mira al empleado con una mirada estúpida. El hombre se impacienta. Es tarde. Tienen que cerrar. Y acaban de entrar otras dos personas.

—Bueno, ¿no tiene usted otra cosa?

—No, claro... Así, de valor...

Nada. De valor no tiene nada. Nada que pueda empeñarse. Nada por lo que puedan darle las cinco mil pesetas que necesita. Todo lo que hay en casa son cosas viejas.

Bibiana Prats sale del Monte de Piedad, arrastrando los pies, con los brazos caídos y el espíritu más caído que los brazos. Creía tenerlo todo solucionado, y ahora le salen con esto...

—Cuando las cosas se ponen feas... Anda que cuando las cosas se ponen feas no hay quien las arregle... Y una... Pues, una...

—¿Decía algo, señora?

Bibiana Prats mira con extrañeza al hombre que está a su lado. No le

conoce. No comprende de qué le habla. Pero, de pronto, Bibiana Prats comprende y sonríe.

(—Otra vez hablando sola... Una va a acabar loca... La gente, claro, se mete con una...)

Acelera el paso, dejando atrás al hombre que la había abordado. Camina con tanta prisa que más que andar emprende un trotecillo hasta que pierde de vista el Monte de Piedad.

Después de doblar la esquina se detiene para tomar aliento.

(—Que no admiten... eso... Pues ¿qué quieren, que les traigamos brillantes?... ¡A ver!... Una trae lo que puede... Pues vaya si es bueno. Y puede decirse que sin estrenarlo.)

Bibiana Prats avanza unos pasos y vuelve a detenerse ante un escaparate, mirando, distraída, las prendas de ropa expuestas.

(—Y para eso tanto apuro, tanto sofoco... Y las otras, como si nada. Tan tranquilas... La costumbre, claro... Si una se ve en un apuro, ¡hala, aquí traigo esto! Unas pesetas al canto y tan tranquilas... Lo malo es para sacarlo. Ahí está lo malo. Si una no puede rescatarlos, pues... ¿Qué dijo un día Florencia? Que lo subastaban... Pues vaya gracia... A lo mejor se queda una sin ello.)

Bibiana Prats, dándole vueltas a su problema, anda cuatro pasos, se detiene ante un escaparate, vuelve a caminar, vuelve a detenerse. De vez en vez tropieza con alguien, o alguien la empuja fuera de la acera. Ni se excusa ni protesta. Se deja zarandear, fija en su única idea.

(—Sí, claro, Massó... Otras veces nos sacó de apuros... Pero, ande, vaya usted ahora con el cuento al señor Massó... Cualquiera se atreve... Lo empujamos, eso es. Lo empujamos para que se fuera... No te mando vestirte, pero te doy la ropa... Y ahora vaya usted a decirle que si la multa, que si Marcelo... Ya dije yo que iba a reírse poco... ¡Cochino viejo!... «A la cárcel, chica... Menudo hotel te espera... Así aprenderás a no meterte donde nadie te llama»... Pues vaya un marido... Cuando lo de la radio, venga a reírse y venga a contarlo a toda la gente y venga a comer las cosas... Pues el que está a las maduras debe estar a las duras... Pero él, nada. ¡Viejo zorro!...)

Bibiana Prats se encuentra, de pronto, en la Puerta del Sol. La gente la empuja y ella va y viene, sin ofrecer resistencia, sin saber a dónde se dirige.

Automáticamente se mete en la primera boca del Metro que encuentra al paso, saca el billete y pasea por el andén hasta que el tren se detiene ante ella. Empujada por la gente entra en el coche y consigue apoyarse contra la pared del fondo.

(—Venderlo... Bueno... Pero Nat va a enfadarse... Con la ilusión con que ella lo trajo... Y si no están pagados los plazos... Anda, ésta es otra... Nadie puede vender lo que no es suyo... ¿Sin decir nada?... Claro. ¿Por qué han de enterarse?... Una sigue pagando los plazos...)

A su lado están discutiendo. Un hombre la empuja, dándole con el codo en el pecho.

—Sin atropellar, señora... Pues ¡vaya humos!...

El hombre no habla con Bibiana, sino con otra mujer, que grita más fuerte.

—¡Venga, hombre!, ya es vergonzoso... Ven a una mujer con un chico en brazos y otro agarrado a la falda, ahogándose el pobrecillo entre las piernas de la gente, y ellos tan frescos, muy bien sentados y mirando por la ventanilla a ver cómo vuelan las moscas...

—A ver si uno no puede ir distraído, mirando a donde le dé la gana... Pues no, señor, a meterse con uno... Bueno, ya está, ¿no le he dejado el sitio?

—A ver, a la fuerza ahorcan...

—A la fuerza... ¿No te fastidia?... ¿Qué quiere usted, que tome a la señora en brazos y cargue también con sus chicos?

Bibiana recibe ahora un pisotón de uno de los muchachos que se disponen a salir en la primera estación.

Bibiana tiene que salir también en esta estación y lo hace sin esfuerzo, empujada por los chicos.

Piensa:

(—Podía preguntar en los almacenes... A lo mejor no compran cosas de segunda mano... Y si las compran, más baratas, claro... Mejor a una persona particular... Pero ¿dónde está esa persona, así, de repente?... Mauricia... Aún no lo ha comprado... ¡Ah, eso sí que no!... Primero a la cárcel... Cómo se pondría... Encima de cogerlo por cuatro perras, cualquiera la aguantaría... Ésa, ni enterarse... Lo que nos faltaba...)

Bibiana Prats acelera el paso. Corre al compás de la indignación que le produce el solo pensamiento de que Mauricia Villar disfrutara su frigorífico y, además, se burlara de lo ocurrido.

(—Que no, que no, que no...)

Tacatán, tacatán, tacatán... Otro trotecillo suave de Bibiana, que ya está llegando a casa.

Antes de entrar en el portal respira fuerte y trata de recobrar la serenidad. Tampoco a la portera le interesan los conflictos internos de la honorable familia Prats.

Bibiana Prats saluda a la señora Amalia y sube lentamente la escalera.

(—Si Marcial quisiera comprármelo para Teresa... No es mala idea... Pero Marcial no lo compra, claro que no... Ése mira por el dinero más que Marcelo... Claro que Teresa... Le gustó mucho... ¡Ah, claro!... ¿Cómo no pensé en ello?... Se lo doy a plazos, como en los comercios... De entrada, cinco mil... ¿Y si no las tiene?... A lo mejor, de momento no las tiene, y son tres días... No, dos días, porque hoy ya no se cuenta... Pero Teresa lo quiere y es buena amiga... Un favor, claro... Y ella nada pierde...)

Bibiana se detiene en un descanso de la escalera.

(—¡Cristo, Cristo!, lo que es la vida...)

Recupera fuerzas y sigue subiendo.

(—Bueno, ya está resuelto. Que se quede con él Teresa... Ésa encuentra el dinero donde sea... ¡Menuda es Teresa!... Todas tienen más suerte que una con sus maridos. Ella dice esto quiero y acaba por conseguirlo. Mientras que una...

Pues vaya un marido que tiene una... Anda, Bibiana, párele los hijos, cuídale los hijos, mima al señor y aguántale las gaitas... Y ahora, esto... Así paga el diablo... Como a él le hubiera sucedido algo...)

Bibiana Prats no acierta a meter la llave en la cerradura. Le tiemblan las manos.

(—Mañana, bien temprano, a ver a Teresa... Ella buscará el dinero... Es buena amiga. Y le ha gustado mucho este... aparato.)

Ya está. Bibiana abre la puerta, entra en la casa y se dirige a la cocina. La refrigeradora brilla en todo su esplendor. Bibiana Prats la acaricia, pasándole los dedos suavemente, muy suavemente. Como se acaricia al hijo moribundo. Esto es para Bibiana el frigorífico. Algo muy querido, muy deseado, de lo que tiene que desprenderse inmediatamente.

Disimula su sentimiento amparándose en la posible indignación de Natalia.

(—Ya veremos la cara que pone Nat cuando se lo diga... Que si yo me privo de esto y de lo otro para comprártelo, que si tengo que seguir pagando los plazos... Pues a ver qué vendemos para sacar las cinco mil pesetas...)

Sin quitarse los zapatos ni el vestido, porque el tiempo apremia, Bibiana enciende el gas y coloca sobre el fuego un cazo con agua. No tardará en llegar Marcelo y a lo mejor le apetece tomar algo caliente.

(—Pues vaya un marido... «Ya verás qué bien te tratan en el hotel del Estado... Así aprenderás a no meterte en lo que no te importa...» Eso lo veremos... Lo veremos. Pues como algún día quiera jaleo... ¡El viejo tonto!... Anda, si primero se menciona al rey de Roma, primero asoma.)

Marcelo Prats sube la escalera. Bibiana conoce bien sus pisadas. Le siente subir los últimos tramos, meter la llave en la cerradura, entrar en casa y dirigirse al comedor.

Marcelo Prats ocupa su sitio, como de costumbre, saca el periódico, lo extiende sobre la mesa.

(—¡Hala!, como siempre... Aquí no ha pasado nada... Ahora le preguntaré si quiere tomar algo...)

Bibiana entra en el comedor y dice a Marcelo:

—¿Quieres tomar algo? ¿Una taza de...?

Marcelo mira a Bibiana, sin decir nada. Después, con parsimonia, sin salirse de su habitual mesura, sonríe, carraspea, saca un papel de la cartera, lo desdobla y lo deja sobre la mesa.

Bibiana dice:

—¿Qué es esto?

Marcelo Prats no contesta. Parece que le interesa más enterarse de lo que dice la prensa.

Bibiana toma el papel. El papel le tiembla entre las manos. No acierta a leer lo que el papel dice, pero supone que es algo relacionado con su aventura —con su desventura—, con todo este asunto que la preocupa.

Por la mente de Bibiana Prats, de reacciones lentas de ordinario, cruzan ahora, veloces, un montón de ideas: La orden de detención. La obligación de

abonar inmediatamente el importe total del refrigerador antes de venderlo. El embargo del comercio o de la casa... No se detiene a pensar en lo absurdo de sus ideas. Un papel con un membrete es algo inquietante para Bibiana Prats.

Le da vueltas y vueltas entre las manos, sin atreverse a leerlo. Repite:

—¿Qué es esto?

Marcelo no contesta. El viejo zorro, a lo suyo. A enterarse de lo que hizo este torero o el otro torero en las corridas de San Isidro, de si este futbolista metió un gol o se quedó en penalty, de si los rusos o los americanos se adelantaron para poner en el espacio un nuevo satélite, o si la guerra fría entre las dos grandes potencias subió un grado en el termómetro de las posibilidades de una guerra caliente. Cosas sin importancia, comparadas con la pequeña tragedia de Bibiana Prats.

Bibiana Prats tarda unos minutos en comprender que el papel impreso que tiene entre las manos es un simple recibo de haber depositado don Marcelo Prats y Prats, en nombre propio y en favor de doña Bibiana Gisbert-Serra, la cantidad de cinco mil pesetas, importe de la multa impuesta a la misma por alteración del orden público. Por lo cual, la susodicha Bibiana Gisbert-Serra recobra todos sus derechos de ciudadana libre y no será molestada, en adelante, por la Justicia.

Cuando Bibiana Prats comprende el significado del papel que Marcelo dejó sobre la mesa queda aturdida.

(—Así es que Marcelo... Y yo que estaba pensando...)

Un cosquilleo en las narices le anuncia que la emoción va a deshacerse en lágrimas, fenómeno nada raro en Bibiana Prats.

Bibiana mira a Marcelo. Le sonríe. Le gustaría decirle muchas cosas, mostrarse cariñosa, perdonarle sus bromas y agradecerle lo que acaba de hacer.

Pero Bibiana Prats, emocionada, dice sólo:

—Marcelo... ¡Ay, Marcelo!...

XVII

A Manuel Prats le tiemblan las piernas. Con la espalda pegada a la pared, como si quisiera incrustarse en ella, mira a sus padres. Sus padres son para Manuel Prats, en estos momentos, como dos monstruos sin corazón, como dos fieras que se preparan para devorarle.

Empieza a sudar con un sudor de angustia, tan diferente del sudor del trabajo, de todos los otros sudores. Un sudor frío que le empapa el alma antes que la piel.

Dice:

—No quiero, padre. No quiero. ¡Tengo miedo!...

—¿Miedo?... ¿No te da vergüenza?

—Es un grandullón. Tiene mucha fuerza.

—Y tú, ¿qué tienes?

—Tengo miedo. Él me puede.

Marcelo Prats se mantiene implacable. Algún demonio se le ha metido hoy entre los pelos a Marcelo Prats.

Azuza al muchacho:

—¡Si vuelves a decir que tienes miedo, quien te arrea un par de patadas, bien arreadas, voy a ser yo! ¿Lo oyes? Como me salgas marica y te achiques ante cualquier matón, vas a saber quién es tu padre. ¿Oyes, Manuel?

Manuel se encoge, casi se anula. Mira a Bibiana, buscando protección.

Bibiana Prats siente también sobre su carne el miedo del niño, pero se lo aguanta. Tal vez su marido tenga razón. Quien se achica y consiente que lo pisoteen, nunca será un hombre. A Marcelo le duele que se burlen de sus hijos, porque sabe, por experiencia, lo que son las cosas.

El no lo ha confesado nunca, pero Bibiana sabe que más de una vez le han defraudado en sus intereses y le han maltratado de palabra y de obra por no haberse atrevido a contestar con la fuerza. Ha perdido su derecho por cobardía. Bibiana lo sabe. Por eso, Marcelo Prats quiere que sus hijos sepan defenderse. La vida es la mejor de las maestras. Tal vez la más inmoral, pero la mejor. Lo malo de la vida es que, a veces, prodiga sus lecciones cuando es tarde para rectificar y oír sus consejos. Marcelo tiene razón al azuzar al niño, al obligarle a defenderse, sin huir, y a imponer su voluntad.

Decididamente, Bibiana Prats se pone de parte de su marido.

—Tienes que aprender a defenderte, hijo. Para que no te pisoteen.

Manuel mira a su madre. Su madre era su último asidero, pero ya ve que no puede ampararse en ella. Si la madre dice amén a lo que dice el padre, tiene que obedecerle.

Marcelo dice:

—Y arréale fuerte, ¿lo oyes? Le pegas como está mandado. Si ese hijo de perra vuelve a molestarte, nada de lloriqueos, nada de huirle y venir a llorar entre las faldas de tu madre como un marica. Te tiras a él como un lobo, y le arañas, y le muerdes, y le pataleas. ¿Oyes, Manuel?

—Tengo miedo.

—Miedo, ¿eh?... Como vuelvas a casa lloriqueando porque un hijo de perra te amenaza, yo... ¡óyelo bien, Manuel! yo me quito el cinturón de los calzones y te azoto con él hasta sacarte la piel a tiras. Así que, ¡andando!

—Yo no voy. Tengo miedo...

Marcelo Prats levanta la mano sobre su hijo:

—Me están dando ganas de...

Bibiana se interpone entre los dos y empuja al niño hacia la puerta.

—Vete, hijo.

Marcelo la aparta de un manotazo.

—Lárgate tú a la cocina... Hala, dale la botella y que baje ahora mismo a buscar el vino.

Después va hacia el muchacho y le aprieta un brazo.

—Como trate de quitártela o de molestarte, le partes la botella encima de la

cabeza. ¿Lo oyes, Manuel?

Sí, Manuel oye a su padre. Por eso tiembla de miedo. Marcelo Prats se enfada pocas veces, y cuando se enfada no suele pegarles. Pero si Marcelo Prats se empeña en una cosa y Bibiana está de acuerdo con Marcelo, no hay más remedio que obedecer. Otra cosa sería si Bibiana no estuviese de acuerdo con Marcelo, pero tal como están las cosas tendrá que salir a la calle y aguantar las burlas y la paliza de Jorge Oliva. Porque Jorge Oliva le pega, ¡vaya si le pega!... En cuanto le vea asomar las narices fuera del portal.

Manuel no protesta ya. Tragándose las lágrimas va hacia la puerta.

Marcelo Prats se rasca la cabeza, carraspea, arrancándose una flema de la garganta, y se dirige al retrete para escupir. Con el gargajo escupe parte de la bilis que le ahogaba.

Hay en la actitud defensiva que Marcelo Prats aconseja a su hijo un odio ancestral de siglos, una sed de revancha, de rebeldía, que duerme agazapada en lo más profundo del subconsciente de Marcelo Prats, a la que su razonar consciente no ha podido ahogar.

Al aconsejar al niño que se defienda de cualquier ataque para que aprenda a vivir cree Marcelo que se limita a cumplir un deber de padre. Hay algo más que eso en su imposición. Algo que el mismo Marcelo ignora en su afán de vivir en paz y concordia con la sociedad, con el mundo que le rodea. Son muchas generaciones de opresión, de humillaciones, de servidumbre, las que gritan en la voz del hombre al aconsejarle al niño que se rebele contra el muchacho rico que le provoca.

Aquí está el caso: el muchacho rico. La cosa no hubiera tenido tanta importancia si se tratase de otro chico de su clase.

Para el mismo Manuel esto es decisivo. Manuel nunca fue cobarde. Nunca provocó a otros chicos para pelear, pero tampoco rehuyó la pelea cuando se vio metido en ella. Su miedo —aunque él no se lo confiesa, porque lo ignora— se ve agravado por el hecho de que Jorge Oliva es un chico rico. Gasta mucho dinero y los chicos del barrio le adulan. Algo más que adularle: van tras de él como perros, aguardando que les arroje las migajas de sus banquetes. Jorge paga y los chicos del barrio le dan la razón. Así, Jorge puede burlarse de los trajes nuevos de Manuel, hechos con los trajes viejos de su padre y de sus hermanos. Jorge se ríe de Manuel cuando Manuel va a la Bodega de la Ardosa a buscar el vino para la comida. Y si Manuel va a la tienda a comprar algo, para que Bibiana no tenga que salir de casa, Jorge le llama «Tata», y todos se ríen. Manuel aguanta las bromas, pero en su pequeño cerebro ha empezado a desarrollarse un complejo de inferioridad que ahora le hace sudar de angustia, pensando que ha de enfrentarse con Jorge Oliva.

Desde la puerta, Manuel mira a su madre. Sólo ella puede sacarle de su apuro. Aún está a tiempo. Si quisiera...

Bibiana no quiere. No dice nada. Quiere a Manuel tanto como su padre. Más que su padre. Le ha llevado en su vientre. Le ha parido con dolor. Le ha acunado entre sus brazos cuando era chico. Es el más pequeño de sus cinco

hijos. Todavía se le duerme algunas veces sobre la falda. Bibiana Prats le quiere. Le quiere mucho. Pero reconoce que su padre tiene razón. El muchacho ha de vivir en sociedad. Entre otros chicos. Entre otros hombres. Y el mundo es del más fuerte. Si defiende hoy al chico, amparándole bajo sus faldas, mañana volverá a pegarle el otro cuando vaya a la escuela o cuando le encuentre en alguna parte. Manuel no podrá salir a jugar con los otros chicos por miedo a que le pegue Jorge. Pero si Manuel le zurra la badana, no volverá a meterse con él porque le tendrá miedo o, por lo menos, ya sabrá que donde las dan las toman y que la broma no va a salirle gratis. La cosa está clara.

Bibiana va a la cocina y pone bajo el grifo otra botella para lavarla. Bate el agua al compás de su indignación:

(—¡Cristo!... En la vida siempre hay bulas para difuntos. Parece que unos nacen para divertirse y otros para aguantar a los que se divierten. Y se creen con derecho a sopapeamos... Y si una se calla... Pues vaya una gracia... ¡Que si me duele!... Pues claro que me duele... Una es madre y los hijos le duelen... Pero una ¿qué va a hacer si es así la vida?... ¿Dejarse pisar por otros?...)

Ya limpia la botella, se la entrega al niño.

—Toma, sube el vino para tu padre. Y ahora ten cuidado de que no te la vuelvan a romper. Si alguien se mete contigo, pues tú te defiendes, ya lo sabes. Aunque tengamos que ir todos a la cárcel. No faltaría más sino que ese malnacido... ¡Bueno estaría!... Mira, hijo, que no hagan burla de ti, porque si te pisan...

Bibiana Prats acaricia la cabeza del niño.

—Vamos, toma el dinero y ya estás andando... Bueno, ¿en qué piensas, chico, no me has oído?

Desde luego, Manuel la oye, pero está pensando que no será él quien rompa la cabeza a nadie, sino que será el otro quien le va a pegar de firme. Es más alto. Tiene más fuerza. Y está muy seguro de que le puede.

Todavía se resiste:

—No voy, madre... No me atrevo.

Marcelo Prats sale del retrete, va hasta la puerta y, cogiendo al niño por el brazo, le saca a la escalera. Le falta poco para empujarle escalera abajo.

—Vamos a ver si dejas de lloriquear como una niñita y te portas como un muchacho. Un chico vale tanto como otro chico. ¿Lo oyes, Manuel? No hay que tener miedo. ¡A tus años iba a pegarme a mí nadie!...

Manuel se traga su miedo y baja la escalera sin mirar atrás. Ya en el portal tiene que hacer un esfuerzo para serenarse, para decidirse a salir a la calle. Le tiemblan las piernas, pero sabe que no puede retroceder.

Empieza a caminar pegado a las casas, sin levantar la vista del suelo, como entretenido en contar las cruces del cemento. De vez en vez mira de reojo en torno suyo, agarrándose a la última esperanza: pasar inadvertido.

Sería estupendo regresar a casa sin haberse tropezado con Jorge.

(—¡Mecachis, qué estupendo!)

Otro día, cuando se encuentre más preparado, cuando esté más tranquilo, le

buscará y le pegará de firme para que no vuelva a molestarle, para que los chicos del barrio no se burlen de él. Hoy, la verdad sea dicha, no se encuentra con fuerzas para enfrentarse con Jorge Oliva.

(—A lo mejor se cansó de esperarme... A lo mejor se fue a casa... Ya es hora de comer.)

Este pensamiento le tranquiliza. Levanta la cabeza y mira alrededor. No está Jorge. Se fue a casa a comer. Así, pues, puede ir tranquilo hasta la bodega, coger el vino y regresar a casa tan campante. Aquí no ha pasado nada.

(—Pero ya verá otro día... ¡A ver si cree él que yo me achico!... ¡Mecachis!... Le voy a moler los huesos.)

No es otro día, sino hoy, cuando han de pelearse. Su esperanza se desvanece cuando ve a Jorge salir de un portal y cerrarle el paso...

—¿A dónde va la «Tata»?

Manuel queda varado en medio de la calle. La botella se le cae de las manos y se estrella contra el suelo. Las manos le tiemblan. Las piernas le tiemblan.

Jorge dice:

—No bailes, chico, que no voy a pegarte.

Temblándole la voz, dice Manuel:

—Pégame, anda... ¡Pégame si te atreves!

Ahora es Jorge el sorprendido. Cuando asusta a Manuel, Manuel se aparta de su camino y a veces echa a correr. Hoy, Manuel está temblando, pero le provoca.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Eso digo yo, ¿qué pasa?

Manuel no tiene ganas de pelear. Pero sabe que no puede retroceder, que no puede salir del paso dignamente sin pegarse con Jorge, a menos que sea Jorge el que se vaya tranquilamente y le deje en paz.

Jorge tampoco quiere pelear. Maldito si le interesa pegarle al chico. Le gustaba asustarle y divertirse con los otros chicos y llamar «Tata» a Manuel cuando Manuel iba de compras a la tienda o la bodega para que su madre no bajara las escaleras. Los chicos de la calle le azuzaban: «Allí viene Manuel... Mírale cómo tiembla cuando te ve.» Y a él le divertía decirle cosas y correrle hasta la bodega. Esta mañana, Manuel rompió la botella, derramó el vino y se fue llorando a casa. Menuda juerga la que organizaron los otros chicos.

Dos de los chicos los están mirando. También la mujer del puesto de pipas y anises. Y Aureliano, el barbero, que está bajando el «cierre» de su puerta. A Jorge le gustaría que Manuel huyese para no pegarle. Pero Manuel no se va. Está temblando, pero no se va. Aguanta el miedo, pero no se va.

Dice Jorge:

—Anda, chico, vete a tu casa. No quiero pegarte.

Manuel dice:

—Tampoco yo quiero pegarte a ti. Por esta vez te perdono.

Interviene uno de los chicos que siguen a Jorge.

—¿Oyes, Jorge? Te perdona... Ponte de rodillas para que te eche el

«Dominus vobiscum».

Jorge Oliva se engalla:

—Oye, chico, a mí no tienes que perdonarme nada.

—Siempre me molestas.

—¿Te molesto, eh?

Manuel Prats siente deseo de decirle: «Bueno, no tiene importancia», y marcharse a su casa. Pero ha roto la botella, no puede volver a casa sin la botella y sin haberle pegado a Jorge.

Se encara con Jorge:

—Sí, me molestas, me llamas «Tata» y me sales siempre al paso. Yo no me meto contigo, voy a lo mío, y tú me molestas. Como vuelvas a molestarme y a llamarme «Tata», yo te llamaré a ti hijo de perra, a ver si te gusta.

La pelea es ya inevitable.

Jorge es más alto y más fuerte y sabe pegar. Manuel es más pequeño, pero tiene miedo a Jorge, y concentra todo su miedo en sus uñas y en sus dientes. Araña y muerde y se revuelve furioso a cada golpe, centuplicadas sus fuerzas por el miedo.

El cuerpo a cuerpo Jorge-Manuel dura varios minutos, durante los cuales ninguno de los dos chicos muestra cansancio.

Se va formando grupo de personas en torno a los que pelean. Miran con curiosidad. Los chicos se divierten y los azuzan.

Manuel creía encontrarse solo, creía que los muchachos de la calle se pondrían todos de parte de Jorge Oliva porque les da dinero y les compra cosas, porque Jorge es más fuerte. Pero Manuel se equivocaba. Había juzgado a sus compañeros injustamente. Bien por cierto instinto de solidaridad, bien porque Manuel está pegando y no se achicó esta vez frente al guapo del barrio, las simpatías parecen inclinarse al lado de Manuel y, salvo dos o tres voces que animan a Jorge, los chicos gritan:

—¡Pégale, Manuel!... ¡Pégale, Manuel!

—¡Así no volverá a meterse contigo!

—¡Dale fuerte, Manuel, no tengas miedo!

Una mujer grita:

—Van a matarse... ¡Separad a esos chicos!... ¡Van a matarse!

Dice otra:

—No se matan... Los chicos no se matan.

—Pues si se dan un golpe desgraciado...

—¡Quite allá!... Qué golpe desgraciado van a darse... Si los chicos se mataran tan fácilmente, no habría un chico vivo... Los míos llegan siempre a casa sangrando por las narices. Yo les pego encima. Pues, nada, tan tranquilos... No se matan, no... La hierba mala no muere.

Manuel y Jorge caen al suelo y en el suelo siguen luchando con verdadera furia. No se trata ya de vengar agravios. La gente les mira y ninguno de los dos quiere quedar vencido.

De pronto, una mujer que llegó corriendo aparta a las personas que están

mirando y se arroja sobre los chicos, repartiendo y recibiendo golpes y arañazos.

—¡Venga, tú, grandullón, deja a mi chico!... ¿No te da vergüenza?

La mujer consigue rescatar a Manuel, que había quedado ahora debajo de Jorge. Pero... Manuel no es su hijo.

—¡Anda, qué gracia!... Me dijeron que era mi Pedro, que otro chico le estaba zurrando... Y resulta... ¡Pues vaya!...

La mujer, puesta en medio de los dos, pone fin a la pelea muy dignamente. De este modo, no hay vencedor ni vencido.

—A ver si sois buenos chicos, ¡coña!... Tanto pelearse... Ya está bien que se maten los mayores por un quítame allá esas pajas... ¿Dónde hay un guardia?... Como venga un guardia vais los dos al calabozo, así Dios me salve...

La mujer limpia la cara de Manuel con su delantal. Manuel sangra por las narices copiosamente.

Después se vuelve hacia los que miran.

—Pues, anda, que ustedes ya tienen cuajo... Ven pegarse a los chicos, y tan tranquilos... ¿Es que no hay aquí una madre?

Ahora limpia la cara a Jorge. También Jorge sangra por las narices con abundancia.

—¡Venga, hijo, déjame limpiarte! Os habéis puesto como dos Cristos... Pues vaya hazaña... ¡Recoña!, y los demás riéndose a más reír, como si esto fuera una juerga... ¡Menuda juerga!... La culpa de todo esto la tienen las películas esas para menores... Buenos menores les dé Dios a ellos... ¡Para menores!... Esto es lo que les enseñan a los menores. Así está mi chico con más mataduras que el caballo de un gitano.

Aureliano, el barbero, dice:

—No exageres, mujer... Menudo cuento le echas a todo... Aquí no se mata nadie... Los chicos son chicos... Se han peleado siempre... Déjales que se zurren la badana, así se endurecen... Mete a tu Pedro bajo las faldas y hazle un marica... ¡No te digo!...

La mujer se encara con el barbero.

—Tú, a rapar barbas, y déjame a mí, que sé lo que digo.

Y a los chicos:

—¡Hala!, a daros las manos y cada uno a su casa... Como yo fuera vuestra madre... ¡Jo...! Os ponía el culo como un pandero.

Jorge Oliva dice:

—Bueno... Manuel tenía razón... Yo le hacía rabiar para divertirnos... Era jugando.

Y le tiende la mano.

Manuel mira la mano de Jorge Oliva y escupe en el suelo. Después vuelve la espalda y se dirige a la bodega.

La mujer dice:

—Mira el pequeño ese qué rencoroso... Éste es como mi chico. Cuando se enfada...

Va a decirle algo a Jorge, pero Jorge se fue también por otro lado, sin volver la cabeza.

El hombre de la bodega dice a Manuel:

—¿Qué te ha pasado, chico? ¿Hubo boxeo?

Manuel busca en el bolso del pantalón su pañuelo para limpiarse. Sigue vertiendo sangre por las narices y le duele el estómago y la barriga. No puede abrir un ojo y la cabeza empieza a darle vueltas.

—Toma un trago de vino. Es bueno para los golpes.

—No quiero vino.

El dependiente insiste y le pone una caña de tinto sobre el mostrador.

—Anda, bebe, muchacho... El que sabe pelear tiene ya derecho a un trago de vino... Bébetelo, chico...

Llena otro vaso y lo choca con el de Manuel.

—A tu salud, Manuel... Y para que tu padre no te pegue cuando llegues a casa.

Manuel vacila un momento, pero al fin se decide. Le gusta el vino. Además, como dice Román, se lo ha ganado a pulso. El que sabe defenderse puede beber un vaso de vino en una taberna. Alguna vez ha bebido un trago de vino, de cerveza o de vermut cuando fue con su madre o con alguno de sus hermanos. Pero aquello era diferente. Hoy es su bautismo de hombre, y bebe su vaso de vino de un solo trago, alternando, mano a mano, con el tabernero.

El dependiente pregunta:

—Bueno, dime qué te ha pasado. Si es que puede saberse...

Manuel crece de pronto, y adopta un aire de persona mayor. Se alza de hombros, quitándole importancia.

—Jorge... Ya le conoces... El chico ese de la casa nueva. Me molestaba... Hoy me fastidió y tuve que pegarle... Nos pegamos como dos fieras.

—Te ha puesto bueno.

—Pues anda que él también llevó lo suyo... Yo no quería pelearme, ¿sabes? Pero si uno se achica, le toman el pelo.

—Muy bien hecho, Manuel... ¡Uf!, si yo te contara... Yo también... Algún día hablaremos.

Román se va a atender a otros clientes y Manuel vuelve a limpiarse la sangre de las narices.

Está contento. Marcelo tenía razón. La experiencia le costó cara, pero ahora se acabó el miedo. Si le pegan, pega. Ya sabe Jorge que las bromas se acabaron. Ahora, que busque a otro para burlarse, si no ha escarmentado.

Dice a Román:

—Tienes que darme una botella para llevar el vino. Se me ha roto la que traía... Mañana...

—Deja, chico, lo que sobran son botellas. ¡Qué has de traer!... Toma ésta. Es de un litro. ¿Vale?

—Vale. Y gracias por todo.

—No hay de qué, chico, entre amigos.

Manuel Prats sonríe. Román ha dicho «entre amigos», y Román es un hombre. Manuel Prats está contento.

Sale de la taberna silbando y caminando con paso firme. Sólo le duele una cosa, la verdad.

(—Debí darle la mano a Jorge... Él me dio la mano y yo escupí en el suelo...)

Intenta justificarse:

(—Bueno, él me molestaba. Yo no le hacía nada... Él tuvo la culpa.)

Al doblar la calle, ya cerca de su casa, ve a Bibiana en el portal. Le está aguardando con impaciencia.

Manuel apresura el paso. Levanta la botella, enseñándosela a su madre como un trofeo.

—Manuel, hijo... ¡Cómo te ha puesto!

Interviene la portera:

—¿Qué le pasa al chico?

Bibiana empuja al niño hacia la escalera.

—Cosas de chicos... Un chico le provocaba y se han peleado. ¡Cosas de chicos!

—Pues yo, que la vi a usted tan asustada, me dije: «Le ha pasado algo»... Algo gordo, claro.

—Pues ya ve, nada gordo. ¡Cosas de chicos!... Lo que pasa es que una madre, en cuanto los chicos tardan... Pues, ya ve, una se asusta, se pone nerviosa...

Bibiana sube la escalera tras de Manuel, intentando retenerle para que le cuente, tratando de acariciarle. Pero a Bibiana ya le pesan las piernas y Manuel las tiene ligeras.

Manuel sube de cuatro en cuatro los escalones. Lo que a Manuel le importa es ver a su padre, ver la cara que pone Marcelo cuando le vea llegar a casa, sangrando... pero con la botella. A ver si le dice ahora que es una niñita.

Francisca abre la puerta.

—¿Cómo has tardado tanto?... Madre salió a buscarte, estaba ya impaciente... Anda, y vienes sangrando por las narices... ¿Te ha pegado Jorge?

Manuel entra en el comedor y deja la botella sobre la mesa.

—Nos hemos pegado.

Mira al padre de reojo. Marcelo come sin levantar la vista del plato.

Dice sólo:

—Tu madre estaba impaciente y salió a buscarte.

Otro bocado.

—Ya le dije que tú sabrías defenderte.

José pregunta:

—¿Quién te ha pegado?

Marcelo se adelanta a contestar:

—¡Cualquiera!... Un chico... Que si te pego, que si no te pego... Yo le dije: «Pues no te achiques. Si te pega, le pegas tú y en paz...»

Ahora, Marcelo levanta la cabeza y mira al niño. Manuel tiene un ojo negro y las narices hinchadas. El pañuelo de Manuel parece un trapo rojo.

—Anda, dile a tu madre que te lave un poco y acuéstate boca arriba unos minutos. Eso no es nada.

Manuel sale del comedor, decepcionado. Esperaba que su padre le dijera: «¡Bravo, Manuel! Te has portado bien.» Y Marcelo Prats ha dicho simplemente: «Eso no es nada.»

Bibiana, sí; Bibiana besa al chico, le lava la cara, busca en el botiquín (lo que ella llama el botiquín: una caja con algodón, unas vendas, un frasco de alcohol romero y otro de yodo, que guarda en el armarito del cuarto de baño) lo que necesita para una cura y lo extiende todo sobre la mesilla. Bibiana despliega la actividad de una enfermera en un quirófano y cura a Manuel minuciosamente.

—Bueno te ha puesto ese sinvergüenza. Y tú, ¿le has pegado?

—Me defendí... No le quedarán más ganas de tocarme... Le pegué de firme.

—¿Quién pudo más? ¿Tenía mucha fuerza?

Manuel siente deseo de contarle a su madre que él le ha vencido, que le dejó tirado como muerto. Pero vacila y al fin dice la verdad:

—Los dos nos pegamos bien hasta que nos separaron... Jorge dijo que no quería pegarme, que era por jugar... Tampoco yo quería pegarle, pero le pegué... Ahora no volverá a molestarme.

—Menudo susto nos has dado a todos... Como tardabas, tu padre quería salir a buscarte.

—¿Padre quería salir?...

—¡Habías de verle cómo se puso!... Estaba nervioso. Yo le dije: «No vayas, eres un hombre y te comprometes... Si tú te metes entre ellos y pegas al chico, pueden llevarte a la cárcel. Déjalos a ellos. Cosas de chicos... Manuel no es tonto y tiene mucha fuerza...»

Manuel mira a su madre, agradecido.

—... «Ya verás cómo Jorge le coge miedo...» Eso le dije. Pero tu padre estaba nervioso y me dijo: «Anda, ve tú, que las mujeres lo arregláis todo.» Y yo bajé corriendo... Iba ya a salir para la bodega cuando te vi en la esquina... ¡Cristo, los disgustos que dais los chicos!... Anda, ve a comer, que ya debes tener la comida fría... ¿Quieres que te la caliente?

Que la comida esté más o menos fría no es cosa que preocupe a Manuel en estos momentos. Lo importante es que ya pasó todo, que se ha quitado de encima la pesadilla de su miedo a Jorge y que ahora ni su padre, ni sus hermanos, ni los chicos de la calle pueden llamarle cobarde.

Cuando Manuel entra en el comedor, Marcelo se levanta de la mesa para salir. Al pasar junto a Manuel no le dice nada, pero le tira de los pelos cariñosamente y le aprieta la cabeza contra su pecho.

Manuel está mareado y está contento. El vaso de vino que le dio Román y que bebieron juntos, de igual a igual, le fortaleció bastante. Ahora, Marcelo le ha apretado la cabeza contra su pecho, sin decirle nada, pero Manuel sabe

cuántas cosas le ha dicho Marcelo Prats con su abrazo...
Dice Xenius:
—Bueno, Manuel, cuéntanos qué te ha pasado.
Bibiana dice:
—Ya os lo contará... Ahora come, hijo... Voy a hacerte, en un momento, una tortilla francesa, como a ti te gusta.

XVIII

Marcelo Prats se vuelve sobre el costado izquierdo y con la mano derecha tantea la cama, esperando posarla sobre la parte más carnosa de su mujer. Pero Bibiana no está ya acostada. Marcelo Prats tantea sobre la sábana, caliente aún por el calor de su cuerpo; la sábana huele aún a su cuerpo. Marcelo se recrea acariciando el hoyo que el cuerpo de Bibiana ha dejado sobre el colchón.

Después retira las ropas y se despereza. Y así, con el pecho descubierto y el brazo extendido, cierra los ojos y empieza a rumiar recuerdos:

(—Bueno, bueno, Marcelo, ¿qué sucedió hace veintidós años? ¡Ah!, te han cazado. Eso es, te han cazado. Has caído en la trampa. Y todo por los bonitos ojos de una chica...)

Bosteza.

(—Marcelo Prats, ¿quiere usted a la señorita Bibiana Gisbert por esposa?... ¡Coño, si la quería!... A rabiar. Uno se encapricha por una mujer, y ¡hala! Ni libertad ni nada... Derechito a la trampa... Y ella también me quería... Menudos disgustos con la familia... Que si todos son rojos en esa casa, que si ese hombre nunca será nada... Pues ella, como si nada, que yo me caso con este hombre y sea lo que Dios quiera... Menudos disgustos...)

Desde la cama siente a Bibiana andar por la cocina, preparando el desayuno de los muchachos. Siente el ruido familiar del grifo del agua corriendo sobre el caldero de cinc y el chichisbeo de un cazo que gotea sobre la chapa caliente. Después, el ruido de la cisterna del retrete y las voces de Francisca y de Manuel, que pretenden usar al mismo tiempo el cuarto de aseo. Bibiana pone paz en el pasillo y se lleva al muchacho para fregarle el cuello en la pila de la cocina.

—¡Cochino, más que cochino!... Se pueden plantar patatas en tu pescuezo... Bien abonadas irían... Mire usted qué modo de lavarse... Como los gatos...

Bibiana sigue riñendo con el muchacho. El muchacho dice que el agua está fría, que se le ha mojado la camiseta. Bibiana grita. El chico grita más fuerte. El grifo de la cocina es la música de fondo del concierto.

Todo así, como siempre. Pero las cosas tienen hoy un color nuevo, un sabor nuevo para Marcelo Prats. Marcelo Prats empieza a descubrirlas y a saborearlas. Siente vivo el placer de verse rodeado de su familia.

(—Como dar, ya dan trabajo... Uno se mata a trabajar para ellos, y ellos venga a dar disgustos... Pero son los hijos. Marcial lo dice: «Los hijos son los

hijos. Dan disgustos y tal, pero son los hijos. ¿Qué te dan en la calle?... Pues, eso, también disgustos y no son nada nuestro y nos sacan el dinero...»)

Los hijos dan disgustos, pero Marcelo se siente optimista y no cambiaría a sus hijos, en este momento, por todo el oro del mundo.

(—Es estupendo verse rodeado de la familia... A uno le quieren, le respetan... ¿Le respetan?... Cuidado, Marcelo, eso de respetarte... Los chicos de ahora no respetan a nadie. Creen que lo saben todo, que ellos se bastan... Y nosotros, ¿qué?... Bueno, nosotros, en nuestros tiempos, también teníamos siempre la razón, ¿o no?... La teníamos, pero nos guardábamos bien de discutir con los viejos... Más hipócritas, claro... ¿Mejores?... Cualquiera sabe... Uno, en resumidas cuentas, nunca sabe nada.)

Marcelo Prats sube el embozo de las ropas para taparse el pecho, pero en seguida vuelve a rechazarlo.

(—Hace calor... Va a apretar el calor este verano... A los chicos les gustaría... Pues nada de eso, no hay veraneo... No somos funcionarios del Estado: que si residencias, que si vacaciones, que si descuentos... Menuda bicoca tienen los funcionarios... Y todavía se quejan... El Estado no puede con sus cargas, pero ellos, nada, como si nada: que si los sueldos no alcanzan, que si tienen derecho a tener casa... Casa y coche, sí, señor... Paga el Estado. Uno se mata trabajando, y nada. ¡Que uno reviente! Pero los funcionarios... Sus gratificaciones, su veraneo...)

Ahora, Marcelo echa la ropa hacia atrás; con los pies, la tira fuera de la cama.

(—Pues sí, señor. A uno le gustaría también sacar a los hijos al campo, a donde sea... Ésta es la verdad... Y a ella... La de veces que le habré prometido llevarla a alguna parte... Que si los hijos son pequeños, que si no hay dinero, que si no puedo dejar sola la tienda... Menos mal que Bibiana es de buen aquel... Nunca una queja... No he sido un gran marido, ésta es la verdad, pero a pesar de todo, ella me quiere... Y ya son años, ¿eh?... Veintidós años. Se dice pronto, pero ya son años... Aquella noche...)

Marcelo Prats se revuelve gozoso en la cama al recordar su noche de bodas, cuando llegaron al piso, a este mismo piso, y al encontrarse sola con él, Bibiana se echó a llorar.

(—La tonta ésta... Bibiana fue siempre como una niña.)

Marcelo Prats se olvida de sus problemas particulares, de los problemas que le plantean los chicos y de su odio secular a los funcionarios del Estado para pensar sólo en Bibiana.

Repite:

(—Una chiquilla... Hasta los hijos se burlan de ella.)

Esta misma infantilidad, esta eterna minoría, es, posiblemente, lo que le ha conservado entera su estimación.

Marcelo Prats no se atreve a decir amor, porque la palabra le resulta un poco ridícula a sus años. Estimación, cariño... Se confiesa que quiere a su mujer como el primer día.

(—Hace ya veintidós años... Eso es, veintidós años. El tiempo pasa.)

Marcelo Prats recuerda con gusto la mañana del día 6 de julio del año 39, cuando Bibiana y él salieron de la iglesia convertidos en marido y mujer. Se casaron por la mañana, muy temprano, porque la boda, a esa hora, costaba poco. No hubo banquete ni juerga. Un chocolate para los padrinos y los testigos. Nadie pensaba en juergas ni en banquetes en un Madrid que todavía olía a pólvora y cuando hacía nueve días que Teófilo Prats, capitán del Ejército Republicano, había caído frente al piquete de ejecución, y otros dos Prats, Jaime y Eugenio, estaban en la cárcel aguardando sentencia. Los Gisbert, los parientes de Bibiana, ésos sí estaban contentos. Ganaron la guerra. Los Gisbert eran todos conservadores. Militaban en la Lliga. Ellos, los Prats, les habían salvado sus vidas y sus intereses. Después cambiaron las cosas y los Prats ingresaron en la cárcel. Todos menos él, que era un muchacho y no había tenido tiempo para significarse.

Marcelo Prats carraspea y traga saliva. Se siente incómodo cuando recuerda aquello.

No fue así exactamente. Más joven que él era Xenius y se enroló voluntario en el Ejército. Pagó con la vida. Él, Marcelo, sin desertar por completo del clan de los Prats, no había tomado partido a causa de Bibiana, de la familia de Bibiana. Tiraban mucho Bibiana y su familia. A un lado la familia de Bibiana, a otro la suya, y, la verdad sea dicha, él no estaba tampoco muy convencido de que la razón asistiera por completo a las izquierdas o a las derechas. Y en éstas andaba cuando estalló la guerra. Se incorporó al Ejército cuando le llamaron y volvió a su casa tranquilamente cuando le licenciaron. Los parientes de Bibiana le avalaron, respondieron por él como cosa propia. Marcelo Prats era diferente de sus hermanos. «Uno de los nuestros.» Claro, no le ocurrió nada.

(—En realidad, yo no...)

Él no, claro. No le ocurrió nada. No le ocurrió nada más que... eso. Entonces, y ahora, al recordarlo, se sienta un poco traidor a los suyos, aunque nada tiene que reprocharse.

(—Cada uno es cada uno... Yo tenía derecho..., creo yo... Uno puede pensar como le dé la gana, creo yo... O no pensar nada... Y uno tiene derecho a salvar la vida... ¡Anda que si todos los españoles fueran a reprocharse esto o lo otro!...)

Marcelo Prats aparta su pensamiento de aquel episodio desagradable para volver al día de su boda.

Cuando terminó la guerra, una Gisbert, ya vieja y sin familia, les trajo a Madrid y les cedió el piso y la tienda para que se casaran. Una boda sin ruido, casi en secreto.

(—Bueno, lo que importa... ¿Fuimos felices?... Sí, señor, muy felices... Todo lo felices que pueden ser dos personas que se quieren y que apenas tienen dinero... Muy felices, sí, señor... ¿Disgustos?... ¡Pché!... Todos los matrimonios tienen disgustos... ¿O no los tienen?... Uno no es de pasta flora,

digo yo... Los hijos, claro... Sus más y sus menos... Que si yo los educo mal, que si tú los educas peor... Como todos los matrimonios, ¿no es eso?)

Eso es. En el balance anual de sus vidas, que Marcelo Prats hace en el aniversario de su boda, no se siente descontento. Bibiana es para él una compañera dulce y comprensiva, siempre dispuesta a sacrificarse por su bienestar y el bienestar de los chicos. ¿Quién arregla la casa? Bibiana. ¿Quién les guisa pero que muy bien? Bibiana. ¿Quién les cuida cuando están enfermos? Bibiana... Y lo más importante, ¿quién les aguanta todas las impertinencias? Bibiana.

(—Buena mujer, sí, señor... Uno ha tenido suerte... No todas las mujeres son como ella. Otros cuentan que sus mujeres... Marcial mismo... Tampoco es mala mujer Teresa, pero tiene las manos rotas, gasta dinero, nunca tiene un céntimo en el bolsillo... Bibiana...)

De pronto, Marcelo recuerda algo que le regocija, algo que le divierte extraordinariamente.

(—Estuvo bueno lo de la Radio... Anda que lo de la cárcel también fue bueno... La tonta ésta... La verdad es que entonces no me hizo gracia... Dejarse arrastrar así... Pero tuvo gracia. ¡Vaya si la tuvo!... Cuando detuvieron a mi mujer... Nadie lo creía... Tu mujer, ¡qué va!... Y usted, como es mujer de un industrial, cinco mil pesetas... Un industrial..., ¡ejem!... Bueno, tampoco uno es cualquier cosa... Si todavía he de agradecer al Gobierno que me haya cotizado alto... ¡Para matarla, vamos!... Pero la cosa tuvo gracia, sí, señor... Bibiana Prats, una terrible revolucionaria... Y luego el pitorreo de los chicos... Ni José la tomó en serio... Y ella lloraba... ¡La tonta ésta!...)

Marcelo se dice de buena gana:

(—Buena mujer, sí, señor... He tenido suerte... Y ella, ¿qué?... ¿No ha tenido también suerte?... Sí, señor, mucha suerte... ¿O es que yo soy un mal marido?)

No, Marcelo Prats no es un mal marido. En el recuento de sus defectos y sus virtudes, Marcelo Prats se inclina al lado de la clemencia —él dice de la justicia— y se encuentra un marido bastante recomendable.

(—Bien, un poco egoísta, de acuerdo... Todos somos egoístas, ¿no es eso?... Egoístas, egoístas... ¿Quién no es egoísta?... Pero Bibiana no puede quejarse, no, señor... Si no tiene lujos..., bueno, ella sabía que no se casaba con un millonario... Todo lo que gano es para la casa... Yo no tengo vicios... Pues ¿entonces?...)

Pero Marcelo no se siente satisfecho. Es un buen marido, claro. Se lo reconoce. Pero todos los años, en el aniversario de su boda, después del balance, acaba prometiéndose:

(—Un poco brusco algunas veces, ¿no?... El carácter... Genio y figura... En fin, la trataré con más cariño... Las mujeres... A las mujeres no les basta que uno sea un hombre cabal; ellas quieren eso..., que uno las mime, que les diga cosas...)

Bibiana ha despachado ya a los pequeños. Manuel se fue a la escuela y

Francisca a la peluquería. Bibiana anda ahora por el pasillo hablando con alguien.

—... ¡Que ya tienes el café en la mesa!... Esta muchacha no acaba nunca de arreglarse... ¿Oyes, Nat?... Vas a llegar tarde... Cuando yo digo...

Grita más fuerte:

—¡Nat!... Que ya son las ocho... No sé qué jornada intensiva es la vuestra.

Después entra despacio, de puntillas, en la habitación para despertar a Marcelo.

Como Marcelo tiene los ojos cerrados, cree que duerme y se inclina sobre él para acariciarle. Pero Marcelo la agarra por la cintura, tirándola sobre la cama. Bibiana forcejea para incorporarse. Marcelo se ríe. Marcelo tiene los brazos fuertes todavía y Bibiana no puede desprenderse de ellos.

—Por favor, Marcelo, suéltame... Suéltame, hombre, que me haces daño... ¡Qué bruto eres!...

Bibiana dice «qué bruto eres», pero le agrada el juego. Le agrada que Marcelo la retenga entre sus brazos, aunque no es muy cómoda su postura. Tiene un brazo retorcido bajo el cuerpo. No importa. Ni le duele. Le agrada el juego.

—Marcelo, por favor... Suéltame, Marcelo... ¡Qué bruto eres!... Cuando te empeñas en una cosa...

—... que a ti no te gusta...

—Qué cochino eres; no pensaba en eso.

—Pero si yo no te he dicho nada.

—Pero lo piensas... Si te conoceré... Tú eres así... De pronto te entra fuerte... Anda, déjame, que es tarde... A ver si tienes formalidad, asqueroso viejo...

La blusa de Bibiana se ha desabrochado y el pecho desnudo de la mujer roza la cara del hombre. Marcelo besa el cuello, muerde ligeramente el cuello y empieza a respirar fuerte. La sangre se le calienta. Carraspea para aclararse la garganta. Forcejea con Bibiana, que se resiste a desnudarse y a volver a acostarse.

—Por favor, Marcelo, que ya se ha levantado Nat... Puede llamarme... Y el café... He dejado el café sobre la cocina... ¡Ay, Marcelo, el café!...

—Deja el café con mil pares de puñetas y estáte quieta. Nat cuidará el café... Anda, quédate aquí, sólo un poquito... Sólo un poco, mujer. Ven, no seas cardo... ¿A que no sabes qué día es hoy?

—Claro que lo sé... Iba a olvidarme yo... Es a ti a quien se le olvida algunas veces... Anda éste, que no sé qué día es hoy... A las mujeres no se nos olvida.

Bibiana consigue incorporarse y, antes de que Marcelo vuelva a derribarla sobre la cama, se aparta de él y empieza a buscar algo en el armario.

—A una no se le olvidan esas cosas.

Marcelo se ríe, sacudiendo el dedo pequeño dentro de una oreja para desatascarla del cerumen que por las mañanas le impide oír. Hace una bolita y la arroja al suelo. Después se limpia el sudor del cuello y de la cara con la sábana. Sigue riendo.

—Para esta noche te espero... Ya te cogeré... A ver si crees que tu marido es un carcamal... Ya te diré yo esta noche...

Marcelo Prats se despereza, lanzando un grito gutural en varios tonos, que acaba en un rugido sordo.

—¡Hala!, ya está aquí el león de la Metro... Manuel ruge igual que tú cuando le despierto.

Marcelo se frota con las dos manos la cabeza hasta revolver los pelos completamente. Ahora bosteza.

Bibiana encuentra al fin en el armario lo que buscaba y arroja el paquete sobre la cama.

—A ver si te gustan... Anda, estrénalos esta mañana.

Marcelo Prats no pregunta lo que hay dentro del paquete. Un par de calcetines o una corbata. Puesto que ella dijo «estrénalos», no cabe duda de que son calcetines.

(—Bueno, tampoco voy a pedirle mucha imaginación para escoger un regalo. Ni imaginación, ni dinero, claro... Una corbata, unos calcetines... ¿Qué otra cosa iba a regalarme?)

El gesto de Marcelo desmoraliza a Bibiana.

—Hijo, parece que no te gusta... Y ni lo has abierto... Pues son de nylon, para que te enteres. De espuma, dicen... Como los de José... Menudo resultado... Una no tiene que estar todo el día cose que te cose...

Marcelo tiene ganas de bromear:

—Total, que es para ti el regalo...

—Mira qué gracioso... ¿Quién va a lucirlos?

Marcelo abre el paquete. Este año, el regalo ha aumentado de valor y de cantidad. Los calcetines son de nylon, efectivamente. Y hay también una corbata y dos pañuelos. Bibiana dice:

—Los pañuelos son muy finos... Los llaman egipcios. Natalia los ha comprado para su jefe. Para felicitarle el día de su santo. Y se los mandó a una bordadora. Y yo dije: «Voy a comprárselos a Marcelo», y te los compré, y los llevé a la misma bordadora.

Marcelo piensa:

(—¡La tonta ésta!)

Pero está emocionado. La tonta ésta le quiere, a pesar de sus gruñidos y de sus tarascadas. Sí, señor, tiene más suerte que Marcial y que Bernardo, y que José, con sus mujeres.

Se tira de la cama y agarra a Bibiana por la cintura.

—Bueno, y tú no me preguntas qué te he comprado.

—¿Me has comprado algo?

—Todavía no... Ya sabes que me gusta que tú lo compres, o que hagas con el dinero lo que te dé la gana.

—Pues a mí me gustaría...

—He pensado algo...

Desde el pasillo llama Natalia:

—¡Mamá!... ¿Dónde están las medias que dejé tendidas en la cocina?

Bibiana busca en los bolsos de su delantal. Sí, aquí están las medias de Nat. Las recogió para que los chicos no jugasen con ellas. Después, que si puntos, que si carreras, que si eran nuevas, y los chicos se las rompieron.

—Yo las he recogido, Nat... Aquí las tienes.

Marcelo empieza a vestirse y Bibiana va a la cocina a prepararle su taza de boldo.

—Toma las medias, Nat. ¿Es que vas a ponerte medias hoy con este calor?

—Ahora, no. Por la noche, si salgo... Pero no quiero dejarlas por ahí tiradas.

—Tiradas, no... Yo te las recojo siempre.

—Es igual. Dame las medias.

Marcelo entra en la cocina sin haberse lavado aún.

—¿Le has dicho ya a la chica que hoy no comemos en casa?

Bibiana y Natalia se miran sin comprender. Natalia pregunta:

—¿Dónde comemos?

—Tú, en casa, digo yo... Alguien tiene que dar de comer a los chicos. Tu madre y yo nos vamos hoy de parranda.

Bibiana abre la boca. Vuelve a cerrarla sin decir nada. Se pone nerviosa y empieza a enredar las manos en el delantal.

Es Natalia la que protesta:

—¿Qué mosca os ha picado?

—Como picar, a nosotros ninguna... Nos picó hace tiempo... Si no lo sabes, pregúntale a tu madre qué día es hoy.

—¡Ah, vamos!... Alguna de vuestras cosas.

Marcelo está de buen humor. Tira del pelo a su hija.

—Menuda cosa... Lo necesario para que tú vinieras al mundo... ¿Te parece poco?... Mira a tu madre... Una mosca muerta, ¿eh? Pues así, con esa cara de mosca muerta, me cazó para siempre.

Bibiana tiene los ojos húmedos y sonríe, sin dejar de enredar con el delantal.

Natalia se alza de hombros.

—Bueno, ya... El aniversario de vuestra boda... Los novios a divertirse y seré yo quien pague los vidrios rotos.

—¿Qué vidrios rotos? El que va a pagar la comida es un servidor.

—De sobra me entiendes... ¿Quién va a hacer la comida y a fregar los platos? Ya sabes que yo no puedo.

—Nadie te ha dicho que hagas la comida, sino que comas tú y que sirvas a tus hermanos cuando llegues de la oficina. ¿O también te molesta?

—No es que me moleste...

—Pues no se hable más... Y por la tarde das la cena a los chicos y que se vayan a donde quieran.

—¿También por la tarde? Tengo que salir.

—Nadie te ata en casa... ¿Es que pensabas ir a cenar por ahí y regresar a la madrugada?

—Pues sí... Hoy pensaba cenar en casa de Ana. Y después al cine.

Marcelo Prats hace crujir los huesos de los dedos, golpeándose las manos. Va a decir algo, pero se arrepiente. Bueno estaría que esta mocosa les estropeara todo el día. Prefiere aguantar las ganas de darle un cachete y deshacerle los planes. Conoce a Natalia. Nada adelantaría con emplear la fuerza. Ya ha amenazado alguna vez con irse de casa. Y Marcial lo dice: «Cuando los hijos trabajan tienen sus derechos. Son ya mayores.»

Marcelo carraspea y se larga al cuarto de baño.

Abre el grifo y coloca la cabeza bajo el agua.

(—¡Esta mierda de niña!... Necesitaba un par de bofetadas, eso es. Un par de bofetadas... Cría hijos, Marcelo... Cría cuervos y te sacarán los ojos...)

Desde la cocina dice Bibiana:

—Ya está arreglado... Todo arreglado, Marcelo... No hay por qué disgustarse...

Bibiana viene por el pasillo, retorciendo el delantal entre las manos. Se acerca a la puerta del cuarto de aseo.

—Yo dejaré la comida y la cena hechas, y Francisca las servirá... Los chicos obedecen a José... No hay caso, Marcelo... ¿Oyes, Marcelo?... Le diré a José que se lleve al niño.

Un bufido de Marcelo.

Marcelo sale del cuarto de baño, secándose la cabeza y tarareando:

—La cucaracha..., la cucaracha..., ya no quiere trabajar..., porque le falta..., porque le falta...

Grita fuerte:

—Eso es lo que le falta a esta niña: un par de cachetes... Déjala, Bibi. Tú y yo vamos a divertirnos de lo lindo.

Está claro que Marcelo Prats no quiere disgustarse hoy. El agua fresca le ha borrado la idea de retorcerle el cuello a Natalia.

Coge a Bibiana por la cintura y la arrastra hasta la cocina.

—Da de comer a los chicos y deja la cena ahí, sobre la mesa. Que la calienten o que se la coman fría. No van a morirse. Hoy nos vamos de juerga, sí, señor. Tomás se queda en la tienda, ¿sabes?... Le llamaré... No le he molestado nunca... Bueno, me debe favores... Es buen chico Tomás.

Bibiana pone sobre la mesa una taza de boldo.

Marcelo protesta:

—Una lavativa, eso es... Agua sucia para lavarse el estómago... ¿Recuerdas, Bibi, cuando bajabas por churros y nos los tomábamos con un buen café?...

—Si quieres...

—Ni pensarlo... El hígado no entiende ya de bromas... Uno va para viejo y hay que cuidarse... Y hay que tener el estómago limpio para la comida.

Bebe la taza de boldo como una purga.

—A las dos vas a buscarme. Un día es un día. Vamos por ahí...

Otra vez cantando «La cucaracha» va Marcelo a la habitación, acaba de arreglarse y, antes de cerrar la puerta de la escalera, grita a Bibiana:

—¡A las dos te espero!... Que se arreglen los chicos como puedan. Un día es

un día...

—Un día es un día.

Bibiana se lo repite mientras busca en el cesto algunas patatas. Hoy, comida de domingos. También los chicos tienen que celebrarlo.

(—Les gusta tanto... Y es buen arreglo... Una ensalada... Queda preparada para la noche... Francisca sabe freír un huevo y hacer la tortilla francesa para Manuel... ¡Anda, no tengo carne!... Ah, pues no bajo. Hoy no tengo que ir al mercado. Las relleno con chorizo. Eso es.)

Bibiana empieza a preparar la comida, pero está nerviosa. Deja la comida y se pone a arreglar las habitaciones. Deja las habitaciones sin arreglar y vuelve a la cocina. Va y viene, perdiendo tiempo, de la cocina a las habitaciones, de las habitaciones a la cocina.

Tiene motivos para estar nerviosa. No se come siempre fuera de casa. ¡A ver!... Para Bibiana Prats es una novedad. Si fuera como Mauricia, que sale al campo...

(—¡Anda, qué bueno!... Mauricia... Ah, pues yo se lo digo... ¡Vaya si se lo digo!)

Bibiana Prats abre la ventana y empieza a buscar algo en la fresquera. Un vaho caliente sube del patio y se le mete por la ventana.

No hay suerte. Parece que Mauricia no anda hoy por la cocina. A lo mejor se fue también de fiesta.

(—¡Ah, pues yo se lo digo!... ¿Y si la llamara para pedirle algo?... No, pedirle, nada... No me gusta. Es darle confianza a ella y a las otras para que empiecen... No me gusta. Que no, vamos... No le pido nada.)

A las once, Bibiana conecta el receptor de radio. Y vuelve a buscar algo en la ventana. Mauricia Villar tiene su aparato en la cocina y no se pierde el serial de las once.

Claro que no. Aquí está Mauricia.

(—¿No lo decía yo? Pues ahora va a oírme.)

Cuando termina el serial, Bibiana Prats se asoma a la ventana y sacude el mantel de plástico. Nunca tan bien sacudido.

Desde el tercero sube la voz de Mauricia:

—Trabajando, ¿eh?

—¡Qué remedio, hija!... La casa es la casa... Trabajando y oyendo la radio para entretenerse una.

—¿Qué me dice de esta novela?

—¡Qué voy a decirle!

—Es muy buena, ¿eh?

—Muy buena.

—La mejor de todas.

—Las hay muy buenas.

—Pero como ésta... A mí me gustan éstas de esos países... Una parece que lo está viendo.

—¿Usted conoce ese país donde pasan las cosas?

—Claro que no. Debe ser un país americano, de esos de las películas..., ¿no sabe?

—Sí, supongo...

—Una lo está viendo... Mire que cuando le meten la serpiente esa en la habitación...

—¿Una serpiente dice?...

—Sí, mujer, la jacarandá... ¿No sabe usted lo que es una jacarandá?... Pues, ya ve, yo pasé miedo, pero me reí... Ya sabía yo que no la picaba... Como dice Fermina, la mercera: si la chica muere envenenada, a ver con quién se casa el dueño de la plantación.

—Claro, no podía picarla... Bueno, si me perdona, Mauricia, tengo que dejarla... Hoy comemos fuera... No sé dónde... Marcelo dice que es una sorpresa...

—Irán al campo.

—No sé. A Marcelo no le gusta el campo. Le gusta un buen restaurán y pisar asfalto... Dice que después iremos no sé dónde a pasar la tarde.

—¡Hala, como dos novios!

—Eso dice Marcelo. Que los chicos ya son mayores... Bueno, perdóneme usted, tengo que dejarla con la palabra en la boca porque se hace tarde.

—¡Vaya usted con Dios!

Bibiana Prats se retira de la ventana muy satisfecha. Se ha apuntado un tanto.

(—Ya me estaba fastidiando a mí la tal Mauricia con su moto, y su coche, y su campo, y su Vicente... A ver si cree ella que las demás no tenemos marido ni podemos echar una cana al aire... Pues ya ve que una...)

Sí. Contenta, muy contenta. Mientras trabaja, Bibiana Prats se pone a cantar:

(—La cucaracha, la cucaracha...)

La cucaracha ayuda a Bibiana a despachar sus quehaceres, y cuando llegan los chicos ya está todo a punto.

—Francisca, hija, hoy vas a servir tú la comida a tus hermanos.

—Yo, ¿por qué?

—Porque yo no como en casa. Es el aniversario de nuestra boda y nos vamos tu padre y yo por ahí...

Al decir esto, Bibiana Prats se pone colorada y las palabras se le atragantan.

—... a celebrarlo... Un día es un día.

—¡Yo no sé cómo se sirve!

—Ya eres inútil, chica... Mira que no saber servir una mesa... Pues el día que te cases, si no te casas con un hombre rico, a ver quién te sirve...

Manuel dice:

—¿Me lleváis a mí con vosotros?

—¡Lo que nos faltaba!... Que no, chico, que hoy vamos de novios.

Bibiana se ríe y disimula su turbación levantando las tapas de las cazuelas.

—Ya está la mesa puesta y la comida hecha. Si me apuras, la dejaré servida en los platos. ¿Quiere más la señorita?

Bibiana da con el paño de la cocina a Francisca y después tira de las orejas a Manuel.

—Tú vas a bajar ahora a la confitería y subes medio de pasteles para el postre. Un día es un día.

—¡Hala, qué bueno!... Venga el dinero.

—Para eso andamos siempre listos, ¿verdad, Manuel? Bueno, os los coméis todos al mediodía o guardáis alguno para la cena. Vosotros veréis...

—¿Tampoco vienes a cenar?

—No sé... Ahí queda la cena. En la cazuela pequeña. ¿Oyes, Francisca? Fríes un huevo para cada uno y al niño le haces una tortilla. Nat no cena en casa... Y no pongas esa cara, que nadie te pide un gran sacrificio... ¡La mona ésta!... Pues, anda, que si te metes en un convento, también tendrás que trabajar lo tuyo. Y ser la criada de las otras monjas, que así se empieza... Estáis mal acostumbrados, eso es... Una lo hace todo, y si un día... ¡Vaya! Habíais de estar como otras chicas que trabajan para ganarse el pan de cada día y, en su casa, ¡a trabajar también!... ¿Oyes, Francisca?

—¡Síiiii!

Bibiana Prats se quita el delantal y va a su habitación para ponerse los zapatos.

(—Anda, que si saliera de zapatillas... Menuda juerga con los muchachos... La cucaracha, la cucaracha... Dichosa cucaracha... Cuando a una se le mete un soniquete en la cabeza... ¡Ay, qué Marcelo!... No creas que tu marido es un carcamal... Para esta noche te espero... Ya te diré yo esta noche... ¡Qué Marcelo!...)

Bibiana entra en la habitación de las chicas y busca en el armario el frasco de perfume de Natalia. Se da unos toques detrás de las orejas y en el pelo.

(—La cucaracha, la cuca... ¡Ay, qué Marcelo!... Buenos son los hombres... ¡Bah, Natalia no lo notará siquiera!... Y si sabe que me eché un poquito, ¿qué?... A ver si la madre no puede perfumarse un día... Un día es un día... Ya te cogeré esta noche... Diablo de hombre...)

Otro poco de perfume en el escote, entre los pechos.

Bibiana se mira por última vez en el espejo y sale al pasillo. Desde la puerta de la escalera repite:

—Francisca, ya lo sabes... Todo queda preparado en la cocina.

Manuel le cierra el paso:

—¡Venga el dinero para los pasteles!

—Anda, ven. Yo los compraré y tú los traes a casa.

Manuel baja las escaleras saltando, agarrándose al pasamanos. Bibiana Prats siente también deseos de saltar, de cantar.

(—Marcelo... ¡Jesús, qué hombre!... Tiene sus cosas, claro... Como todos los hombres... ¿Es que los hombres son unos santos?... No, padre. Todos tienen sus defectos... Anda, qué gracia, como nosotras... Marcelo tiene sus cosas, pero es muy bueno. La verdad, muy bueno... Y una le quiere... Son muchos años...)

Casi grita:
—¡Manuel! Que vas a matarte, chico... Siempre saltando como un rebeco... Diablo de chico...
Después saluda a la portera:
—Buenos días, Amalia.
—¿Qué, de paseo?...
—A comer por ahí... Hoy es el aniversario de nuestra boda.
—Anda, qué suerte... Ya decía yo que el señor Prats estaba muy contento. Bajaba las escaleras cantando, como un muchacho.
—Sí, claro... Hoy es un día..., ¿verdad?...
—Pues que lo pasen ustedes bien.
—Gracias, Amalia.
Cuando Bibiana sale a la calle piensa:
(—Si seré tonta... Debí de darle un par de duros. Para que usted se tome una caña a nuestra salud. Es lo que se hace... Pues no me vuelvo... Después, cuando regresemos... Sí, debo hacerlo... Dos duros no van a ninguna parte, y siempre se agradecen... Hay que estar bien con los porteros. Al fin y al cabo, los porteros son los porteros, y si un día una los necesita...)
Bibiana Prats compra los pasteles y se los entrega al niño.
—Cuidado con andar metiendo los dedos, pellizca por aquí, pellizca por allá, porque a ti te conozco...
Manuel se ríe.
—Pues dame ahora un pastel.
Bibiana vacila. Al fin se decide.
—Bien, toma uno... No, toma dos... Pero me vas a dar tu palabra de que los otros llegarán a casa enteros.
—Mi palabra.
—A ver si la cumples. Ya me contará Francisca... Y a José le dices que te lleve con él esta tarde.
—¡Hala, qué bueno!... A lo mejor, vamos al cine.
Bibiana despide al chico y se dirige a la tienda con paso ligero. No es cosa de que Marcelo la esté esperando y vaya a ponerse de mal humor.
Marcelo Prats la está esperando, efectivamente, pero no se pone de mal humor. Sobre el mostrador hay una pieza de tela estampada y Marcelo dice:
—Bueno, a ver lo que necesitas para un vestido.
Bibiana Prats mira a su marido, mira a la tela, sin atreverse a tocarla, mira otra vez a Marcelo y empieza a reírse a golpes, como si tuviera hipo...
—Es muy bonita; pero yo, Marcelo..., no lo necesito... Tengo este vestido del año pasado. Está casi nuevo... A ti te gustaba...
Marcelo extiende la tela y empieza a medirla, como si se tratara de una cliente.
—¿Cuánto necesitas?...
—Ya tengo éste... Si apenas salgo...
—Pues así tienes otro... Que no se diga que en casa del herrero... ¿Tres

metros?... Pondremos cinco. Por si te haces una chaqueta.

Marcelo mide la tela y Bibiana se atreve a tocarla. Las manos de los dos se tocan sobre la tela, se aprietan sobre la tela. Dice Bibiana:

—Es muy buena.

Marcelo dice:

—Y tú, ¿no eres buena?

Y le aprieta otra vez las manos.

—¡Vaya, vaya, viejo tonto!... Suéltame la mano, hombre... Estaba pensando que esta tela, para Natalia...

Marcelo da un manotazo sobre la tela y después la retira del mostrador.

—La chica tiene ya bastantes trapos. Todo lo que gana se lo echa encima. Vicio es lo que tiene. ¡Vicio!... El vestido es para ti, o no habrá vestido... Si éste no te gusta...

—Es muy bonito.

—Pues no hablemos más. He elegido el fondo azul porque te va bien. Es discreto y alegre. Marrón ya tienes ése...

Guiña un ojo a Bibiana:

—Pero habrá que comprar unos zapatos... Bueno, no me digas que te dé el dinero para comprárselos a Francisca.

Salen de la tienda. Cierra Marcelo y entrega la llave en la portería para que se la den a Tomás Samper, que la abrirá esta tarde.

—¡Hala! Vamos así, cogidos de la mano.

—La gente, Marcelo. ¿Qué dirá la gente?

—Bueno, a nosotros ¿qué nos importa? ¿Quién se ahorcó hace veintidós años, ellos o nosotros?

—Pero ¿qué dices?

—Digo que quién se casó. ¿No es hoy nuestro aniversario?

—Sí, claro...

—Pues entonces...

Entonces, Bibiana Prats deja hacer a Marcelo. Que la coja del brazo. Que le pase el brazo sobre los hombros. Que le dé unos cachetitos en la cara.

Hoy, como entonces, deben sentirse jóvenes y optimistas, sin las preocupaciones que proporcionan los hijos y la casa.

(—Los hijos, ¡Cristo! los hijos... Me preocupa Nat. ¡Qué chica!... Y, nada, ¡Cristo!, consejos de una madre no valen nada. Ellos, a su vida, y aquí me las den todas. Y una, que quisiera evitarles preocupaciones, pues ¡nada! Ellos a su vida, y los disgustos y los malos ratos, para los padres.)

Marcelo le aprieta el brazo:

—¡Eh, chica!... ¿En qué estás pensando? ¿Por qué pones esa cara de funeral?

—Estaba pensando en Nat, en los chicos... Nunca sabe una...

Marcelo Prats pasa su brazo sobre los hombros de Bibiana y la atrae hacia sí.

—Pues hoy no se piensa, ¿estamos? ¿Crees que no me dan a mí los chicos

más de un dolor de cabeza? Los hijos... ¡Menudo paquete!... Cría hijos, Marcelo, cría hijos... Ya te sacarán los ojos, como los cuervos.

Marcelo Prats mueve la cabeza, fastidiado también por un pensamiento desagradable. El que le preocupa a Marcelo Prats es José. ¿Qué sabe él de su vida ni de sus actividades? A lo mejor —a lo peor—, un día le detienen, y ¡vaya usted a saber!... ¿Y Xenius? Sí, señor, también le preocupa Xenius. ¿Qué va a ser del muchacho con su complejo, con su obsesión, metido en una situación absurda, quién sabe si por accidente o por qué torpeza? A Marcelo Prats le preocupan José y Xenius. Y Natalia, y los pequeños. Le preocupan todos sus hijos, pero hoy no quiere pensar en nada, sino vivir un buen día. ¿No es así?

—¡Hala!, dejémonos de pensar. Hemos quedado en que no pensaríamos en los problemas que los chicos nos largan. Hoy vamos a pensar sólo en nosotros, como aquella mañana, ¿recuerdas, Bibi?

—Marcelo, que somos viejos.

—¿Viejos? ¡Caramba! Yo me siento como un muchacho. Hoy es el día de nuestra boda. Hay que divertirse. Ya tenía yo ganas de echar una cana al aire.

—Ya podemos echar más de una.

Marcelo busca una cana en la cabeza de su mujer para arrancársela de un tirón.

—Pues sí que estás hoy de fiesta, chica... Otras veces te molesta que hable de mis tiempos, de nuestros tiempos, y hoy, venga a llamarme viejo...

—No es eso, hombre, es por la gente. Nos mira la gente.

—Pues ¡me cisco en la gente!, ¿sabes?... A ver quién se preocupa por la gente. Hoy es nuestro día. ¿O no es así?

—Así es.

—¿Entonces...?

Decididamente, Marcelo Prats quiere apartar de su pensamiento toda preocupación para concentrarse en el momento que vive. Se ha propuesto pasar un día agradable. —¡Un día es un día!— y va a conseguirlo. Mañana volverán a sentirse padres y a tomar sobre sus hombros el peso de la responsabilidad de la familia. Hoy, no. Decididamente, no. Hasta eso de la gente y de sentirse viejos van a dejarlo para mañana.

—Hoy es un gran día.

El brazo de Marcelo Prats presiona suavemente sobre los hombros de su mujer cuando propone:

—Te llevaré a una taberna que yo conozco. Buen sitio... ¡Ah!, no creas que una taberna es ahí, cualquier cosa... Buenas se han puesto las tabernas con el turismo... Espera, ahí viene el «3». Vamos en el «3». Es en el Madrid viejo.

Caminan con prisa para llegar a la parada del autobús antes de que se vaya.

Hay suerte. Llegan a tiempo. Se instalan arriba, en la imperial. Bibiana se ríe y da un codazo a Marcelo.

—Anda, qué bueno... Vamos aquí como en un avión. La gente, abajo.

Marcelo bromea:

—En viaje de novios.
Coge una mano de su mujer y la retiene entre las suyas, fuertes y ásperas.
—¡Ya verás qué cochinillo asado! Para chuparse los dedos.
—Pero eso costará caro.
—Sí, claro. No lo regalan. Pero un día es un día. A veces pienso..., ¿sabes lo que pienso? Que uno anda siempre mirando por la peseta, para tener al día las cuentas de la tienda y, si es posible, para que mañana no falte nada, y después los hijos..., ¡hala!, a tirarlo... Cuando yo cierre el ojo verás lo que les va a durar la tienda.
—Ay, Marcelo, no digas eso... Yo siempre le pido a Dios, puedes creerme, que me lleve antes que a ti. Si tú te murieras, no sé, no sé lo que haría. No quiero pensarlo.
Marcelo Prats palmotea sobre un muslo de Bibiana.
—Tienes a los hijos.
—Los hijos... Con lo egoístas que son los hijos... El hombre para la mujer y la mujer para el hombre. Ésta es la verdad.
—La mujer de Marcial no opina así. Decía el otro día: «En caso de duda, la mujer la viuda.»
El autobús se detiene en la Puerta del Sol, y Marcelo y Bibiana se apean de él y se internan por una de las calles que suben, serpenteando, hacia el Madrid viejo.
Marcelo dice:
—¡Qué cochinillo!... Y hay otros platos de los que a ti te gustan... Por aquí, es por aquí... No... Mejor entramos por la otra calle... Está en una travesía.
Llegan a la taberna y ocupan una de las mesas libres.
Bibiana lo mira todo con curiosidad. ¡Vaya una taberna! Es un restaurante. Y hay gente buena. Muy bien vestida.
Un camarero trae la carta y se la entrega a Bibiana. Bibiana la mira, pero no se decide a elegir un plato. Los precios están por encima de lo que ella había calculado.
Dice:
—Primero, una sopa.
Marcelo le quita la carta y le da con ella un papirotazo.
—Sopa, ¿eh? Como todos los días. ¿Es que crees que tu marido es un miserable? Nada de sopa... A ver, a ver... Merluza a la gallega, eso es... Y, después, cochinillo asado... A ti te gusta mucho la merluza. Que si no la compras porque está muy cara, que si somos muchos...
—Ay, Marcelo, estás de muerte.
—Un día es un día. Hoy estamos solos... ¡A ver, camarero!... Dos cazuelas de merluza y dos de cochinillo... Y una de tinto... Bueno, ¿eh? No queremos agua... De postre me trae fruta... Cualquier fruta, me da lo mismo. Y a la señora un helado.
—¿Copa «Madrid»?
Bibiana pregunta:

—¿Cómo es esa copa?

—Helado tres gustos, nata y frutas en almíbar.

Bibiana mira al camarero, mira a Marcelo. No se atreve a mirar la carta. Carraspea. Sonríe.

Marcelo dice:

—Copa «Madrid» para la señora.

Se va el camarero y Marcelo repite:

—Un día es un día... Estamos solos... A ver si crees tú que los muchachos, cuando comen fuera, no se cuidan de lo lindo... Pues sí, señora... Hoy nos toca a nosotros, ¿verdad Bibi?

Bibiana está asustada.

—Marcelo, tú estás de muerte. Siempre tan mirado...

Marcelo se enfada.

—Bueno, tampoco os mato de hambre. No somos ricos. La tienda no es negocio. Vamos tirando. Coge de aquí para pagar allá... No se puede tirar de largo. Harto hacemos con sacar adelante a la familia, sin tener ningún enchufe, ningún cargo de ésos que llenan la bolsa. Tú bien lo sabes: un comercio pequeño no es negocio. Los grandes almacenes lo acaparan todo. Uno no puede hacerles la competencia.

—Está bien; no te enfades.

—No me enfado, es que me irrita... ¡Que si uno mira por el dinero, que si tal!... Pues si uno no mirara...

—Bueno, pues no te enfades. Ya está. A mí también me duele gastar dinero. Pides platos caros.

—Un día es un día. Ya verás qué cochinillo. Para chuparse los dedos. Aquí lo ponen...

De pronto, Bibiana recuerda algo: El pañuelo manchado de carmín y toda aquella fábula. Y ahora esto: Marcelo sabe que aquí guisan muy bien el cochinillo. Conoce la taberna.

Sin levantar los ojos de la mesa, trazando con el tenedor unos garabatos sobre el mantel, Bibiana pregunta:

—¿Cómo sabes que lo ponen tan bien? ¿Por qué conoces esta taberna? ¿Es que la frecuentas?

Marcelo Prats enreda también con el cuchillo y el tenedor. Tarda unos momentos en contestar:

—Bueno, vaya una pregunta... ¡Frecuentarla! Pues sí que están los tiempos para fiestas. En las tabernas comen los potentados y los extranjeros... La gente rica... Yo como en casa todos los días. ¿O no como en casa?

—Pero la conoces...

—La conoces, la conoces... Pues claro que la conozco. Una vez... Eso... Tuvimos aquí un banquete.

—¿Qué banquete?

—Esto... Sí, eso es. El banquete de Leopoldo Roces, un amigo... Uno de la tertulia. Tú lo recuerdas. Cuando le dieron la medalla del trabajo.

—Ya.

—Menuda suerte... Y todo por tener un enchufillo en un ministerio, en el que nunca dio golpe. Un funcionario, vamos. Cincuenta años viviendo del Estado, y de postre, ¡hala!, la medalla del trabajo. Y el banquete... Bueno, el banquete se lo dimos los amigos. Tú recuerdas.

—Ya.

—Menudo banquete. Comimos aquel día como leones. Y bebimos, caramba... Bueno, tuve que aguantarte una rociada porque llegué a casa así..., un poco alegre.

—¿Alegre?... ¡Ay, Marcelo!... Alegre... Llegaste a casa borracho como una cuba. Vomitaste la cena. Te measte en la cama... ¡Me dio una rabia!... Yo no quería que los muchachos supieran que su padre estaba borracho. Pero tú, nada, venga a hablar alto y venga a decir tonterías... Te di un par de cachetes... Te desnudé para quitarte la ropa sucia... Tú dijiste por la mañana, cuando estabas hecho polvo por la resaca: «Soy un miserable, soy un canalla.»

—¿Dije yo eso? ¡Caramba! No era para tanto... Pues sí que fue cosa grave. Además, un día es un día. ¿O es que llego siempre borracho a casa?

—Hombre, no... Bueno estaría.

—Pues ¿entonces?...

Mientras comen guardan silencio. Sólo de vez en vez pregunta Marcelo:

—Está bueno, ¿eh?

—Muy bueno. La merluza, muy buena. Muy fresca.

Una pausa.

—Está bueno el cochinillo, ¿eh?

—Muy bueno. Muy bien asado.

Comen con apetito. Bibiana piensa entretanto:

(—Aquello, ¡bah!, no tuvo importancia. Alguna vez, cualquiera... Todos los hombres... Hombres como Marcelo hay pocos, ésta es la verdad. Un hombre honrado a carta cabal... Un día es un día, tiene razón. Un día, cualquiera pierde los estribos... ¡A ver!... Una también... A ver si una no mete la pata de vez en cuando... ¿Qué me dijo Marcelo cuando lo de Sol?... Bueno, reírse, tomarme el pelo... Como los chicos... Pues yo bien merecía un par de cachetes. Y él, nada. Un caballero. Marcelo es muy bueno.)

Bibiana Prats siente una gran ternura por su compañero. Si no estuvieran en la taberna, delante de la gente, apretaría la cabeza de Marcelo contra su pecho y le diría algo. Se limita a sonreír.

—¡Ay, Marcelo!, bebí mucho... La cabeza me da vueltas...

—Una botella para dos, ¿eso es beber mucho?

—Para ti, claro que no, pero yo, como no estoy acostumbrada... Y el vino era muy fuerte.

—Buen vino, sí, señor.

—Se me subió a la cabeza... Fíjate, se me apetece abrazarte y decirte cosas.

—Bueno, Bibi, eso está bien. Puedes empezar.

Bibiana Prats se pone colorada hasta las orejas.

—Soy una tonta... Si nunca supe decirte nada... Cuando éramos novios y tú decías: «Mujer, di algo... Tú no me quieres...» ¿Recuerdas, Marcelo?... Yo quería decirte algo, pero no sabía... Bueno, no me atrevía.

Por debajo de la mesa, Marcelo toca las piernas a su mujer. Sonríe.

—¡Marcelo!... Quieto, Marcelo... La gente...

Bibiana protesta, pero le agrada que su hombre le toque las piernas por debajo de la mesa. Se siente joven. Piensa:

(—Esta noche... Vaya, esta noche habrá fiestecita... Está bien... Es el aniversario.)

Marcelo insiste. Desliza su mano bajo la falda, acaricia las medias y le toca los muslos.

Bibiana protesta, sin energía:

—Hombre, estáte quieto. Si nos ve la gente...

—La gente, la gente... Pero a ti te gusta.

El camarero coloca sobre la mesa, ante Bibiana, la copa «Madrid». A Marcelo le trae un plátano y una manzana. Marcelo mira la copa. Tiene buen aspecto. Le quita a Bibiana la cucharilla para probarla.

—Es muy grande, Marcelo... Cómete la mitad... Anda, hombre, que está muy buena.

—Sí, muy buena, pero yo prefiero mi fruta.

—Hombre, la mitad siquiera.

—Que no, chica, que no insistas. A ver si crees que soy un niño. Era para probar. Si yo quisiera una copa, la pediría... Y dos copas también. Pero yo no me meto esa cantidad de helado entre pecho y espalda.

—Pues si tú no lo quieres, yo me la como, que aquí no queda. Ya que la pagamos... Y está muy buena.

Marcelo llama al camarero para pedirle la cuenta y pasa al retrete. Bibiana pasa también al retrete y se mira en el espejo del lavabo. Está colorada como un tomate maduro. Le brillan los ojos.

(—¡Ay, qué Marcelo!... Qué hombre... Comimos bien, la verdad. Un día es un día.)

Cuando salen a la calle, Bibiana dice:

—¿A dónde vamos a tomar café?

Marcelo le da un codazo.

—Café, ¿eh?... ¿Quién te ha dicho que iba a llevarte a tomar café?

Bibiana se coge del brazo de Marcelo.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—Al café.

—Ay, Marcelo, qué cosas tienes... Bueno, ¿a qué café vamos?

—Me da lo mismo. Al que tú quieras.

—¿Me dejas elegirlo?

—Bueno.

—Me gustaría ir a una cafetería de esas elegantes de la Gran Vía.

—¿De la Gran Vía? No me gusta la gente de la Gran Vía. Extranjeros y

paletos... Y capitalistas. Cerdos capitalistas. Marcial lo dice. ¡Ejem! Cerdos capitalistas.

—¡Marcelo!

—¡Eh, no te ofendas! Tú no eres millonaria.

—No, claro, yo no soy millonaria. ¡Ojalá lo fuese!, aunque me llamaran cerda capitalista. Vaya una gracia. ¿A quién amarga un dulce?

Marcelo da un codazo a Bibiana.

—Está bien, chica. ¿Era eso lo que ibais a pedir a la Puerta del Sol?

—Anda, no me lo recuerdes, hombre, ya está bien de broma.

Bibiana se ríe entre dientes con risa entrecortada, como a golpes.

—Porque un día maté un perro, ya me llaman mataperros. Ya ves las cosas... A ver si yo te llamo a ti borracho.

Salen a Arenal y suben por Maestro Vitoria hasta Preciados, para llegar a la Gran Vía.

—Vamos a Fuentesila o a las Californias... No recuerdo si hay alguna en la Gran Vía... Está el Hotel Gran Vía; tiene terraza.

—Sí, al Hotel Gran Vía. Ése me gusta.

—No sé si será sólo para los huéspedes o dejarán sentarse al público en la terraza.

—Pues al Hotel Gran Vía. Ése me gusta.

Pero cuando llegan al Hotel Gran Vía, aunque hay algunas personas sentadas en la terraza, no se deciden.

—Bueno, aquí, en Fuentesila; es lo mismo, ¿eh? Están juntos. Es un buen sitio.

Para Bibiana Prats no es lo mismo. En las mesas de Fuentesila puede sentarse todo el que pague la consumición. Esto le resta valor a sus ojos. Sentarse en él no es una conquista.

No obstante, cuando ocupan su mesa, Bibiana Prats se siente feliz. Le gustaría que alguna de sus amigas, de sus vecinas, pasara por aquí y la viera sentada en la terraza de un café con su marido. Pero no. No pasa nadie conocido. Ahora recuerda lo de la Radio, cuando la llevaron en un coche a su casa. Tampoco hubo suerte. No la vio nadie.

—Qué, ¿te gusta esto, Bibi?

—¡Vaya!... Se está muy bien aquí... Un poco de calor.

—Vamos adentro.

—¡No, no!... Mejor en la terraza. Aquí no da el sol.

Una pareja de paletos, campesinos por las trazas, se sienta en la terraza del Gran Vía y el camarero les sirve el café. El Gran Vía pierde, de pronto, para Bibiana, todo su interés. La terraza del Gran Vía no es cosa privada. Entonces, tanto da estar en un café o en otro.

Y se está bien aquí, en este café, viendo pasar la gente. El mundo, desde aquí, tiene otro aspecto muy diferente al del mundo que Bibiana Prats contempla desde su ventana del patio cuando hace la comida o anda por casa trabajando. Otra cosa, claro.

Bibiana Prats se siente ahora feliz. Ha comido bien. Está sentada en la terraza de un café de la Gran Vía. A su lado está Marcelo, su marido. Es el aniversario de su boda...

Marcelo tamborilea con los dedos sobre la mesa. De vez en cuando dice:

—¡Ta, tá... Ta, tá...!

Y sigue tamborileando.

Bibiana Prats siente también deseo de cantar algo, de decir ta, tá..., y de reír. El vino de la taberna, más fuerte que el que Manuel sube de la Bodega de la Ardosa, se le ha subido a la cabeza. De otro modo, no se atrevería a pedirle a Marcelo:

—Y ahora, una copa, ¿verdad, Marcelo?

Marcelo se ríe.

—¡Caramba, Bibi!... Una copa... Te estás haciendo muy atrevida... Una copa, ¿eh?

Bibiana tropieza con la cucharilla y vierte un poco del café derramado en el plato.

—Ya es mucho gastar, ¿verdad, Marcelo?

Marcelo Prats le da unos golpecitos en una pierna.

—¡Tonta!... Pide una copa... ¿Quieres anís o coñac?

Bibiana vacila. Cuando se celebra en casa un santo, una fiesta, Navidad, por ejemplo, ella y las niñas toman anís. Anís dulce. Pero hoy le gustaría beber coñac. Una muchacha que está sentada en otra mesa de la terraza pidió coñac. Y no dijo: «Tráigame una copa de coñac», como dice Marcelo. Dijo sólo: «Un "martell".»

Bibiana sabe, por los chicos, que «Martell» es la marca de un coñac francés. Un día dijo Natalia: «El jefe nos invitó a todos a tomar café y después nos sirvieron un "martell."»

—¿Puedo pedir un «martell», Marcelo?

Marcelo piensa un momento.

—Oye, Bibi, será mejor que pidamos sólo un coñac. Esta gente es capaz de echar coñac corriente en una botella de «Martell» y cobrarnos una barbaridad... Si no la abren delante de nosotros... A lo mejor piensan que no entendemos... ¡Cosas!... A veces, en las tabernas y en los cafés hacen eso. ¿Sabes? Lo dicen todos.

Bibiana se ríe. También ella aprovecha las botellas que compran los chicos y echa en ellas coñac, málaga o manzanilla, comprado todo a granel, y cuando ofrece una copa a las vecinas que la visitan, todas dicen, mirando las etiquetas de las botellas: «Esto es algo bueno, pero que muy bueno. A mí esta marca me gusta mucho.»

Bibiana saborea su copa de coñac común, que le sirvieron en una botella de marca. Y a lo mejor resulta que es un coñac de marca. Vaya usted a saber.

Uno de los sorbos se le atraganta; se ríe, tose...

Dice, avergonzada:

—Se me fue por mal camino.

Y ahora, el hipo. ¡Lo que le faltaba! Siempre le da el hipo cuando bebe y se atraganta.

—¡Maldito hip... hipo!

Marcelo le da unas palmaditas sobre la espalda.

—Bueno, chica, le pasa a cualquiera.

También a él le da el hipo algunas veces. ¡Y en qué ocasiones!

—Una vez, en un banquete... Ese, en el de Leopoldo Roces, que te digo... Cuando eso, lo de la medalla del trabajo, ¿sabes?, pues va y me entra el hipo... Y yo tenía que decir algo, lo que se dice, ¿eh? Pues, nada, no dije nada. Fue Aureliano, el barbero, el que dijo que todos participábamos de la emoción de Leo, y de su medalla y tal, porque Leo era uno de los nuestros. De los de la tertulia, ¿comprendes? Pues, eso, Aureliano dijo poco más o menos lo que iba a decir yo, si el maldito hipo no me lo hubiese impedido. ¡Jo... con el hipo!... Cierra la boca y no respires por la nariz. Prueba a aguantar la respiración. Así se quita.

Se va el hipo, pero aprieta el calor. La satisfacción de estar sentada en la terraza de un café de la Gran Vía le hace a Bibiana olvidarse de que aprieta el calor, de que el asfalto quema. Es un vaho asfixiante el que se levanta del asfalto recalentado. Marcelo propone:

—¿Y si nos fuésemos a dormir la siesta? Hasta la tarde... Saldríamos a cenar.

—No, a casa, no... Después se entra en pereza... Además, ya dijimos a todos que no volvíamos hasta la noche.

Sobre todo, eso: que ya lo han dicho a todos. A Mauricia Villar y a la portera. Nada de casa.

—Yo creo, Marcelo, que podíamos ir a un cine... A uno de sesión continua... Hay algunos refrigerados, o como se diga... De ésos que no tienes calor en ellos.

—Pues ni media palabra. Vamos al cine. Caramba, también se puede dormir un poco en el cine.

—Si tienes un periódico para ver la cartelera...

Marcelo se alza de hombros.

—¿La cartelera?... Todas las películas son iguales... Mira, ahí enfrente está el Imperial. Vamos a ver qué ponen.

—¿El Imperial? ¿Un cine de la Gran Vía? Marcelo, estás loco. Eso nos cuesta un ojo de la cara.

—Mujer, no tanto... ¡Hala!, vamos al Imperial, que no lo conocemos. No es de los caros. Y hasta las siete tiene sesión continua.

Otra vez se alarma Bibiana.

—Tú, ¿cómo lo sabes? Pareces muy enterado.

—Porque a mí me gusta mucho el cine, sí, señora... Y cierro la tienda para irme al cine todas las tardes con una chica. ¿No es así, Bibi?

—No sé, Marcelo. Si tú lo dices...

—¡La tonta esta!... Mira, te daba...

Marcelo Prats golpea cariñosamente la cabeza de Bibiana. La ayuda a levantarse de la mesa y, cogiéndola del brazo, se dirigen al cine Imperial.

—Celos después de viejos, ¿eh?... Bueno, me gusta... Pues, sí, me gusta... ¡La tonta esta!

—No sé, Marcelo, como tú cuentas cosas que yo no sé... Como dice la gente que los hombres, después de viejos, se vuelven tontos y hay sabandijas que cazan viejos, aunque estén casados...

—Oye, oye..., no tan viejos, querida. No somos tan viejos, ¿eh? Todavía uno..., ¿eh?... Todavía uno puede bien, sin que le cambien la vaquilla...

Marcelo ríe a carcajadas su propio chiste. Pero Bibiana no entiende nada.

—Pero ¿qué dices?...

—Bah, Marcial lo dice, que tiene gracia... Mucha gracia, sí, señor... Era un matrimonio así... Bueno, así como nosotros. Y el hombre era torero... No, espera, nada de torero... Creo que no había ningún torero... Pero había un toro en alguna parte. Y la mujer le decía el dueño del toro... Pues no, tampoco... Espera, ahora no recuerdo... Bueno, el caso es... ¡Caramba!, ahora sí que no recuerdo más que... Bueno... Pues era gracioso.

Bibiana mira con curiosidad las fotografías de artistas de cine que adornan el gran vestíbulo del Imperial, los libros y revistas y a las pocas personas que entran en el cine.

(—Un cine bueno de la Gran Vía... ¿Cómo dijo Marcelo?... Ya, el Imperial... Pues sí, el otro día, cuando estábamos en el cine Imperial... ¡Ah, claro que se lo digo!... En cuanto abra la ventana... Aunque a mi marido no le gusta el cine, porque él dice que donde esté el teatro... Eso sí que es bueno, que él entiende mucho... Pues sí, por complacerme... Pues ¡vaya un cine!... Un cine de lujo. Y con una entrada... Y qué gente, Mauricia... Gente elegante... Y una...)

—Vamos, Bibi, ya tengo las entradas. Acaba de empezar ahora.

Marcelo se retira de la taquilla, coge a Bibiana del brazo y entran en la sala. Les produce una sensación agradable entrar en la sala. Está refrigerada y el contraste con el calor agobiante de la calle es notable.

Tan pronto como se instalan en sus butacas, Marcelo se duerme. Bibiana lucha también contra el sueño, aunque no tiene costumbre de dormir la siesta.

(—Pues vaya un sueño tonto que me entra... Con lo que me gusta el cine... Y la película debe ser buena... Si fuera de colores, más alegre, claro... Así, negra... ¡Pues vaya un sueño tonto! El vino... Como una no bebe... Y la copa de coñac... Pues vaya copa... Y el calor... Y la gente, que marea...)

Ahora es la pantalla la que marea a Bibiana Prats y, pese a sus esfuerzos por mantenerse despierta, acaba por sumirse también en un letargo, del que sale de vez en cuando, sacudida por algún ruido fuerte, para volver a amodorrarse.

Cuando encienden las luces se despabilan los dos.

—Anda, Marcelo, vamos... Ya se acabó.

—¿Te gustó?

Bibiana vacila. Marcelo ha venido al cine por complacerla.

Dice:

—Sí, es muy buena... Hemos pasado muy bien la tarde, aunque tú te has dormido.

—Cuando el cuerpo pide una cosa, pues se la das y disfrutas... El vino era fuerte... Y el coñac... Después, te quedas a oscuras, como en la cama...

Ya en la calle, otro problema se les plantea.

—¿A dónde vamos?

—Todavía hace calor... Y no vamos a meternos en otro cine...

Bibiana apunta tímidamente.

—Si a ti te gustara el campo...

—¿Qué campo?

—Pues el campo.

—¡Ah, sí, el campo!... El Retiro, la Moncloa... Has tenido una buena idea, chica... Vamos al Retiro... No, mejor a la Moncloa, está más fresca...

—Cuántos años hace...

—Pues, a la Moncloa... Es una buena idea.

Caminan aprisa, sobre el asfalto todavía caliente, hasta la estación más próxima del Metro.

Dirección: Argüelles. No hay cambio de tren. Desde Callao, sólo dos estaciones intermedias. Poca gente. Viaje rápido. El calor pegajoso y húmedo del subterráneo, no es tan abrumador como el de la calle.

Desde la boca del Metro, hasta los jardines, van cogidos de la mano. Marcelo tararea:

—La cucaracha... La cucaracha... Ya no quiere trabajar...

Bibiana dice:

—Tengo una sed... La comida...

Toman de vez en cuando algún refresco en los aguaduchos. Dan unas vueltas por los jardines. De pronto, Marcelo tiene una idea. Una gran idea:

—¡Hala!, vamos a montarnos en un tiovivo.

—Marcelo, ¿te has vuelto loco?

—¿Loco? Un día es un día. Hay que divertirse.

—Pero Marcelo, que somos viejos...

—Viejos, viejos... Has cogido una buena perra... ¿Sabes qué te digo, Bibi?... Que el día que tenga ganas de divertirme y de echar una cana al aire, pues voy, y me busco una chica... ¡Hala!, por llamarme viejo.

Marcelo bromea, pero Bibiana no vuelve a llamarle viejo, ni a decir que son viejos y que si no deben hacer esto o lo otro.

Salen a la plaza y recorren las barracas y los puestos de refrescos, de churros, de patatas fritas, de confituras.

Bibiana siente deseo de comprar alguna cosa para Manuel, de guardar en el bolso algo de lo que Marcelo compra, para llevárselo al niño. Pero Marcelo coge el cucurucho de las patatas, de las almendras y las reparte entre los dos, sin acordarse de los chicos. Hincha con la boca las bolsitas de papel y las aplasta haciendo ruido.

—Marcelo, eres como un chiquillo. Igual que Manuel... Digo yo que podíamos llevarle...

—Deja a los muchachos. Hoy los muchachos somos nosotros. Mira, ahora se para un tiovivo. Vamos a subir.

Bibiana vacila.

—¿Qué pasa, que no te atreves?... ¡Vaya una mujer valiente! ¿Recuerdas aquella tarde, aquí, en la Moncloa?... No, no fue en la Moncloa, fue en la calle de Toledo, junto a la Fuentecilla... Te mareaste... Estabas embarazada de Natalia... No lo sabíamos. Pero ahora no hay cuidado... ¡Digo!... A lo mejor me sales con una sorpresa.

Bibiana sube al tiovivo. Marcelo la ayuda a subir, empujándola por el culo.

—¡Aúpa!...

Cuando el tiovivo empieza a dar vueltas, los dos se ríen. Primero, suavemente; después, desbordando la carcajada.

—¡Ay, Marcelo, que me mareo, que me mareo...!

—Cierra los ojos.

—Pues si los cierro, vaya una gracia...

Marcelo Prats sujeta a su mujer por la cintura, como hacen otros hombres con sus mujeres. Los dos se miran.

Bibiana piensa:

(—Bueno, como dice Marcelo, un día es un día... De cualquier modo, estamos de juerga... Qué gracia... Esto es una juerga... Ayer estuve de juerga con mi marido... Como Nat, que es una chica... Esta Nat... Y una no sabe nunca...)

—¡Eh, chica!... ¿En qué estás pensando?... Venga, bájate de ahí, que ya se ha terminado.

Bibiana acaricia con las dos manos la cabeza del caballo.

—Otra vuelta, Marcelo... Ahora que empezaba a tomarle el gusto...

—Bueno, otra vuelta... Pero vamos a montarnos en los coches... En ésos eléctricos... Apuesto a que no te has montado nunca.

—No, nunca... Pero se dan unos golpes... Tropiezan unos con otros.

—Eso es lo bueno. Hoy nos toca a nosotros atropellar... ¡Po, po, poooo! Que se aparten.

Bibiana y Marcelo Prats se divierten de lo lindo. Después de dar varias vueltas en el tiovivo, montan en los coches, y hasta en la rueda. Bibiana aguanta el miedo, no tanto por parecer valiente ante los ojos de su marido, sino para contar después a las vecinas y a las señoras del mercado de Chamberí, que ella y su hombre se divirtieron como dos chicos.

Marcelo está cansado, pero no se rinde. Se limpia el sudor del cuello y de las manos con uno de los pañuelos egipcios que Bibiana le ha regalado.

(—¡La tonta esta...! Me quiere, vaya si me quiere...)

Propone, de pronto:

—Y ahora vamos a cenar al fresco, ahí en una de esas terrazas. Una tortilla.

—Pero si a ti no te hace gracia la tortilla.

—Bueno, tal vez... En casa es otra cosa... Pues ya ves, aquí me apetece.

—Yo no tengo ganas... No puedo comer... Picando esto, picando lo otro... Cualquiera cena.

—Entonces, unas tapas...

—Pues anda, cenaremos la tortilla. Si te apetece...

—Y un jarro de vino.

Comen. Beben. Brindan por su matrimonio. Después, como en el salón del restaurante están bailando algunas parejas, dice Bibiana:

—¡Hala!... ¿Te atreves?

Y señala la pista.

Marcelo está cansado. Pero no quiere decepcionar a Bibiana. A saber si es el último aniversario que celebren juntos. Los dos son jóvenes y están sanos, es decir, no padecen ninguna enfermedad que les haga temer el desenlace, pero esto no garantiza tampoco que no se muera alguno de los dos por otra causa imprevista.

(—A ver, ¿qué le pasó a Leopoldo Roces?... ¿Eh?... Vamos a ver... una mujer tan sana en apariencia y la procesión andaba por dentro. Y ahora él dice, con razón, que si uno supiera...)

—Bueno, ¿no quieres bailar, Marcelo?... Anda, hombre... En casa bailamos... Nos divertimos... A mí me bailan las piernas solas cuando oigo la música y veo a los chicos...

Bibiana está borracha. Se pone pesada. Marcelo quiere complacerla.

—Anda, Marcelo...

—Vamos...

No saben lo que tocan ni lo que bailan, pero dan unas vueltas por el salón, abrazados, riendo. Bibiana es quien más se ríe. Hasta canta, intentando seguir a la orquesta.

Después, apoya la cabeza sobre el hombro de su marido. Su marido acaba por arrastrarla como un fardo, hasta su mesa.

—¡Ay, Marcelo, qué felices somos...!

—Sí, muy felices... Pero no te eches encima de mí, como un cuerpo muerto.

—Estoy muy borracha...

—Caramba, Bibi, nadie lo duda...

—Pero nos queremos...

—Bueno, nos queremos... Anda, voy a pagar y nos vamos a casa... Ya tengo ganas de verme en la cama. ¡Uf, qué ganas!

Bibiana se ríe. Se humedece los labios. Mira a Marcelo con picardía.

Piensa:

(—Qué hombre éste... A ver si crees que tu marido es un carcamal... Ya te cogeré esta noche... Qué Marcelo... Como a este hombre le da así, de repente... Como a todos, digo... porque los hombres... Mi marido tiene vena de loco, unas veces por mucho y otras por... ¡hip!... Vaya, otra vez el maldito hipo...)

Marcelo le da una nalgada.

—¡Arreando, chica...! A ver si cogemos el tranvía, que a lo mejor es el último.
—¿Ya es tan tarde?
—Has pasado un buen día, ¿eh?
—Muy bueno.
—Pues, hala... Mañana será otro día.
Cogen un «61» en la Moncloa, hasta la glorieta de Sorolla. Ahora, el que cae como un fardo sobre el asiento es Marcelo Prats. Inclina la cabeza sobre el pecho y cierra los ojos.
Bibiana le sacude un brazo para despertarle y le ayuda a apearse.
Cogidos del brazo, balanceándose ligeramente, llegan hasta el portal de su casa. Bibiana tiene la llave del portal, pero toca las palmas para que el sereno les abra la puerta. Le agrada esto de tocar las palmas y mirar de reojo a los balcones, a ver si alguna vecina les ve llegar.
(—Son los Prats, que llegan de juerga... Un matrimonio que se quiere mucho... Ya veis él, como coge a su mujer del brazo...)
Bibiana Prats se agarra al brazo de Marcelo y reclina la cabeza sobre su hombro. Marcelo Prats la acaricia, dándole unos golpecitos en la mejilla.
—¿Lo has pasado bien, Bibi?
—Muy bien, Marcelo. ¡Menudo día!
—Menuda paliza, pero un día es un día.
Bibiana dice en voz baja:
—Ahí viene el sereno. Hoy dale un duro.
—¿Un duro? Ya está bien una peseta.
—No hables tan alto.
—¡Venga!, qué tontería es ésa de darle un duro... Una peseta, que yo no encuentro el dinero tirado en la calle.
—Pues todo se comenta, para que veas...
—Y a mí, ¿qué me importa?
Marcelo Prats da una peseta al sereno y cierra el portal. Bibiana le empuja hacia la escalera. Dice:
—Me parece que has bebido demasiado, Marcelo. Estás borracho.
Marcelo dice:
—¿Y tú?... Tú has bebido también lo tuyo... ¿O no has bebido?... ¡Ah, te brillan los ojos!... Cómo te brillan los ojos, chica...
—A ti te brillan. Estás borracho...
—Pues, sí, señora... Un poco alegre... Uno bebe y se alegra... Uno ve las cosas de otra manera cuando bebe un poco.
Bibiana se agarra al brazo de Marcelo para subir la escalera. Le aprieta el brazo.
—Antes, cuando bebías...
—Cuando bebía... Dices, cuando bebía, como si acostumbrara a emborracharme... ¡Cuando bebía!...
—Anda, tú ya me entiendes. Quiero decir, cuando te alegrabas...

—¿Qué pasaba cuando me alegraba?
—Pues, decías cosas.
—¿Qué cosas?
—Ya me entiendes... Te ponías... bueno, tú ya me entiendes.
—¿Que yo te entiendo?
Bibiana se agarra con más fuerza al brazo de Marcelo. Se apoya sobre el brazo de Marcelo. Reclina la cabeza sobre su hombro.
Marcelo se tambalea. Está a punto de caer al venírsele encima el cuerpo de Bibiana. Se agarra al pasamanos.
—¡Cuidado, chica!
Y continúan subiendo.
A Bibiana le agradaría que Marcelo la abrazara en la escalera. Cuando subían las escaleras juntos, allá en su época de recién casados, Marcelo la cogía por la cintura y así, se detenían, de vez en cuando, para besarse. Y si ella iba delante, él le tocaba las piernas, y se reían.
—¡Ay, Marcelo, qué tiempos!
—¿Eh?... ¿Qué dices?... Anda, vamos a arriba... A uno le pesan ya las piernas... Menudo trote que les hemos metido.
—Cuando estábamos comiendo...
—Comimos bien, ¿eh, Bibi?
—Cuando estábamos comiendo, tú dijiste... ¿A que no recuerdas lo que dijiste...?
Marcelo piensa un momento... No, no lo recuerda. Alguna simpleza... Tampoco es cosa de quedarse en la escalera hasta poder averiguar lo que ha dicho mientras comían.
Poniendo sus dos manos bajo las nalgas de Bibiana, la empuja hacia arriba.
—Hala, chica, a la cama, que hay que madrugar mañana... ¿No tienes ganas de verte en la cama?
—¿Y tú?...
—¡Yo...! Vaya si tengo...
Entran en casa sin hacer ruido, por si los chicos duermen. Los chicos duermen. Cuando menos, se han recogido ya en la habitación.
Manuel no duerme. Grita con sordina:
—¿Eres tú, madre?
—Sí, soy yo, Manuel... A dormir, que es tarde.
Bibiana Prats entra en el cuarto de Manuel y Xenius, para taparles, porque supone que estarán desnudos. Da un beso al niño y sin hacer ruido va al cuarto de baño.
No, claro, en el cuarto de baño no hay ningún perfume. Natalia guarda sus cosas, para que los chicos no se las gasten. Pero el caso es que a Bibiana le gustaría perfumarse un poco.
(—¡Bah!... Una tontería, pero un día es un día... ya verás esta noche, cuando te agarre... ¿No dijo eso?... Bastante le importa a una... Una, por complacerles... A ellos les gusta... Bueno y a algunas mujeres... Es que son

capaces de todo... Como los hombres... Digo yo, si mi Natalia... ¡Cualquiera sabe!)

Bibiana Prats se mira con atención al espejo. No tiene mala cara.

(—Pues, fue un día... ¡menudo día!...)

Se quita el vestido y, en combinación, se lava la cara, el cuello, los brazos... Se frota bien los sobacos, para eliminar cualquier olor desagradable.

Con los pelos revueltos y mojados, vuelve a mirarse al espejo.

(—¿Eh...? ¿Qué tal lo has pasado, Bibiana?... Muy bien, chica. Lo he pasado... ¡Vaya!... Una paliza, como dice Marcelo... Y ahora...)

Empieza a reírse estúpidamente.

(—Borracha, ¿eh?... Un poco... ¡Nada de un poco, un mucho!... Mira qué cara...)

Acerca la cara al espejo, hasta casi tocarlo.

(—¿Qué cara?, ¿eh?... Cada uno tiene la cara... No son arrugas... El gesto... Pues, eso, las pieles finas se estropean antes... Y el trabajo, y los chicos... Una... pues, una...)

Moja un dedo en saliva y se perfila las cejas. Se humedece los labios. Pasa el peine por los pelos, revueltos, hasta alisarlos.

(—Mejor aspecto, ¿eh?... Esto ya es otra cosa... ¡Ah, los dientes...! Siempre me olvido de lavar los dientes... Una, ya está tan cansada a estas horas.)

Se lava la boca. Orina. Con esto cierra el ciclo de sus actividades.

¡Ah, no! Claro que no. Ahora le falta dar una vuelta por la casa, a ver si están cerrados los grifos y la llave del gas.

(—Si una no lo hace.)

Bien. Todo en orden. Ahora ya puede acostarse. Marcelo estará impaciente.

Al pasar frente a la puerta de la habitación de Natalia se detiene un momento. Si supiera que Natalia aún no había regresado a casa, entraba para darse un toque en el cuello y en las orejas, con su colonia.

Su vacilación dura sólo unos momentos. En seguida se avergüenza de su idea.

(—Nada de colonia... Cualquiera aguantaría las bromas de Marcelo.)

Marcelo ha dejado la luz encendida, pero finge dormir.

(—El viejo zorro... Siempre se hace el dormido...)

Bibiana se desnuda, rápidamente, saca del armario el camisón de novia, guardado para las fechas memorables, y se lo pone.

(—El camisón de novia... ¡Menuda juerga se traen los chicos!... Pero yo le tengo cariño... Es como si... Bueno, yo me entiendo.)

Bibiana Prats se persigna ante el crucifijo, toca los pies del Cristo y besa los dedos. Como hace siempre. Pero hoy no tiene gana de rezar ni un padrenuestro.

Apaga la luz, y se desliza entre las sábanas al lado de Marcelo.

—Marcelo... Apártate un poco, Marcelo... Tú te acuestas, y ¡hala!, ocupas toda la cama.

Marcelo no contesta.

—Ay, Marcelo, qué zorro eres... ¡Anda, hazte el dormido!... Hombre, apártate un poco... Qué egoísta eres... Ocupas toda la cama, y a mí me dejas siempre en un rincón.

Marcelo no contesta.

Bibiana sabe que Marcelo se hace el dormido. De pronto, se volverá, la agarrará con fuerza, le dirá: ¡Ah, creías que estaba dormido! Ven aquí, mujer. Hoy es nuestro aniversario. Hay que celebrarlo.

Bibiana sabe o supone que esto es lo que va a decirle Marcelo. Pero Marcelo no dice nada. Ni se mueve.

Bibiana se acomoda al lado de Marcelo, deslizándose bajo su hombro, de modo que el brazo de Marcelo queda sobre su pecho. Bibiana le aprieta el brazo, le acaricia el hombro.

—Marcelo... ¿duermes, Marcelo?

Marcelo gruñe algo. Después se vuelve sobre un costado y apoya la cabeza sobre el hombro de su mujer. Ella le acaricia.

—Marcelo. Hombre, Marcelo...

Las manos de Bibiana Prats tiemblan ligeramente.

(—No, si a una... Pues ¡bastante le importa a una!... La verdad, pero una...)

Marcelo está sudando. Tiene la frente mojada. Bibiana limpia la frente de Marcelo con el embozo de la sábana.

—Marcelo... ¡Ay, Marcelo!